



# EL ROSTRO DEL MAL

**THOMAS BERGER**

Introducción de Jonathan Lethem

Lectulandia

El timbre suena en la casa de John Felton. Del otro lado está el mal. Lleva zapatillas deportivas caras, una gorra de béisbol, y dice llamarse Richie. Le pide ayuda a John con su coche, que ha sufrido un desperfecto. Un altercado en la gasolinera conduce a un crimen espantoso, y de pronto John se ve envuelto en una espiral de violencia cada vez más terrible. Cuando por fin consigue librarse de Richie y regresar a su casa, vuelve a encontrárselo allí, cómodamente instalado en su salón, charlando con su esposa.

Así comienza la transformación de John Felton, un esposo y padre de clase media, en un hombre desesperado y dispuesto a hacer lo que sea para proteger a su familia.

**Lectulandia**

Thomas Berger

# **El rostro del mal**

ePub r1.0

eKionh 24.06.13

Título original: *Meeting Evil*  
Thomas Berger, 1992  
Traducción: Montse Batista

Editor digital: eKionh  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para Williams G. Richards

## Las usurpaciones ambivalentes de Berger

¿Existe alguna prueba más contundente de la anedonía de nuestra cultura lectora que el hecho de que las novelas de Thomas Berger no inunden los quioscos de libros de los aeropuertos? Sencillamente, no hay una manera mejor de matar una hora o tres. Antes que nada, déjame decirte que aquí, lector, te espera una agradable sorpresa. Envidio tu primer encuentro, que así lo supongo, con *El rostro del mal*, o con la obra de Berger (y, sí, éste es un magnífico punto de partida). Este libro es uno de los «artilugios» ficticios más implacables e ingeniosos de Berger, tal como lo apodó en una ocasión un crítico elogioso, y ahora que está en tus manos —ve al primer capítulo y que te abduzca—, verdaderamente no necesita, como se suele decir, más presentaciones.

De todos modos, yo haré una. Agradezco la oportunidad de gritar que Thomas Berger es uno de los tres o cuatro mejores novelistas vivos de Estados Unidos. Subrayo lo de *novelista*, porque la grandeza de Berger reside en la profundidad y extensión de su compromiso hacia la forma que ha elegido, y la consiguiente exploración de ella. No se me ocurre ningún otro escritor estadounidense que confíe más en los medios y materiales de la *ficción por la ficción*: escenas y frases, capítulos y párrafos y, por encima de todo, personajes, sus voces e introspecciones, sus aprietos en mundos ficticios. Se ha volcado en esta meta excluyendo todos los temas de interés actual o de sociología, los recursos autobiográficos que podrían interesar a los lectores, las «innovaciones» superficiales o materiales de controversia. Berger está demasiado interesado en los misterios de la narrativa como para molestarse con la metaficción; no obstante, su mundo sí que posee cierto placer elástico en su propio artificio. No se preocupa por disfrazar la embocadura del proscenio de sus obras; su «realismo», si se puede llamar así, reside en su cuidadoso examen de la existencia diaria, tanto en su nivel psicológico como en el ontológico. Berger venera demasiado las novelas como para jugar a su destrucción o para avergonzarse de participar en una tradición.

El compromiso de Berger tiene otro aspecto: aparte de unas pocas y breves obras de teatro e historias, se ha entregado por completo a la novela, y ha evitado trabajos adicionales como el periodismo, la escritura de guiones cinematográficos o la enseñanza. Tampoco se ha gastado el capital pontificando, haciendo públicos manifiestos, asistiendo a conferencias o concediendo un puñado de entrevistas. Nadie sabe lo que puede haberle costado esto en difusión periodística. No voy a hablar con facilidad insincera de «desidia», aunque lo cierto es que vende menos libros que los autores a los que yo considero como sus únicos iguales, y, aun sin ser oscuro, en general es menos conocido. Hace unos años, al escribir una entrada sobre Berger para

una enciclopedia literaria, cometí el error de afirmar que ya no gozaba del «éxito de crítica y público» que había tenido en la década de 1960. Berger me escribió para corregir mi error con delicadeza, explicándome que él nunca había gozado de «éxito», recurriendo a las cifras de ventas para demostrarlo. No, Berger ha estado durante cincuenta años manteniéndose a media distancia de los autores de grandes éxitos, sin ser prueba de la afirmación de que el genio siempre se ve recompensado, como tampoco de que es universalmente ignorado. Es un escritor imposible de hacer resurgir porque en realidad nunca se le ha abandonado lo suficiente.

Dicho esto, a otros les resulta imposible no enfurecerse en nombre de Berger por no recibir más atención y recompensas. Tomemos, por ejemplo, las palabras del novelista pakistaní-tejano Zulfikar Ghose: «Las novelas cuyo mayor atractivo es su tema son siempre inmensamente populares [...]. Las novelas que se basan sólo en su estilo ganan lectores más lentamente, en pequeños grupos aislados, hasta que la obra se convierte en una de las capas que componen la conciencia humana. [Esto] explica por qué, entre los novelistas estadounidenses, se prefiere a Saul Bellow, que sabe sobre qué escribir, antes que a Thomas Berger, que sabe cómo escribir [...]. Berger es novelista y nada más [...]. Dentro de unos veinte o treinta años, Bellow será uno de esos nombres curiosos y oscuros que se ven y a los que concedieron el Premio Nobel por error, como ocurrió con Pearl Buck, y a Berger se lo leerá seriamente, como a Henry James».

La labor literaria de Berger ha quedado reflejada en: veintidós novelas desde su debut en 1958, *Crazy in Berlín* [*Loco en Berlín*]. Sus obras, que llevan el sello de su inconfundible ironía sutil y de su extraordinario oído para las colisiones musicales de la dicción aguda y grave, florece con una disparatada diversidad: un cuarteto de novelas muy próximas a Updike siguen las etapas de la vida de un álgido ego necio y angélico llamado Reinhart; un par de epopeyas caóticas histórico-legendarias, *Little Big Man* [*Pequeño gran hombre*] y *Arthur Rex* (la primera, su novela más conocida, seguida ya por una secuela); y un puñado de tiernas demoliciones de género: la novela de detectives en *Who is Teddy Villanova* [¿Quién es Teddy Villanova?], la ficción utópica y distópica en *Nowhere* [En ningún lugar] y *Regiment of Women* [Regimiento de mujeres] y las fábulas de realización de deseos en *Being Invisible* [Hacerse invisible] y *Changing the Past* [Cambiando el pasado].

En ocasiones, la novedad virtuosa de dichas empresas puede distraer a lectores y comentaristas de los asuntos esenciales en la mayoría de novelas de Berger. El resto de sus libros son más difíciles de encasillar o tipificar, aunque todos ellos desarrollan temas de poder, trato injusto y culpabilidad en los asuntos humanos, y todos exhiben la curiosa capacidad de sus situaciones ficticias para cambiar como una veleta entre el malentendido absurdo y el abuso siniestro y sadomasoquista. Muchas de sus obras, incluida la presente, inciden en el material de la novela negra, o policíaca, aunque no

reproducen el tono típico de estos géneros. (Mientras tanto, el público que saborea el crimen en la ficción ha pasado por alto a Berger, de manera muy parecida a los exploradores tropicales de la famosa ilustración de portada de la revista *Mad*, que mientras escudriñan los árboles no son conscientes de que están apiñados en la concavidad de una enorme huella).

Estas novelas más difíciles de clasificar, con sus escenarios nominalmente realistas y llenas de torpeza humana que abarca desde el adulterio y el asesinato a las comidas mal cocinadas, comprenden el argumento más sólido para la importancia duradera de Berger, sobre todo en el sentido acumulativo. La secuencia que tengo en mente empieza con el monumental *Killing Time* [*Tiempo de matar*], la cuarta novela de Berger, la cual he descrito en otro sitio como «Jim Thomson reescrito por un Flaubert norteamericano». Este libro, una investigación sobre un beatífico sociópata existencialmente profundo que se considera enemigo del tiempo, contiene también el primero de una serie de retratos de policías ligeramente maliciosos y enormemente pragmáticos. La fascinación de Berger por la policía —la culpa que sus miembros inspiran en las almas introspectivas, la morbosidad en que se complacen como consecuencia de su misión, los filtros de ambigüedad mental que adoptan necesariamente— sólo está a la altura de la de Alfred Hitchcock.

Después vienen *Sneaky People* [Soplones], *Neighbors* [Vecinos] y *The Feud* [Enemistad persistente]. *Sneaky People* y *The Feud* son un par de novelas urbanas del Medio Oeste con una gran impresión de conjunto, llenas de cariñosas reproducciones del habla vernácula norteamericana en su desvanecido esplendor y de muestras nada sentimentales de coloquialismos a los que los novelistas estadounidenses renunciaron en su mayor parte después de Booth Tarkington. *Neighbors* (el favorito de Berger entre sus propios libros, en parte por lo que él describe como la facilidad de su composición) inaugura un triunvirato magistral de novelas de amenazas, y sus compañeros son *The Houseguest* [El invitado] y el libro que en estos momentos tienes en las manos. Cada uno de estos tres libros es teatral y está firmemente unificado en el tiempo (y en el caso de las dos novelas anteriores a *El rostro del mal*, también en el espacio). Todos realizan un estudio de lo que yo llamaría *usurpación ambivalente*, escenarios extraños en donde de un entorno banal surge una terrorífica lucha por el poder. Todos ellos presentan a un provocador y una víctima principales, pero Berger está fascinado por las maneras como la inocencia y la reserva son cómplices del caos y la impulsividad. Investiga la malignidad del carisma, pero también el torpor de la reflexión. En palabras de Reinhart: «La gente nos utiliza tal como les pedimos que lo hagan: ésta es la justicia básica de la vida, y a menudo la única». Este tema de la usurpación ambivalente —intercambios de culpabilidad y obligación no especificadas entre parejas de «dobles» humanos— evoca motivos de las obras de artistas tan aparentemente dispares como Dostoievski, Harold Pinter,



Patricia Highsmith, Orson Welles y, sí, otra vez, Hitchcock. Es típico de Berger que, una vez establecido su tema de la duplicidad, en lugar de enfatizar la similitud entre personajes hasta el punto de lo fatuo, ejercite en cambio su fascinación por el hecho de que los tipos divergentes sí existen: por muy atrapados que podamos estar por otra persona, el hecho solitario del yo persiste.

Más allá de cualquier otra influencia literaria o compañerismo, la lógica paradójica mediante la cual Berger despliega sus escenas lo relaciona por encima de todo con Franz Kafka. Demasiados escritores contemporáneos se doblegan ante Kafka cubiertos de maquillaje: escenarios ostentadamente ensoñadores y una atmósfera o dicción del este de Europa al estilo del filme de Woody Allen *Sombras y niebla*. Berger conecta con la influencia de Kafka a un nivel más natural y universal, captando la manera en la que el autor checo reconstruía el tiempo ficticio y la causalidad para que sintonizara con sus reservas emocionales y filosóficas sobre la vida humana. El tono de Berger, al igual que el de Kafka, no alaba en ningún momento la paranoia o la desesperación. En cambio, Berger explora la falibilidad del esfuerzo humano por sentirse justificado o consolado a ojos de cualquier otro ser, con gestos meticulosos, e incluso afectuosos, de reserva y pesar. Al igual que ocurre con el más antiguo de los dos escritores, no hay nada tan absurdo o desgarrador como la disparidad entre intención y acto, o la palabra. El resultado de la paciente domesticación del método de Kafka por parte de Berger no tiene, en realidad, nada de onírico. En cambio, Berger ubica esa parte de nuestra vida de vigilia que se desarrolla a la manera de la paradoja de Zenón, donde sólo es posible quedarse angustiosamente corto en cualquier esfuerzo por ser comprendido, o por hacer el bien. De este modo, ilumina lo que era necesario en las exageraciones de Kafka. Y al repartir la diferencia a medio camino de vuelta hacia la plena luz —y situando sus persecuciones diurnas en medio de centros comerciales y urbanizaciones de las afueras—, nos desconcierta aún más profundamente.

Patricia Highsmith es la única otra escritora de Estados Unidos que se me ocurre que ha logrado esta profunda incorporación de Kafka, particularmente en *Rescate por un perro* y *El grito de la lechuza*. Lo irónico es que la justamente aclamada Highsmith hace poco más que sea más que aceptable, en tanto que Berger ofrece éste y otros muchos placeres: paradoja, ingenio, astucia, y la dicción y el vocabulario de un Henry James que se encuentra con H. L. Mencken. Berger es un estudioso del habla norteamericana tan brillante como Nabokov o DeLillo, y sus frases favoritas, sobre todo en diálogos, giran alrededor de fragmentos del habla de diarios elevados a una extraña majestad por la sintaxis circundante. En realidad, si creemos el testimonio (dudoso) del propio Berger, el lenguaje es su único tema. Entre sus incontables y elocuentes reparos a discutir sobre las implicaciones morales, filosóficas o psicológicas de su obra, mi favorito es algo que le dijo a Brooks Landon,

el crítico y comentarista más importante de Berger: «Nunca he pensado que mi trabajo está al servicio del racionalismo profano (el hombre de buena voluntad, el tipo sensato, el “meliorista” social que cree que la novela sostiene un espejo de la sociedad, etc.). Soy básicamente un *voyeur* de palabras que copulan».

Estas objeciones reflejan la desconfianza de Berger por el terreno cambiante del lenguaje, y el horror que le provocan las abstracciones y falsas certezas, lo cual excluye casi cualquier gesto humano menos inmediato que el que una persona cocine un plato delicioso para otra. Todo lo demás está cargado de presunción en el mejor de los casos, y de manipulación desalentadora en el peor: cada persona está sin duda llena de propósitos, y Berger sospecha de los suyos tan desesperadamente como de los de cualquier otro. («Recuerda que entenderás mejor mi trabajo cuando ya no puedas ser más egoísta», le ha dicho también a Landon). Las cartas que tengo la fortuna de recibir de Berger están llenas de intereses: por actores de carácter como Elisha Cook Jr. y Laird Cregar; por los cómics de Superman; por *Una danza para la música del tiempo* de Anthony Powell; por las novelas de Barbara Pym, Marcel Proust y Frank Norris; y también por algunos pero no por todos los escritores y cineastas con los que me he atrevido a compararlo. Quizás el derroche de cultura es otro puerto en la tormenta de la existencia, aunque los personajes principales de Berger no son nunca artistas ni escritores, y los pocos tipos creativos que sí aparecen son, por norma general, bufones u ogros, cuando no ambas cosas.

Brooks Landon ha explorado la rica relación de Berger con Nietzsche, cuya delineación de las personalidades de «esclavo» y «amo» sin duda presagia las víctimas y victimarios interdependientes de Berger. Otro crítico astuto de Berger, John Carlos Rowe, ha apreciado un compromiso con el existencialismo del tipo que estaba de moda en la cultura de posguerra, cuando Berger empezó a escribir (y el cual puede verse que prepara el terreno para las rebeliones de la década de 1960, literarias y no literarias, que Berger resistió de forma ostensible). No estoy cualificado para el comentario filosófico, pero parece inequívoco que los asesinos en *Killing Time* [*Tiempo de matar*] y *El rostro del mal*, tan distintos en otros aspectos, no obstante reflejan una fascinación por las bases existencialistas para el asesinato inmotivado, al estilo de *Crimen y castigo*, de *El extranjero* de Camus, y de *La soga* de Hitchcock. Lo que también está claro es que en sus novelas de amenazas Berger se siente atraído por sus villanos provocadores a causa de su dinamismo y por su talento a la hora de poner a prueba las certezas de la vida diaria, la moral de los policías, etc. Y aun así, a diferencia de los novelistas típicos de su misma generación, como Kesey y Keruac, e incluso Updike y Roth, el disidente contra la autosuficiencia social nunca es el héroe de Berger. En el caso de *El rostro del mal*, el autor me ha confesado que en tanto que tuvo que consultar un ejemplar para poder recordar siquiera el nombre de John Felton, Richie es uno de sus personajes favoritos; no obstante, en otra parte Berger ha

respaldado con entusiasmo el veredicto del título: Richie es malvado, y debe ser destruido. A lo que Berger se resiste en la rebelión social es a su semejanza con aquello a lo que ataca: su suficiencia autoconvalidadora, su buena disposición para manipular en su favor, su jerga moral apresurada, su desinterés pragmático en el misterio de la existencia diaria, su pobre capacidad para escuchar.

Berger no es un escritor experimental en ninguno de los sentidos habituales de la palabra. Pero en su tremenda devoción por la paradoja y la ironía como herramientas investigadoras, su ficción consiste en un experimento interminable e irresoluble sobre lo que puede trasladarse del mar de días humanos vividos a historias útiles y entretenidas, aunque es muy probable que adujera que ninguna historia puede resultar útil, y que luego se mofara de que la intención no era que se entretuviera nadie más que él. Su incertidumbre constituye su ser, y su herramienta. La naturaleza excepcionalmente vertiginosa de una página de su ficción es prueba del experimento diario de su arte.

En el mundo de Berger, las máscaras a menudo se desprenden para revelar otras máscaras, pero con la misma frecuencia lo que se confundió con una máscara resulta ser un rostro. No hay ironía tan conclusiva como para no dar paso a una ironía más profunda, y la más profunda de todas es el hecho de darse cuenta de que a veces las primeras impresiones son las adecuadas, o de que es el raro dilema el que en realidad mejora con la reflexión constante. El destino es para aprovecharlo. Tal como uno de los policías de Berger comentó sabiamente en una ocasión: «La muerte es algo que puede ocurrirle a cualquiera». Nadie, por grotesco o maleducado que sea, se halla tan alejado del dilema humano que no tenga derecho a alguna que otra percepción epifánica, pero no es probable que nadie, por más santo o paciente que sea, pueda utilizar las percepciones que se hallen en el frenesí de una transacción práctica en la que haya otra persona involucrada. Justo en el momento en que la soledad bergeriana parece omnipresente, tiene lugar el contacto de manera inesperada, y aunque las escenas de sexo de Berger con frecuencia son áridas y duras, sus evocaciones tiernas de la esperanza y anhelo románticos pueden ser el aspecto menos apreciado de sus libros. En el mundo de Berger nunca hay un asomo de elegancia, pero cae como una lluvia valiosa esporádicamente.

*El rostro del mal* se encuentra en el lado despiadado de su estante, pero aun así se abren paso algunos raros momentos alegres: de lo contrario, no sería Berger. También es relativamente sobrio, del mismo modo que todos sus últimos libros, aparte de la secuela de *Pequeño gran hombre*. La estructura, difícil de discernir con los altibajos de la primera zambullida en el texto, es elegante y rígida: en la primera parte a John Felton lo persigue y acosa la policía, los transeúntes y su esposa; en la tercera parte, todos ellos lo abandonan. La incursión de Richie es la única nota coherente con su realidad, y es absolutamente caótica: la única persona que muestra interés por John es

un loco. Entre medias, en la segunda parte del libro, Berger profundiza en el punto de vista autojustificativo de Richie, en unas páginas tan finas e inquietantes como la radiografía del cerebro de un tiburón. En esas páginas nos enteramos de que el loco escucha a John por la más sencilla de las razones: le cae bien.

Actualmente Berger tiene 78 años. Es un privilegio poco frecuente ser testigo de la trayectoria de un gran novelista más allá de esa edad, pero Berger sigue incansable, y quizá no sea demasiado pedir varias novelas más. Los libros más recientes son más delicados, más compasivos, y a menudo sirven como consolidaciones manifiestas o encubiertas de secuencias anteriores de su obra. De este modo, *Orrie's Story* [La historia de Orrie] regresó a los panoramas del Medio Oeste de *Sneaky People* y *The Feud*, en tanto que el casi completamente ignorado *Suspects* [Sospechosos] (¿llegó a tener edición en rústica?) visita de nuevo a los sinceros y atribulados (aunque maliciosos en cuanto a método inquisitivo) policías de *Killing Time* [Tiempo de matar], a la vez que los exime de la obligación de hacer frente a un superhombre existencial. Y al igual que la cuarta novela de Reinhart, *Reinhart's Women* [La mujer de Reinhart], protegía a ese personaje acosado por los conflictos históricos de los primeros tres libros, su más reciente, *Best Friends* [Los mejores amigos], podría verse en parte como un suave colofón de las tres novelas de amenazas en las que se incluye *El rostro del mal*. En ella, los personajes hermanados, usurpador y usurpado (¿puedes diferenciarlos?), no se encuentran como desconocidos, sino como amigos de toda la vida que dejan al descubierto la extrañeza oculta dentro de la familiaridad. Pero también es una historia de amor anhelante, otra parábola kafkiana de perspectiva cambiante, y mucho más: Berger ha insistido, en las cartas que me ha enviado, en que al escribir *Best Friends* tuvo la sensación de que era algo distinto a todo lo que había hecho hasta entonces. Como compañero novelista, esto casi hace que se me llenen los ojos de lágrimas. Sólo puedo rezar para que a su edad yo no esté simplemente trabajando, sino trabajando a la manera de Berger, sin presunciones, sin una red de seguridad construida con todas las buenas críticas que ha recopilado durante toda una vida. Cada vez que Berger escribe, se aventura con tan sólo su estilo como coraje.

Como un favor a mi amigo, he evitado la palabra que lo ha perseguido durante sus años en este planeta: no le he llamado «cómico». Pero sería un fallo por mi parte no decir que sus libros me han hecho reír, durante mis años en este planeta, más que muchos otros de los que tengo en los estantes. Predigo que tú también te reirás y que descubrirás, tal como he hecho yo, que esta risa se mantiene incluso después de la contemplación, inevitable tras absorber más de uno o dos de los libros de Berger, de la inmensa angustia en el drama humano universal (aunque se trata de una angustia contemplativa, estable, un poco al estilo de Buda) que necesitaba de su escritura. Berger no es un cómico. Él, como la vida, es, simple y enormemente, la hostia de divertido.



# I

John Felton quizá se había casado demasiado joven, pero quería de verdad a Joanie y, además, ella estaba embarazada y provenía de una familia que, aunque creía que el aborto estaba mal, se hubiera visto deshonrada por un nacimiento ilegítimo, puesto que varios de sus miembros participaban activamente en los asuntos de la iglesia local, y otro en la política del condado. Así pues, se convirtió en padre por primera vez casi al mismo tiempo en que se convertía en esposo.

Y entonces, antes de que Melanie cumpliera los tres años, se le unió un hermano recién nacido al que prudentemente llamaron como al tío de su madre, Philip, un modesto hombre de negocios, que se había retirado con la suma considerable que le había pagado por su local de situación privilegiada (en el que había vendido revestimientos para el suelo) la misma empresa que tenía intención de demolerlo junto con los edificios vecinos para construir un centro comercial de dimensiones medianas en ese terreno. Pero el tío Phil estaba ostensiblemente sano y aún no era ni con mucho tan viejo como para que se le considerara una fuente de ayuda financiera inmediata para sus supuestos herederos. Estaban pagando demasiado por una casa, aun cuando John era agente inmobiliario, en unos momentos en que este mercado estaba en auge.

Trabajaba los fines de semana enseñando casas a posibles compradores cuando los había, y se tomaba los lunes libres, lo cual permitía a Joanie recuperar por la mañana el sueño atrasado, y por la tarde ir a comprar o a la peluquería. Aun así, y aunque él compartía las tareas siempre que estaba en casa, incluidas las llamadas del pequeño Phil a altas horas de la madrugada, el hecho de tener que cuidar de dos niños pequeños estaba dejando huella en su joven esposa, quien, tuvo que admitir, ya tenía aspecto de llevar casada el doble de tiempo del que en realidad era el caso.

Fue una de aquellas mañanas de lunes cuando, con el sonido bitonal del timbre de la puerta principal, empezó el peor día de la vida de John, aunque ya llevaba horas levantado dando de comer a los niños y poniendo las dos primeras cargas en la lavadora/secadora y doblando las prendas mientras aún estaban calientes. Joanie, con un pijama arrugado, desayunaba cereales azucarados en la mesa de la cocina. Iba sin maquillar, así que se le veían los ojos muy pequeños, y llevaba el pelo despeinado. Había habido una época, hacía no mucho tiempo, cuando en condiciones similares hubiera seguido pareciendo una colegiala.

—¿Por qué no pruebas uno de esos pastelillos de arándanos? —le preguntó entonces John.

—¿No están secos?

—Los compré ayer, en Liebman's.

—No sé —dijo Joan, que apartó el cuenco de cereales de los que aún quedaba por lo menos la mitad—. Es que no tengo mucha hambre. —Bebió un poco de café solo en su taza favorita de cerámica marrón que sostenía con la mano izquierda y en la que había que evitar una desportilladura amarilla en el borde—. Siempre imaginé que se suponía que cuando dejabas de fumar, te entraba un apetito tremendo. En mi caso es todo lo contrario. Siempre tenía ganas de comer cuando sabía que luego vendría un cigarrillo.

John nunca había fumado en su vida, y el olor del tabaco encendido siempre le había resultado repugnante. Sin embargo, no fue por él que Joanie había dejado el hábito hacía poco: por fin la habían asustado una serie de exhortaciones antitabaco por televisión. Se tomaba muy en serio sus responsabilidades como madre.

—¿Va bien espaguetis para cenar? —John los hacía todos los lunes por la noche. Era una de sus especialidades. Los hervía y añadía la salsa de almejas blancas enlatada.

—¿Por qué no? —preguntó su mujer de manera retórica, con la cabeza apoyada en la mano derecha y entre sorbo y sorbo de café de la taza que sostenía con la izquierda.

Melanie entró tranquilamente y dijo algo que su padre no oyó con claridad porque fue en aquel preciso momento cuando sonó el timbre de la puerta.

—Vuelvo enseguida —le dijo a su hija al tiempo que rozaba apenas su naricilla con el índice, pero el gesto no la aplacó y empezó a quejarse.

John había heredado la preocupación de su madre con respecto a las llamadas eléctricas: el sonido de un timbre o interfono era forzosamente una emergencia a la que uno debía dar prioridad sobre hemorragias, llamaradas y cualquier importunidad humana. Como se encontraba al fondo de la cocina, se dirigió a la entrada principal a la carrera, no fuera que el solicitante desconocido tuviera que someterse al horror de volver a llamar.

A causa de la misma preocupación, nunca se detenía a mirar a través de la cortinilla de gasa que cubría el rectángulo de cristal situado en lo alto de la puerta para tal propósito, sino que, tal como hizo en aquel momento, se lanzaba a abrir el portal sin tener en cuenta las advertencias sobre los desconocidos que con tanta frecuencia se oían últimamente. Su suegro, por ejemplo, hacía explicar a todo el mundo el motivo de su visita por un micrófono diminuto instalado encima del pulsador del timbre mientras que una cámara de circuito cerrado de televisión instalada cerca del techo del porche los inspeccionaba.

El que llamaba ahora era un hombre de aproximadamente la misma edad que John, un tipo alto entre delgado y nervudo. Echada hacia atrás llevaba una de esas gorras con visera que hoy en día no tan sólo utilizan los jugadores de béisbol o de baloncesto. Él también tenía dos: una que se había comprado para el campo de golf y

la otra que había sido un obsequio promocional en la inauguración de la sucursal de una cadena de ferreterías en el barrio.

—Se me ha parado el coche justo delante de tu casa. —Una mata de sucios rizos rubios llenaba el espacio que quedaba entre la frente y la visera de la gorra.

—¿Quieres que llame al club del automóvil?

La sonrisa del hombre mostraba solamente sus dientes superiores, de manera que hacía falta un instante para identificarla como tal.

—Podrías darme un empujón y ya está. —Hizo un gesto con el hombro—. Sólo hasta donde empieza a bajar la calle.

La pendiente así señalada comenzaba delante de la tercera casa, contando a partir de la de John. Una vez que llegabas a la cima de la colina, probablemente podrías ir en punto muerto sin encender el motor durante más de cuatrocientos metros.

John acompañó al desconocido hasta la acera y allí le preguntó:

—¿Crees que eso servirá?

El hombre no pareció entender la pregunta.

—¡Eh, que con este chisme puedo dejar atrás a cualquiera!

A John nunca le habían fascinado los coches, pero reconoció que aquél era potente, con su tobera en el capó y su morro alargado de color rojo.

—Sí —dijo—, es una preciosidad. ¿Dónde quieres que me ponga?, ¿al lado o detrás?

El hombre abrió la puerta y se sentó en el asiento del conductor.

—Aquí mismo junto a la ventanilla. —Cerró la puerta de golpe, John se agarró al marco y empujó.

El coche se deslizó con más facilidad de la que se había esperado. John poseía una fuerza innata asociada a una constitución fornida. Pero ejercicio había hecho muy poco desde que dejó el instituto, tal vez había jugado a golf tres veces en una temporada, y en aquel momento se dio cuenta de que con el esfuerzo físico le costaba respirar más que antaño.

Justo cuando estaba obteniendo cierta satisfacción con el esfuerzo que estaba haciendo, el hombre de detrás del volante se quejó:

—¿No puedes hacer un poco más de fuerza? Apenas nos movemos.

John se sintió molesto. ¿Podía ser verdad? Tal vez debería mirar al suelo. Bajó la cabeza, clavó la mirada en el asfalto que tenían debajo y empujó con todas sus fuerzas contra el marco de la puerta. Desde luego el vehículo se movía: no podía haber ninguna duda al respecto. Pero por lo visto el conductor era una de esas personas que sólo se revelan a los demás con observaciones negativas.

En aquel momento gritó:

—¡Eh! Para ya, ¿quieres?

John levantó la mirada. Era cierto que habían llegado a la cima y que ya no había



necesidad de seguir empujando. Pero la urgencia implicada en sus palabras era injustificada. Aquél era el hombre que acababa de reprenderlo por hacer demasiado poco.

—Pisa el freno y ya está.

—No tengo frenos, imbécil —gruñó el hombre.

No era necesario ser desagradable, y aunque normalmente era un tipo afable, John hubiera retrocedido y replicado de la misma manera de no ser porque descubrió que el faldón de su vieja camisa de trabajo, la cual, acorde con su día libre, llevaba por fuera de sus viejos chinos manchados de pintura, se había enganchado en la puerta del coche cuando el otro hombre la cerró de golpe al principio.

Por suerte, el coche todavía se estaba moviendo despacio. A paso ligero, John agarró la manija de la puerta. Estaba cerrada. Metió la mano dentro para tirar del pestillo, pero sólo había un agujero vacío. Gritó a través de la ventanilla abierta, directamente al oído del conductor, pero el hombre estaba absorto. Alargó más la mano e intentó encontrar y accionar el mecanismo a tientas, pero le resultaba desconocido y además el coche había empezado a ir más deprisa. Tuvo que acelerar el paso. Al borde del pánico, sujeto a esa masa de acero que iba ganando velocidad por la larga pendiente, dejó la cerradura y golpeó al conductor en el hombro, pero entonces, como el hombre no reaccionaba y John ya estaba corriendo, rodeó el flaco cuello del conductor con ambas manos, y lo hubiera ahogado de no ser porque el coche se detuvo casi en seco con una sacudida.

Aliviado del miedo pero aún más enojado que antes, John retiró la mano de la garganta del hombre, pero dejó la que tenía en su nuca.

—¡Abre la maldita puerta!

El conductor obedeció la orden y se retorció para zafarse de él.

Llegados a aquel punto, John debería haberse limitado a dar media vuelta y marcharse, pero se quedó allí, incrédulo.

—¿Era una broma? ¿Tenías frenos desde el principio? ¿Qué es lo que te pasa?

El conductor frunció el ceño.

—No tengo frenos. Paré metiendo una marcha.

—¿Es que no sabías que se me había enganchado la camisa en la puerta?

—¡Estaba ocupado! Eso era asunto tuyo, ¿no?

Ahora que se había calmado un poco, John vio cierta justicia en el argumento del otro, pero había invertido demasiado de sí mismo para reconocerlo.

—Mira —dijo el otro—, desde aquí ya puedo ir en punto muerto, pero ¿dónde está la gasolinera más próxima?

—Tuerce por Randolph —le indicó John—. La encontrarás al pie de la colina. Dobla a la derecha por Walton y dirígete a Church. Allí hay una gasolinera, en la esquina nordeste. Pero ¿cómo vas a parar cuando tengas que hacerlo? ¿Vas a seguir

metiendo una marcha? Eso no puede ser bueno para tu coche. Además, allí abajo el terreno es llano. Una vez que pares, ya no podrás seguir.

—Bueno, eso es problema mío, ¿no? —repuso el hombre afablemente—. Gracias por la ayuda. Lamento lo de tu camisa.

John pensó que hacía tan sólo un momento había estado intentando estrangular a ese tipo. Se avergonzó al recordarlo, aunque su víctima no parecía guardarle rencor. Siguiendo un impulso culpable, dijo:

—Será mejor que vaya contigo, sólo por si acaso.

—Si quieres. —El hombre accionó el cambio de marchas y el coche empezó a moverse—. Sube. No puedo volver a parar.

Teniendo en cuenta su benévola oferta, aquello parecía una grosería. Cuando John consiguió situarse al otro lado, el vehículo avanzaba a tal velocidad que lo único que pudo hacer fue alcanzar la puerta del acompañante, abrirla y lanzarse dentro, con lo que se magulló dolorosamente la rodilla con algún saliente.

A pesar de la velocidad, sin embargo, el conductor no tenía ninguna prisa por meter las marchas. Una omisión que, cuando se encontraban a mitad de la cuesta, John consideró inexplicable.

—¿Por qué no metes la marcha?

El hombre joven de la gorra estaba conduciendo con una sola mano y la muñeca relajada, la mano izquierda concretamente. No parecía en absoluto preocupado por el estado del automóvil. Al final volvió la cabeza perezosamente.

—Quieres que le dé un poco de caña, ¿es eso? —Sin dejar de mirar a John, accionó la palanca de cambio con el puño libre. El coche cobró vida con un estruendo. Rodaban ya muy rápido, y con el nuevo empuje el vehículo se lanzó cuesta abajo como un cohete. La inercia mantenía a John pegado al respaldo del asiento, aunque de todos modos no hubiera podido hacer mucho más de lo que hizo: gritar de indignación.

Guardó silencio al ver, a menos de media manzana por delante de ellos, la parte trasera de una furgoneta comercial que daba marcha atrás para salir a la calle desde una entrada privada. John no llevaba el cinturón de seguridad puesto, y sus fantasías de que en caso de emergencia sabría qué hacer de forma instintiva resultaron inútiles. Sólo estaba seguro de que la colisión inminente sería letal para él, y esa certeza era paralizadora.

En realidad, no hubo ningún choque. Conduciendo todavía con una sola mano despreocupada y desdeñando el uso del claxon, el conductor realizó un amplio giro sin ningún esfuerzo, tan amplio que las ruedas debieron de meterse en la cuneta del otro extremo, y continuó cuesta abajo a toda marcha, a una velocidad aún mayor.

John recuperó su furia:

—¿Estás loco? Si hubiera habido tráfico en sentido contrario...

—Pero no lo había —se pavoneó el hombre, que dio una palmada en el volante y soltó una risotada.

John intentó salir cuando llegaron al terreno llano, donde el coche podía detenerse utilizando las marchas. Si ese idiota hacía caso omiso de su orden, el uso de la fuerza física volvería a quedar justificado.

Pero al llegar al pie de la colina, el otro hombre describió una curva prudente, a una velocidad que de alguna forma sutil se había reducido a moderada, y condujo a lo largo de la manzana hasta la gasolinera antes de que se diera una ocasión razonable de exigir que el vehículo fuera detenido en el recorrido.

Al bajar del coche, con la perspectiva de una caminata considerable de vuelta a casa, gran parte de la cual era cuesta arriba, John se dio cuenta de que todavía le dolía la rodilla del golpe que había recibido al saltar al interior del vehículo en marcha.

—Espera un minuto —dijo el conductor, que se apeó de un salto—. Te llevaré en cuanto llene el depósito.

John le dio la espalda al hombre. Cojeando, había llegado al borde de la plataforma de cemento cuando pensó en la implicación de lo que el tipo había dicho. Se detuvo y se dio media vuelta.

El conductor, que había estado observando su marcha, sonrió y dijo:

—¿Es que no sabes aceptar una broma?

—¿Te refieres a lo de los frenos? —preguntó John con enojo—. Tus frenos están bien. Los usaste ahora mismo para parar, ¿no es cierto? —Además, el coche estaba en los surtidores, no situado para entrar en el garaje, que es donde habría tenido que ir para reparar el motor supuestamente estropeado y los frenos de los que carecía según dijo—. Y al motor no le pasa nada.

—Ahí te equivocas —dijo el hombre, que tiró de la visera de la gorra—. De hecho, le hace falta una puesta a punto, y los frenos tienen tendencia a perder eficacia. —Había llegado la empleada. Era una chica joven y flaca, con el cabello metido dentro de la gorra, sin maquillaje—. Súper. Llénalo. —Caminó hacia John con una mano huesuda tendida—. Vamos, no he matado a nadie, ¿verdad que no?

A John siempre le había resultado difícil mantener una actitud negativa hacia un ser humano en persona. Era una especie de miedo. No era ni mucho menos un cobarde en el sentido literal de la palabra. En una ocasión se había zambullido en un río crecido para rescatar a un niño aun cuando nunca había sido un nadador extraordinario. Pero no veía ninguna razón por la que tener un buen concepto de aquel idiota e hizo caso omiso de la mano extendida.

—Dime una cosa: ¿por qué llamaste a mi puerta?

El hombre bajó el brazo al fin y contestó en tono acusador:

—Estaba a punto de quedarme sin gasolina. La aguja marcaba cero.

—¿Y por qué no lo dijiste?

—Temía que creyeras que quería extraerla del depósito de tu coche. —Echó hacia delante su fino mentón, pero no con gesto agresivo, sino de seriedad—. Nadie confía en nadie hoy en día.

Era muy cierto, y en otra situación John bien podría haber sido el primero en estar de acuerdo, pero en ese caso el sentimiento lo expresaba el hombre menos adecuado.

—¡Sigues mintiendo! —exclamó John con una sensación de ultraje—. Tenías gasolina suficiente para ir cuesta abajo a toda velocidad.

El otro meneó la cabeza.

—Si decides pensar lo peor de alguien, entonces no hay absolutamente nada que pueda hacerte cambiar de opinión. Pero en un depósito vacío siempre queda un poco de gasolina, y al ir cuesta abajo inclinado el líquido se va hacia delante y puede arder. Pero no me creas a mí, pregúntale a ese tipo. —Señaló por encima del hombro a la empleada—. Mira, supongo que no manejé bien la situación. Puede que no sepa cómo tratar con la gente, pero no soy mala persona. Estoy dispuesto a disculparme. —Volvió a ofrecerle la mano—. ¿Qué me dices?

Era la clase de petición que John no podía haber rechazado sin ser una persona completamente distinta de la que era.

—De acuerdo —dijo, e incluso añadió la mentira (porque tenía la rodilla dolorida)—: No pasa nada, supongo. —No le gustó el tacto de sus dedos, pues aunque eran en apariencia huesudos, resultaban un tanto blandos y flexibles, como si los huesos fueran gelatinosos—. Es una chica.

—¿Eh?

—La empleada.

El hombre se volvió a mirar. Entonces sonrió con satisfacción y, en voz lo bastante alta como para que la mujer lo oyera, comentó:

—Es un callo.

Un comentario innecesario y desagradable, pero al menos la empleada no dio muestras de haberlo oído, y fue rápidamente seguido de lo que pareció una sincera preocupación por el bienestar de John.

—Déjame que te lleve de vuelta a casa en cuanto me haya ocupado de esto. —Se dirigió a la empleada, que estaba colgando la manguera. Tras intercambiar una o dos palabras, ambos caminaron hacia la oficina y entraron.

John dispuso de un momento durante el que debatir consigo mismo si aceptar o no que lo llevara. Seguía sin gustarle aquel desconocido, y en realidad no confiaba en él. Había personas, el hermano de Joanie entre ellas, que tenían por costumbre actuar mal y luego pedir perdón. Tras una serie de episodios semejantes, la víctima se volvía más juiciosa, a menos, por supuesto, que el juicio se viera corrompido por lazos de sangre.

Más adelante, al recordarlo, John identificaría aquel momento como una de las

muchas primeras oportunidades que tuvo de evitar la catástrofe hacia la que se dirigía sin darse cuenta, pero no la aprovechó y esperó en cambio a que el hombre volviera. No entró todavía en el coche. Se quedó allí de pie, de espaldas a la oficina. Él no echaba gasolina allí, en una estación de servicio completo, sino que ahorraba dinero llenando él mismo el depósito en una gasolinera que había a cosa de kilómetro y medio al este. En aquel barrio de tiendas pequeñas con apartamentos encima (tan cerca y a la vez tan lejos de su casa), no había propiedades como las que probablemente estarían en la lista de su agencia, la cual se especializaba en las mejores casas, aquellas que estaban valoradas en un millón o más, y de las que naturalmente se encargaban una u otra de las dos socias cuarentonas dueñas del negocio, Miriam y Tess, y no él mismo, cuya especialidad se consideraba, muy apropiadamente, las casas al alcance de las parejas jóvenes, o más bien aquello de lo que podías convencerles que estaba a su alcance, puesto que una propiedad a un precio razonable era una cosa del pasado, incluso durante los períodos llamados de crisis. ¡Cuántas veces los posibles compradores le habían dicho a John que crecieron en la mejor casa de la manzana, con cuatro baños, piscina en el jardín y un garaje del tamaño de un gimnasio, por todo lo cual sus padres habían pagado cincuenta, y ahora no había nada más barato que *aquello*: dos dormitorios, un baño y medio y un tejado que necesitaba un nuevo entablillado, por doscientos veinticinco!

El hombre de la gorra apareció junto al capó del coche rojo. Llevaba unas zapatillas deportivas de aspecto caro, tan grandes y de un blanco tan deslumbrante, con unas tiras azul marino en forma de rayo, que John no entendía cómo no se había fijado antes en ellas.

El tipo le preguntó en tono enojado si recordaba haberle oído decir a «ese cardo» que comprobara el aceite.

—No te oí decirlo. De todos modos, ¿por qué estás tan enfadado con ella? Sólo es alguien que pone gasolina.

—¡No quiso aceptar mi tarjeta de crédito! —Sacudió la cabeza, molesto, y le hizo un gesto—. Vamos, salgamos de aquí antes de que pierda los estribos de verdad. —Rodeó el coche hasta el lado del conductor y se metió dentro. Cuando John ocupó su sitio de mala gana (la rodilla le daba punzadas; necesitaba que lo llevaran), el joven, sin hacer ademán de ir a estrecharle la mano de nuevo, dijo—: Me llamo Richie —y puso el motor en marcha.

—John Felton.

—Muy bien, Johnnie, pues vamos allá. —Richie salió de la gasolinera lentamente.

—No —replicó John—, no es Johnnie, ni John Boy, ni tampoco Jack.

Richie sonrió.

—Quieres las cosas a tu manera, ¿verdad? Lo respeto. Sé que dejo que la gente

me mangonee demasiado y luego me enfurezco. Ojalá pudiera ser más como tú, dejar las cosas claras de entrada, estamos en un país libre. En cambio, yo siempre me ando con rodeos, lo admito. Tengo que superarlo. ¿A quién intento impresionar?

John encontró estos comentarios tan carentes de sentido que, en un esfuerzo por no hacerles caso, también pasó brevemente por alto el hecho de que Richie había girado en dirección opuesta al salir de la gasolinera. Sin embargo, cuando cayó en la cuenta, le indicó con brusquedad:

—Toma la próxima a la derecha, luego tuerce otra vez a la derecha a la siguiente manzana y vuelve a Maple. Quiero ir directamente a mi casa.

—¿No es eso lo que dije que haría? —preguntó Richie con exagerada consternación—. ¡Dios mío! ¡Qué susceptible que puedes llegar a ser, John! No me importa. Me caes bien. Eres de la clase de personas que me gustan. Lo que en realidad tendría ganas de hacer es pagarte un buen desayuno en alguna parte para devolverte el favor que me hiciste.

—Ya he desayunado —dijo John en tono resuelto—. Y no me debes nada, porque no se puede llamar favor a lo que he hecho.

Richie se caló más la gorra sobre la frente, ocultando los rizos sucios de delante, pero dejando otros al descubierto por detrás.

—Espero que no vayas a rechazarme una taza de café. No he comido nada desde que me levanté esta mañana. —Apuntó un dedo largo, flaco y huesudo a algo que había al otro lado de la ventanilla de John, que resultó ser una tienda de donuts, y conduciendo con la otra mano, se abalanzó con el coche encima de la acera justo delante del establecimiento, aunque el espacio estaba señalizado de manera muy visible como zona de carga y descarga, con unas franjas chillonas del color amarillo de prohibido aparcar.

John ya había tenido suficiente. En cuanto el coche se detuvo, abrió la puerta. Pero al apoyar el peso del cuerpo sobre los pies se encontró con que a duras penas podía utilizar la pierna de la rodilla maltrecha, que se le había entumecido estando en reposo. ¡Mira que verse metido en tan detestable apuro como resultado de echarle una mano a alguien! No era justo.

Si bien hasta entonces la actitud de Richie había sido exclusivamente egocéntrica, en aquel momento se fijó en él y le preguntó.

—¿Por qué cojeas?

—Olvídalo.

—Vamos.

—Me di un golpe en la rodilla. No es nada, ya se me pasará.

Richie frunció el ceño.

—¿Vas a demandarme?

—¿Por qué?

—Siempre te arriesgas cuando recoges a alguien. —Richie enseñó los dientes—. Puede que esa persona sólo esté buscando una excusa para demandarte por lesiones y ponerte un pleito.

—Tú *no* me recogiste. Pero no te preocupes, no voy a demandarte, por el amor de Dios. No tuvo nada que ver contigo. —Por supuesto que sí tenía que ver con él, pero John habló así por motivos de orgullo.

El otro se lo quedó mirando un momento a través de unos ojos acuosos de un azul pálido que daban una impresión de frivolidad moral y tal vez mostraban indicios de mala salud física. Aunque John era consciente de que aquella clase de juicios eran notoriamente muy poco fiables, no podía abstenerse de hacerlos. La primera vez que conoció a su suegro, supuso por su cara redonda y regordeta que era otra clase de persona de la que en realidad resultó ser. De hecho, la primera vez que había visto a la propia Joan, como compañera en la universidad, le había parecido que no era su tipo, con ese modo de andar torpe y el peinado que a él menos le gustaba, pero en su caso fueron los ojos los que lo fueron cautivando, así como su personalidad alegre, la cual se había apagado un poco con la maternidad.

Richie puso fin a su mirada con lo que sin duda consideraba que era su sonrisa de marca personal. Sin embargo, no tenía las pecas indispensables que la hicieran de una guapeza indiscutible, cosa que John agradeció.

—Deberías ir a que te lo miraran —dijo Richie—. Te acercaré a la clínica más próxima enseguida. Sólo deja que me tome un café.

—Claro —respondió John, que ya estaba impaciente por escapar—. Entra. Yo no quiero nada. —Estaba preparado para resistirse a una discusión, pero Richie asintió dócilmente con la cabeza y se dirigió hacia las puertas de cristal llenas de pegatinas de la tienda de donuts.

John había decidido ir andando desde allí, pero el dolor que sintió al dar los primeros pasos le hizo desviar la mirada, y al hacerlo se fijó por casualidad en que justo al otro lado de la calle había una estrecha oficina de un servicio de taxis del barrio. De pronto el tráfico era tan denso que no le permitía cruzar por el centro de la manzana. Fue mientras iba cojeando incómodamente hacia la intersección cuando oyó el inquietante chirrido de unos neumáticos que patinaban, y al volver la cabeza vio que el pequeño utilitario blanco chocaba en diagonal contra el automóvil de Richie, rebotaba y atravesaba la intersección haciendo eses, evitando milagrosamente todos los demás vehículos cercanos, incluido un camión grande contra cuya parrilla frontal de acero de aspecto brutal bien podría haberse estrellado de no ser porque el destino lo determinó de otro modo.

John fue primero a inspeccionar los daños en el coche de Richie porque se encontraba más cerca de éste que del otro, que de todos modos se había detenido sin más colisiones y cuya conductora parecía estar bien cuando se apeó de un salto con

una energía asombrosa para alguien en semejante situación. Era una mujer menuda, pero tenía una cabeza grande de rizos color naranja. Llevaba minifalda y tacones altos. Incluso desde aquella distancia, vio que iba muy maquillada.

En el lado del conductor del coche de Richie había una marca alargada de la rozadura. La joven caminó en dirección a John.

Cuando llegó junto a él, le preguntó, con lo que parecía preocupación sincera:

—¿Alguien ha resultado herido?

—No. ¿Y tú?

—Me parece que ni siquiera el coche ha resultado muy dañado —repuso ella haciendo que sus ojos, con sus pestañas postizas, parecieran aún más grandes. Levantó el bolso y empezó a rebuscar dentro—. Lo cubriré todo. —Sacó y agitó unos documentos pequeños que podrían ser un permiso de conducir y la matriculación.

—Creo —dijo John— que lo que también te hace falta es la tarjeta del seguro. Probablemente esté en la guantera. —Era la ley—. Pero este coche no es mío.

—¡Eh! —gritó ella con mala cara—, si no es tu coche, ¿qué tienes que ver con él? —Tenía una voz fuerte a pesar de poseer un cuerpo menudo, y a John le hizo pensar en uno de esos niños con talento que en ocasiones aparecen y cantan una canción a pleno pulmón en una actuación con público con el volumen y la presentación propios de un veterano de Broadway.

Pero estaba molesto.

—Soy un testigo.

Estaba claro que ella no había pensado en eso. Lo hizo entonces y se enfurruñó, con lo que su abultado labio inferior avanzó rezumando.

—Si ya has decidido que la culpa fue mía, ¿qué puedo hacer?

—Yo no he decidido nada en absoluto —repuso John—. Pero no es una cosa que alguien haría a propósito, de eso estoy seguro —sonrió—. Yo sólo soy un transeúnte. El propietario del coche está ahí adentro. —Señaló la tienda de donuts.

—Oh-oh —dijo la joven mirando hacia su coche—, ha venido la poli. —Se acercó a John y lo agarró del brazo—. Hazme este favor. Di que estabas conmigo. —Él retrocedió, pero ella se aferró a él desesperadamente—. No tienes que decir que conducías. Ya me llevaré yo el palo. Pero tengo un permiso de prácticas, de éstos en los que tienes que ir acompañado por un conductor habitual, ya sabes. —Le sacudía el brazo con ambas manos. La multitud que se había formado a consecuencia del accidente no tardaría en reparar en ellos. Alguien que se encontraba cerca de su coche había identificado a la joven y un agente se dirigía hacia ellos andando tranquilamente—. Por favor —dijo la mujer—. Podemos quedar un día si quieres.

El hecho era que a John sí que le resultaba sexualmente atractiva de ese modo abstracto en que se ven las mujeres desde cierta distancia, o en las ilustraciones del mundo del espectáculo, no por experiencia personal. No era una persona con la que,



por lo común, tendría, o querría tener, contacto. Estaba deseando bromear sobre ello con Joanie: sobre que había tenido una oportunidad con aquella tía buena, con su cabeza de color encendido y sus ojos demasiado brillantes. Pero, hablando más seriamente, no aprobaba que alguien condujera sin estar debida y totalmente autorizado. En aquella época no era ninguna broma, sobre todo si eras padre de niños que podrían ser arrollados por semejante ciudadano delincuente. Sin embargo, iba en contra de sus principios rechazar una petición de nadie, y mucho menos de una mujer. Lo que ocurría era que le parecía injusto encontrarse en aquella situación.

Pero todo aquello *no* era asunto suyo. Lo propio sería que no estuviera allí en absoluto. Todo era culpa del maldito Richie..., que, por cierto, ¿dónde estaba?

—Mira —le dijo a la mujer del cabello rojizo haciendo caso omiso de su proposición indecente—, iré a buscar al propietario de este coche. Es lo único que puedo hacer.

Se dirigió a la tienda de donuts y empujó la puerta contra un grupo de personas que se habían acercado a ella para contemplar la escena de la calle. Richie no estaba entre ellas, ni tampoco se le veía entre los que miraban boquiabiertos por las ventanas. John estaba exasperado, pero entonces se preguntó por qué se molestaba por todo aquel asunto. Volvió a salir.

El policía conversaba con la joven. John supuso que si ésta tuviera problemas graves, no dudaría en ofrecerse al poli. Les dio la espalda y empezó a caminar en dirección a su casa. Con el alboroto del accidente se había olvidado por unos momentos de la rodilla dolorida, pero entonces se acordó desagradablemente. Sin embargo, cuando apenas había dado un par de pasos dolorosos, oyó una orden por detrás de él que hizo que se detuviera.

—¡Eh, usted! —Era el policía, sin los buenos modales que se les suponía a los agentes actualmente.

John retrocedió cojeando al ver que un dedo doblado lo llamaba por señas.

—Yo no tengo nada que ver con esto —dijo fríamente.

—Nadie ha dicho lo contrario —repuso el policía, que hizo del comentario una reprimenda ligeramente amenazadora—. Déjeme ver su permiso de conducir, señor, por favor. —Aquello fue más educado, sin duda, pero John nunca había oído que le pidieran nada semejante a un transeúnte.

Fue a coger la cartera cuando recordó que la había dejado en casa. Había salido con la intención de no pasar de la acera frente a su casa.

—No lo llevo encima. Yo no conducía ningún coche.

—Usted era un pasajero en un vehículo que conducía una persona que sólo tiene permiso de prácticas. —El agente era mucho más joven que John, con las mejillas sonrosadas propias de un muchacho, pero junto con la placa le habían colocado también el obstinado sentido policial de representar la verdad exclusiva.

—No, él no conducía —intervino Richie por detrás de John, apareciendo como de la nada—. Este hombre no iba en ese coche, era yo.

—¿Usted iba de pasajero en el coche? —La voz del joven policía era profesionalmente neutral.

Richie se acercó a John. Ya no llevaba puesta la gorra con visera y tenía el cabello mojado, con los rizos alisados hacia atrás de modo que parecían casi negros. Aquella mínima alteración había cambiado considerablemente su aspecto, tanto que John quizás hubiese tardado un momento en reconocerlo de no haber oído su voz.

—¿Pasajero? —preguntó Richie con incredulidad—. Yo conducía. La joven era la pasajera.

—Según esta joven no fue así —replicó tenazmente el policía, que tensó el mentón.

Richie había sacado un billetero del bolsillo de atrás y cogió de él lo que parecía un permiso de conducir.

—Mire, agente, mi prometida es una chica estupenda, pero no voy a dejar que cargue con la culpa por mí. —Le entregó el carné—. Lo cierto es que se me cayó un cigarrillo encendido al suelo. Cuando bajé la mano para cogerlo, perdí el control del coche.

—La señorita —insistió el solemne policía— dice que le pasó algo al volante y que ella...

—Señor —terció Richie—, perdone que le interrumpa, pero vuelva a preguntárselo. —Se volvió a mirar a la mujer—. Cariño, cuéntale la verdad.

La chica de cabello rojo se encogió de hombros y dijo:

—De acuerdo. Sí, es tal como él dice.

—¿Conducía él?

—Así es.

El policía asintió pesadamente con la cabeza, a regañadientes, molesto por el hecho de que le hubieran mentido de entrada. Se tomó una leve venganza con Richie pidiéndole que lo acompañara hasta el coche patrulla y esperara mientras él comprobaba por radio su permiso de conducir. Y, mirando el documento, añadió:

—Debería quejarse al Departamento de Vehículos Motorizados: le hicieron una foto horrible.

Cuando los otros dos ya no podían oírles, la joven le preguntó discretamente a John:

—¿Qué se trae entre manos?

—¿Richie? —preguntó John a su vez en tono desdeñoso—. ¿Cómo voy a saberlo?

—Es tu amigo.

—¡Ni hablar! Sólo me estaba acompañando... Es una larga historia.

—Soy consciente de que me está haciendo un favor...

—A mí no me preguntes —dijo John—. Lo único que puedo decir es que será mejor que vayas con ellos. Deberías saber qué está diciendo.

—De acuerdo —repuso ella con fervor—. Pero, oye: ¿tú vienes conmigo?

—¿Yo? Yo sólo soy un transeúnte, en serio. —La despreciaba por haberse ofrecido de hecho a irse a la cama con él, por no mencionar que nada de todo aquel asunto era ni remotamente de su incumbencia. Pero cuando ella dijo «Vamos», lo agarró del codo y tiró de él añadiendo: «Eres el único en el que puedo confiar», él se dejó arrastrar más aún en una situación que lo inquietaba, pero que ciertamente todavía no reconocía como una creciente calamidad. Nunca había sido capaz de rechazar la súplica de una mujer pertinaz.

El policía estaba sentado en el coche patrulla con el micrófono en una mano y el permiso de conducir de Richie en la otra.

John empezó a hacerle una pregunta a este último, pero Richie puso los ojos en blanco de forma elocuente y se dio media vuelta. En aquel momento no quería hablar, por lo visto le preocupaba que la verdad pudiera salir a la luz, aunque en realidad la intención de John era meramente recordarle que no había cerrado su coche, una omisión imprudente en los tiempos que corrían. Incluso en los barrios residenciales había mucha gente en las aceras que no dudaría en llevarse el vehículo mientras su propietario hablaba con la policía.

No le fue tan fácil a Richie eludir a la joven, que consiguió alejarse con él de la puerta del coche patrulla y dijo en voz baja, pero incluyendo a John, a cuyo lado estaban los dos:

—Gracias, pero ¿qué es lo que está pasando?

Richie miró con cuidado al agente y luego, con una sonrisa de satisfacción, repuso:

—Me esperaba un poco más de gratitud.

—Claro —dijo ella—. Pero ahora mismo no entiendo nada. No nos conocíamos, ¿no es cierto?

Él murmuró:

—¿Quién dice que la caballerosidad ha muerto?

El agente colgó el micrófono. Habló por la ventanilla de su coche.

—Muy bien: ya está comprobado.

Richie agarró a John de la muñeca.

—Y este caballero consiente en solucionar esto con nuestras compañías de seguros.

El policía miró a John.

—¿Usted es el propietario del otro vehículo?

Fue un error no terminar allí mismo con su implicación, pero John no consiguió

mentir descaradamente. Por lo tanto, como respuesta a la pregunta no dijo nada en absoluto, esperando que el joven policía la repitiera e insistiera en obtener una contestación. En cambio, fue Richie quien intervino enseguida.

—El camión grúa de la Triple-A está de camino. Ahí estaba yo justo después de que ocurriera: al teléfono.

El agente llamó a la mujer para que se acercara a la ventanilla y le devolvió la documentación. Entonces inclinó su cabeza con gorra para escribir en un bloc que apoyó en el volante. Acto seguido entregó a Richie una citación diciéndole:

—Me ciño al reglamento: conducción temeraria. Tendrá que explicárselo al juez. Ese no es mi trabajo. Mi trabajo es proteger la seguridad pública.

—Por supuesto —dijo Richie, que aceptó el impreso sin mirarlo—. Lo entiendo. Ha sido usted muy amable, agente.

—Y ahora, si puede, acerque su vehículo a la acera mientras espera a la grúa —dijo el policía—. ¿Arranca o necesita que le empujen?

—No hay problema —contestó Richie.

El policía miró hacia el coche que se encontraba frente a la tienda de donuts, el que él creía que pertenecía a John, y le dijo a su supuesto propietario:

—Veo que usted ya ha movido el suyo. ¿Dónde está?, ¿al doblar la esquina? —Pero no esperó respuesta, arrancó el motor del coche patrulla y lo hizo avanzar lentamente mientras añadía—: Muy bien, intente mantenerse fuera de peligro una temporada.

John no supo si aquellas últimas palabras las había dicho con ironía, y al darse la vuelta vio que, tal como había querido predecir, una persona o personas desconocidas se habían llevado el coche de Richie. Actualmente quizá fuera una cosa rutinaria que el buen samaritano fuera castigado, pero por lo general no ocurría con tanta rapidez después de consumada la buena obra. Por ayudar a la mujer del pelo rojo, Richie había recibido una recompensa aún más negativa de la que había obtenido él por ayudar a un desconocido.

Corrió hacia el utilitario. Richie acababa de sentarse tras el volante.

—¡Te han robado el coche!

Richie sonrió y dijo:

—Cálmate.

—No pueden haber ido muy lejos...

La joven del pelo rojo estaba en el asiento del acompañante. Miró la parte posterior de la cabeza de Richie con una aparente mezcla de emociones, una de las cuales parecía ser temor. Entonces preguntó:

—¿Funciona? Si funciona, puedo llevármelo de aquí.

Richie no le hizo caso. Se dirigió a John y le dijo:

—Pues alguien me ha hecho un favor. Ya viste los problemas que tenía con ese

pedazo de chatarra. Ahora puedo reclamar al seguro. —Le guiñó un ojo—. Vamos, sube.

—Sí —terció la joven al tiempo que se estiraba para que la viera—. Ven con nosotros. Por favor, ¿eh?

—No puedo —les dijo John—. Tengo que volver a casa. Para empezar, no tengo nada que hacer aquí. —Daba la impresión de que habían pasado horas desde que había respondido a la llamada a la puerta. Estando en casa durante su día libre nunca se ponía el reloj, de manera que no sabía la hora exacta, pero había estado fuera el tiempo suficiente como para que Joanie se preguntara qué había sido de él, y que incluso se preocupara.

—Ya lo ves —dijo Richie con un movimiento de la cabeza para hacer referencia a la mujer—, todo el mundo te quiere.

A John se le ocurrió pensar que tal vez la chica del pelo rojo le hubiera hecho a Richie el mismo ofrecimiento que le había hecho a él. A decir verdad, sería lo justo: era indudable que él le había salvado el pellejo con el policía. Pero quizás ahora ella se lo había pensado mejor. Richie lo irritaba, pero como él era el más fuerte físicamente, John no se sentía ni mucho menos amenazado. Sin embargo, podía ser que una mujer tuviera otro punto de vista.

—¿Vives por aquí cerca? —le preguntó a la joven—. ¿O vas a algún lugar en las inmediaciones? Si está cerca, iré con vosotros. Pero luego decididamente me voy a casa.

En lugar de responderle, la mujer dirigió la mirada a la parte trasera de la cabeza de Richie en tono preocupado:

—Escucha, dame esa citación. No voy a dejar que pagues por lo que hice yo.

Richie le dijo a John:

—Tienes que dejar que te lleve a casa. Tu pierna está empeorando.

Tenía toda la razón y John se quedó asombrado, e incluso se sintió halagado, de que pudiera percatarse de ese asunto con todo lo que había ocurrido cuando incluso él mismo había dejado de pensar en ello. Sin embargo, su intención era separarse de ellos sin más compromisos.

—Pensándolo mejor —dijo—, creo que tomaré un taxi. —Pero para no parecer demasiado duro, preguntó con una sonrisa incrédula—: ¿De verdad vas a dejar que te roben el coche así?

Richie hizo una mueca de duda.

—Ya está hecho. Ahora mismo no sabría por dónde buscado.

Por detrás de él, la mujer le hacía señas a John enérgicamente, pero éste no sabía lo que quería, salvo tal vez inducirlo a alguna situación incómoda. Él tenía la conciencia tranquila, era ella la que no se había molestado en responder a su pregunta.

A Richie le dijo:

—Lo que quiero decir es que al menos lo denunciarás a la policía, ¿no?

—¿A la policía? —preguntó el joven en tono burlón—. ¡Es probable que fueran ellos los que lo robaron! Mientras ese canalla hablaba conmigo, quizá su compañero se escabullera hasta el vehículo y se lo llevara. —Golpeó el volante con sus dedos alargados, con lo que dio la impresión de tener más nudillos que la mayoría—. John, ambos sabemos que es la policía la que comete gran parte de los delitos hoy en día.

No había motivo para responder de ninguna manera a una afirmación tan ridícula como aquélla.

—De acuerdo —dijo entonces, y sin pensarlo añadió uno de los clichés de despedida que había utilizado toda su vida—: Cuídate.

—¡John! —gritó la mujer—. ¿Puedo hablar contigo, por favor? —Había salido del coche y estaba al otro lado.

—¡Eh! —El tono de Richie era amenazador—. Vuelve aquí.

A John no le gustó aquello. Le dijo a Richie:

—Si quiere hablar conmigo, puede hacerlo. Además, éste es su coche.

Richie levantó las manos del volante con gesto sumiso.

—De acuerdo, de acuerdo. ¡Qué susceptible que eres!

La mujer se reunió con él a medio camino, junto al parachoques trasero. Le habló en un tono intencionadamente bajo para que Richie no la oyera, pero al cabo de un momento éste inutilizó dicha precaución poniendo la radio a todo volumen y cerrando la ventanilla, con lo cual les proporcionó una intimidad tan excesiva que la medida pareció absurda.

—Quiero que vengas con nosotros —dijo la mujer—. No me fío de este tío. Sé que acaba de ayudarme sin que se lo haya pedido, pero tiene algo malo. Créeme. —Con el denso delineador y la sombra de un tono azul verdoso daba la sensación de que le dolieran los ojos.

—Pues échalo de tu coche —repuso John—. Yo te respaldaré en eso, si quieres. Pero no voy a ir a ninguna otra parte.

—No le importa que le hayan robado el coche. —La mujer echó un vistazo a Richie a través de la ventanilla trasera. Estaba sacudiendo su esmirriada cabeza al ritmo de la música—. Ya puedes imaginarte por qué: él lo robó primero.

John suspiró. Ante una opinión tan alarmista se sintió inclinado a pensar que aquel hombre era mucho más inofensivo de lo que había creído anteriormente. Era escéptico por naturaleza con la exageración; siempre había sido así. Las cosas rara vez eran tan malas o tan buenas como afirmaban los que se sobreexcitaban.

—A ver —le dijo—, ¿quieres que lo eche yo?

El automóvil seguía detenido en diagonal, ocupando un carril de la calle y el tráfico tenía que rodearlo. Algunos conductores, molestos, hacían sonar el claxon. De

repente Richie pisó a fondo el acelerador y se alejó.

—¡Eh! —gritó la mujer—. ¡Me está robando el coche! —Salió corriendo detrás, con el cabello rojo ondeando al viento.

Lo cierto es que John se sintió aliviado. La mujer podría notificárselo a la policía y él quedaría fuera de todo el asunto. Sin duda, tendría seguro contra robo.

Pero resultó que Richie sólo había hecho con retraso lo que le había ordenado el policía: aparcar en el espacio más próximo junto al bordillo, a unos veinte metros calle arriba.

Antes de que ninguno de los dos pudiera volver a implicarlo, John se dirigió cojeando a la oficina del servicio de taxis. Dentro encontró a una mujer enormemente obesa sentada frente a un mostrador lleno de aparatos: PC, fax, consola telefónica con una selección de botones y una radio de Banda Ciudadana, todo lo cual parecía estar demasiado bien conservado. Pero el resto del lugar era miserable: las paredes manchadas, el suelo sucio con trozos visiblemente pegajosos, la papelera llena hasta rebosar de envases desechados de comida rápida y vasos que habían contenido refrescos.

—¿Adónde va? —preguntó la mujer gorda o, mejor dicho, gruñó, de manera desagradable. John le dio la dirección y ella lo miró entrecerrando sus ojos pequeños que brillaban hundidos profundamente en sus mejillas—. Déjeme ver su dinero.

John se preguntó cómo había sospechado que no llevaba nada encima, y entonces recordó haber visto fugazmente su propio reflejo en las ventanas de cristal de la tienda de donuts y por un momento haber pensado que era otra persona, sin afeitarse y desaliñado. Muy lejos del John Felton de siempre, con la americana verde que llevaba en la pechera el parche amarillo con el logotipo de la asociación de la propiedad inmobiliaria nacional a la que pertenecían sus jefas, y una corbata de rayas grises y blancas.

Rápidamente explicó todo lo que razonablemente podría hacer dudar a la mujer de los taxis y añadió:

—Vivo en la dirección que le he dado. Puedo entrar corriendo en casa a coger el dinero.

La mujer profirió un resoplido porcino.

—Váyase caminando. —Sonó el teléfono y ella cogió el auricular con el puño gordinflón que tenía en el extremo de un antebrazo neumático—. Doce cero ocho de Fillmore. Ya lo tiene... De ocho a diez minutos. —Pulsó algo en la radio y habló frente al pequeño micrófono de pie. Se oyó la respuesta chisporroteante del conductor apropiado. Cuando hubo terminado la conversación, la mujer miró a John con malevolencia—. Creía haberle dicho que saliera de aquí.

—Si pudiera usted llamar a mi esposa —le suplicó él—. Es un buen vecindario, en lo alto de la colina. Está justo al lado de DeForest. —Bajo esa denominación,

tomada del nombre de un parque, se conocía popularmente una de las zonas más ricas de la ciudad (los nuevos ricos la utilizaban como parte de su dirección, aunque sin el permiso oficial de las autoridades de correos).

La mujer gorda ganó el enfrentamiento de miradas.

—La única llamada que voy a hacer será a la policía. A menos... —metió el brazo debajo del mostrador, emitiendo los gruñidos que provocó el esfuerzo, y sacó un bate de béisbol de aluminio— que quiera que le dé una buena paliza.

En aquel momento John no podía hacer nada, pero planeó volver a pasar por allí cuando llevara la americana y avergonzarla por deshonrar a otro hombre de negocios del vecindario. Al fin y al cabo, él se hallaba en situación de hacerle llegar trabajo. Los nuevos propietarios pedían a menudo una lista de electricistas, fontaneros y servicios de mantenimiento del césped que fueran de confianza, y había ocasiones en las que cualquiera podría necesitar un taxi, por ejemplo cuando dejaban el único coche familiar en el taller para un cambio de aceite.

Salió de la oficina del servicio de taxis en un raro estado de ánimo que le permitió ver con alivio que Richie todavía estaba disponible... o, en cualquier caso, que el pequeño utilitario seguía junto al bordillo donde lo había aparcado antes. Se acercó cojeando hasta el lado del conductor y vio el pelo rojo que ya le resultaba familiar. Se inclinó y dijo en tono irónico:

—Hola. He vuelto.

Ella volvió la cabeza rápidamente, como un pájaro, para abrir la ventanilla. Sin embargo, sus reacciones no físicas parecían haber perdido su agudeza anterior. Por un instante no dio la impresión de reconocerlo.

John se rió sin alegría.

—Te lo creas o no, me han echado de la oficina de taxis. No llevo dinero encima. —Se inclinó algo más para mirar más allá de la mujer. No había nadie detrás del volante—. Supongo que después de todo me iría bien que me llevarais. ¿Adónde ha ido Richie?

—Está desayunando. —Hizo un gesto con la cabeza para señalar la tienda de donuts del otro lado de la calle.

Ahí había ido Richie antes del accidente. John le preguntó:

—¿Te importa si subo? —Ella no dijo nada, hizo un movimiento con la cabeza que resultó difícil de interpretar, pero que John tomó por un sí. Parecía lo más sensato no molestarla sino entrar por la puerta del conductor, bajar el respaldo del asiento y meterse en el apretado compartimento trasero donde sólo había espacio para sus piernas si las torcía, puesto que el larguirucho de Richie había echado el asiento delantero tan atrás como se podía.

La mujer del pelo rojo cobró vida de pronto y volvió la cabeza.

—¡Pensaba que ibas a conducir! Salgamos de aquí mientras podamos.



Con toda educación, John señaló:

—Al tipo le han robado el coche, por el amor de Dios. No voy a dejarlo aquí tirado mientras está comprando donuts. Yo que tú no me preocuparía tanto por él. Puede que sea excéntrico, pero es inofensivo. He conocido a muchas personas así. — Como sus motivos al decir tal cosa eran de lo más honrados, no era consciente de que aquello no fuera cierto en absoluto.

—Él robó el otro coche. Te estoy rogando que conduzcas. Yo no estoy en condiciones. Fui una estúpida: tomé algo.

Obviamente algún tipo de tranquilizante. Joanie se tomaba una píldora de vez en cuando bajo situaciones de cierta tensión y él nunca dejaba de advertirle que no condujera en tales ocasiones.

John se inclinó hacia delante.

—De acuerdo. Cuando vuelva Richie, yo conduciré, si eso es lo que quieres.

—Ya será demasiado tarde. —Y volvió a sumirse en su estado de torpor previo.

John salió del coche y volvió a subir en el asiento del conductor, deslizándolo un poco hacia delante para acomodar las piernas, que eran más cortas que las de Richie. Con un metro setenta y ocho de estatura, estaba claro que no era un enano, pero lo cierto era que lamentaba no haber pasado del metro ochenta y cinco, pues la mayoría de sus antepasados habían sido más altos, si bien él se encontraba entre los más robustos. Había sido lo bastante fornido como para jugar de defensa en el equipo del instituto, pero sus ochenta y cuatro kilos no eran suficientes para el equipo de la universidad, por no mencionar que su velocidad no bastaba para compensar su falta de estatura y corpulencia. Actualmente rondaba los noventa y cinco kilos, a pesar de que intentaba vigilar lo que comía. Pero rara vez hacía ejercicio.

Cuando miró el contacto, vio que las llaves no estaban: no hubiera podido abandonar a Richie aunque hubiera querido.

Al cabo de un momento, el joven volvió con una bolsa de papel en la mano y una sonrisa en la cara. Manifestó estar encantado de que John hubiera vuelto.

Como no quería dar la impresión de que había regresado por algún motivo que no fuera la necesidad, John explicó lo de la mujer de la oficina de taxis.

Richie frunció el entrecejo.

—Escoria. Hoy en día están por todas partes. —Le dio la bolsa a John—. Sírvete. Compré donuts y café de más, sólo por si acaso. Vuelvo enseguida. —Se alejó andando rápidamente.

—¡Eh! —le gritó John, pero Richie desapareció por detrás del automóvil. No podía ver adónde iba desde allí—. ¡Maldito sea! —exclamó mirando a la mujer—. Lleva toda la mañana haciéndome lo mismo, y como siempre estoy atrapado... Mira, odio preguntarlo, pero te aseguro que tengo dinero. ¿Sería posible que me prestaras lo que vale el taxi para volver a casa? No puede costar más de cinco pavos. Vivo aquí

mismo, colina arriba. Te juro que soy una persona respetable. Vendo inmuebles, tengo esposa y dos hijos pequeños, uno de ellos es tan sólo un bebé. Si tengo este aspecto, es porque es mi día libre y no esperaba salir de casa. —Le tendió la bolsa.

Ella repuso con voz apagada:

—No tengo dinero. Se lo ha llevado todo.

—¿Richie? ¿Me estás diciendo que Richie se llevó tu dinero? ¿Se lo *llevó* sin más?

La mujer adquirió más energía.

—Me pidió dinero. Él no llevaba nada encima.

—Bueno, eso es distinto, ¿no? —dijo John en tono acusador—. Yo te estoy pidiendo un préstamo. Si tuvieras algo que darme, y me lo dieras, ¿dirías que te lo he robado?

Ella lo miró. No había vida en sus ojos.

—Te dije que este tipo me da miedo. Es peligroso. No tuve valor para no darle todo lo que tenía.

John empezaba a sulfurarse interiormente. Richie estaba tardando una eternidad y lo había dejado allí con esa mujer que daba la impresión de estar igual de chiflada que el propio Richie. Al fin y al cabo, era ella quien lo había abordado ofreciéndole acostarse con él, con él, un perfecto desconocido. Aún no sabía cómo se llamaba.

—Mira —dijo—, me llamo John Felton.

Su respuesta fue un murmullo.

—¿Sharon? —preguntó él—. ¿Así te llamas?... De acuerdo, Sharon, haré que te devuelva el dinero, menos el que ha pagado por los donuts, claro, y todo se arreglará, ya lo verás. Entonces te llevaré a casa. Quizás entonces podrás prestarme el dinero para el taxi. Mientras tanto, tal vez te haya quedado un cuarto de dólar, en algún rincón de tu bolso, ¿no? Sé que a veces mi esposa encuentra monedas en el bolso. —Había visto un teléfono público en la esquina de un edificio de una asociación de ahorro y préstamo que se encontraba unos cuantos portales más abajo. Lamentablemente, esa institución financiera no era una de las que él recomendaba a los compradores de casas cuando le preguntaban adónde ir a pedir una hipoteca. Las damas propietarias de Tesmir Realty preferían otras instituciones. Si no, podría haber entrado a pedir prestados uno o dos billetes a los agentes de préstamos que lo habrían conocido.

Pero antes de que Sharon pudiera reaccionar, Richie ya había regresado, se había acercado a la ventanilla del conductor y le había dado las llaves a John con actitud de chico obediente que rinde el coche de la familia a su padre. Antes de que pudiera llegar a la puerta del acompañante, Sharon se apeó desesperadamente y pasó a sentarse detrás. Era bajita, por lo que supuestamente se adaptaría mejor que Richie al pequeño asiento trasero, pero aun así a John no le pareció del todo bien que se

inhibiera en su propio coche ante un desconocido, aunque tal vez sería de otro modo si pudiera calificarse a Richie de invitado.

Pero él no se hallaba cohibido de esa manera, y cuando Richie estuvo a su lado, John se volvió a mirarlo y le dijo:

—Dame el dinero de Sharon.

—Deja primero que me acomode —se quejó Richie con suavidad.

Con cierta dificultad, dados sus vaqueros ceñidos, metió la mano en el bolsillo de la izquierda y sacó un fajo de billetes y luego algunas monedas. Se lo ofreció a John, quien señaló a Sharon con un gesto.

—Será mejor que lo cuentes —dijo el joven al tiempo que se lo entregaba entre los respaldos de los asientos—. Hoy en día no me fío de nadie.

A John le pareció muy probable que Richie no le hubiera quitado el dinero a la fuerza, sino que sólo hubiera cogido lo suficiente para pagar la comida, que además no era sólo para él, sino para todo el grupo. Entonces le pidió a Sharon, que seguía aferrando la bolsa, que se sirviera del contenido y pasara el resto hacia delante.

Impaciente, John había arrancado el motor y estaba esperando a que se hiciera un espacio en el lento tráfico que inevitablemente aparece de la nada en el instante que quieres alejarte de cualquier bordillo del mundo, aun cuando momentos antes había estado todo despejado. Hizo un gesto con la mano para rechazar la bolsa cuando, por el rabillo del ojo, vio que Richie se la ofrecía.

—¿Adónde vamos, señor? —pregunto el joven.

—Yo voy a conducir hasta mi casa —contestó John con firmeza—. Me bajaré y me quedaré allí. —Tuvo ganas de añadir *Y vosotros no estáis invitados*, pero la verdad era que le resultaba difícil ser grosero, de modo que se conformó con decir—: Adónde vayáis desde allí es asunto vuestro. —Pero lamentó haberlo dicho, porque tal vez podría parecer insensible con respecto a Sharon, cuyos temores quizá fueran injustificados, pero no por eso menos reales psicológicamente hablando—. No, he cambiado de idea. Quiero dejarte a ti primero. —Había vuelto la cabeza para dirigirse a Richie.

Este entrecerró los ojos, pero por el tono de su voz dio la impresión de que podía estar bromeando.

—Bueno, ¿qué habéis tramado vosotros dos a mis espaldas? —preguntó—. Si queréis un poco de intimidad, siempre puedo mirar hacia otro lado.

—De acuerdo —dijo John agriamente.

Richie sonreía de oreja a oreja.

—Soy un tipo comprensivo.

Sharon se había movido hacia delante hasta que su rostro pálido, preocupado y enmarcado por el cabello rojo, estuvo casi en medio de ambos.

—No vamos a hacer nada a tus espaldas —afirmó con temor.

Richie no dio muestras de haberla oído. Continuó sonriéndole a John.

—No eres tan mojigato como quieres hacerme creer. No vas a rechazar a una tía gratis, ¿por qué ibas a hacerlo?

John no quiso participar en aquella guasa. Estaba otra vez buscando la oportunidad de sacar el coche de donde se encontraba.

Sharon lo intentó de nuevo.

—No vamos a...

—Cierra el pico —dijo Richie.

John volvió la cabeza de inmediato.

—No le hables así. Éste es su coche, ¿recuerdas?

—Sí —replicó el joven con ironía—. Porque me han robado el mío.

—No es culpa suya.

Richie se aplacó enseguida, como de costumbre.

—Lo que tú digas, jefe. —Para entonces John ya se había acostumbrado a la deferencia que le solía prestar ese hombre, que parecía ser uno de esos cobardes que respetan de buena gana a otros hombres, pero que intimidan a las mujeres cuando pueden salirse con la suya.

—No tengo ninguna intención con Sharon —dijo John. Tuvo la corazonada de que el tráfico se había abierto por detrás de él, pero quería dejar aquello claro de una vez por todas, no fuera que Richie continuara haciendo comentarios embarazosos y de mal gusto—. No debería tener nada que temer de ninguno de los dos. Por eso quiero dejarte a ti primero. —Miró a Richie, quien, como siempre, se echó atrás.

—¡El médico eres tú!

—Bueno, ¿adónde vamos? ¿Dónde vives?

—No quiero que te tomes tantas molestias por mí. Déjame en el primer cine que encuentres.

Aquel hombre tenía algo básicamente irresponsable, y por consiguiente, a John, cuyo carácter era justo todo lo contrario, le caía un poco simpático, a pesar de todo.

—No hay ningún cine abierto a estas horas del día en los barrios residenciales. No será ninguna molestia acompañarte a casa.

—¿A Hillsdale? —preguntó Richie con escepticismo.

Hillsdale se encontraba a unos veinticuatro kilómetros, lo que suponía un viaje de media hora que, con el tráfico de la mañana significaba casi una hora entera. John lamentó haberse ofrecido, pero lo había hecho y era un hombre de palabra.

—Pues claro —respondió, ocultando su decepción con un tono de voz creciente—. ¡A Hillsdale se ha dicho! Pero primero tengo que llamar a mi esposa. En serio. —Se volvió a mirar a Sharon—. Todavía necesito que me prestes un cuarto de dólar.

Con la moneda en la mano, salió del coche y se dirigió a la hornacina de la pared exterior del banco donde estaba el teléfono. Ya no le dolía la rodilla tanto como antes.

Joanie estaba furiosa, y él a su vez se sintió molesto de que no quisiera oír una explicación.

—Sé que parece una locura, pero te doy mi palabra. Te garantizo que volveré antes de que tengas que marcharte a Elaine's: eso es lo que importa, ¿no es verdad?

Pero ella colgó bruscamente. John sólo esperaba que nadie que pudiera reconocerle lo hubiera visto en compañía de Sharon. La chica no tenía aspecto de ser de la clase de personas que solía tener como clientes. Ni Richie tampoco, eso seguro.

Cuando volvió al coche, le preguntó la hora a Richie.

—No tengo ni idea —contestó éste con indiferencia.

—Mi esposa se va a enfadar de verdad si no regreso pronto a casa. Tiene un compromiso. —Ocultó la información de que adonde tenía que ir era a la peluquería, porque podía parecerle trivial a alguien como Richie, a quien despreciaba, pero no obstante no quería dar ocasión de que se mofara de él.

—Pasa por tu casa y la recoges —dijo Richie—. Yo no tengo que ir a ningún sitio en un rato.

John respondió en tono gélido:

—No será necesario. —Miró de nuevo a Sharon, que lograba parecer pequeña incluso en semejante compartimento—. Tú llevas reloj.

—¿Qué?

—¿Qué hora es?

Tardó un momento en encontrar su muñeca.

—Las once y diez.

—¡Por Dios todopoderoso! —exclamó John—. No me extraña que Joanie esté furiosa. ¡No me lo puedo creer! ¿Llevo dos horas con esto? —Volvió a arrancar el coche. La cita de Joanie era a la una. Tenía el tiempo justo para ir a Hillsdale y volver si no ocurría ninguna adversidad.

Richie sostenía un recipiente con café. John, que había desayunado un poco hacía casi cuatro horas, encontró el aroma seductor, pero cuando el otro volvió a ofrecerle la bolsa, él volvió a rechazarla: no quería nada de aquel tipo.

—¿Joanie? —preguntó entonces Richie—. ¿Así se llama tu esposa? Es bonito. ¿Tiene tu misma edad? ¿De qué color tiene el pelo? —Se puso la bolsa entre los pies—. Debe de ser fantástico estar casado con la persona adecuada. ¿Cuántos hijos tenéis?

John se limitó a hacer caso omiso de las preguntas sobre su esposa, pues cualquier respuesta que diera lo habría comprometido con Richie, aunque no hubiera podido explicar por qué se sentía de esa manera, pero decidió mencionar a sus hijos porque de repente le parecieron un punto fuerte.

—Dos.

Richie asintió con la cabeza con entusiasmo.

—¡No me digas! Eso es fantástico. Los hiciste tú, ¿eh, John? Funcionas bien.

John empezó a lamentar de inmediato haber reconocido tanto. Por fin divisó un hueco en el tráfico y concentró su atención en él.

Mientras tanto Richie preguntó.

—¿Niños? ¿Niñas?

John se alejó del bordillo y avanzó con cautela en dirección a un semáforo que sospechaba que estaba a punto de cambiar.

Richie continuó hablando:

—¿Quieres tener más? Pero espero que lo estés planificando. No necesitamos que vengan al mundo más niños por error.

Resultaba que John estaba de acuerdo con el principio, pero iba en contra de su naturaleza discutir el asunto con aquel hombre. El semáforo también le estaba poniendo a prueba la paciencia, pues permanecía en rojo interminablemente. Al final tuvo que detenerse del todo.

—Se ha encallado —dijo Richie—. Sáttatelo.

En realidad, John tenía ganas de hacerlo, él, que rara vez sufría excesivamente de impaciencia. Quizá se le estuvieran pegando un poco las tendencias anarquistas del otro. Justo cuando el vehículo quedó totalmente inmóvil, el semáforo se puso en verde. De haber seguido el consejo de Richie, probablemente lo hubiera hecho sin consecuencias. Pero no volvió a poner el vehículo en movimiento con suficiente rapidez como para prevenir un coro de cláxones detrás suyo, encabezados por la tuba beligerante de un camión colosal con tráiler cuya enorme parrilla cromada del radiador era tan grande y estaba tan cerca que no cabía en el espejo retrovisor.

La reacción de Richie al episodio se centró en la furia contra el conductor del camión, cuya cabina estaba tan alta que a tan poca distancia era imposible verlo.

—Cuando salgamos de este embotellamiento —le dijo a John—, échalo a un lado. No soporto esta mierda.

John consideró sus palabras como bravatas vacías.

—Claro —repuso en tono burlón—. Lo sacaré de la carretera con este tanque. Así aprenderá.

Richie volvió al tema anterior sin transición alguna.

—¿Sabes qué es lo que me parece bien? Que tu esposa esté en casa con los niños, que no se pase todo el día fuera en algún trabajo como algunas zorras creen que tiene que ser.

A decir verdad, John en cierta manera estaba de acuerdo con aquel sentimiento, aunque nunca se lo hubiera expresado abiertamente a su esposa. No había guarderías fiables disponibles para Melanie, al menos en opinión de Joanie, en esta época en la que uno sólo oía hablar de aquellas en las que abusaban de los niños. Y Phil todavía era demasiado pequeño como para verse privado de su madre durante mucho tiempo.

Aun así, a John no le gustó el lenguaje de Richie y no quiso animarlo a seguir expresando sus ideas sobre aquél o sobre cualquier otro tema. Pero se crearía un ambiente opresivo si intentaba que se estuviera callado hasta que llegaran a Hillsdale. Incluir a Sharon en la conversación podría ser una respuesta al problema.

La buscó en el espejo retrovisor.

—¿Y tú qué, Sharon? ¿Estás casada? —No llevaba anillo en el dedo pertinente, pero algunas personas casadas no lo llevaban, sobre todo las mujeres de marcada inclinación feminista, así como los hombres que por costumbre suponían que de ese modo engañaban a los posibles ligues. Para John esa clase de engaño era casi tan deplorable como las relaciones adúlteras. Él siempre se había dicho que si se sentía atraído hacia otra mujer que no fuera su esposa, al menos sería lo bastante honesto como para definirse y asumir las consecuencias.

—Ya no —respondió ella.

Richie soltó un poco de aire entre los labios con actitud burlona y golpeó los pies contra el suelo con sus imponentes deportivas.

—No nos cuentes tus problemas. Así que tu hombre encontró a un chico más guapo.

John lo reprendió.

—¿Quieres dejar de ser tan ofensivo? —Se dirigió de nuevo a Sharon—. Tú sigue hablando, di lo que quieras.

Vio que la joven meneaba la cabeza en silencio y se preguntó qué clase de medicación tomaría, y si eso podía explicar el estado en el que se había sumido. Pero entonces se distrajo otra vez. La calle se había convertido en una carretera del condado de tres carriles en la que le fue posible aumentar la velocidad, pues por delante el tráfico se había desvanecido de pronto. Pero aunque iba al límite permitido, a setenta y luego a ochenta por hora, el camión seguía estando prácticamente pegado a su parachoques trasero, una situación inquietante en esos momentos, pues el carril central se encontraba monopolizado por una serie de coches que viajaban en dirección contraria y él se hallaba tan a la derecha como podía, casi en el estrecho arcén, más allá del cual había una zanja de drenaje.

Una vez más, Richie se dio cuenta enseguida.

—No aceleres. Reduce poco a poco, vuélvelo loco. No te golpeará a menos que frenes sin avisar.

Hacía falta mucha sangre fría para hacer eso, porque en cuanto John empezó a desacelerar suavemente, el conductor del camión se puso a hacer sonar el claxon con estridencia. La única manera de persistir con la táctica era no mirar el retrovisor, apretar los dientes y poner el piloto automático. En una ocasión había empleado la técnica con éxito como pasajero de una avioneta en un cielo tormentoso. Pero ahora no iba a poder ver si eso le volvía a funcionar porque, al cabo de otro kilómetro y

medio, en cuyo punto estaba yendo a más de sesenta por hora, la carretera se volvió verdaderamente espaciosa, con dos carriles enteros separados por una mediana de hierba de los otros dos que iban en dirección contraria.

Sin embargo, su suspiro de alivio resultó ser prematuro: el camión permaneció justo detrás de él incluso cuando ambos vehículos alcanzaron la carretera más ancha. Además, el sonido ensordecedor del claxon se había vuelto constante.

Cuando cambió rápidamente de carril, el camión hizo lo mismo.

—Muy bien —exclamó Richie eufórico—. ¡Ahora ya lo tenemos!

Lo que a John le daba miedo de aquella especie de duelo era lo que tenía de irracional. Pisó a fondo el acelerador. El automóvil reaccionó más enérgicamente de lo esperado y le sacó una rápida y considerable ventaja al camión. Pero el conductor del vehículo más grande respondió enseguida a lo que se tomó como un desafío. Por desgracia, tal y como John cayó en la cuenta cuando la carretera empezó a ascender, como el potente camión no llevaba remolque, sin duda el cochecito de Sharon no podría igualar su potencia bruta ni siquiera yendo cuesta arriba.

—¡Por Dios! ¿Por qué no aparece un poli ahora? —Lamentó la necesidad de expresar miedo en presencia de Richie. Aunque iba a toda velocidad, el camión lo estaba alcanzando y el sol se reflejaba en su parabrisas con una luz deslumbradora e impenetrable. Seguía sin poder ver al conductor.

—Estamos de suerte —gritó Richie por encima del ruido del motor a máxima potencia—. Un policía se pondría del lado de ese cabrón. No te preocupes. ¡Ahora ya lo tenemos!

¡Eso sí que era alardear en vano! John había llegado a lo alto de la subida y se vio ante un largo descenso en el que el peso del camión le daría a éste aún más ventaja en velocidad. Además, había varios coches a la vista por delante, en todos los carriles, de modo que podría quedar atrapado detrás de cualquiera de ellos. Seguro que si los conductores de aquellos vehículos eran buenos ciudadanos, quizá mediante un esfuerzo común y conjunto sería el camión el que quedara así retenido o capturado. Asimismo, los teléfonos en el coche y los equipos de emergencia de Banda Ciudadana eran comunes. Un conductor atento y amante de la ley bien podría alertar a la policía estatal de semejante conducción a rebufo, llamativa e ilegal.

No obstante, al tiempo que abrigaba tales fantasías, John era consciente de que no recibiría ayuda. Aunque iba acompañado, y de hecho era el responsable de la seguridad de otras dos personas (ambas desconocidas, de manera que al tiempo que le proporcionaban poca compañía efectiva le negaban intimidad), estaba solo.

Pero de pronto Richie ayudó.

—Deja que se pegue a ti en el carril de la derecha y luego cámbiate rápidamente al carril de la izquierda. Tú puedes maniobrar mucho más rápido que él. Él no puede desplazarse tan deprisa a esta velocidad sin peligro de perder el control. En cuanto



hayas cambiado de carril, aminora un poco. Tendrá que seguir adelante. Y en cuanto estemos detrás de él, tendremos su culo.

Pero ¿quién quería eso? Lo único que John deseaba era acabar con aquella amenaza. En su opinión, aquel conductor era un homicida en potencia, sin un móvil: él no ansiaba venganza alguna contra un ser humano tan depravado. Desde luego que si veía un policía denunciaría el incidente, pero eso era otro asunto completamente distinto. Por el momento, no iba a «dejar» que el camión la tomara una vez más con su parachoques trasero. Lo que Richie había sugerido parecía una buena idea.

Dirigió una advertencia a sus pasajeros y Richie la tomó en cuenta agarrándose al asidero que había en la esquina superior izquierda de su puerta, pero por lo visto Sharon no, y cuando John realizó un cambio de carril brusco, oyó el sonido del cuerpo de la mujer al que la fuerza centrífuga lanzó al otro lado del asiento trasero.

¡La táctica de Richie funcionó! El camión pasó atronando por el carril derecho, y su mole veloz y ruedas gigantescas y brutales resultaron aún más aterradoras de lo que lo había sido la imagen aparentemente estática y unidimensional del descomunal vehículo en el espejo retrovisor. Mediante una sencilla estratagema, aquello que podía haberlos aplastado se había vuelto inofensivo. Quizás ese loco al volante seguiría avanzando ruidosamente para amenazar a otros automovilistas indefensos. ¿A quién le importaba si lo hacía? Un sentimiento muy lógico en aquel instante. De todos modos, continuaría buscando un policía.

Entonces fue capaz de preguntarle a Sharon:

—¿Estás bien ahí detrás?

Ella masculló una respuesta afirmativa. En un momento como aquél, seguro que era una ventaja que te tranquilizaran.

—Muy bien —dijo Richie con entusiasmo—. Ahora vamos a pillarlo.

El camión ya estaba a unos cincuenta metros por delante y John había disminuido la velocidad para rezagarse y alejarse así del recuerdo inmediato del conductor, que podría ser que estuviera lo bastante loco como para guardarle rencor. En estos tiempos siempre oías hablar de gente que, en medio de una pelea de tráfico, sacaban las armas que llevaban en el coche para tal fin y disparaban contra los conductores que les molestaban, o incluso contra otros que no tenían culpa de nada.

—Olvídate de ese cabrón —repuso John—. ¡Que se pudra! —Se sintió aliviado al ver que Richie lo aceptaba con un estoico encogimiento de hombros y volvía a reclinarsse en el asiento, hundiéndose tanto en él que apenas podía ver por encima del salpicadero. John había temido que la necesidad de venganza fuera la emoción dominante de ese hombre. ¿Cuál era la suya? Era consciente de que toda la vida había sentido el impulso de hacer lo correcto. Esto lo ponía en frecuente desventaja, como en el caso del camión que iba a rebufo. Ya había escapado de la situación, cierto, pero no era justo que se hubiera visto metido en ella para empezar. Él no había cometido

ninguna infracción racional. ¿Cómo podía hacerlo nadie cuando conducía de manera tranquila y respetando el límite de velocidad? Comportarse de otro modo pondría en peligro vidas humanas: ésa había sido la cuestión, no las estrictas preocupaciones por las normas de tráfico.

Hundido en el asiento, dando patadas a la pared del coche, Richie refunfuñó:

—Esta gente me saca de quicio: no tienen ningún respeto.

Lo único que John quería era llegar a Hillsdale y volver sin ningún otro percance. Puede que lo que había dicho Richie fuera cierto, pero no podía hacerse nada al respecto aparte de quejarse, y él odiaba malgastar el tiempo en lamentaciones negativas.

—¿Es muy grande Hillsdale?

—No lo sé.

—¿Llevas mucho tiempo viviendo allí? —John lo miró—. ¿Vives allí al menos? Richie sonrió.

—Ya te dije que sí, ¿no?

—Bueno, allí es adonde te llevo.

—Entonces es allí adonde voy. —Hundido como estaba, alargó el brazo tanto como pudo para alcanzar los botones de la radio.

—Si no te importa —le dijo John—, ahora mismo no quiero oír música. —No acababa de entender por qué había dicho eso. De haber estado solo hubiera encendido la radio y escuchado cualquier cosa menos música de ascensor, aunque él prefería los discos que eran populares cuando estaba en los últimos años de instituto, y que para la gente más joven ya estaban muy pasados de moda.

—¿Alguna vez te diviertes? —fue la repentina pregunta de Richie, que conllevaba una implicación que a John no le importó.

—Hice algunas cosas en mi época. No siempre he estado casado y con niños pequeños. He dado muchas vueltas.

—Me refiero a ahora —repuso Richie—. ¿Te interesa un poco de fiesta? Pillaremos un par de botellas. —Agitó el pulgar por encima del hombro—. Ella tiene todo lo demás. Quizá podríamos ir a un motel y hacer las cosas bien.

—Oh, vamos —se quejó John—, déjalo ya...

—¿Piensas que bromeo? Deberías ver lo que lleva en el bolso. Por eso antes estaba tan preocupada por el poli. Esta zorra es una yonqui.

La información supuso un fuerte golpe para John. Carecía de valor para pedirle a Sharon que lo confirmara o lo negara, pero supuso que si la acusación hubiera sido infundada, la chica hubiese protestado. Ni siquiera quería saber de qué tipo de drogas se trataba.

—Te voy a dejar en Hillsdale y luego me iré directo a casa. Puesto que éste es el único medio de transporte disponible, voy a irme a casa en este coche. —Esto último

lo dijo por Sharon, por si ella, a pesar del miedo que había profesado por Richie, se sentía inclinada a consentir a la proposición, y la buscó en el espejo con la mirada, pero por lo visto debía de estar tumbada en el asiento y no se la veía.

—Era sólo una idea —dijo Richie.

John vio algo que lo llevó de vuelta al momento presente. A unos cuatrocientos metros por delante, el camión que lo había seguido estaba aparcado en el arcén, que era más ancho al haberse ensanchado la carretera. Se quedó helado al instante y hubiera dado media vuelta para salir corriendo de haber podido, pero la carretera era de sentido único y en aquel punto de la mediana la hierba había dado paso a los arbustos, de modo que no era físicamente posible efectuar un cambio de sentido ilegal y volver por donde habían venido, porque era eso lo que hubiese hecho de buena gana, presa de un repentino acceso de miedo mortal sin precedentes.

Sin embargo, al cabo de un momento recuperó el dominio de sí mismo. Seguro que el conductor del camión no lo estaría esperando a él precisamente, sino que debía de haber quedado inmovilizado por problemas mecánicos. De hecho, John se avergonzó de sí mismo al instante y agradeció no haber dicho ni hecho nada que pudiera haber revelado su miedo ante Richie, hacia quien dirigió entonces la mirada.

El joven también había visto el camión.

—¡Eh, mira!

—Supongo que se ha averiado —dijo John esperanzado.

Richie lo miró.

—Tal vez deberíamos parar y preguntárselo. Quizá tenga problemas de verdad.

John se refugió en un tono sarcástico:

—Dudo que sea cuestión de vida o muerte. —Ya no estaban lejos del camión, pero todavía no había visto al conductor.

—Para. Tú quédate en el coche si quieres. Veré qué pasa.

John se sintió insultado por el reparo implícito a su valentía y aceleró al entrar en el arcén, por lo que tuvo que frenar con brusquedad y derrapó en la tierra y gravilla sueltas para detener el coche antes de que golpeará con la parte trasera del camión.

Se apeó de un salto, con cierto desorden. No le gustó el sonido que sus viejas deportivas, normalmente silenciosas, hicieron sobre el arcén arenoso. Antes de llegar al camión, la puerta del conductor se abrió de golpe. Una figura corpulenta salió por ella, y no saltó, sino que más bien descendió hasta el suelo con la lentitud debida al sobrepeso.

Para que no pudieran malinterpretarse sus intenciones, John dijo rápidamente:

—Hola. ¿Podemos ayudarte en algo?

El conductor llevaba una camisa sucia de cuadros escoceses, pero iba bien afeitado, con la tez limpia y sonrosada de haberla restregado. El hombre habló con cierto acento rústico.

—Si juegas conmigo, te haré llorar. —Era más alto y corpulento que John, pero gran parte de su peso era, visiblemente, manteca, y tendría unos cuarenta años. Sostenía una barra metálica.

John no se había peleado desde que era niño, y de hecho no le habían brindado ocasión desde entonces. Pero ahora que había salido del coche y se hallaba en aquella situación, no se encontraba excesivamente preocupado. Era vendedor y sabía cómo hablar con la gente.

—Eh, que sólo paré para ver si podía ayudar —dijo con una sonrisa—. En serio. Pensamos que tal vez podías tener algún problema.

—Yo no —repuso el camionero—. El problema lo tienes tú. —Bajó su pesada cabeza en la que el cabello grueso y abundante parecía recién peinado.

—Vamos, tranquilo —dijo John, conteniendo su enojo—. Hablo en serio. Si no te funciona la radio, estaré encantado de hacer una llamada por ti en el primer teléfono que encuentre. ¿Qué me dices?

—Podría aplastarte como a una chinche hedionda —le espetó el camionero— en tu asqueroso automóvil. —Dio unos golpecitos con la barra de hierro contra la palma de la mano izquierda.

John decidió que sería una cobardía negar la propiedad del coche en aquel momento, aunque había empezado a tomarse en serio el arma.

—Yo no te he hecho nada —dijo con firmeza—. Tú te pegaste a mí y no me adelantaste cuando tuviste ocasión.

El camionero replicó:

—Y ahora voy a darte una paliza, listillo.

John no cedió terreno.

—Te lo vuelvo a repetir: no tengo nada en tu contra. Pero si me amenazas con eso estás violando la ley.

El gordo se rió agriamente, mostrando una gran cantidad de boca rosada. El vientre le colgaba por encima de la cinturilla de los pantalones y ocultaba casi toda la hebilla enorme del cinturón, pero también podía decirse lo mismo de los hombres más fuertes del mundo, los levantadores de pesas de la categoría de los pesos superpesados.

—Aquí tenemos la ley de la carretera, imbécil. —El camionero seguía golpeando la barra contra la palma contraria mientras iba avanzando—. Deberías haber hecho el testamento hoy antes de salir de casa.

John levantó las manos y empezó a retroceder.

—¿Qué te he hecho yo? Tranquilízate. —Se despreció a sí mismo por el deajo suplicante que había adquirido su voz.

—Tú sólo piensa en lo que yo voy a hacerte a ti —gritó el hombre con una furia tan maligna que John no pudo enfrentarse a ella y echó a correr hacia el coche.

Richie estaba en el volante con el motor en marcha.

—¡Tiene una palanca de hierro!

—¡Ten cuidado! —exclamó Richie con una sonrisa maliciosa. John notó que le arrancaban la manija de la puerta de la mano cuando el coche salió disparado hacia delante y golpeó al camionero, dejando su cuerpo fornido como si estuviera relleno de paja. Dio contra el capó y rebotó.

Richie frenó. Por un instante John intentó creer que había sido uno de esos accidentes fortuitos, aunque normalmente les sucedían a conductores de más edad: el coche tiene la marcha puesta por casualidad, el pie pisa sin querer el acelerador y permanece allí presa de un pánico momentáneo. Pero cuando el vehículo llegó hasta él marcha atrás y John vio el rostro triunfante de Richie, se dio cuenta de que había atropellado al camionero adrede.

El joven le gritaba que saltara al asiento del copiloto. Confuso, John obedeció la orden. Sabía que no estaba actuando bien, pero tenía que recuperar el dominio de sí mismo. Necesitaba un momento o dos, pero no había tiempo. Richie salió a la carretera y pisó el acelerador.

—¡Iba a matarte, no hay duda, pero nosotros lo pillamos primero! Maldito cerdo mantecoso. —Richie se estaba jactando. No había sido un accidente.

John esperó entonces que aquella versión fuera cierta, si bien aun angustiado como estaba le parecía depravado desear que alguien al que habían matado en tu propio interés se hubiera buscado el desastre por intentar matar primero. ¿Qué clase de mundo había reemplazado al que él conocía?

Al fin tuvo fuerzas suficientes para decir:

—Será mejor que volvamos y nos ocupemos de él. No podemos dejarlo allí tirado.

—Esta carretera es de sentido único. Y de todos modos, ¿volver para qué? No nos va a hacer ningún bien, ni vivo ni muerto.

Para su horror, John se encontró queriendo estar de acuerdo, pero ¿en qué clase de persona se había convertido para aceptar semejante razonamiento?

—Lo cierto es que no me tocó. Quizá todo hubiera quedado en un farol.

—Lo vi abalanzarse hacia ti con mirada de asesino y empuñando una palanca. Te hubiera abierto la cabeza de un solo golpe. Te aseguro que no podía quedarme a ver qué pasaba.

—¿Por qué hizo eso? —preguntó John con furia y culpabilidad.

—Yo digo que iba a matarte. Me ceñiré a eso.

—¿Por qué? ¿Por qué? —John volvió la vista para mirar la carretera a través de la ventanilla trasera, pero ya estaban demasiado lejos como para ver más que una especie de mancha que debía de ser el camión. Aparentemente, Richie iba a toda pastilla, pero John no tenía sensación de velocidad, ni siquiera de movimiento.

—Algunas personas —dijo Richie— van por ahí buscando problemas sin más. Ni siquiera me pregunto por qué. Si se tropiezan conmigo, se las cargan, es lo único que sé. —Le guiñó el ojo—. No necesito saber más.

John nunca había visto antes a nadie siendo atropellado de frente por un automóvil. No tenía ni idea de lo que podía hacerse por estas víctimas en caso de que siguieran con vida. Rezaba para que el camionero, por malvado que fuera, siguiera vivo y pudiera curarse, aunque por supuesto, si resultara ser ése el caso, él mismo podría tener problemas aunque fuera inocente. La víctima no había visto a Richie en ningún momento. John apenas podía respirar. Su confusión interior era mayor que cuando simplemente había temido que le rompieran la crisma con una palanca.

—Toma esa salida de allí —le dijo a Richie, y estaba lo bastante desesperado como para haberse abalanzado sobre él si hubiera desafiado su orden, pero el otro obedeció, como era normal en él. Lo que resultaba particularmente terrible del atropello del camionero era que Richie daba por sentado que lo había hecho para ayudarlo. Algo grave le pasaba.

A unos trescientos metros del lugar en el que la rampa de salida se unía a una carretera estatal había una casita de un blanco sucio con un porche.

—¡Para ahí! —dijo John, y Richie condujo hasta el camino de entrada sin asfaltar que conducía al garaje de la parte de atrás.

John salió del coche. La puerta del porche estaba cerrada. Aporreó la madera reseca del marco. No había ningún timbre a la vista. Los repetidos puñetazos contra la pintura verde que se desconchaba no obtuvieron respuesta. Bajó del escalón y rodeó la casa. Mirando las ventanas resultaba difícil saber si había alguien dentro, pero en un día cálido las mantendrían todas cerradas.

Regresó al coche, donde se había quedado Richie, la fuente de todos sus problemas.

—Tenemos que encontrar un teléfono.

El joven se encogió de hombros con aire simpático, salió del coche y caminó airoosamente hacia la casa, hizo un agujero en la mosquitera y abrió la puerta. Sin más, rompió el cristal de la puerta interior dándole una patada con sus formidables zapatillas deportivas, metió la mano dentro y abrió el cerrojo.

John no había tenido ninguna intención de irrumpir en la casa, pero era un daño menor comparado con atropellar a un hombre con un coche. Apartó a Richie de un empujón y a través de la puerta abierta gritó:

—¡No queremos hacer ningún daño! Es una emergencia. Un hombre se está muriendo y necesitamos su teléfono.

No hubo respuesta. Vio un teléfono sobre una mesita a unos pasos de la entrada. Descolgó el auricular.

La línea estaba ocupada.

—Enciérrese en la habitación —decía una voz autoritaria—. Estamos de camino... ¿Quién ha cogido esa extensión?

—Disculpe —dijo John—. Tengo que llamar. Es una emer...

—¿Quién es usted? —La voz sonaba amenazadora.

—¡Un hombre podría estar muriéndose en la carretera!

—¿Lo mató usted?

—No. Lo golpeó un coche.

—¿Su coche?

—¿Quiere dejar la línea libre? —gritó John—. Necesita una ambulancia.

—Permanezca al teléfono, señor —dijo la voz, menos amenazadora y con un nuevo dejo de comprensión que resultaba sospechosamente falso porque no tomó en consideración lo que John había dicho—. No se mueva del teléfono. ¿Está solo en la casa o hay alguien más con usted?

En la casa. ¿Cómo sabía ese hombre desde dónde estaba llamando? De pronto lo entendió. Había alguien en la casa, en otra habitación, ¡y desde allí había llamado a la policía!

—¿Es usted policía? —preguntó John, y aunque no recibió respuesta, continuó como si la hubiera tenido—. Pues envíe una ambulancia a la Cuarenta y cinco A dirección norte, en algún lugar no demasiado al sur de Hillsdale: hay un hombre tendido en el arcén al lado de un camión.

—Escuche —dijo el policía—, usted siga hablándome. Quiero tenerlo todo claro. Deme su nombre, si no le importa, y...

—Ya me ha oído —dijo John—. No soy un delincuente. Soy un transeúnte, y tenía que encontrar un teléfono. Voy a dejar dinero para un cristal y una mosquitera nuevos. —Estaba diciendo esto tanto por el habitante de la casa como por el policía—. Lamento los daños que se han tenido que hacer, pero quizá puedan salvarle la vida a ese tipo.

Había una mujer al teléfono que gemía:

—Va a matarme.

—No, no lo haré, señora. Tiene demasiado sentido común para hacerlo.

John colgó, desesperado. No se había percatado de qué había sido de Richie, y supuso entonces que habría regresado al coche. Pero al cruzar el porche no vio a nadie en el asiento delantero del automóvil. Tuvo un impulso descabellado de saltar al interior del coche y alejarse de todo aquel lío tanto como le fuera posible, dejando allí a Richie para que cargara con las consecuencias, porque ¿acaso ese cabrón no era el único responsable de todo?

Pero tanto si hubiera seguido adelante con su estratagema impracticable como si no, aún no había llegado al vehículo cuando oyó golpear la puerta mosquitera tras él. Al menos recuperó el asiento del conductor.

Richie subió de un salto por el lado del acompañante. Llevaba una botella de medio litro de vodka.

John volvió a la calzada dando marcha atrás a toda velocidad. Sin duda la mujer estaba observando desde una ventana del piso de arriba y anotaría el número de la matrícula y una descripción del coche. Quizás hasta los hubiera visto a él y a Richie. Y hasta entonces no se le había ocurrido que algunos conductores del carril que iba en dirección sur habrían visto ya el atropello del camionero. Probablemente la policía ya los estuviera buscando. A esas alturas, aquello ya se había convertido en un crimen con todas las de la ley.

Decidió que la policía esperaría de alguien que huyera que utilizara la ruta más rápida disponible, a saber, la carretera de la que hacía poco habían salido. Por lo tanto, tenía más sentido seguir por la carretera rural y, si era posible, encontrar una vía aún más modesta y allí aminorar la marcha a una velocidad que no atrajera una atención no deseada. Estaba asombrado y, dada la situación, no podía estar más complacido con su capacidad para pensar clara y eficazmente. Él, que no tenía ninguna experiencia delictiva. Él, a quien ni siquiera le importaban las series policíacas de ficción de la televisión (a las que Joanie era adicta por algún motivo), con sus excesivas descargas de munición que nunca alcanzaban su objetivo si iban dirigidas a los buenos, pero que no fallaban con los malos.

Richie chupaba la boca de la botella de vodka.

—¿Por qué has tenido que robar eso? —le preguntó John en tono enojado—. ¿No ves que perjudica nuestro argumento de que sólo irrumpimos en la casa para llamar a una ambulancia?

—¿Quién nos negaría un trago? —preguntó a su vez Richie—. Me lo hubiera tomado allí si no hubieses salido corriendo tan deprisa. Estoy conmocionado. Necesito algo.

John podría haberse alegrado de aquella expresión de vulnerabilidad humana si la hubiera considerado genuina.

—Ahora sí que me has metido en un lío. Tendría que haberme quedado con el camionero y haber parado un coche... Debería haberme quedado en esa casa hasta que viniera la policía. Pero me entró el pánico. En mi vida me he visto metido en problemas. Ahora mismo me estoy dejando llevar por el pánico y no puedo evitarlo. No sé por qué estoy huyendo de esta manera.

En eso vio una carretera tranquila, de las que estaba buscando, y se metió en ella. Al cabo de un trecho bordeado por campos, empezó a predominar el bosque. No había nadie más en la carretera, pero en el campo, a mano izquierda, se divisaba una figura lejana que conducía un vehículo agrícola.

—Yo te diré por qué —dijo Richie—. Es por el instinto de conservación. No hicimos nada malo, pero te das cuenta de que la poli se nos va a echar encima por



algo que no hicimos.

—¿Algo que no hicimos?

—Ya sabes a lo que me refiero. No hicimos nada malo. Ese tipo iba a reventarte la cabeza con la palanca. Sólo hicimos lo que teníamos que hacer en defensa propia.

—No lo *hicimos* —replicó John con vehemencia—. Lo hiciste *tú*.

Richie bajó la botella.

—Dime si me equivoco, John, pero ¿qué sacaba yo personalmente de eso? —preguntó en voz baja.

—Ésa no es la cuestión.

—Entonces, ¿cuál es, por el amor de Dios? Lo que dices no tiene ningún sentido. No quiero darme importancia, pero hay quien diría que te salvé la vida antes en la carretera. Y sobre lo de ir a esa casa, ¿de quién fue la idea? ¿Quién tenía que encontrar un teléfono? No entiendo por qué te preocupaba que ese enorme saco de mierda grasiento estuviera muerto o agonizara. Iba a matarte. ¿Crees que a él le importaría si la situación fuera a la inversa?

John se dio cuenta de que intentaba razonar con una persona que tenía unos principios distintos a los suyos y comprendió por qué él trataba por todos los medios de evitar a la policía: por una convicción instintiva (sobrecogedora en un miembro de una sociedad civilizada) de que la policía lo escucharía sin más comprensión de la que mostraba Richie en aquel momento. Fueran cuales fueran sus propios motivos, había sido cómplice de un atropello intencionado y una posterior huida, y luego, de irrumpir en una residencia privada que, además, se hallaba ocupada en aquel momento por una mujer que por la voz parecía mayor, o enferma, o ambas cosas. Pero el robo de una botella de medio litro de vodka no era precisamente un delito grave. John buscaba un descargo, cosa que quizá fuera una estupidez si el camionero moría.

—¿Te llevaste alguna otra cosa?

Pero Richie se había vuelto a mirar atrás con lascivia.

—¡Eh, tú! ¿Quieres un trago?

John se había olvidado momentáneamente de Sharon. Incluyó el espejo para verla. Ella se incorporó muy despacio de su posición supina con aspecto muy desmejorado. Parecía haber dudas sobre si durante la última media hora había sido consciente de lo ocurrido o no.

—Estás hecha una mierda —le bufó Richie.

—Déjalo ya —dijo John—. Estamos en esto juntos. —Lamentó de inmediato haberlo expresado de aquella manera, la cual servía para confirmar la posición de Richie. A Sharon le dijo—: ¿Podemos hacer algo por ti? —Era una pregunta hipócrita, por supuesto, porque difícilmente hubiera detenido el coche en aquellos momentos.

Dio la impresión de que Sharon intentaba sonreír.

—Dios mío —dijo—. Ya me siento mejor.

Richie volvió a recostarse en su asiento y bebió más vodka.

—Deberíamos librarnos de ella —dijo.

Lo que a John le resultó especialmente perturbador de aquella declaración fue que no le indignó tal como, con toda decencia, debería haberlo hecho. A él también le hubiera gustado mucho perder de vista a Sharon. Ella le molestaba; ya tenía bastante con tener que tratar con Richie.

Sin embargo, volvió a recordarle al joven de quién era el coche, por poco que pudiera significar tal dato para alguien que había reaccionado al robo de su propio vehículo con indiferencia.

La carretera había llegado a los bosques y describió una curva que los habría ocultado a la vista de cualquiera que pudiera perseguirlos por la vía principal, aunque las frecuentes comprobaciones por el espejo retrovisor no habían revelado a nadie hasta el momento. No habría muchos motivos para suponer que hubieran tomado aquella ruta oscura cuando había disponibles otras vías más anchas que llevaban a municipios en cuyo tráfico podían haberse mezclado, pero al tiempo que se hacía este razonamiento, John era consciente de sus posibles puntos débiles. Carecía de precedentes en los que basar su criterio, por lo que bien podría ser que estuviera haciendo exactamente lo que la policía esperaba que hiciera, y que al dar la siguiente curva se topara con un control de carretera.

Recurrió a Richie.

—¿Tienes idea de dónde estamos? Me he desorientado completamente. El sol estaba por allí, ¿no? —Había desaparecido detrás de las nubes hacía un rato y los árboles cercanos eran muy altos—. ¿Estamos cerca de Hillsdale?

—Ni la más remota idea. —Para entonces Richie ya casi había vaciado la botella. John estalló.

—¿Alguna vez has visto Hillsdale siquiera? No vives allí, ¿verdad? ¡Todo este viaje ha sido en vano! ¡Maldita sea! ¿A qué juegas?

—¿Es el momento de discutir conmigo?

John cedió a un impulso. Pisó el pedal del freno, con lo que hizo derrapar el coche hasta que se detuvo cruzado en diagonal en la calzada. Richie salió despedido contra el salpicadero, pero sus reflejos manuales fueron rápidos y se sujetó para no hacerse daño.

—Debería haberlo hecho mucho, mucho antes —gritó John, que seguía dejándose llevar por la excitación de la irresponsabilidad egoísta. Abrió la puerta de golpe y salió del vehículo—. ¡Esto no es asunto mío, estás solo!

Ideó un plan en un instante: volvería haciendo autoestop, iría a la policía y explicaría lo ocurrido pacientemente. Estaba preparado para que al principio lo

malinterpretaran, pero tratándose de un hombre respetable con un empleo honrado, con esposa e hijos, terminarían por creerle. Le dio la espalda al coche y empezó a caminar en la dirección por la que habían venido. Esperaba que Richie fuera detrás de él, pero, cuando alcanzó el punto en el que los bosques daban paso a los campos y el otro no lo había hecho, no se decepcionó. No había querido mirar atrás, no sentía más que un alivio gratificante por haberse librado al fin de esos dos, ambos completa y fundamentalmente ajenos a él. No podía culparse por haber respondido en un principio a la sencilla petición de ayuda de Richie, ni por hacerle después un favor a Sharon que no parecía ser nada del otro mundo. Aún no estaba preparado para reconocer que era inevitable y necesariamente estúpido, por no hablar de peligroso, mostrarse amable con los desconocidos. ¡Qué podrido tendría que estar el mundo para que un tipo como él, que siempre se había considerado normal en todos los aspectos, llegara a una conclusión tan escéptica!

El hombre del tractor se hallaba entonces más cerca de la carretera. Daba la impresión de que lo único que hacía era dar una vuelta en él, sin llevar a remolque ninguna herramienta que alterara la tierra. Era un hombre de unos cuarenta años y de rostro muy cuidado. Llevaba puestos los auriculares de un *walkman* que guardaba en un bolsillo superior de su camisa de lino color verde musgo.

John le hizo señas con la mano y avanzó hacia él por un campo sin vallar cubierto de rastrojo. El tractor continuó adelante. Se encontraba en el lado más pequeño y se movía lentamente, pero, de todos modos, se apartó educadamente de su camino mucho antes de que llegara hasta él.

Levantó la mano y dijo hola.

El hombre del tractor detuvo el vehículo, se quitó los auriculares y los dejó colgando en torno al cuello.

—Necesito llamar por teléfono —dijo John—. Siento molestarle.

—Sí —repuso el hombre—. Un teléfono. —Meneó la cabeza—. No veo su coche.

—He venido andando. Perdí mi transporte.

El hombre frunció el ceño. Tenía una nariz con la punta cuadrada.

—Curiosa manera de expresarlo. Se le averió el coche, ¿es eso lo que quiere decir?

—Podría decirse así —asintió John por conveniencia—. Tengo que encontrar un teléfono.

—Apuesto a que sí.

Hablando de maneras curiosas de expresar las cosas, ¿qué significaba eso? Pero John no se hallaba en situación de tener otro encuentro desagradable. Añadió un poco de autocompasión.

—Me he perdido. No estoy muy lejos de donde vivo, a unos quince o veinte kilómetros, pero no estoy nada familiarizado con esta zona.

—¿Dónde vive?

John se lo explicó, pero la información no cambió la expresión escéptica del otro.

—Si tuerzo a la derecha por la carretera principal —que entonces se hallaba a la vista y John señaló hacia allí—, ¿cuánto tardaré en llegar a alguna población?

—Demasiado. —El hombre sonrió por fin y se transformó de inmediato en un tipo normal—. Pero hay una casa a menos de ochocientos metros.

¿Podría estar refiriéndose a su propia casa? John no quiso preguntarlo. Le dio las gracias y empezó a caminar de nuevo. Tras él oyó el motor del tractor que aceleraba. Parecía ser la clase de máquina diseñada más para el uso recreativo del señor granjero que para el trabajo serio.

El hecho de llegar a la carretera principal le produjo una sensación de logro. La temperatura era moderada y las nubes seguían tapando el sol, pero la caminata le había hecho sudar. Lo más probable era que olierá mal. Como no llevaba pañuelo, se enjugó la frente con el faldón de la camisa. A través de la tela notó la barba, que le había estado creciendo durante lo que para entonces debían de ser unas treinta horas. Menudo aspecto debía de tener. Tenía que comunicar su mensaje con rapidez a quienquiera que ocupara la casa a la que supuestamente no tardaría en llegar.

Para su alivio, la carretera empezó a descender suavemente y con frecuencia quedaba a la sombra de unos robles grandes y viejos. La rodilla ya no le molestaba. Su espíritu demostraba su resistencia. Tenía la seguridad de que por fin estaba a punto de salir de todo aquel follón. Fue capaz de reflexionar sobre el terreno. La próxima vez que resultara apropiado podía decirle a alguien: «Yo soy un hombre de ciudad, pero ¿sabes donde hay una bonita campiña? De camino a Hillsdale». Podría ser incluso que Joanie se aplacara con un comentario como aquél: ella había empezado a predecir de forma alarmante que para cuando los chicos hubieran avanzado en la escuela, su vecindario, que ya mostraba indicios de ello, degeneraría más allá del punto de no retorno (como agente inmobiliario que era, había exagerado un poco al decirle a la mujer de la empresa de taxis que su casa estaba prácticamente en la elegante zona de DeForest), y no dejaba de preguntar por qué esperar, por qué no mudarse a algún lugar donde poder estirar un poco las piernas y cultivar hortalizas. Lo que él, el práctico, se había preguntado en cambio era a qué distancia vivirían los chicos de las escuelas, amistades, actividades, y cuánto transporte adicional haría falta. Por no mencionar la distancia que tendría que recorrer él desde el trabajo, y la cuestión del aislamiento, porque a él le gustaba tener vecinos, pues de hecho los había tenido toda la vida.

Llegó a la granja restaurada: a unos treinta metros de la carretera, porche entero, tejado nuevo, césped y arbustos de jardinería profesional, seguramente cuatro dormitorios con al menos dos baños completos, aseo en la planta baja, chimeneas para dos hogares, probablemente una cocina grande con las dimensiones de antaño,

pero llevada a la velocidad contemporánea con un cambio de la instalación eléctrica, carpintería e iluminación nuevas y electrodomésticos de alta tecnología. La entrada lateral, cubierta de grava y bordeada por unos álamos jóvenes, conducía a un granero rojo situado detrás de la casa, pero no era tan grande como el modelo estándar de los agricultores, y resultaba evidente que no era antiguo, sino que se había construido recientemente para que sirviera de garaje de grandes dimensiones, y con una altura suficiente para contener un apartamento estudio en el piso de arriba: del tejado sobresalían los conductos de ventilación de la cocina y del aseo.

Cuando John estaba a punto de tomar el camino enlosado que conducía a la puerta principal, vio que el pequeño tractor verde se detenía delante del garaje y que el hombre saltaba de su asiento apresuradamente.

De modo que el vehículo había resultado ser bastante lento después de todo, puesto que le había ganado yendo a pie y tomando la ruta que describía un ángulo recto, mientras que él recorrió la hipotenusa, supuestamente más corta. Se dirigió a la entrada lateral y sus pasos hicieron crujir la grava. Tal como solía hacer al caminar por una superficie como aquélla, se compadeció de la persona que tuviera que cortar el césped contiguo, pero no había duda de que la grava estaba más de moda que el asfalto.

El hombre se sobresaltó al verlo, aun cuando fue él quien lo había mandado allí.

—Si pudiera utilizar su teléfono.

—Oh, por supuesto. —El hombre tendría una talla más que la suya, pero no parecía ser fuerte en la misma medida. Señaló hacia el granero—. Allí mismo, en el despacho.

Una vez dentro, pasaron junto al utilitario blanco de gama alta que tendría un hombre como aquél, y había espacio para otros coches, aunque no había ninguno más en aquel momento. Al fondo, a mano derecha, había un tramo de escaleras con barandilla. John se dirigió hacia allí en respuesta al gesto con la mano que le hizo el hombre.

—¿Tiene la suerte de trabajar en casa?

—Es de mi esposa. Es diseñadora.

John abrió la puerta de lo alto de las escaleras y entró en una habitación amplia y luminosa, equipada para uso profesional con una mesa grande y una pared forrada de armarios modulares. En el otro extremo, frente a una serie de ventanas, había una mesa de dibujo con el tablero inclinado, flanqueada por otras superficies amplias y llanas. En una esquina había un cubículo con un aseo. A menos que la esposa de aquel hombre estuviera allí dentro, el lugar estaba vacío, aunque todo el conjunto de fluorescentes del techo estaban encendidos.

—Bueno —dijo el hombre con cierta impaciencia—. Ahí tiene el teléfono.

John se acercó a la mesa. Cansado, tomó asiento en la silla y hasta que no se hubo

acomodado no preguntó:

—¿Le importaría...? ¿Puede decirme en qué lugar estamos? Se lo explicaré todo en cuanto pueda, pero ahora mismo quiero darle instrucciones a mi esposa sobre cómo llegar hasta aquí para recogerme. —Su plan de llamar a la policía había sido sustituido cuando se dio cuenta de que el hombre iba a quedarse allí a escuchar lo que dijera. Inevitablemente, mientras llegaran los agentes habría un período de transición en el cual el hombre lo consideraría un delincuente. John no hubiera podido soportarlo. En cualquier caso, sería mejor contar con la colaboración de Joanie: nadie que la viera a su lado podría dudar de él.

—Se encuentra a las afueras de Meredith.

—Debo parecerle un maleducado —dijo John al tiempo que le tendía la mano—. Me llamo...

—Vamos, haga esa llamada —lo interrumpió el hombre—. Ahora vuelvo. —Se marchó y cerró la puerta al salir.

John tenía que aceptar el hecho de que en los tiempos que corrían bien podía ser que los desconocidos recelaran de él. No había más que ver en lo que él mismo se había metido por no mantenerse alejado de Richie.

Los muchos sonidos electrónicos que oyó antes de que por fin sonara la señal de llamada sugerían que ésta no era local, no estaba cubierta por las unidades de mensaje asignadas, y no debía olvidar reembolsársela a su anfitrión, aunque por supuesto no llevaba dinero encima. Le enviaría un cheque por correo.

—Joan —empezó a decir en cuanto descolgaron el aparato al otro lado—. Me he metido en un verdadero lío. Ahora no puedo entretenerme explicándotelo, pero ¿puedes venir a recogerme? Estoy en una casa en el campo cerca de Meredith. —Seguía sin poder dar indicaciones útiles, pero no obstante insistió—. Debe de estar cerca de Hillsdale, saliendo por la Ruta 45 A. Tendría que haber un mapa en la guantera... ¿Joanie? Estoy en un lío. No tengo dinero y parezco un vagabundo. Me hice daño en la rodilla y tuve que recorrer varios kilómetros andando. —No era el momento de mencionar al camionero abatido ni la posible persecución por parte de la policía.

—Saliste de aquí esta mañana temprano —dijo Joan—. Ahora ya he perdido todo el día. ¡Sólo tengo un día a la semana para mí! Y ahora ni siquiera eso. ¿Y me pides que conduzca hasta un lugar olvidado de la mano de Dios? ¿Y qué hago con los niños? ¿Los llevo también? ¿Estás borracho?

—Ojalá lo estuviera. Escúchame, por favor. Aunque no ha sido por mi culpa, estoy metido en una situación delicada. Resulta difícil explicarlo así, pero todo empezó cuando intenté hacer un sencillo favor. ¿Recuerdas? Sonó el timbre y...

—¡Estoy enfadada, John! Quiero que lo sepas.

—Necesito ayuda —dijo él—. No tengo a nadie a quien recurrir.

—Tú, cabrón hijo de puta, al suelo. Boca abajo, pedazo de mierda, o te volaré esa cabeza sucia que tienes. —Era el dueño de la casa, que había regresado con una escopeta larga cuyo cañón le apuntaba.

Soltó el teléfono de inmediato y se tendió sobre la alfombra tal y como le ordenaron, pues el hombre temblaba con tanta violencia que temió que la escopeta pudiera disparársele con la vibración.

El tipo se acercó y se quedó de pie junto a él.

—Estaría en mi perfecto derecho si te disparara: estás en mi propiedad y eres un conocido delincuente. Dame una excusa, basura. Venga, por favor.

John tenía miedo, pero no podía dejar la acusación sin respuesta.

—¿Delincuente? —preguntó de cara al suelo—. Soy una persona respetable, con esposa y dos hijos pequeños. Trabajo en una agencia inmobiliaria de... —Notó el frío del metal contra la parte posterior del cráneo.

—Sigue así, escoria —gritó su captor—, y te quedarás sin cabeza. —Después de dejarlo claro retiró la escopeta—. Sois todos iguales: unos tipos grandes y fuertes cuando estáis solos en una casa con una anciana enferma, pero... —En aquel instante volvió a hincarle el cañón a John, esta vez en la parte baja de la espalda—. ¡Estira esos brazos por encima de la cabeza! —Golpeó de nuevo a John; estaba empezando a dolerle.

John consideraba que su situación era tan ultrajante que se empeñó en hablar a pesar de las amenazas.

—Mi esposa aún podría estar al teléfono, hable con ella. O llámela. Luego llame a mi empresa y hable con cualquiera de allí. Llame...

—Ya hice todas las llamadas que voy a hacer, basura —repuso el hombre—. Llamé a la policía desde la casa.

Sintió un gran alivio al oír aquello. John había empezado a pensar que el tipo era un vigilante loco.

—Bien —dijo, y se volvió con cuidado para quedar en posición supina.

—Te lo juro, si haces un solo movimiento más te mataré.

John se dio cuenta de que aún podía recibir un disparo por accidente.

—Tranquílcese. Espere a la policía. No querrá hacer algo que lamentará.

El hombre soltó una risita extraña.

—¡Te doy miedo, tipo duro! Ahora sabes qué se siente al suplicar clemencia..., lo que pasa es que la gente como tú nunca se la concedéis a nadie.

—¿Puedo preguntar —dijo John, con la mirada dirigida a una de las instalaciones de fluorescentes del techo— por qué piensa que soy un delincuente? Lo único que hice fue preguntarle si podía utilizar su teléfono. En ningún momento levanté la mano contra usted.

—¡Porque soy un hombre! No vas a atacarme a menos que vuelva la espalda. Eso

ya lo sé.

—Pero ¿qué le he hecho yo a nadie? —exclamó John.

—Sólo espero que la policía no llegue demasiado pronto —dijo el hombre—. Espero que intentes huir para que así pueda dispararte.

John comprendió que se trataba de la fanfarronada de una persona asustada. Tenía sentimientos encontrados sobre la llegada de la policía. Aquel personaje crispado, un propietario local y obviamente una figura respetable, un hombre acaudalado, sin duda tendría más peso que él ante los agentes de la ley. Mal vestido y mal afeitado como iba, seguro que al principio podía esperar que lo escucharan en el mejor de los casos con escepticismo. Y en el peor de los casos lo detendrían, al menos hasta que pudiera determinarse la veracidad de su relato. Nunca había tenido ningún problema con la policía, salvo por aquella travesura de Halloween en su época de instituto, y le horrorizaba que lo consideraran sospechoso, aunque sólo fuera de manera temporal. Pero tenía que recobrar el ánimo para afrontar semejante experiencia, pues bien podría ser que sucediera antes de que pudiera salir de aquello.

Intentó recurrir al razonamiento para influir en la situación.

—Supongo que cuando pensé que usted estaba escuchando un casete con esos auriculares en realidad tenía sintonizada la radio. Es probable que oyera la noticia de un allanamiento en una casa cerca de Hillsdale, y que los autores andaban sueltos. Entonces llego yo, un desconocido y de aspecto muy desaliñado según su punto de vista. —No daba ningún resultado dirigirse a la instalación de luz del techo, de modo que volvió la cabeza para mirar a su anfitrión, un movimiento que también implicó el de un hombro.

El hombre disparó la escopeta, provocando un ruido espantosamente fuerte. John no sabía adonde había ido la bala, tal vez estuviera en alguna parte de su cuerpo, pero nada podía ser peor que aquel ruido. Se tapó las orejas con las manos y contrajo el cuerpo adoptando la forma que tuvo por última vez dentro del vientre de su madre. Su captor estaba hablando, pero a John le zumbaban los oídos y no distinguía ni una sola palabra. Entonces empezó a temer que el hombre hubiera ido más allá de las poses vacías y que pudiera asesinarlo antes de la llegada de la policía. Gimió y suplicó.

—Oh, Dios mío, por favor no me mate. No soy ningún delincuente, no tengo intención de hacer daño. Tengo esposa e hijos, no me mate, por favor...

La respuesta del hombre consistió en inclinarse sobre él y clavarle el cañón de la escopeta en ese hueso que hay detrás de la oreja. John recuperó el oído hasta el punto de que pudo oír que el tipo decía, como si le hablara desde una gran distancia:

—La próxima vez te volaré la cabeza.

John estaba desesperado. No sabía qué se esperaba que hiciera para seguir vivo. Hubiera obedecido cualquier orden, pero no recibió ninguna, sólo una amenaza tras



otra. El miedo era insoportable. ¡Ya no lo aguantaba más! Arremetió con una de las manos con las que se había estado tapando los oídos. Apartó la escopeta de un golpe, y aunque esperaba oírla dispararse en cualquier instante, rodó por el suelo y agarró la culata, de la que se sirvió para ponerse de pie y de la que luego se apropió con un esfuerzo violento.

Acto seguido, el hombre, más corpulento que él, empezó a desvanecerse de un modo extraño. Parecía intangible. No es que John quisiera tocarlo, y mucho menos causarle daño alguno, pero el tipo parecía pensar lo contrario y se encogió cruzado de brazos al tiempo que se hacía cada vez más pequeño porque juntaba las rodillas, al estilo de una colegiala: estaba experimentando un proceso de degeneración física a través del miedo.

John tal vez hubiera sido más compasivo si sus situaciones relativas no se hubiesen intercambiado tan recientemente.

—No soy un delincuente —repitió, porque entonces podía apoyar su afirmación. Sostuvo la escopeta con el cañón apuntando al suelo—. Si lo fuera le apuntaría con esto, ¿no? En realidad, la descargaría si me dijera cómo hacerlo. —John nunca había tenido un arma y no las distinguía, no le gustaban, y se encontraba incómodo teniendo una cerca—. Estoy ofreciendo la otra mejilla —dijo—. ¡Podría haberme matado! —El miedo que acababa de pasar se había convertido en ira.

El hombre seguía distraído. Gimoteaba de un modo incoherente. No había oído ni una sola de las palabras que John había pronunciado.

—¡Oh, por el amor de Dios! —gritó John—. Voy a salir de aquí. No voy a quedarme para que me tienda una trampa con los policías pueblerinos del lugar. Voy a regresar a mi territorio, llamaré a mi abogado y le contaré toda la historia a mi departamento de policía. Le aconsejo que se tranquilice. No le he hecho ningún daño ni he dañado nada suyo. Si supiera cómo descargar esta escopeta, la dejaría aquí. Pero, por mi propia seguridad, me la llevaré y la esconderé fuera, en alguna parte. Puede que incluso lo llame más tarde para decirle dónde.

Aguardó un momento para ver si obtenía alguna respuesta por parte del hombre que temblaba, pero no recibió ninguna. Bajó las escaleras tan deprisa como pudo, sujetando firmemente el arma con ambas manos. Al llegar al patio tuvo que decidir con rapidez en qué dirección huir, porque seguro que la policía llegaría por la carretera, que por lo tanto quedaba descartada para él... No sabía desde qué dirección llegarían. Eso le dejaba el campo lleno de rastrojo, donde no podía ponerse a cubierto, y el bosque del otro lado de la carretera.

Para llegar hasta los árboles tuvo que subir por una cuesta que resultó más empinada de lo que parecía. A pesar del peligro que podía entrañar, utilizó la escopeta como bastón. Estaba cansado tras pasar medio día haciendo más ejercicio del que había hecho en años. La cima de aquella elevación no podía hallarse a más de seis

metros por encima de la carretera y, sin embargo, al llegar a ella estaba tan exhausto que de no haber oído el ulular distante de una sirena quizá no hubiera encontrado fuerzas para seguir antes de descansar. De modo que continuó adelante. Era un lugar en el que había tanta maleza —que se le enganchaba y le rasgaba la ropa— como árboles. Le arañaba la piel y, para no romperse la ropa, se detenía con frecuencia para desengancharse. En un esfuerzo por evitar los matorrales más densos, no tardó en perder completamente el sentido de la orientación. Tras lo que probablemente pareció más tiempo del que transcurriera en realidad, sospechó que estaba deambulando en círculos. Como bien podía ser que acabara cayendo en manos de sus perseguidores, no tenía nada que perder y mucho que ganar tomándose el descanso que tanto necesitaba.

Además, en cuanto dejara de luchar contra los arbustos, tal vez pudiera oír algún sonido del mundo exterior que lo orientara. Encontró un claro al pie de uno de los árboles más grandes y se sentó en la tierra. Bajo una finísima superficie seca, el asiento resultó estar húmedo. ¡Qué más le daba! Estaba metido en un lío terrible. Había estado a punto de matarlo un hombre al que no había hecho nada más que pedirle que le dejara utilizar el teléfono un momento. De acuerdo, lo había tomado erróneamente por un criminal; con todo, ¿había que disparar a bocajarro a una persona así cuando ésta no ofrecía resistencia? ¿Y qué hubiera ocurrido cuando forcejeó con el hombre si la escopeta se hubiera descargado y matado a su propietario? ¿Hubiera podido demostrar su inocencia algún día?

¿Podría demostrarla *ahora*, aunque ni siquiera había tocado a aquel hombre en el forcejeo ni lo había apuntado con el arma? Había sido escrupuloso en este sentido. Pero el hombre había demostrado las características de un matón y de un cobarde, y podría considerar necesario tergiversar la situación en interés del orgullo.

John se sentía tan solo, tan indefenso, que en aquel momento hubiera agradecido la compañía de Richie, aunque éste fuera la fuente de todos sus problemas... Pero al serlo, también era el único capaz de limpiar su nombre, al menos en todo lo ocurrido hasta el momento en que se habían separado. Seguía estando solo en cuanto al asunto del terrateniente, pero sería mucho más creíble si pudiera establecerse que, para empezar, él no era personalmente responsable de encontrarse en aquella zona.

Experimentó un súbito acceso de esperanza, como si se hubiera alzado en la cresta de una ola: de ninguna manera era demasiado tarde para aclararlo todo si podía conseguir que alguien con autoridad no se precipitara a sacar conclusiones, sino que escuchara la voz de la razón. Se dio cuenta de que eso resultaría poco probable si se presentaba ante dicha autoridad con el aspecto que tenía. Debía llegar a su casa como fuera. No tenía dinero ni tarjetas de crédito y, dado su aspecto, no le hubieran ido muy bien las cosas con el autoestop, aun cuando no hubiera sido un hombre al que la policía estuviera buscando por todas las carreteras principales. Lo que sí tenía era el

arma.

Que ni siquiera pudiera considerar la posibilidad de apuntar con un arma a un ser humano, con el propósito que fuera, hubiera resultado imposible en toda su vida hasta aquel momento. De niño había jugado con armas de juguete, por supuesto, disparando dardos con punta de goma a sus hermanos y amigos, pero por joven que fuera nunca había tenido ninguna dificultad en distinguir un juego de la realidad, aun cuando esa realidad hubiera sido puramente teórica: nunca había visto a nadie disparar una pistola de verdad, porque aunque en las películas y en la televisión las armas de fuego eran reales, las balas no lo eran, tal como siempre había reconocido todo el mundo, incluso los niños pequeños. Él no se había convertido, al crecer, en uno de esos adultos que suponen que los asesinos empiezan entrenándose con pistolas de agua en su niñez, o que creen que el hecho de tener una pistola de juguete a los seis años creaba a un belicista que en su vida posterior estaría ansioso por atacar el mundo con armas nucleares. Y en cuanto a él: no le gustaban las armas, y sin embargo allí estaba, sosteniendo una que había arrebatado a la fuerza a su propietario para poder salvar la vida. Hasta aquí, todo bien, pero no había renunciado a ella. Era la única cosa valiosa que tenía. Parecía cara, al igual que el resto de posesiones del terrateniente. Quizá podría vender el arma, o utilizarla como garantía para conseguir dinero suficiente para volver a casa. No, eso sería un error: en aquellos momentos su única esperanza era volver a ponerse en contacto con Joanie y conseguir que fuera a buscarle. Aunque consiguiera el dinero para volver, no podía arriesgarse a utilizar ningún tipo de transporte público.

Cuanto más descansaba, peor se sentía. No solamente se presentaron entonces con retraso ciertas reacciones a la pelea por la escopeta, sino que además le volvía a doler la rodilla. Tenía unos arañazos profundos en el dorso de la mano izquierda. ¿Acaso la adrenalina sirvió para aplacar el daño recibido en la lucha por controlar el arma? ¿O los arañazos eran de los matorrales que había tenido que atravesar hacía poco? Se levantó del suelo.

Caminar resultaba doloroso, pero John se había fortalecido con la determinación de no tolerar más abusos. Aunque podría tener algo que explicar, no tenía que disculparse por nada, y estaba resuelto a no olvidar esta circunstancia ni a permitir que nadie la olvidara. En sus encuentros futuros debía contemplar la probabilidad de que los desconocidos pensarán lo peor de él sólo por su aspecto. Si además habían oído la misma emisión que el terrateniente y lo tomaban a él por el hombre al que buscaban, nadie iba a escuchar ninguno de sus argumentos. Y en una zona rural como aquella tenía que afrontar la posibilidad de que otros habitantes tuvieran por costumbre el tener armas a su alcance.

No hubiera sabido decir cuánto caminó, pues se había anestesiado contra el tiempo y la distancia, pero al final salió del bosque, y allí, al borde de un prado en

cuyo otro extremo pastaban unas reses blancas y negras, había una sencilla estructura de madera que necesitaba un tejado nuevo y, más allá, lo que parecía ser un granero de trabajo, a juzgar por los utensilios oxidados que había cerca y por las zonas polvorientas y llenas de paja del oscuro interior que eran visibles a través de las puertas abiertas y combadas.

A John le gustaban mucho los graneros. En una ocasión, cuando era niño, había visitado una granja del interior cuyo propietario había sido amigo de su padre en el ejército, y llegó a subir a lomos de un caballo de verdad, y había visto ordeñar una vaca en un granero. Sin embargo, la leche fresca que probó de un cazo que sumergieron en el cubo estaba desagradablemente caliente. Pero recordaba aquella visita con una sensación afectuosa.

Era precisamente de pretextos para ablandarse como éstos de los que debía protegerse en aquellos momentos, cuando había decidido que no tenía elección si esperaba poder salir alguna vez de aquel lío: no debía utilizar la violencia, pues no era un delincuente, sino la fuerza, con lo cual se refería a la amenaza o al potencial de ésta.

Cuando llamó a la puerta, dispuesto a apuntar con la escopeta a quienquiera que respondiera, su plan se vino abajo con la aparición de un muchacho de ojos brillantes.

—Todavía no se ha abierto la veda —dijo el chico, que le habló a través de la puerta mosquitera. Estaba lleno de energía y parecía tener unos doce años—. Si quiere hacer tiro al plato, utilice el campo del oeste. —Señaló hacia allí—. Los animales se asustan. Espero que compruebe que no haya cargado balas para ciervos por error. Un tipo lo hizo el año pasado. Tienen más alcance del que parece. Tropezó y alcanzó la camioneta de alguien que pasaba por ahí. Le rompió el parabrisas.

—Sólo necesito utilizar tu teléfono —dijo John.

De pronto el chico se volvió más cauto.

—Dígame el número. Llamaré por usted y daré el mensaje.

—No es de esa clase de llamadas.

—Pues tendrá que ser así —replicó el muchacho sin alterarse.

A John se le ocurrió que el chico estaba actuando con la cautela a la que las autoridades públicas, los presentadores de la televisión y otros instaban a las personas que abrían la puerta a desconocidos. Daba la casualidad de que él mismo había sido un imprudente, sin duda, al responder a la llamada de Richie aquella mañana, aunque ni siquiera en retrospectiva se le ocurría una alternativa.

—Se trata de un asunto entre mi esposa y yo.

—Lo siento —dijo el muchacho, que empezó a cerrar la puerta principal—. No es motivo suficiente.

—Espera, por favor —exclamó John dirigiéndose al chico, que empezaba a desaparecer tras la puerta—. De acuerdo, llámala tú.

La puerta dejó de cerrarse. El muchacho le preguntó el número a través de la rendija que quedaba.

—Muy bien —dijo John—, estaremos encantados de pagarte cuando ella llegue. Dile que me he quedado tirado... Por cierto, ¿dónde estamos? ¿Cerca de Meredith? La verdad es que no sé donde estoy.

—¿Meredith? —preguntó el muchacho burlonamente—. Esto es Beckworth.

—Tú explícale cómo llegar hasta aquí.

—¿En coche? No soy lo bastante mayor todavía para sacarme el carné. No sé mucho de carreteras; sólo conozco la que va desde aquí al pueblo.

—No pasa nada —dijo John, intentando que el chico no perdiera la calma—. Bien. Explícale cómo llegar hasta aquí desde el pueblo... ¿Es Beckworth?

—No, la población más cercana es Bolton.

—¿Bolton? —preguntó John—. De acuerdo, pues tú dile eso, e indícale la carretera que debe tomar para llegar hasta aquí.

—¿Ella sabe dónde está Bolton? De todos modos, ¿desde dónde va a venir?

—Puede buscar Bolton en un mapa. —La desesperación empezaba a adueñarse nuevamente de él. Joanie era una conductora excelente, mejor que él en técnicas de precisión tales como aparcar en paralelo al bordillo, pero era negada para los mapas y, cosa insólita para su sexo, tenía aversión a pedir indicaciones a los desconocidos, algo por lo que tradicionalmente es famoso el sexo masculino. Su explicación era que los hombres podían hacerse una idea equivocada si los abordaba de ese modo.

—¿Dónde ha dejado su coche? —preguntó el chico a través de la rendija entre la puerta y el marco, que prudentemente no había agrandado—. ¿Quiere que llame a los de Triple-A?

—No vine en coche.

—¿No tiene coche y lleva una escopeta de aire comprimido del calibre doce?

La incongruencia hizo que John suspirara.

—¿Te importaría llamar a mi mujer primero? Te lo explicaré mientras la esperamos. La escopeta no es mía. Ni siquiera sé cómo descargarla.

—Entonces, ¿qué hace con ella? —le preguntó el chico en tono burlón.

—Lo cierto es que creo que debería hablar yo con mi mujer —dijo John, y dio la vuelta al arma para ofrecérsela con la culata por delante—. Apuesto a que, viviendo aquí, sabes cómo utilizar esto. Tómala y apúntame con ella, si quieres, mientras hago la llamada. De hecho, puedes quedarte la escopeta como regalo. Ya se la pagaré al tipo al que se la tomé prestada.

—¿Sabe lo que cuesta una de éstas? —inquirió el muchacho con incredulidad—. Usted no tiene tanto dinero. Parece una especie de vagabundo.

John se asombró de lo mucho que le dolió el comentario, aunque se diría que era la menor de sus preocupaciones aquel día. Sin duda le sentó peor por el hecho de que

fuera un menor quien lo hiciera.

—No soy un vagabundo —replicó en tono de reproche—. Soy un hombre respetable con esposa, hijos y trabajo, un buen empleo en una empresa magnífica. Gozo de una excelente reputación en mi ciudad, que tiene muchos residentes acomodados, incluyendo algunos personajes de la televisión que han pagado un millón o más por sus casas, como esa mujer pelirroja de las noticias de la mañana, no sé si la has visto. Y otros. Lo que pasa es que hoy me han salido mal las cosas, nada más. Soy una buena persona.

—Pues no lo parece.

John perdió los nervios.

—¡Maldita sea, déjame usar el dichoso teléfono!

El chico cerró la puerta de golpe y echó el cerrojo ruidosamente.

John trató de abrir la puerta mosquitera, pero el gancho estaba echado y no tuvo éxito. Golpeó el marco. No hubo respuesta. Había sido un estúpido al estallar de ese modo. Probablemente el chico estuviera solo en casa por alguna razón, quizá recuperándose de una enfermedad que no le permitía ir a la escuela. Resumiendo, un muchacho enfermo resulta amenazado por un vagabundo de aspecto infame que lleva una escopeta robada. Ya podría haber toda una lista de acusaciones contra él por una multitud de delitos que no había cometido, algunos de los cuales ni siquiera habían ocurrido. El asunto del camionero, sin embargo, era grave: eso no podía olvidarse. Pero él no solamente no había atropellado a ese hombre, sino que además había llamado a una ambulancia desde el teléfono más próximo que pudo encontrar. Seguía estando completamente limpio; sólo necesitaba encontrar a alguien que lo escuchara y le creyera.

Se dejó llevar por un impulso, bajó corriendo del porche y localizó el lugar por el que llegaba la línea telefónica desde el poste del borde de la carretera. Utilizó el cañón de la escopeta a modo de palanca y tiró de los cables para arrancarlos del conector de porcelana. Si no se le permitía telefonar a su esposa, no iba a dejar que el chico hiciera una llamada injustificada a la policía. Aquella injusticia sencillamente tenía que terminar. Él no se la merecía.

Regresó al porche, apoyó la escopeta en la pared de la casa y mirando a la puerta, gritó:

—Voy a dejar la escopeta aquí afuera. Eso debería demostrarte que me juzgaste mal. Cuando llegue a la ciudad, avisaré a la compañía telefónica. Lamento haber tenido que dejar tu teléfono fuera de servicio. ¡Pero deberías haberme creído!

No hubo respuesta, y John no tenía forma de saber si el muchacho había oído o no lo que le había dicho. Podía haber intentado mirar por una de las ventanas que daban al porche, pero se contuvo, no fuera a asustar aún más al chico. Era considerado incluso en condiciones de extrema necesidad.

Había salido del bosque por el lado izquierdo de la casa. Entonces empezó a alejarse por la entrada de tierra de la derecha del edificio, y ya casi había llegado a la carretera cuando apareció un automóvil que se detuvo bruscamente frente a él. Por un brevísimo instante lo tomó por alguna clase de vehículo oficial y creyó que tenía la opción de rendirse o huir.

Pero era el coche de Sharon, y Richie era quien lo conducía. La chica iba sentada a su lado. Parecía estar más alerta que la última vez que la vio.

Richie señaló la casa y preguntó por la ventanilla:

—¿Quién hay ahí dentro?

John había albergado la esperanza de no volver a verlo jamás, pero los acontecimientos que le habían ocurrido desde que estaba solo habían cambiado tanto sus sentimientos que era capaz de aguantar a ese hombre si ello significaba volver a casa.

—Nadie.

Richie salió del coche. Se estiró de un modo exagerado y miró a John con una sonrisa.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Podría preguntarte lo mismo, pero al diablo con ello. Salgamos de este lugar.

—Ahora mismo no podemos ir a ninguna parte en coche. Los polis han puesto controles ahí abajo.

John no se lo podía creer.

—¿Controles? ¿Qué es esto, una especie de cacería humana? —Suspiró—. Entonces no tenemos alternativa. Tal vez estén buscando a otra persona, a alguien peligroso, y no se trate en absoluto de nosotros. Pero aunque sea a nosotros a quienes estén buscando, tenemos que entregarnos. El allanamiento, si se le puede llamar así, no fue un delito ni mucho menos grave, y debe de constar que telefoneé para pedir una ambulancia, lo cual debería ser de ayuda con lo del camionero. Apoyaré tu afirmación de que me estabas salvando la vida; al fin y al cabo, habrán encontrado la barra de hierro a su lado. Seguro que tendremos problemas, pero no veo por qué no podemos evitar lo peor. —Esta manera de hablar era extraña en él, y si alguien de su vida anterior, principalmente Joanie, hubiera aparecido en aquel momento y hubiese dicho «Tienes que estar de broma», él podría haber sonreído con satisfacción y dominar así la pesadilla, haber vuelto a entrar en su casa y, tras fregar los platos del desayuno, pasar el resto de un día libre normal.

Pero lo cierto es que estaba allí, no en su casa, y que Richie se había alejado de él antes de que terminara de hablar, había saltado al porche y había agarrado la escopeta. Echó hacia delante la pieza de madera de debajo del cañón y atrapó con destreza el cartucho rojo que salió volando.

—¡Vaya! —gritó con deleite. Rápidamente empezó a sacar todos los cartuchos y a

continuación los cargó de nuevo en el arma.

John reaccionó demasiado tarde. Se dirigió al porche y dijo:

—Esto pertenece a un tipo que vive colina abajo. Me estaba apuntando con ella y tuve que quitársela. La dejaremos aquí. —Alargó la mano para coger la escopeta, pero Richie la apartó—. Vamos, dámela.

—Lo siento, John, pero tengo que quedármela. Necesito protección. Los polis no juegan limpio. Estarán por todas partes, con ametralladoras y gases lacrimógenos. Pero quizá no puedan encontrarnos. Escondamos el coche.

John ya no podía seguir considerando a Richie simplemente un bicho raro con quien se sentía incómodo. Incluso después del atropello del camionero había intentado mantener esa ilusión, porque ¿cuál era la alternativa? Entonces dijo en voz alta, aunque en gran parte para sí mismo:

—Todo esto no puede ser sólo por ese atropello con fuga.

Richie bajó un escalón del porche de un salto, con la escopeta apoyada en el antebrazo izquierdo. John echó un vistazo a su alrededor buscando la mejor ruta de escape. Probablemente fuera aquella por la que había venido, a través del bosque. Pero por un momento se había olvidado del chico que había en la casa y que estaría indefenso si se marchaba, y eso que él era quien había dejado su teléfono fuera de servicio.

—Vamos, John —dijo Richie. Le gritó a Sharon que acercara el coche al granero. Ellos siguieron a pie mientras ella conducía lentamente por el sendero sin pavimentar y lleno de baches—. Iba a librarme de ella, pero tiene su utilidad.

—No puedes seguir con esto durante más tiempo —repuso John—. Sólo consigues que empeore todo. No puedes estar pensando de verdad en un enfrentamiento con la policía.

Sharon se detuvo frente a la puerta abierta del granero. Richie le gritó:

—¡Entra! —Y dirigiéndose a John, añadió—: Además, es inofensiva. Tiene un cerebro como una pera podrida.

Sharon metió el coche dentro. Cuando llegaron a él, Richie le dijo que lo pusiera en punto muerto y se quedara al volante.

—¿Te importa, John? Tú eres más fuerte que yo. ¿Podrías empujarlo hasta allí? —Señaló el rincón más alejado, la única zona que no estaba obstruida por restos de máquinas agrícolas en mal estado y entre las que se incluía lo que probablemente antes hubiera sido un tractor, pero que ahora era una reliquia oxidada con dos ruedas de acero desnudo.

Haciendo fuerza contra el marco de la ventanilla del conductor, John pudo conseguir que el coche se moviera. El peso del vehículo hizo crujir las tablas del suelo, pero, una vez que empezó a moverse, resultó fácil seguir moviéndolo.

John se sintió culpable por haber abandonado a Sharon anteriormente. Se dirigió a



ella en voz baja:

—¿Estás bien? —La muchacha no mostraba ningún daño físico.

Se mantuvo atenta a la conducción y respondió sin desviar la mirada.

—Me encuentro mejor. Se puso a dar vueltas por ahí, buscándote.

—¡No es amigo mío!

—Eso díselo a él —repuso ella con expresión de rabia. Detuvo el coche y por el espejo retrovisor observó a Richie que se acercaba—. Podemos ganarle, pero tú eres la respuesta.

John se quedó desconcertado por su nueva energía. No estaba del todo seguro de a qué se refería la joven y no pudo pedirle que se lo aclarara porque Richie ya estaba allí al lado con una vieja lona que había encontrado. Cuando Sharon salía del coche, le espetó:

—¡Tapa el automóvil!

John la ayudó con la pesada lona engrasada. Cuando terminaron, resultaba evidente que había un coche oculto debajo, pero Richie dijo que bastaría para engañar a la policía si no había ninguna otra prueba de que los fugitivos se hubieran dirigido a esa granja.

—Entraremos en la casa y la mantendremos cerrada —dijo mientras volvían andando. Él iba el último con la escopeta. Sharon iba delante.

John recordó que tenía que proteger al chico.

—Eso es un callejón sin salida, la verdad. ¿Por qué no vamos andando por el bosque? Van a pasarse un tiempo buscando el coche, y no a nadie que vaya a pie.

—Aunque me caes muy bien, John, me doy cuenta de que lo que quieres es que te cojan. De manera que todos tus planes van a tener esa idea de fondo.

Era una afirmación tan racional que a John le dio al menos una pequeña esperanza de que se podía hablar con Richie.

—Está bien —dijo—, pero tarde o temprano van a encontrarnos, eso tienes que saberlo, y cuanto más tarden, más empeorarán las cosas, y más difícil será exponer tus argumentos, y...

—¡Yo no tengo argumentos, John! —exclamó Richie en un tono que parecía de regocijo—. Cuando me atrapen, se acabará todo; así son las cosas, te guste o no.

Llegaron a la puerta trasera de la casa. John rezó para que el niño hubiera escapado por el otro lado del edificio, por alguna puerta o ventana, mientras ellos estaban allí, pero sabía que era una esperanza poco realista: al igual que cualquier ser humano normal, el chico se sentiría más seguro en su propia casa, fuera cual fuera la amenaza, con la posible excepción de un incendio o una inundación. Eso es lo que supone una casa, más allá de las provisiones para comer y dormir: toda la fortaleza que la mayoría de nosotros llegaríamos a necesitar, y ahora él tenía problemas únicamente porque lo habían hecho salir de la suya.

Tal como le ordenó Richie, Sharon subió a la plataforma de un escalón que constituía el porche trasero, retiró la puerta mosquitera que no tenía el pestillo echado, hizo girar el pomo sin encontrar resistencia y abrió la puerta.

John se contuvo antes de culpar al muchacho. ¿Cómo podía esperarse que un chico tuviera la mentalidad de un soldado de combate? Lo más probable era que el jovencito estuviera agachado junto algún armario, temblando aterrorizado. Richie hubiera entrado de todos modos. No obstante, John se disgustó al ver que había tenido más éxito que él en acceder a la casa. Tal vez fuera una reflexión extraña en aquel momento. Pero si el chico le hubiera dejado utilizar el teléfono, nada de eso estaría ocurriendo.

La puerta trasera daba directamente a la cocina. Richie entró el último. Cerró la puerta y echó el cerrojo.

—¿No os parece una negligencia? Vives alejado en la montaña, sin vecinos cerca, y ni siquiera cierras la puerta con llave. Cualquiera puede entrar, a cualquier hora del día o de la noche, llevarse todo lo que posees y cortarte el cuello mientras duermes. —Miró a Sharon—. ¿Crees que bromeo?

—¿Tú has hecho eso? —preguntó John.

Richie meneó la cabeza gacha.

—Te aseguro que me gustaría saber, antes de que todo esto acabe, qué es lo que te he hecho para que tengas una opinión tan pobre de mí... —Alzó el rostro—. Sé que tengo tu escopeta. Te expliqué que sólo es para protegerme. No voy por ahí buscando problemas. Sólo quiero estar preparado por si hace falta. No tienes por qué preocuparte, John. Haré que salgamos de ésta.

Sharon volvió a la vida y miró a su alrededor con cierto entusiasmo.

—¡Una cocina! Prepararé café.

Ninguno de los dos hombres respondió, pero Richie no intentó detenerla cuando empezó a ir de un lado a otro abriendo armarios y cajones. John la observó discretamente, por si podía ver dónde se guardaban los cuchillos de trinchar. En la cocina de su casa estaban convenientemente metidos en las ranuras de una maciza tabla de carnicero que tenían en la encimera: el juego de acero alemán de calidad había sido uno de los regalos útiles que les habían hecho a Joanie y a él con motivo de su boda, una época de esperanza no tan lejana como para haberla olvidado.

No podía imaginarse clavando la hoja de veinte centímetros de un cuchillo de chef en el cuerpo de Richie, pero podría ser capaz de utilizar el arma como amenaza. Sin embargo, Sharon estaba al otro lado de la habitación y con su búsqueda enseguida bloqueó su línea de visión.

—No van a irrumpir aquí a menos que tengan algún motivo para pensar que estamos dentro —dijo Richie—. De modo que ahora vamos a probar a mantenernos escondidos. —Miró a John—. Quiero que me des tu palabra de que no intentarás

hacerle ninguna señal a la policía si aparecen.

—Lo que me gustaría que hicieras en lugar de pedirme mi palabra es que por una vez escucharas lo que digo.

Richie se encogió de hombros.

—Me parece que es lo que llevo haciendo todo el día, John. Tienes que admitir, si eres sincero, que no estaríamos donde estamos si me hubieras dejado conducir a mí antes. No me gusta echarte esto en cara, créeme. Y por no dejar las cosas como estaban luego, cuando me ocupé de ese gordo cabrón por ti, en lugar de entrar en esa casa y echarnos al cuello a la policía. Sería de gran ayuda si pudieras dejar esta forma de pensar negativa y entender que somos un equipo. Si no podemos trabajar juntos, no tenemos ninguna posibilidad.

—¡Yo no tengo nada en común contigo! Si no tuvieras esa escopeta... —Pero el sentido común puso límites a su furia. Podría resultar peligroso hablar con tanta libertad a una persona armada y probablemente loca. No estaba obligado a demostrar nada. Continuó tranquilizándose de esa forma cuando de repente Sharon dio muestras de cierto mal humor diciendo: «¡No encuentro el café!» y Richie cambió la escopeta a su mano izquierda y con la derecha abofeteó a la joven con tanta fuerza que ésta cayó contra el fregadero. John no hizo nada. Ni siquiera protestó.

Ella no debería haberle provocado. Iba a conseguir que la matara, y aun así, ¿qué podía hacer él? Pero exculparse a uno mismo no es descarga. Sacó energía para ir a ayudarla a levantarse y le tomó la mano. Cuando lo hizo, ella le deslizó un objeto: un cuchillo. Un mondador pequeño tan romo que John no se cortó al identificarlo mediante el tacto. Lo colocó en la encimera a escondidas.

—No es ni mucho menos mi intención interrumpir este momento romántico —dijo Richie por detrás de él—, pero recuerda que eres un hombre casado, John. Eso es lo que me gusta de ti. Y ahora vamos a echar un vistazo a este lugar.

Los condujo por el comedor adyacente y pasaron al salón que daba al jardín delantero, al camino de entrada y a la carretera de más allá a través de dos ventanas de guillotina corrientes enmarcadas por unas cortinas interiores de gasa y colgaduras exteriores. El sofá y la silla de al lado tenían fundas a juego. Había una alfombra ovalada grande de retazos frente a la chimenea. En el otro extremo de la habitación, al otro lado de la puerta de entrada, había una escalera. John no vio indicios de restauración reciente: por ejemplo, los radiadores de hierro colado seguían estando en su sitio.

Después de echar un vistazo por las ventanas, Richie dijo:

—Mantengámonos alejados. Cuando estábamos fuera, me fijé en que no se ve mucho desde el jardín. Aunque si se acercan al porche y miran dentro, nos verán; aquí no hay lugar para esconderse. Podríamos ir al piso de arriba, pero entonces seríamos nosotros los que no veríamos demasiado, y no sé a ti, pero a mí me saca de

quicio actuar a ciegas. Yo digo que al primer signo de que haya alguien, entremos en el comedor. Allí las ventanas son demasiado altas para asomarse desde fuera, y podrían ir a buscar algo en lo que subirse, pero ¿por qué hacerlo si no hay ningún otro indicio de que haya alguien en casa?

Dirigió sus comentarios a John, como si fueran a ser recibidos con comprensión. Él se alejó. Se preguntó dónde se habría escondido el chico. Intentó no censurarse con demasiada dureza por haber inutilizado el teléfono. Richie tenía razón en una cosa: una actitud negativa no hacía ningún bien. En lugar de deplorar de manera incesante todos los errores que había cometido, debía concentrarse en no cometer más, aunque por supuesto si tal preocupación se volvía demasiado obsesiva, podría convertirse en otra negación.

Sharon no mostraba efectos adversos tras el golpe de Richie. Aunque había guardado silencio desde entonces, su porte era animado, y su mirada también. Cuando Richie fue a comprobar el cerrojo de la puerta principal, John la miró. Ella respondió haciendo una pantomima de lo que él tardó un instante en identificar como una puñalada. Crispó el rostro y desvió la mirada.

Richie regresó.

—Hazme un favor, John. Mira por ahí a ver si encuentras una botella de algo.

—¿Te bebiste todo el vodka?

—Sólo era medio litro —repuso Richie—. Supongo que es el metabolismo. Lo quemo enseguida, ni siquiera lo noto. —Contempló la habitación—. Es bonito esto. ¿Se parece a tu casa, John?

—La verdad es que no. Esta está mucho más ordenada. Tenemos dos niños pequeños.

—Qué suerte la tuya.

La principal dificultad de John era que, tras llevar ya horas cerca de Richie, no había adquirido ninguna certeza con respecto a aquel hombre, hasta qué punto se le podía presionar, y cuáles eran las flaquezas que se podrían utilizar contra él. Intentó hablar normalmente.

—Me considero afortunado. Quiero a mi familia. Siempre me vendrían bien más ingresos, claro, pero no hay duda de que la crisis económica se superará progresivamente y el negocio se recuperará.

—¿Me dijiste a qué te dedicas?

—A la propiedad inmobiliaria. —John intentaba evitar cruzar la mirada con Sharon. Richie se encontraba de espaldas a ella.

Richie hizo un gesto con el dedo índice.

—Escucha, tal vez yo podría proporcionarte algo de trabajo. He estado pensando en instalarme un día de éstos. ¿Por qué no ahora? En una población en la que tengo un amigo.

John cayó en la cuenta con incomodidad de que se refería a él, pero fingió lo contrario.

—Los amigos están bien, y yo tengo unos cuantos en mi ciudad. Crecí allí. Pero mi esposa quiere mudarse a un lugar como éste quizás, en el campo de verdad.

Richie frunció el ceño.

—No es bueno. Demasiado aislado. —Entonces sonrió—. Podría aparecer alguien como nosotros. ¿No ibas a ver si encontrabas una botella?

—Búscala tú mismo. No trabajo para ti.

Richie echó la cabeza hacia atrás, exponiendo los tendones de su cuello flaco, y gruñó:

—En eso tienes razón, y te ruego que me perdones. He aquí algo en lo que he pensado algunas veces, John: las cosas que más detestamos cuando las hacen otras personas son defectos que se parecen a los nuestros. ¿Estás de acuerdo? En mi caso, detesto la mala educación, la gente que no muestra una mínima cortesía. Y ahí voy, haciendo eso precisamente. ¿Quieres buscar a ver si hay algo de beber, *por favor*?

Realmente John había sido puesto en evidencia. No podía volver a protestar debido a la disculpa, aunque seguía existiendo la misma objeción: le estaba pidiendo igualmente que lo sirviera. Claro que Richie tenía la escopeta.

—Yo lo haré —terció Sharon alegremente, y se levantó de un salto del sofá.

Richie se dio media vuelta de inmediato como si estuviera en peligro, aunque llevaba rato dándole la espalda. A John, que se disponía a embarcarse en la búsqueda de la botella, lo pilló por sorpresa y perdió una oportunidad de echarse encima de él, una oportunidad que probablemente Sharon le había proporcionado de manera intencionada. La joven tenía mucha más energía que él.

En aquel momento ella hizo caso omiso de la postura amenazadora de Richie y fue a abrir el armarito utilizado como mesa auxiliar en el extremo del sofá más alejado de la chimenea. Dentro sólo había un periódico amarillento y un jarrón de cerámica vacío.

John abrió el armario que había cerca de la puerta principal. En un estante alto había una caja de bolas de naftalina. Abrigos de distintos tamaños colgaban de la barra, y en el suelo había un par de botas verdes de goma o plástico, de la talla de una mujer o un niño. Cerró la puerta.

Richie se había sentado en el brazo de un sillón mullido desde el que podía mirar por la ventana. La culata de la escopeta estaba en el suelo y el cañón entre sus rodillas.

Sharon se dirigió al comedor de al lado.

—¿Adónde vas? —le gritó Richie con enojo.

—Estoy buscando el licor que has pedido. Miraré en ese aparador.

—No te alejes de mi vista. —Le preguntó a John—: ¿Crees que cuando salgamos

de ésta podrías invitarme alguna vez a tu casa? No tienes que tomarte ninguna molestia.

Entonces a John se le ocurrió que el modo más efectivo de tratar con aquel hombre era fingir que era su amigo y abandonar el antagonismo esporádico que, al fin y al cabo, no había tenido ningún éxito en todo el día. Si había esperado tanto para llegar a esta conclusión, fue porque en el fondo era reacio a la hipocresía en las relaciones sociales. Con la propiedad inmobiliaria era otra cosa. Naturalmente presentabas una propiedad con su mejor imagen e intentabas desviar al cliente de las preguntas sobre defectos aparentes y, si dichas preguntas se formulaban, dabas respuestas que evitaran la imparcialidad.

Tomó más aire del que normalmente hubiera necesitado y dijo:

—Bueno, ¿por qué no?

—¿Lo dices en serio?

John se dio cuenta de que Richie estaba dispuesto a sentirse alegre, y aunque su intención había sido darle falsas esperanzas con una simulación de amistad, se resistió a proporcionarle verdadera satisfacción.

—Todavía no hemos salido de ésta.

Richie aflojó la boca.

—No lo dices en serio.

—Por supuesto que sí, pero francamente ahora mismo no puedo pensar en mucho más que...

—Está bien. —Richie gritó en tono de advertencia en dirección al comedor—. Vuelve aquí.

—Espera un minuto —respondió Sharon—. Creo que he encontrado algo.

Estaba acucillada con su falda estrecha y corta junto a uno de los compartimentos inferiores del viejo aparador, un mueble grande de época que cubría gran parte de la pared.

—Discúlpame —dijo Richie a John—. Estabas hablando de invitarme a tu casa a comer o algo así. Quiero conocer a tu esposa, la verdad. Creo que a estas alturas te conozco bastante bien y hemos atravesado momentos difíciles juntos, que es la única manera de conocer a una persona, y tengo curiosidad por saber con qué clase de mujer quisiste vincularte de forma permanente.

Durante un instante de pánico John no vio ningún medio de mantener su nueva estrategia. La visión que Richie tenía de su asociación era inaceptable; no podía permitir que prevaleciera. Pero al cabo de un momento fue capaz de recordar que sus ruidosos rechazos de alianza anteriores no habían tenido ningún efecto. La realidad de Richie estaba totalmente creada por él mismo.

Estuvo a punto de morderse la lengua, pero al final logró decir, con justicia:

—Es muy sensata. Es mejor que yo con el dinero, por ejemplo. Buscará el mejor

precio. Yo soy demasiado impaciente. Tiene buenas ideas. Es inteligente.

Richie parecía estar examinando la alfombra de retazos. Asintió lentamente con la cabeza.

—De todos modos, supongo que a veces te gustaría matarla, ¿verdad?

John no había olvidado que estaba hablando con un tipo de hombre especial.

—No —respondió sin alterarse—. No, eso no, nunca. Pero mataría a cualquiera que quisiera hacerle daño. Pero si te refieres a si discutimos de vez en cuando y a veces nos enfadamos tanto como para no hablarnos durante horas, entonces por supuesto que sí, eso ocurre.

Richie consideró brevemente la declaración con la cabeza ladeada y una expresión socarrona como hacen los perros, pero cuando volvió a hablar fue para gritarle un insulto a Sharon:

—¡Vuelve aquí, guarra!

—Creía que odiabas la grosería.

Richie sonrió y dijo:

—Pero la verdad es la verdad. —Sharon había vuelto con una botella en la mano. La señaló.

—Jerez —anunció.

Richie tomó la botella y desenroscó el tapón. Echó la cabeza hacia atrás y bebió. A continuación se inclinó hacia delante y escupió el trago en la alfombra. Arrojó la botella a la chimenea. Sólo llegó al borde del hogar y se rompió; un torrente de vino se extendió por el suelo de madera.

A John volvió a resultarle imposible no protestar.

—¿Eso era necesario? ¿Causar desperfectos en esta casa? Aquí nadie ha hecho nada contra nosotros.

Richie entrecerró los ojos.

—Sé lo que estás pensando. ¿Hará algo así cuando venga a mi casa, si mi esposa le sirve algo que no le gusta? Sé que, a pesar de lo que dije sobre los modales, tú sospechas que no sé comportarme. Bien, pues eso es algo que tendré que demostrarte. —Su gesto había sido solemne, pero entonces recuperó su sonrisa—. Pero escucha: se me acaba de ocurrir que tenemos que salir de aquí de una pieza. Da igual cuánto se ensucie este lugar, con bebidas derramadas o con lo que sea. ¡Vamos a quemar el basurero! —Miró a John maliciosamente al tiempo que hacía girar la escopeta sobre la culata—. Tan sencillo como eso: crear una distracción. Cuando los voluntarios municipales lleguen aquí, el fuego ya se habrá afianzado. Estarán ocupados durante horas, y la policía deberá preocuparse del tráfico, los bomberos que llegan en sus propios vehículos, los curiosos y todo eso. Podemos escabullirnos por el bosque, bajar la colina y salir de la zona antes de que vuelvan a pensar en nosotros.

Había un atizador ennegrecido apoyado contra la pared exterior de la chimenea.

John se preguntaba hasta qué punto tendrían que llegar antes de que pudiera utilizar realmente el atizador y blandirlo contra la cabeza de Richie (y esta fantasía no tenía en cuenta la defensa propia por parte de ese loco, con ayuda de la escopeta o por cualquier otro medio, pues se había construido puramente con el propósito de juzgar el daño que John era capaz de infligir a otro ser humano), pero se ciñó a su determinación de conservar la calma.

En aquel momento incluso logró emitir una risa falsa.

—Eso sólo serviría para llamar la atención sobre nosotros. Y atraer a un montón de gente, que provocará atascos en las carreteras. Difícilmente pasaremos desapercibidos por aquí, donde puedes apostar a que todo el mundo se conoce.

Richie le guiñó el ojo.

—En un momento eres un tipo normal, esposo y padre, y al cabo de un minuto estás pensando como un bandido, John. ¡Esta historia te sienta bien!

Incómodo por semejante halago, John añadió:

—Y no tardarán en encontrar el coche.

—¿Y?

—Está registrado a nombre de Sharon, ¿no es cierto?

—No está a nombre de ninguno de nosotros dos. No tenemos ninguna relación con ella.

Era cierto que averiguar la identidad de Sharon no conduciría a nada a la policía: eran tres desconocidos a los que había unido la casualidad. John se sintió momentáneamente embargado por la horrible certeza de que, para la mentalidad de Richie, no poseía ningún argumento efectivo contra quemar una casa, no más de lo que había podido dejar claras sus objeciones a atropellar a un hombre con un coche. Lo mejor que se le ocurrió entonces fue:

—¡Escucha, me dedico a vender casas, no a quemarlas!

—Está bien, John, lo entiendo. Lo único que tienes que hacer conmigo es expresar tus deseos. Si no quieres provocar un incendio, no tienes que hacerlo. —Richie bostezó y estiró ampliamente los brazos. En aquel momento se le podría haber arrebatado la escopeta de entre las rodillas si John hubiera estado más cerca, pero no lo estaba, claro, aunque se encontraba, en cambio, cerca del atizador, el cual había descartado ya como arma porque podía causar una herida demasiado terrible. Haría todo lo que pudiera para resolver el problema sin causar más daño a nadie, incluido Richie. No había nada más importante que evitar la violencia.

Richie se irguió, con el cañón de la escopeta sobre el antebrazo izquierdo y la culata en la axila.

—Estoy dispuesto a hacer todo el trabajo sucio y a asumir la responsabilidad por ello, pero estaría bien oír unas palabras de elogio de vez en cuando. Afrontémoslo, podría haber huido hace horas, dejándote en la estacada. ¿Qué fue lo que me mantuvo



cerca? ¿Voy a ganar dinero con esto?

John no pudo evitar decirle:

—Te agradezco de verdad lo que estás haciendo por mí.

No había ido demasiado lejos. Richie parecía avergonzado.

—Vale, de acuerdo. Eso está bien. —Se acercó poco a poco al armario de al lado del sofá, se agachó y sacó el periódico amarillento. Encontró una caja de cerillas en la repisa de la chimenea. John tuvo ganas de patearse por haberlas pasado por alto, pues podrían haber resultado útiles. Richie se dirigió a la escalera, donde prendió fuego a la hoja de noticias arrugada y la arrojó sobre un escalón.

Durante gran parte de esta secuencia, y aprovechando la distracción, John estaba mirando a Sharon e intentando hacerle llegar el mensaje, sólo con la expresión facial, de que era necesario tener paciencia y cautela.

Pero ella miró más allá de él y soltó un grito.

John se volvió y vio las llamas que lo único que hacían era ennegrecer la contrahuella del peldaño en el que estaba la bola poco compacta de papel en llamas. Ya casi se había consumido. Tuvo una repentina sensación de triunfo sobre Richie, que era demasiado ignorante de las reglas básicas de la realidad como para saber que podías pasarte el día intentando en vano quemar una casa de ese modo: los pirómanos siempre utilizan líquido inflamable.

De pronto Richie dirigió la mirada hacia lo alto de la escalera y alzó la escopeta preparada para disparar.

—¡Baja, vamos!

Era el chico. Descendió por la escalera sin dar muestras de miedo, aunque la escopeta lo estaba apuntando. Al llegar a la ceniza ennegrecida que aún brillaba en algunos puntos y conservaba más o menos la misma forma de bola en que se había formado, la deshizo a pisotones y preguntó francamente:

—¿Por qué queréis quemar esta casa?

—No te pongas impertinente conmigo —dijo Richie—. Si intentara quemar una casa, la casa tendría ahora el mismo aspecto que ese papel.

—Entonces, ¿qué estáis haciendo? —preguntó el muchacho. Había llegado al salón y vio la botella rota y el vino derramado.

Había dirigido la pregunta a John, que se encogió de hombros con aire de culpabilidad y respondió:

—Sólo estamos descansando aquí temporalmente, si no te importa, y...

—Bueno, pues sí que me importa —replicó el chico—. Entrasteis por la fuerza. Quemasteis los escalones. Sois una banda de maleantes.

—No —dijo John—. No, eso no es cierto. Si hubieras dejado que me explicara antes...

—Cortaste el teléfono —dijo el chico. Entonces miró a Sharon.

—Eh, John —terció Richie alegremente—. ¡Eso no me lo habías dicho!

Sharon le sonrió al muchacho.

—Hola. ¿Cómo te llamas?

El chico conservó su expresión solemne.

—Tim.

—Yo me llamo Sharon, Tim. No te preocupes por tu casa. No nos quedaremos mucho tiempo y yo limpiaré eso si me dices dónde está la fregona.

—Tú no vas a hacer nada —le dijo Richie—. ¿Estás aquí solo, chico? No mientas o lo lamentarás.

—No miento. Mi padre ya no vive aquí desde el año pasado. Mi madre trabaja en la cafetería del instituto, y luego se queda allí para la clase de contabilidad de educación para adultos.

—¿No vas a la escuela?

—Ya se ha terminado por hoy. El autobús me dejó poco antes de que él llegara. —Hizo un gesto con la cabeza para señalar a John.

—Estás de suerte, chico —dijo Richie—. Si no hubieras bajado y hubiera tenido que subir yo a buscarte, habrías resultado herido. Haz lo que te digan, sin pasarte de listo, y no te ocurrirá nada.

—No tenemos dinero —explicó el muchacho—. Si es eso lo que buscáis. Mi padre no dejó nada cuando se marchó.

Richie hizo una mueca.

—No queremos escuchar tus problemas. Ahora mismo sólo queremos tu casa. Si nos apetece quemarla o derramar el vino, lo haremos. Dispararemos a las vacas que tenéis ahí afuera si se nos antoja.

—No son nuestras —dijo el niño—. Nosotros arrendamos el campo.

—Tim —intervino Sharon—, ven aquí y siéntate a mi lado. No te pasará nada.

Richie miró a John con una sonrisa satisfecha.

—Mira quién habla. —Y dirigiéndose al muchacho, que no había aceptado la invitación de Sharon, añadió—: ¿Te gustaría tener a una tía como ésta? ¿Ya eres lo bastante mayor? Solamente te masturbas, ¿verdad?

—Déjalo en paz —terció John, intentando aparentar indiferencia—. No causará problemas. Tenemos que pensar en cómo vamos a salir de aquí.

Richie asintió con la cabeza, pero parecía estar fascinado con Tim.

—Me acuerdo de cuando tenía su misma edad. Vivía con esos padres de acogida. Él me pilló masturbándome...

—Vale —dijo John, asqueado—. ¿Qué hacemos si no viene la policía? ¿O si vienen y luego se marchan? ¿Has pensado ya en eso? ¿Qué vamos a hacer? Yo no puedo continuar huyendo. Tengo una familia de la que ocuparme, un trabajo, una vida que vivir.

—No te preocupes —le dijo Richie—. Yo siempre voy varios pasos por delante de la situación. —Dio unos golpecitos en el cañón de la escopeta, cuyo significado John no pudo, y no hubiera querido, entender, y a continuación, sin frase alguna a modo de transición, volvió a sus recuerdos—. Intenté volver a metérmela en los pantalones, pero él va y me dice: «Oye, deja que te ayude un poco con eso», y se acerca y...

—¡Eh! —lo interrumpió John—. Está el chico y Sharon.

Richie soltó una risotada.

—¡Así es como ella se gana la vida! —Hizo descender la boca de la escopeta hacia la entrepierna de los vaqueros de Tim—. Si juegas bien tus cartas conmigo, tal vez haré que ella te lo haga. ¿Te gustaría? —John quizás hubiera podido saltar sobre él con éxito en aquel momento, pero el instante llegó y se fue.

Sharon no había respondido en todo el día a ninguno de los ataques verbales de Richie. Quizá fuera la presencia del muchacho lo que la llevó a hacerlo entonces.

—No —dijo—. No soy una prostituta. Lo que dices no es cierto.

Richie se volvió a mirar a John como si buscara apoyo, pero éste miraba la alfombra.

—Es camarera en una coctelería. Están todas a la venta.

—¡Eso es mentira! —exclamó Sharon.

—¿Tú qué dices, chico? —preguntó Richie a Tim, y le dio con el cañón en la entrepierna. El muchacho se inclinó y retrocedió. De repente dio media vuelta y salió corriendo hacia el comedor. Hubo un instante en el que John hubiera podido hacer un movimiento, haber agarrado el arma y desviarla hacia el suelo de manera que si se apretaba el gatillo nadie hubiera resultado herido. Pero al cabo de un momento Richie ya estaba fuera de su alcance.

Aquel hombre tenía los reflejos de un animal y una velocidad tal que atrapó a Tim antes de que el muchacho hubiera llegado muy lejos, lo encañonó con el arma y lo hizo volver.

Richie miró a John con malicia.

—Este cabroncete necesita que le den una lección. A su edad yo respetaba a los mayores. Si alguien era más grande y fuerte que yo, lo escuchaba. —Empujó al chico al sofá y le puso la escopeta en la cara—. ¡Bájate los pantalones! Voy a enseñarte cómo me lo hicieron cuando era más pequeño que tú. —Valiéndose de su mano izquierda, el arma en la derecha, empezó a bajarse la cremallera.

Sharon apeló a John con la mirada, pero en aquel momento él no podía hacer nada. Tenía la sensación de que cualquiera que quisiera juzgarlo tendría en consideración lo que puede hacer una escopeta en la carne humana. Probablemente sería necesario dejar que Richie iniciara el acto antes de poder realizar un movimiento efectivo contra él. Podría resultar la distracción que tanta falta hacía. Por

lo tanto, John no protestó en aquel momento. En cambio, se dio media vuelta, como si se lavara las manos sobre el asunto, y se puso a mirar por la ventana... y vio que un coche de policía se deslizaba silenciosamente hasta detenerse en la carretera frente a la casa.

Sharon estaba gritando por detrás de John. Él se dio la vuelta con rapidez. La joven se había acercado a Richie, quien en aquel instante apartó el pequeño cuerpo de ella de un empujón. John volvió a mirar al coche. El policía seguía en su interior y lo más probable es que no oyera los gritos. Era el momento de saltar sobre Richie, que sin duda tendería una emboscada al policía si sabía que venía. Pero antes de que John hubiera dado el primer paso, el agente dejó el vehículo y cerró la puerta con tanta fuerza que se oyó dentro de la casa.

La reacción de Richie fue instantánea.

—¡Id al comedor! —La orden iba dirigida a todos ellos. Indicó a John que se acercara, y los condujo a todos hacia el comedor moviendo el cañón de la escopeta—. Que todo el mundo se siente en el suelo.

Estaban alineados entre el aparador y la mesa del comedor, en un espacio demasiado estrecho para que pudieran sentarse uno al lado del otro. Su captor se arrodilló detrás. Se inclinó hacia delante y en voz baja le preguntó a John, que estaba sentado delante de él.

—Tú miraste afuera. ¿Quién es?

John decidió adornar la verdad.

—La policía.

—¿Cuántos son? Sólo oí un portazo.

—No lo sé. Sólo eché un vistazo. Míralo tú.

—Ésa es la clase de error que no cometo —susurró Richie. Alzó levemente la voz para que los demás pudieran oírle—. Al que haga el menor ruido le volaré el culo.

Oyeron al policía en el porche de madera. Llamó a la misma puerta a la que había llamado John anteriormente, y poco después se le oyó caminar, sobre las tablas que chirriaban, recorriendo parte de su longitud, probablemente para mirar por las ventanas del salón. Mientras tanto, Richie se inclinó junto a John y golpeó a Sharon, que era la siguiente en la fila, con la larga escopeta, y luego hizo lo mismo con Tim. De ese modo ofreció a John otra oportunidad de desarmarlo, estirado como debía de estar para alcanzar al chico. Hubiera hecho falta muy poca fuerza lateral para desviar el largo cañón. Si Richie hubiera apretado el gatillo entonces, el disparo hubiera alertado al agente de fuera sin dañar a ninguno de los cautivos.

John decidió que lo que debía hacer en lo sucesivo, en lugar de dar vueltas a los delitos que hubiera podido cometer, era mantenerse en un estado mental que lo preparara para la siguiente oportunidad. Pero no era una cosa fácil de lograr, porque no era un agente de la ley ni un soldado entrenado para el combate. Se había visto

metido en una situación extrema sin tener la culpa de nada y... Reconoció que estaba gimoteando y se sintió avergonzado. Se suponía que era un hombre. ¿Cómo podría haber defendido a su esposa e hijos si aquel delincuente hubiera conseguido entrar en su casa? Atormentado por la idea, entonces sí que le hubiera arrebatado la escopeta a Richie, pero, tal como parecen ir las cosas con los que viven de las excusas, no se le brindó una segunda vez la misma oportunidad.

Se oyó que el policía descendía los escalones del porche, sin duda para dirigirse a la parte trasera de la casa y luego al granero. ¿Encontraría el coche? De ser así, la situación cambiaría radicalmente. Pediría refuerzos por radio y llegaría todo un ejército para asediar la casa. Qué podría hacer Richie en semejante apuro suponía un buen motivo de preocupación. No podía descartarse una matanza.

Pero el siguiente ruido que llegó del exterior fue el del coche, que arrancó y se alejó. John se enfureció: el policía ni siquiera se había molestado en rodear la casa, ni tampoco en inspeccionar el granero. ¡De momento la policía estaba haciendo un pésimo trabajo aquel día! Ni siquiera habían estado cerca de atrapar a nadie. Fue consciente de la ironía de que la palabra «nadie» lo incluía a él, pero no quiso rendirse a ese estado mental, que los periodistas de la televisión conocían muy bien, por el que los rehenes empezaban a identificarse con sus captores. Aunque era cierto que cuando no estaba en compañía de Richie había desarmado al hombre que lo retenía mientras esperaba la llegada de la policía, su intención no había sido criminal. Obviamente, desde entonces su criterio había resultado erróneo. Si hubiera tolerado las amenazas del terrateniente y hubiera esperado a que lo detuvieran, en el peor de los casos hubiese estado un tiempo esposado y soportado una hora o algo así de arresto, quizá ni siquiera tras unos barrotes, antes de que Joanie hubiera conseguido un abogado que lo soltara.

Richie fue rodeando la mesa sigilosamente, entró en el salón a hurtadillas y desde allí miró con cautela hacia la carretera. No tardó en erguirse de nuevo y hacer señas con la escopeta.

—¡Volved a la fiesta!

John estaba resuelto a no aceptar que ni Tim ni Sharon fueran importunados de nuevo, a intervenir a pesar del peligro que eso significaba para su vida, pero resultó que entonces Richie había cambiado de humor.

—Esto no me gusta. Se marchó demasiado pronto. Puede que sea un policía rústico, pero aun así debería haber mirado más. Vio algo, ¿no crees? —preguntó a John.

Este se encogió de hombros.

—Seguro. Eso es. —Richie hizo un gesto a los demás—. Venga, vamos a echar un vistazo. Si estoy en lo cierto, va a volver con la Tercera Guerra Mundial. No puedo perder tiempo.

Ordenó a Sharon que descorriera el cerrojo de la puerta principal y la abriera, y ella así lo hizo. John se sintió aliviado de que no le hubiera dado esa orden a Tim, cuya expresión mostraba más rebeldía aún. La violación abortada no le había quebrantado el ánimo. Eso decía mucho a favor de su autoestima, sin duda, pero un movimiento precipitado podría hacer que lo hirieran, además de crear problemas a los demás.

Una vez fuera, Richie dijo:

—Echa un vistazo, John. ¿Qué puede haber notado?

¿Podía ser una pregunta sincera? ¿De verdad Richie confiaba en que él hiciera lo que le pedía y le respondiera sinceramente?

—No vio nada. Todo parecía completamente normal, de modo que decidió que no había ningún motivo para entretenerse. Imagino que si la policía ha llegado hasta aquí, es que estarán registrando una zona bastante extensa, y es probable que no dispongan de mucho tiempo ni de muchos hombres para destinarlos a búsquedas inútiles.

Richie estaba sonriendo.

—Siempre miras el lado bueno de las cosas, ¿verdad? Por eso me caes bien. Pero por ese mismo motivo estás en desventaja cuando se trata de la policía. Olvidas que llevan armas.

John no pudo resistirse a decir:

—Lo que no puedo olvidar es que tú llevas una. Las armas de la policía no me preocupan.

—Eso era antes —replicó Richie con suficiencia—. Verás qué pasa la próxima vez. Lo único que necesitan es una excusa. —Estaba contemplando la fachada de la casa—. Tienes razón: yo tampoco veo nada.

Los condujo a dar la vuelta al edificio que el policía no había dado. Cuando volvieron a estar en el jardín delantero, Richie miró hacia la carretera.

—De todos modos, he de hacer caso a mi instinto. Nunca me equivoco cuando se trata de la gente que quiere hacerme daño: es la única razón por la que hoy estoy vivo. Es difícil pillarme por sorpresa. Ése es mi juego. Me cuido mucho de que no lo utilicen contra mí.

—¿Quién diablos eres? —le preguntó John de pronto, sorprendiéndose a sí mismo.

La pregunta también pareció sobresaltar a Richie. Hizo una mueca, como si le resultara difícil encontrar una respuesta que bastara. Mientras él miraba fijamente a media distancia, Tim escapó. El chico corrió a la velocidad de un animal y llegó a la esquina de la casa antes de que Richie pudiera llevarse la escopeta al hombro.

También fue rápido, pero en aquella ocasión sí que lo habían pillado desprevenido. Se dirigió a la esquina a toda prisa pero se volvió rápidamente para

gritar a los demás:

—¡Vamos! Lo atraparemos.

¡De modo que Tim había logrado escapar! John se reunió con Richie y le dijo con satisfacción:

—Ahora ya no lo cogerás. ¡Nadie puede correr como un niño!

Richie soltó un resoplido.

—Eso podría ser cierto si se hubiera dirigido al bosque. Pero no es tan listo. Ha entrado en el granero. Vamos.

—Tú eres el idiota —terció Sharon, que iba tambaleándose sobre sus tacones altos—. ¿Qué hay del policía que va a venir con la Tercera Guerra Mundial?

El comentario enfureció a Richie, pero no lo distrajo de su cometido.

—Te la estás ganando, señorita. Espera y tú también tendrás lo tuyo.

—¿Y por qué no ahora? —preguntó Sharon—. Cobarde, maltratador.

John contuvo el aliento. Sabía qué intentaba hacer la chica, pero creía que podía ser un error. Richie se rió de manera desagradable y replicó:

—Eres una puta tonta, ¿de verdad crees que puedes distraerme? No vas a salvar a ese pequeño gamberro más de lo que vas a salvarte a ti misma. Te lo prometo.

Habían llegado a las puertas del granero que parecían estar igual de bien cerradas que cuando las habían dejado así, pero al parecer Richie había visto a Tim entrar en el edificio. Le pidió a John que abriera las puertas.

—¿Qué problema hay?

—Están cerradas desde el interior —contestó John, que empujó los grandes paneles con todo el peso de su cuerpo. Pero los goznes eran para que se abrieran hacia fuera, no hacia dentro. Colocó el ojo en el espacio entre ellos, pero no vio el pestillo—. Probablemente sea algo sencillo, sólo para evitar que se abran de golpe con el mal tiempo si alguien está trabajando dentro. —John retrocedió—. Si tuviera un trozo de alambre podría introducirlo y tratar de abrir la puerta. —No se preguntó por qué estaba siendo tan servicial, pero esperó que Sharon lo comprendiera. Mientras mantuvieran ocupado a Richie con los detalles nadie saldría herido.

Pero ella no lo entendió.

—¿Por qué lo ayudas? —exclamó—. ¿No ves que va a matarnos cuando termine?

—De acuerdo —dijo Richie con regocijo—, ¡entonces no esperaré! —Alzó la escopeta. La joven se agachó bajo ella y le propinó una patada en la entrepierna con la puntera puntiaguda del zapato. Él profirió un aullido de dolor e indignación, pero siguió aferrado al arma.

Sharon estaba tratando de agarrar el cañón al tiempo que evitaba que la apuntara. Ella y Richie forcejearon hasta caer al suelo. Aunque no estaba en forma, él continuaba siendo el más fuerte.

John los observó en un estado de parálisis. Había perdido completamente el valor,

pero no lo había comprendido hasta entonces. Todo aquello era simplemente demasiado ajeno a su naturaleza. Había sido capaz de luchar con el terrateniente sólo porque el hombre parecía dispuesto a matarlo. Por lo visto, había agotado así su energía moral. La probabilidad de que Richie asesinara a Sharon tras superarla en aquella pelea no lo movió a actuar... Y, sin embargo, observándose a sí mismo desde la perspectiva de un testigo neutral, sintió una vergüenza tan intensa que casi fue un placer.

Richie le estaba quitando los dedos del cañón de la escopeta, tal vez rompiéndoselos uno a uno durante el intento. No era agradable de ver. John se volvió de espaldas. Miró el camino de entrada hasta la carretera y vio que podría escapar mientras Sharon mantenía ocupado a Richie. Tendría suficiente ventaja y a Richie no le valdría la pena ir tras él: estaría a medio camino de la ladera hacia el control de carreteras. Mientras tanto, Sharon y Tim podrían ocultarse en el bosque.

El hecho era que Richie seguramente la mataría en cuanto recuperara el control de la escopeta... Pero de ningún modo le haría daño a él; lo había dejado claro una y otra vez, y por eso no se le había resistido, en realidad. Un intercambio justo, y la transacción más odiosa que hubiese hecho nunca. Pero una transacción que hasta entonces había asegurado su futuro como esposo y padre, lo cual era necesariamente su principal preocupación en todo momento, protegido contra las afirmaciones del orgullo personal, la compasión por los desconocidos y la caballerosidad.

Decidió huir, sin importar lo que pudiera parecer. Empezó a correr..., pero no pudo mover los pies. La conexión entre su voluntad y su cuerpo sencillamente no estaba disponible. Ni siquiera fue capaz de luchar. Se quedó allí, mirando la carretera pensativo, hasta que al final se dio la vuelta. Tardó una eternidad en realizar la secuencia, pero en cuanto regresó a la realidad se dio cuenta de que no había transcurrido ni siquiera un suspiro.

Se unió a la pelea en el bando de Sharon. En un momento, aquello se convirtió en un enfrentamiento personal entre los hombres. Aunque era visiblemente más robusto que Richie, John no fue más eficaz de lo que había sido Sharon. Ese tipo poseía una fuerza cuyo origen no podía explicarse de forma racional. John tenía unos antebrazos la mitad de gruesos que los de Richie, pero los trucos de lucha de su niñez, de cuando era campeón de los patios traseros y terrenos de béisbol, tampoco funcionaron contra aquel astuto adversario, cuya pierna podías enganchar con la tuya, pero a quien no podías hacerle perder el equilibrio a pesar de no tener un centro de gravedad sustancial. De hecho, era él quien estaba a punto de acabar en el suelo. No obstante, se mantuvo firme al tiempo que caía, llevándose consigo a Richie.

Éste cayó encima de él y lo miró a la cara con malicia. John creía que, de una manera vil, el hombre estaba disfrutando con aquello. Evitó su mirada y, con un tremendo esfuerzo, lo hizo rodar para sacárselo de encima. La escopeta seguía



estando entre los dos, invariablemente dirigida, en todo momento, a alguna parte de su propio cuerpo. No solamente era incapaz de arrebatárle el arma, sino que ni siquiera podía desviar su amenaza.

¿Dónde estaba Sharon? Ahora era a él a quien le vendría bien su ayuda, pero era demasiado orgulloso para gritar pidiéndosela... Y tampoco podía creer que aquel hombre le estuviera golpeando. Pero Richie era un criminal y no conocía límites. Era raro en él verse en una pelea como aquélla. ¿Cómo podía esperar ganar contra un hombre que estaba dispuesto a matar a otro ser humano a sangre fría? Sharon apareció de repente sobre ellos y arañó a Richie en los ojos. Él profirió un juramento y adoptó una táctica evasiva. John se puso de rodillas y buscó la escopeta con la mirada porque le había perdido el rastro durante el forcejeo. Richie la estaba tapando casi por completo. John agarró la culata que sobresalía y tiró de ella, pero Richie realizó una maniobra mediante la cual torció hábilmente las manos de John para retirarlas del arma y recuperó totalmente el control de ella.

En aquel punto, John abandonó la batalla. Su derrota no había sido absoluta: había logrado mantener viva a Sharon unos momentos más. Claro que entonces ya todo había terminado. Dejaría una viuda y dos huérfanos sólo por un sentido del honor masculino que muy poco importaba a nadie más que a él. Sin duda podría decirse lo mismo de más de un héroe. Los acontecimientos de su último día en la Tierra sólo habían servido a la causa del escepticismo.

Richie tenía la mano extendida y, sin pensarlo, John permitió que le estrechara la suya.

—Buen intento —dijo Richie con esa sonrisa que era su marca personal. Su rostro parecía haber evitado los daños—. Desde luego sabes pelear. No tienes nada de lo que avergonzarte.

Cuando John se dio cuenta, tarde, de lo que estaba haciendo, retiró de inmediato la mano. Continuaba costándole respirar.

Richie le dijo:

—Tú no pintas nada en esto. Ve ladera abajo a buscar a la policía, si quieres. No te detendré. Pero antes de que lleguen, habré acabado con ella y con ese gamberro. No hay nada en el mundo que pueda evitarlo. No permito que nadie me deje en ridículo. Quizá no lo entiendes, John.

Éste, sumido en su propia lucha, se había vuelto a olvidar de Sharon. De pronto se dio cuenta de que la joven había huido. Su respiración aún era agitada, no estaba acostumbrado a semejantes contiendas. Preguntó, con dificultad:

—¿Se ha ido?

—Detrás del granero. Pero no va a subir por la ladera sin que yo la vea.

Tenía razón. Allí detrás, la erosión había creado la pared escarpada de tierra de un precipicio de poca importancia.

—Voy a quedarme —anunció John—. No vas a matarlos.

—¿Lo ves? Por eso me caes tan bien, John. Tienes principios.

—Ojalá fuera cierto —repuso. Se encontró hablándole a Richie como si lo hiciera consigo mismo—. Entonces no estaríamos aquí. El problema fue que no podía decidirme con respecto a ti. Al principio pensé que eras alguna especie de payaso y luego, bueno, no sé qué pensé después de que atropellaras al camionero. Sólo traté de evitar pensar. Dime una cosa: ¿cómo sabías que sería yo quien respondería cuando acudiste a mi puerta esta mañana?

Richie se rió a carcajadas.

—¡Vaya pregunta! ¿Cómo iba a saber quién vivía allí? Me estaba quedando sin gasolina de verdad.

—¿Estabas paseando en coche por el vecindario buscando víctimas? —John tuvo escalofríos al pensar en Joanie y los niños.

—¿Sigues teniendo una idea equivocada de mí, después de todo esto? —preguntó Richie en tono de reproche—. ¿Crees que soy un ladrón de casas o algo así? —Mientras hablaba continuó con la vigilancia que había estado manteniendo del granero.

—¿Qué eres tú? ¿Quién eres? —La respiración y el pulso de John todavía no habían recuperado la normalidad.

—Un ser humano —contestó Richie—. Tenlo en mente. ¿Te refieres a cómo paso el tiempo? Ahora mismo estoy trabajando en varias ideas. Estoy intentando establecerme de una vez.

John quiso creer, por pura desesperación, que aquélla era una respuesta que podría ayudarle a llegar a alguna parte.

—De acuerdo —dijo—. Eso suena bien. Entonces, ¿por qué...?

—He tardado en tomar esta decisión —siguió diciendo Richie—. Cometí algunos errores cuando era joven, lo reconozco. No fue nada malo de verdad, ¿sabes?, pero me costó un poco orientarme. Ahora ya sé lo que debo hacer. No tienes que estar avergonzado por conocerme.

—Bien, entonces no querrás poner en peligro tu futuro. Todavía no estás tan hasta el cuello como para no poder arreglar las cosas. Si tenías algún tipo de antecedente de cuando eras menor o más joven, piensa que hace poco borraron esos registros, así que no querrás echarlo todo a perder ahora. Dame la escopeta. No has disparado a nadie.

Richie ladeó la cabeza.

—Maldita sea, John, tú no te rindes, ¿verdad? Tú te limitas a cerrar los ojos y te aferras a tu propia versión de cómo son las cosas. Ojalá pudiera complacerte, de verdad. Pero no puedo. Soy un hombre marcado.

—¿Qué quieres decir?

—No importa lo que hago —dijo Richie—. No puedo huir siempre. Prefiero

quedarme y caer luchando.

Las referencias que tenía John de este tipo de situaciones eran todas de la televisión.

—¿Te refieres a algo que tiene que ver con la mafia? ¿Estás en un plan de protección de testigos o algo así?

Richie se lo quedó mirando.

—¿Crees que ellos querrían oír mi versión? Sé que he hecho algunas cosas que no me califican precisamente para una medalla, pero no todo lo que hace todo el mundo es siempre perfecto, ¿no te parece?

John estaba perdido. Por lo tanto, regresó a una frase anterior.

—Pero acabas de decir que ahora ya sabes lo que debes hacer..., ¿no?

—Sí, así es. —Richie asintió enérgicamente con la cabeza—. No bromearía contigo sobre eso, porque sé que te preocupas por mí como amigo. Y yo no defraudo a los amigos. Recuérдалo, John. Creo que a estas alturas eres consciente de que pondría la mano en el fuego por ti: cualquier cosa que pidas, la tendrás. Pero *ellos* no van a permitir que lo deje claro.

—No lo entiendo —dijo John—. ¿Quiénes son *ellos*? ¿Y a qué te refieres con «dejarlo claro»?

—La gente que está al mando —respondió Richie al tiempo que zarandeaba la escopeta entre las manos, lo cual ponía nervioso a John cuando la boca apuntaba brevemente en su dirección—. Nunca van a permitir que me pueda explicar.

—Bueno, pues yo sí —repuso John—. ¿Qué es lo que quieres explicar?

Richie le dirigió una sonrisa de satisfacción.

—No voy a ponerte en peligro a ti también. Será mejor que sólo tengas una idea vaga. Así no podrás decirles nada, aunque traten de sacártelo a golpes.

—Si no tengo ni siquiera una vaga idea.

—¡Mejor!

—No obstante, debo decirte —dijo John— que no concibo ninguna razón por la que quieras hacerle daño a Sharon o a Tim, una mujer y un niño que no te han hecho nada, aparte de intentar salvar la vida. ¿Qué clase de causa o filosofía justificaría lo que estás haciendo?

Richie frunció sus labios finos, como si fuera a escupir.

—Ojalá pudiera ser un buen tipo siempre, de verdad. Lo que pasa es que no puedo permitirme el lujo de ponerme en una posición en la que pueda ser destruido.

—Ellos difícilmente van a destruirte. Se trata de una mujer y de un niño, y no van armados.

—¡Ja! —exclamó Richie—. Disculpa. Esa zorra intentó arrancarme los ojos con las uñas. Sea un hombre, una mujer o un niño el que juegue sucio conmigo, pagará por ello. —Le guiñó un ojo a John—. Y la misma garantía cubre a mis amigos.

A John le pareció una frase ambigua, que tanto podía ser amenazadora como generosa, pero señaló:

—¿Aunque seas tú quien lo empezó todo?

—Escucha —dijo Richie—. No creas que voy a aceptar la responsabilidad por todo lo que ocurre en el universo entero. Este es un país libre.

—Sigo sin entenderlo.

Richie se encogió de hombros.

—Sabes tan bien como yo que mucha gente murió para que pudiéramos disfrutar de nuestro estilo de vida, John. No voy a ridiculizar esos sacrificios. Ya lo sé, pon la otra mejilla. Pero para mí es un pobre ejemplo que dar a los jóvenes. Y hablando de jóvenes, ahí lo tienes. Mira éste. No tiene modales, ni respeto. ¿Quién sabe cuánto tiempo llevaba escondido en el piso de arriba? Si yo no hubiese quemado el papel, sólo para tomarte un poco el pelo, él se hubiera quedado arriba, hubiera habido que sacarlo a rastras y tal vez hubiese resultado herido.

Cada vez que John pensaba en Tim, recordaba haber cortado la línea telefónica y se sentía un miserable. Con ese hombre era inútil hablar de lo que estaba bien o mal. En aquellos momentos su único propósito era retrasar la búsqueda de Sharon y el chico, y pensó que podría tratar de hacerlo mostrándose de acuerdo con Richie.

—Quizá tengas algo de razón en lo que dices, pero eso nos da aún más motivos para mantenemos alejados de ellos. ¿Quién los necesita? Sólo harán que nos retrasemos. Tú y yo podemos ir a pie por el bosque, por donde vine yo. En una casa de ahí abajo hay un tipo con un coche.

La sonrisa de Richie era benigna.

—Sé que te consideras un buen amigo mío y que supuestamente lo que haces es teniendo en mente mi bienestar, aun cuando de ello pudiera resultar que me hirieran o me metieran en la cárcel. Si eres sincero, lo admitirás. De modo que bajamos a buscar el coche de ese tipo, y si los policías no nos están esperando, pues lo hará ese tipo.

—A estas alturas seguro que la policía ya se ha marchado de aquí —dijo John fingiendo ser razonable—. Y es la escopeta de ese tipo la que sostienes ahora mismo. Quiero decir que me refiero a él. No nos daría ningún problema.

—¡No! —gritó Richie con fuerza—. Es el principio lo que está en juego. No podría vivir conmigo mismo si dejo que se salgan con la suya.

Richie se dirigió a un lado del granero y hurgó por allí entre los hierbajos. La libertad que John tenía para marcharse seguía siendo inútil. Se quedó donde estaba e intentó pensar qué hacer a continuación.

Richie salió con un puñado de alguna clase de basura que acto seguido depositó contra la base de las puertas del granero. Encendió una de las cerillas del estuche que se había llevado de la casa y prendió el material antes de que John viera que éste contenía papel y trapos inflamables y que el propósito de Richie era quemar el

granero.

John corrió hasta allí y pisoteó la basura que, al estar húmeda, produjo más humo que llama. Apeataba y le irritó los ojos. Richie se quedó allí, riendo, y no hizo ningún movimiento contra él. Fue otra vez como el incidente de las escaleras y quizá, de nuevo, no fuera más que la idea que Richie tenía de una broma. Aun así, en un lugar como aquél, el fuego podía descontrolarse en un santiamén.

Mientras estaban ambos distraídos de ese modo fue cuando el policía se las arregló para acercarse sigilosamente por detrás de ellos y les gritó, a un volumen que probablemente quedara exagerado por lo repentino:

—¡Suelta la escopeta o eres hombre muerto!

John reaccionó como si hubiera oído un disparo, pero Richie permaneció inmóvil en la misma posición, sonriendo todavía mientras seguía mirando los trapos que ardían sin llama. John estaba seguro de que se desataría un tiroteo y de que corría peligro de ser alcanzado en el fuego cruzado. No obstante, al momento siguiente Richie bajó el arma, la giró de manera que la boca apuntara hacia él y caminó con calma hacia el policía, obviamente para rendirse.

—Alto ahí —gritó el agente—. Quédate donde estás. Deja el arma en el suelo... Ponte boca abajo... Tumbate en el suelo en mi dirección. —Miró a John con ferocidad—. Eso también te incluye a ti, cabrón. ¡Muévete!

—Yo no tengo una escopeta —dijo John.

—¡Tampoco tendrás una vida si te mueves!

John se tumbó en el suelo boca abajo. Tenía que apoyar la barbilla en la tierra y los guijarros sueltos, o bien una de las mejillas. Le hubiera gustado utilizar una mano como almohada, pero tuvo miedo de levantarla. Optó por apoyar el lado izquierdo de la cara. Vio acercarse los zapatos de suela gruesa. Se detuvieron un momento en tanto que una mano recogía la escopeta. Entonces, a juzgar por los sonidos, quitaron la munición del arma y la arrojaron a un lado. Los zapatos volvieron a marchar hacia él y pasaron de largo. Inmediatamente después le agarraron las muñecas y lo esposaron con las manos juntas en la parte baja de la espalda.

—Levántate.

No podía hacerlo sin utilizar las manos, por mucho que rodara, se sacudiera y se esforzara. El policía lo maldijo y se rió de él.

—Lo siento mucho, agente —dijo en tono de súplica—. No tengo ningún punto de apoyo.

El indignado policía le dijo a Richie que lo ayudara. John se quedó atónito al ver que éste no llevaba esposas, aunque él era el delincuente y el que había ido armado.

—De acuerdo —dijo el policía, un joven robusto que tenía el rostro morado de la excitación—. Sólo tengo un par de esposas, de modo que no voy a intentar llevaros yo solo. Voy a pedir refuerzos por radio. Parpadead mientras estoy esperando, sólo

necesito una excusa para mataros. —Su mirada ceñuda iba dirigida principalmente a John. Hizo un movimiento con la enorme pistola que sostenía con ambas manos y los brazos extendidos al frente.

—Perdone, agente —empezó Richie al tiempo que echaban a andar—. ¿Es usted el mismo que pasó antes por aquí? ¿Cómo supo que había alguien después de todo?

El policía respiraba agitadamente tras ellos.

—Miré por la ventana y vi la botella rota junto a la chimenea y el licor por el suelo. —Dejó de hablar para respirar un poco—. Pero no volví a pensar en ello hasta que ya había recorrido un buen trecho por la carretera: se sale de lo corriente en una casa en la que no hay nadie. Podía haber sido el gato, por supuesto. —Tragó un poco de aire.

—Felicitaciones —dijo Richie—. Buen trabajo.

—Cierra la maldita boca —repuso el oficial.

—Hay un niño en el gra... —dijo John tan aprisa como pudo, pero antes de que pudiera terminar recibió una violenta patada justo por debajo de las manos esposadas y salió despedido contra el coche de policía al que ya habían llegado.

—Tú —dijo el agente a Richie—. Quédate donde yo pueda verte. Soy un tirador experto en el campo de tiro estatal. Si corres, te abatiré. —Y a John le dijo—: Ojalá te resistieras, pedazo de mierda. —Metió la mano en el coche y sacó el micrófono de la radio de la policía. Habló por él, se identificó como Swanson y anunció la detención de ambos fugitivos en lo alto de Rose Hill Road.

—¿No tienes más señas? —fue la respuesta audible aunque con interferencias—. Los chicos de la estatal las necesitarán.

—Por la Dos-Cuarenta A del condado, a un kilómetro y medio al norte de la rotonda —dijo el policía robusto, a quien la insignia amarilla y marrón que llevaba en el hombro identificaba como miembro del Departamento de Policía de Smithtown, que probablemente fuera un municipio comprendido por varias poblaciones.

Por lo que dijo el que hablaba por radio, la policía estatal también estaba buscándolos: obviamente, aquello era algo más que un atropello con fuga y un allanamiento. John hacía tiempo que lo sospechaba, pero le había faltado decisión para insistir en que Richie le contara su versión, que de todos modos hubiera sido reacio a creer. En aquel momento, sin embargo, a pesar de la amenaza del agente, habló de nuevo y tensó los músculos a la espera de recibir otro golpe.

—¿Murió? ¿Es ése el motivo de todo esto?

Tras haber dejado el micro de la radio en el coche, el policía contestó sin dirigirse a nadie en particular:

—Es lo que dije desde el principio: actuará como un loco cuando lo atrapemos. —Ya respiraba con más facilidad, aunque tenía la mandíbula y la mano con la que asía la pistola igual de blancas por la tensión.

A John le pareció una respuesta muy crítica, pero temió que si pedía una aclaración, podría enfurecer aún más al agente. Intentó en cambio volver a hablar de Sharon y Tim.

—Hay un chico en el granero y una joven en algún lugar de la parte de atrás. Ellos no tienen nada que ver...

—Sí, claro —dijo el policía.

—¿Le parece bien si les grito para que salgan?

—No vas a hacer ningún ruido. Vas a escuchar. —Con la mano izquierda, el agente abrió su bolsillo superior izquierdo y sacó una tarjeta. Se puso a leer la declaración de «derechos» tan conocida por las películas de delincuentes y series de televisión. Pero en aquellas condiciones le sonó completamente distinta. John tuvo que aceptar el hecho de que lo estaban arrestando injustamente. Tras haber sido víctima de Richie durante todo el día, ahora alguien que representaba oficialmente los intereses de la sociedad lo trataba injustamente. ¿Es que no había nadie que pudiera defenderlo?

Gritó en dirección al granero:

—¡Sharon! ¡Sal! Ha venido la policía.

Swanson preguntó con incredulidad:

—¿Estás gritando cuando te dije expresamente que no lo hicieras?

—Mire —suplicó John—, estoy desesperado. Quiero que al menos oiga usted mi versión.

Se sorprendió cuando intervino Richie:

—Él no ha hecho nada malo, agente. Sólo vino a dar una vuelta. —Era una forma un tanto excéntrica de plantearlo. No obstante, John estaba agradecido.

La nariz y la boca de Swanson mostraron repulsión.

—¿Qué otra cosa ibas a decir?

—Por favor —dijo John—. ¿Quiere escuchar, por favor? Se ha hecho una idea completamente equivocada. Sé que sólo está haciendo su trabajo, pero créame... —Era muy consciente de la improbabilidad de que Swanson lo tomara en serio, e incluso perdonó al agente por mostrarse escéptico. Al fin y al cabo, ¿cómo podía ese policía saber la verdad en aquel momento, con la información limitada y distorsionada que tenía disponible, prueba de lo cual era que lo hubiese esposado a él en lugar de a Richie? Pero ¿dónde estaba Sharon? Ella podía aclararle las cosas al policía si saliera de su escondite.

Volvió a gritar para llamarla, y entonces Swanson se le acercó con aire hostil y sosteniendo la pistola en una actitud que sugería un inminente golpe con el arma. Pero en aquel instante Richie, que había aprovechado que el policía estaba concentrado en John para aproximarse con sigilo, lo golpeó con violencia en la sien con una piedra que había llevado escondida en la mano, probablemente desde que se

había levantado después de que la policía lo registrara estando boca abajo.

Swanson cayó de rodillas. Richie le arrebató la pistola y la estaba alzando sin duda para asestar el golpe de gracia, pero John se precipitó hacia él y le gritó:

—¡No lo hagas! ¡Es un policía, por el amor de Dios!

Richie se encogió de hombros, bajó la pistola y le dio una patada en la cara al oficial. Swanson se tapó débilmente los ojos y Richie le pegó con la culata de la pistola en la parte posterior de la cabeza. Quizás el golpe había sido lo bastante fuerte como para matarlo, pero John no podía haber hecho mucho para evitarlo. Al menos había impedido el disparo; no se había limitado a quedarse allí y dejar que los acontecimientos siguieran su curso.

Richie tomó las llaves del oficial caído y libró a John de las esposas.

—¡Caray —dijo—, es una suerte que regresara! —Agarró la gorra del agente y se la puso en la cabeza a John—. Te pareces mucho a él. Coge su chaqueta.

—¿Qué?

Con la pistola bailando en la mano, Richie explicó:

—Ahora tenemos la salida que estaba buscando. —Fue corriendo a buscar la escopeta allí donde Swanson la había arrojado y a continuación regresó junto al agente, se agachó y cogió más cartuchos de su cinturón. Procedió con brusquedad a despojar al policía de la chaqueta, y la cabeza inconsciente de Swanson colgó de un cuello flácido.

Richie le entregó la prenda a John.

—Ponte esto. Vamos a salir de aquí en ese coche.

John no se opuso al plan, por la sencilla razón de que estaba seguro de que, si lo hacía, Richie mataría al agente. Además, huir de aquel lugar eliminaría la amenaza para Tim y Sharon.

Recibió instrucciones explícitas.

—Ponte la chaqueta y enderézate la gorra. Tú conduces. Te pareces lo bastante a él como para lograr pasar el control de carretera.

En cuanto John ocupó el asiento del conductor, la radio empezó a emitir una voz disonante. El que hablaba quería más indicaciones para la policía estatal.

Richie se había sentado al lado, con la escopeta entre las rodillas. Tomó el micrófono y se dirigió a él con voz confusa, tapándolo y destapándolo en rápida sucesión con la palma de la mano.

—No te recibo —dijo el de la radio—. ¿Tienes una conexión suelta o qué? Compruébalo. —Richie colgó y bajó el volumen mientras el otro seguía haciendo preguntas.

John sacó el coche de policía de la entrada marcha atrás y viró para meterse en la carretera. Esperaba que Sharon y Tim estuvieran observando desde sus escondites y salieran en cuanto ellos se hubieran ido, atendieran a Swanson y se dieran cuenta de



que lo que él, John, estaba haciendo, lo hacía únicamente bajo presión.

Le preguntó a Richie:

—¿No creerás de verdad que podemos engañar a los compañeros de Swanson en el punto de control?

—El primer control al que llegaremos es de la policía estatal. ¡Son los que no saben cómo llegar hasta aquí! —Richie se levantó con destreza, se dio la vuelta y se deslizó por encima del reposacabezas hacia la parte de atrás, llevándose consigo la escopeta. Le habló desde el suelo—. Eso te demuestra lo estúpidos que son. Cuando llegues allí, no aminores. Sigue acelerando. Enciende la sirena y la luz intermitente. —Se inclinó por encima del asiento y señaló—: Allí.

La sirena empezó a gemir con un matiz distinto al que uno oía desde el exterior y a distancia de un coche de policía. Quizá la diferencia fuera una cuestión de potencia relativa, aunque para entonces la situación de John era demasiado complicada para valorar este hecho. Con aquella impostura sería difícil que Richie no provocara una matanza: en aquellos momentos tenía dos armas letales a su disposición.

—¡Conduce más rápido, John!

—De acuerdo —dijo él—, pero esta carretera tiene muchas curvas. No querrás que nos salgamos de la calzada.

—El único que se preocupa por eso eres tú.

Tenía razón. Eso era lo que hacía a Richie tan difícil de tratar. Por lo que él mismo había insinuado, no tenía nada que perder. John no era un conductor acrobático que pudiera supuestamente controlar un choque de manera que sólo la mitad trasera del vehículo quedara dañada, por decir algo. Esperaba sobrevivir a aquel día y poder llegar a casa para explicarle a Joanie todo lo que había hecho o no había hecho, y así comprenderlo todo él mismo. En última instancia, aquello era más importante para él que lo que pudieran interpretar las autoridades.

Aceleró, y frenó en las curvas haciendo chirriar los neumáticos, pero fue lo bastante prudente como para no rebasar la calzada, ni siquiera por los pelos. La carretera se hallaba bordeada de bosque por ambos lados durante todo el trayecto ladera abajo, pero en el terreno llano había una urbanización de ranchos caros que debían de estar en la línea de precios con los que acostumbraba a trabajar. Pero en aquella tarde templada, mientras pasaba a toda prisa con la sirena y la luz roja giratoria, no se veía ni un alma. Desde aquella distancia debía de parecer auténtico, pero era poco razonable creer que el coche podía atravesar el control con impunidad. Llevaba una chaqueta de policía encima de su vieja camisa de trabajo, cuyo cuello sobresalía. Cualquiera que echara un vistazo al interior del vehículo de cerca vería a Richie en el suelo de la parte de atrás. Era probable que aquello acabara en un tiroteo, y que Richie fuera el primero en disparar, y tal vez abatiera a más de un agente. John estaría en la línea de fuego de los demás.

—Ahí está —dijo Richie, que se asomó por el respaldo del asiento cerca del hombro de John.

Este tardó unos segundos en reconocer que los vehículos que tenía delante no estaban bloqueando la carretera, sino que más bien la estrechaban dejando medio carril libre. Él había esperado encontrarse una barrera completa y por lo tanto se sintió aliviado, aunque desanimado de todos modos.

—¡Pisa a fondo! —exclamó Richie alegremente, y se agachó de nuevo. Hizo unos ruidos metálicos que indicaban que estaba preparando su arsenal para la guerra.

Pero ¿qué podría hacer si, justo antes de llegar al control, John pisaba el freno, derrapaba violentamente hasta detenerse, abría la puerta de golpe y salía rodando? Lamentablemente, había una respuesta muy razonable: no era lo bastante hábil al volante como para efectuar una maniobra de ese estilo, en un coche que conocía desde hacía muy poco. Lo único que conseguiría sería matarse. Era la mala idea habitual.

John aceleró. Los coches de policía se hacían más grandes ante él. Entonces, de forma simultánea, ambos vehículos se acercaron a los respectivos arcones para que no tuviera ningún impedimento. Sintió que no podía hacer nada más que seguir adelante a gran velocidad, y cuando pasó junto a sus supuestos colegas de las fuerzas de seguridad, no se atrevió a mirarlos, y ni mucho menos a hacerles alguna señal.

Al final Richie habló desde la parte de atrás:

—Ahora ya debemos de haberlo conseguido.

—Están a poco más de un kilómetro.

Richie se puso de rodillas.

—Aminora, y en cuanto pasemos la siguiente curva, apagas la sirena y la luz.

Yendo a más de ciento cincuenta por hora y con margen para apretar aún más el pedal, John se había embriagado con su dominio de la velocidad. El coche patrulla tenía un motor más potente que cualquier otro vehículo que hubiera conducido, y era irónicamente cierto que bajo las presentes circunstancias no se hallaba limitado por el reglamento de tráfico. Podría haber hecho caso omiso de las instrucciones de Richie —porque ¿qué autoridad podía tener un mero pasajero, aunque fuera armado con armas letales?— de no haberse visto obligado por una ley de la naturaleza a disminuir la velocidad para tomar la curva, que era lo bastante difícil como para arrojarlos contra un terraplén de granito si los neumáticos perdían adherencia.

—¿Adónde vamos ahora?

—Estoy pensando —contestó Richie—. No te preocupes por eso. Mi mente está siempre trabajando. Sé que tienes dudas sobre mí, pero al menos reconócame este mérito.

Como ya no necesitaba las dos manos para manejar el volante, John utilizó una para ponerse bien la gorra de policía. La badana estaba fría y húmeda, lo cual le

recordó el sudor frío que había exudado mientras se aproximaba y pasaba el control, aunque conscientemente tenía más miedo en aquel momento del que había tenido entonces.

Se dirigió a Richie mirándolo por el espejo retrovisor.

—¿Por qué no me detengo, te entrego el coche y nos decimos adiós? Iré a pie, de modo que no puedo hacerte ningún daño.

Richie meneó la cabeza.

—¿Todavía sigues intentando separarte de mí? ¿Después de todo lo que hemos pasado juntos? No quiero restregártelo por las narices, pero legalmente eres cómplice, ya lo sabes. Eres un fugitivo.

John asintió.

—Y me hago pasar por agente de policía, llevo su uniforme robado y conduzco su coche patrulla robado. ¿Y qué?

—Te van a castigar por ello —dijo Richie con desdén.

—Deja que yo me preocupe de eso —replicó John—. Tú déjame marchar.

—¿Cuándo he intentado retenerte? —preguntó Richie—. El hecho es que quizá no quieras pensar en ello, tan superior como te consideras, pero en el fondo tú y yo tenemos mucho en común. Puede que yo sea más honrado conmigo mismo que tú. Reconozco que me gustaría ser más como tú. Envidio tu estilo de vida, con esposa, hijos, casa y todo eso. Pero tú también me envidias a mí, aunque te cueste admitirlo. Si no, ¿por qué sigues conmigo después de todo lo que ha ocurrido? Tuviste muchas oportunidades para prescindir de mi compañía. ¿No te dije que te marcharas si querías?

John detuvo el coche en un arcén arenoso. Lo cierto era que no veía ningún sentido a intentar razonar con aquel hombre.

—Bien —dijo al tiempo que se quitaba la chaqueta del agente Swanson—, pues acepto tu generosa oferta aquí y ahora mismo. —Dejó la prenda en el asiento delantero y salió del vehículo. Estaban en una carretera de asfalto de tres carriles, flanqueada a ambos lados por terreno sin urbanizar. A lo lejos distinguió lo que parecía ser una serie de estructuras, tal vez el inicio de alguna población. No tenía ni idea de dónde se encontraba entonces, pero a juzgar por el sol supuso que estaba de cara al este. En principio su casa se hallaba en esa dirección.

Con un movimiento serpentino, Richie se trasladó de la parte trasera al asiento delantero. Saludó a John llevándose dos dedos a lo alto de la frente.

—Si ésa es tu voluntad —dijo. Se encasquetó la gorra de Swanson. Por qué parecía quedarle bien era un misterio: estaba claro que su cabeza no podía tener la misma circunferencia que la del policía o la de John—. Muy bien, amigo —dijo por la ventanilla al tiempo que el vehículo empezaba a moverse—. Estaré esperando en tu casa. —Entonces pisó el acelerador violentamente y el coche se alejó a toda

velocidad.

John sintió el terror como un efecto físico. No estaba respirando aire, sino gas inflamable: le ardía la cabeza. Quería perseguir a Richie, implorarlo con gritos y gestos, pero casi al instante el coche patrulla dio la impresión de estar tan lejos que su azul y blanco ya se había convertido en el gris monocromo de la distancia y él fue incapaz de mover sus frágiles piernas a un paso más rápido.

Trató de evitar que su mente intentara hacer un cálculo aproximado de cuánto tardaría Richie en completar su viaje y cuánto tardaría él en alcanzar los edificios que había delante, entre los cuales seguramente habría un teléfono que podría utilizar para alertar a Joanie, pero estaba obsesionado con el asunto. Los miembros de la policía estatal que buscaban la granja tendrían que encontrarla pronto. Se enviaría una alerta general en relación con el coche patrulla robado. Si Richie permanecía en él, lo detendrían mucho antes de que pudiera conducir todo el camino hasta su casa.

A menos que se deshiciera del coche de policía y robara un vehículo normal.

Con un esfuerzo de una intensidad que hasta entonces sólo había realizado en sus pesadillas, John consiguió acelerar el paso con una especie de cojera, y estimuló su moral indignándose contra el mundo: todos los conductores estaban boicoteando aquella carretera perfectamente buena sin razón aparente. Si pasara alguno, estaba dispuesto a utilizar su cuerpo de manera que el coche se detuviera o bien lo atropellara. Pero no apareció nadie durante la marcha interminable, cuyas últimas fases fueron más desafortunadas si cabe cuando al fin identificó los edificios como un par de cobertizos en ruinas.

Avanzó dando traspiés con la convicción de que normalmente los cobertizos no se situaban muy lejos de alguna estructura principal. Prevaleció la razón, aunque puede que no siempre seamos capaces de comprender de inmediato determinados ejemplos de la realidad. Pero la cuestión era que aquellos cobertizos estaban allí solos, sin propósito, monumentos al absurdo imperante en un mundo en el que Richie vagaba con impunidad.

Continuó caminando pesadamente y entonces vio que la carretera dibujaba una amplia curva a la derecha y descendía un corto tramo, y a menos de cien metros de distancia había una gasolinera, y otra en el lado opuesto, y una tercera a unos doscientos metros. También había dos moteles y toda una colección de restaurantes de comida rápida. Lo racional había vuelto a asumir el mando. Una autopista de seis carriles y acceso limitado rugía cerca de allí. Se le ofrecía una selección de teléfonos públicos. Pero a Richie se le había brindado un medio de viajar a toda velocidad.

John fue renqueando tan rápido como pudo hasta la gasolinera más próxima. Ya no estaba solo en el universo y, aunque todas esas personas no pudieran servirle de nada, allí estaban. En aquellas instalaciones con servicios completos, cada carril estaba ocupado por un coche, y había dos empleados en los surtidores o limpiando los

parabrisas. Dentro del garaje abierto, un mecánico examinaba los bajos de un vehículo situado en el elevador, con su probable propietario detrás de él con expresión seria.

John encontró un teléfono dentro de su concha protectora y rápidamente hizo lo necesario para realizar una llamada a cobro revertido, pero enseguida oyó la señal de que la línea estaba ocupada.

—Operador —dijo—, esto es una emergencia grave. ¡Interrumpa la llamada, por favor!

Pero el funcionario, una voz masculina, ya había abandonado la línea. John se vio obligado a repetir el proceso anterior. En esta ocasión el número sonó una y otra vez hasta que una operadora distinta, una mujer, le informó innecesariamente de que no contestaban.

—¿Cómo es posible si hace unos segundos comunicaba?

—Salieron —repuso la operadora—. O fueron al baño. O ha marcado mal el número, o lo hizo cuando supuestamente comunicaba. ¿Quiere que lo intente de nuevo?

Era una buena persona.

—Por favor —dijo él.

Ella lo hizo y la línea estaba comunicando otra vez.

—Por favor, interrumpa —dijo—. Se trata de una urgencia terrible. No es una broma pesada. Hay vidas en peligro. Traiga a su supervisor, pero dese prisa. Deje que le dé mi nombre... —No podía dejar de hablar, aterrorizado como estaba por la posibilidad de que aquella mujer sensata pudiera dudar de sus credenciales..., aun cuando se estaba dando cuenta de que ella ya no estaba allí.

Al cabo de un momento regresó.

—No está hablando nadie en esa línea, señor. Parece ser que el teléfono está descolgado.

Por el amor de Dios, Melanie con su juego recién descubierto: coger uno de los teléfonos y dejarlo en cualquier parte menos en su soporte. Él le había rogado a Joan que estuviera siempre atenta a dicho comportamiento, pero nadie podía estar alerta constantemente, de ahí las tapas a prueba de niños en los medicamentos y los productos de limpieza tóxicos, una molestia para los que no tienen hijos, pero una bendición para los padres agobiados de la actualidad, a pesar de lo cual no era un sistema perfecto: ¿acaso no hubo un niño pequeño que vivía en la manzana de al lado de la de los Felton que, mordisqueando, consiguió de algún modo quitar el cierre de un recipiente y se tragó alguna cosa o...? ¡Vamos, John, tendrás que hacer algo mejor que parlotear! Miró con desesperación los coches situados junto a los surtidores. ¿Podría conseguir que alguno de los conductores creyera su historia y lo llevara corriendo a casa? Con una pistola podría haber requisado un vehículo. Había

situaciones en las cuales la fuerza no solamente estaba justificada, sino que era el único medio para un fin.

Claro que estaba pasando por alto lo evidente: una llamada a la policía. ¡Ojalá fuera tan sencillo! Era un hombre buscado, y la mentalidad oficial, aun cuando procuraba ser bien intencionada, tendía a la intransigencia. Mira si no la actuación de Swanson en la granja. Había considerado a John como el más peligroso de los fugitivos, lo había esposado con el único juego de esposas y se había negado a dejarle hablar. De hecho, fue ese error el que había llevado a la perdición al agente, quizás incluso a su muerte, que podría entonces añadirse a los demás supuestos delitos de John, ninguno de los cuales tenía fundamento alguno en la realidad, pero que sin duda la policía asumiría tenazmente hasta que pudieran dedicar tiempo a esclarecerlos en algún lugar donde pudiera garantizarse su seguridad mientras demostraba la verdad. En aquel momento eran como tiburones en aguas ensangrentadas, ¿y quién podía culparlos por ello?

Aun estando en situación extrema, no debía llamar más la atención infringiendo la ley. Se apresuró hacia el mecánico que había en el garaje y que en aquel momento estaba haciendo descender el coche con el elevador.

—Disculpe. Es una emergencia. ¿Puedo alquilarle un coche?

Los pantalones y la camiseta de color azul grisáceo del mecánico estaban impecables, sin rastro de grasa, pero sí que tenía la cara manchada. No le hizo caso, simplemente continuó mirando el vehículo hasta que los neumáticos tocaron el suelo.

—Es una emergencia. Tengo que alquilar un coche.

El mecánico le dirigió por fin la mirada.

—Mire en el listín telefónico si quiere. —Hizo un gesto con la cabeza en dirección al despacho.

—¡No tengo tiempo para eso! —Pero el apremio de John no tuvo ningún efecto en aquel hombre, quien dio media vuelta fríamente sobre sus zapatos de suela de goma y se fue al fondo del taller, donde se frotó las manos con un trapo ennegrecido.

El propietario del automóvil cercano se había alejado antes de que John entrara y no había regresado. Era probable que estuviera en el servicio. John abrió la puerta, entró en el coche, puso el motor en marcha y rápidamente salió del garaje marcha atrás. No estaba interesado en saber si lo perseguían o no, y no miró atrás. Llegó a la rampa que conducía a la autopista, pero estaba tan preocupado que no era capaz de leer las señales y no le quedó más remedio que esperar acertar el camino adecuado para volver a casa. El tráfico era muy denso y en su estado normal no le habría permitido el acceso inmediato, pero en aquellos momentos no le importaba nada su seguridad personal y menos aún la de cualquier desconocido, de modo que obligó a frenar a un hombre que conducía un coche rojo con una mueca salvaje en el rostro para que le dejara entrar en la procesión que, casi de inmediato, y demasiado tarde

para que John pudiera retroceder y salir, empezó a avanzar más lentamente hasta que se formó una caravana.

Había elegido mal la ruta. Era la hora punta. Hubiera sido preferible tomar cualquier otra carretera local. La única esperanza era que Richie estuviera también paralizado por el tráfico..., eso si había sido tan idiota como para tomar la autopista, claro. Aquélla era la peor situación en la que se había encontrado durante todo un día de desgracias. Se había estado resistiendo, porque principalmente era un no creyente que hubiese considerado poco ético rezar sólo cuando tenía problemas. Pero entonces se sentía tan indefenso como si hubiera regresado a su primera niñez, cuando se podía implorar al Todopoderoso con toda sinceridad, y le pidió a Dios que lo ayudara en aquel terrible aprieto, pues había agotado todas las medidas que estaban bajo su control. Se dijo que difícilmente podía esperar una respuesta favorable después de tantos años de desatención, pero en realidad mentía: sí que buscaba una ayuda inmediata, y cuando ésta no llegó, lo embargó el resentimiento. No debería ser posible levantarse una mañana y empezar el día libre de culpa, para al poco encontrarse con que el mal te lo arrebatara amenazando para entonces todo lo que él quería.

Hasta aquel momento el tráfico al menos había ido avanzando a paso de tortuga, pero de repente, como si fuera una respuesta perversa a sus oraciones, se detuvo por completo, y no solamente en el segmento más próximo, sino hasta allí donde alcanzaba su vista, un kilómetro y medio o más, pues más adelante la calzada descendía en una suave pendiente.

John abrió la puerta de golpe y salió de un salto. Al principio echó a correr en la dirección a la que apuntaban los vehículos de los carriles en los que él estaba, pasando entre las hileras de coches parados, con el propósito de acabar alcanzando a un Richie bloqueado, pero al cabo de poco se dio cuenta de que aquel loco le había sacado demasiado tiempo de ventaja y que iba a tardar en adelantarlo de esta manera, eso si Richie había tomado la autopista, cosa que resultaba imposible saber, por lo que caminó entre las hileras de coches para dirigirse hacia la barrera de seguridad de acero corrugado, bajó corriendo por un terraplén arenoso y, agitando los brazos en cruz, se arrojó en la ruta del siguiente vehículo que pasaba y que acabó por detenerse, aunque hasta el último momento creyó que no lo haría.

Por los dos lados del coche y junto a la puerta abierta apareció un hombre con un sombrero de fieltro de ala ancha; los gemelos lo apuntaron con sendas pistolas al tiempo que le gritaban órdenes de manera insultante, y fue entonces cuando reaccionó al automóvil, que por las luces del techo ya debería haber identificado como un coche de policía.

Si la aparición de la policía estatal representaba la intervención de Dios en sus asuntos por la que había rezado, estaba muy claro que Dios lo despreciaba.

Los agentes lo esposaron, lo cachearon y lo arrestaron. Le leyeron de nuevo sus derechos.

—De acuerdo —gritó—. No voy a resistirme. Pero, por favor, ¿quieren enviar a alguien a que proteja a mi esposa y a mis hijos? Un criminal loco se dirige a por ellos. —Les dio varias veces la dirección a voz en cuello.

Vistos de cerca, los agentes no parecían ni mucho menos gemelos. Uno era mucho más alto que el otro, con unas cejas de un castaño rojizo que prácticamente se tocaban por encima de su nariz.

El otro, robusto y moreno, dijo:

—Hazte un favor y no hables así. Tal y como están las cosas, tendrás suerte si no te linchan.

El policía más alto le preguntó:

—¿Qué hiciste con las armas?

—¡No tenía ninguna! —respondió John—. ¿Van a proteger a mi familia, por favor? Les contaré toda la historia, pero usen la radio y manden a alguien para que proteja a mi mujer y a mis hijos. —Les repitió la dirección—. Conozco a ese tipo. Es capaz de cualquier cosa.

—¿Cuál es tu verdadero nombre? —quiso saber el agente de complexión oscura y cuyo nombre, Brocket, se mostraba en una placa sobre el bolsillo superior izquierdo de la guerrera.

—John Felton.

—No llevas documentación.

—Está todo en casa —dijo John—. Llévenme hasta allí. Tengo que proteger a mi familia. Puedo demostrar quién soy. Tengo esposa y dos hijos, un trabajo en una prestigiosa...

—¡Por Dios! —exclamó el agente más alto frunciendo el ceño bajo las cejas rubias—. Me revuelve el estómago oírte hablar así de ti como si fueras un ser humano normal, en lugar de un pedazo de mierda enfermo que intentó matar a una anciana inválida por pura diversión, supongo. ¿No fue así? No tenía nada que se le pudiera robar.

Agarraron a John, uno por cada lado, lo condujeron hasta el coche y lo metieron en la parte de atrás. Brocket subió después de él, en tanto que el agente alto, cuya placa no había podido leer porque estaba demasiado distraído, ocupó el asiento del conductor e inmediatamente empezó a hablar por el micrófono de la radio.

Durante todo este tiempo John no dejó de gritar.

—Si no te callas, voy a pegarte un tiro —le dijo Brocket con calma.

John trató de imponer cierto control sobre sí mismo.

—Escúchenme. Mi esposa y mis hijos corren un peligro terrible. ¡Por favor comprueben cómo están! No he intentado matar a nadie en toda mi vida. Me he



pasado casi todo el día tratando de impedir que ese maníaco matara a otras personas y haciendo todo lo posible para evitar que ocurriera. Sólo tiene que preguntarle a... — Con la preocupación había olvidado su nombre—. La encontraron, ¿no es verdad? En la granja, ¿no? ¿Con el chico? ¡Salven a mi familia!

—No te preocupes por eso —repuso Brocket—. Ahora que te tenemos ya no habrá más problemas en esta parte del estado.

—¡Yo no he matado a nadie! Ni lo he intentado siquiera. ¿Por qué iba a hacerlo? No soy un criminal.

—Vamos —dijo Brocket en tanto que el agente que iba al volante ponía el coche en marcha—. Ahora ya te tenemos y no vas a escaparte. Bien podrías confesar. Te haría sentir bien, créeme. Esta mañana le cortaste el cuello a esa chica que ponía gasolina. No sobrevivió. Pero la mujer de la empresa de taxis sigue con vida. Ahí hiciste una chapuza, acuchillándola por detrás de esa forma. Pudo dar una buena descripción. Está en cuidados intensivos. Vivirá para pillarte, amigo. Y luego está el asunto del conductor del camión. Tenemos testigos que te sitúan en la escena.

—¡Nada de todo eso es cierto! Todo fue cosa de Richie. Yo ni siquiera...

—No te estoy hablando de ese tal Richie. Él sólo estaba allí para que lo llevaran, ¿no es cierto?

—¡Sharon! —gritó John—. Así se llama. ¿No la han encontrado todavía? Ella puede confirmar mi versión. Estuvo allí todo el tiempo.

—Ahórrame todas estas gilipolleces —le dijo Brocket.

—Mi familia está en peligro. Él se dirige hacia mi casa.

—Hagamos un trato —propuso Brocket en voz baja y tono seductor—. Confiesa lo que hiciste y nosotros, por nuestra parte, llamaremos a la policía local para que eche un vistazo en esa casa que dices.

—No tengo nada que confesar porque no hice nada. Lo sabrán si atrapan a ese tipo. Es un maníaco. En la granja él le dijo a Swanson, el agente, que yo no tenía nada que ver...

—¿El policía de ciudad al que le rompiste la cabeza? —preguntó Brocket—. Sí, estoy seguro de que querrá dar un informe favorable de ti.

Se oyó el graznido de la radio, pero John no pudo entender ni una sola sílaba. Volvió a preguntar por Sharon y el chico.

—¿No los han encontrado?

—¿Cómo? —dijo Brocket—. Nosotros no estábamos en la granja. Estábamos buscándote a ti.

—Sabéis que ese tal Swanson resultó herido. ¡Y fue obra de Richie, no mía! ¿Cómo es que no sabéis nada de Sharon y de Tim?

—John —dijo el agente Brocket—, estamos intentando encajar las piezas de la historia. Pero todavía no entendemos exactamente cómo es que te desmandaste de

esta manera, para empezar. Quizá tenías motivos de alguna clase. Podría ser de ayuda si intentarás explicarlo, antes de que te llevemos al interrogatorio formal, que será una sesión muy larga, te lo aseguro. Tal vez podríamos acortarlo un poco aquí y ahora, sólo entre tú y yo, por supuesto, y mi compañero Franklin ahí delante. Pero él no nos molestará, ¿verdad, Franklin?

Frente al volante, Franklin meneó su cabeza rapada en señal de negación y alzó un dedo, pero no dijo nada. Se había quitado el sombrero de ala ancha, lo mismo que Brocket, quien había dejado caer el suyo en el asiento del acompañante.

John se sintió tan aliviado al oír que Brocket quería saber toda la historia que estuvo a punto de llorar. Empezó diciendo:

—Estábamos desayunando...

—¿Richie y tú?

¡La cosa ya iba mal nada más empezar!

—¡No! Mi mujer y yo. Joan, mi esposa, y los niños... En realidad, los niños y yo ya habíamos desayunado. Joan estaba...

Brocket lo interrumpió otra vez.

—De acuerdo, John, está bien. Pero ¿cómo pasaste de ahí a matar a la empleada de la gasolinera? ¿Sabes siquiera cómo se llamaba esa pobre desdichada? Tenía diecinueve años. Kelly Holt.

John agachó y meneó la cabeza.

—Dios todopoderoso. ¿No ven lo que es capaz de hacer? —Alzó la mirada—. No voy a decir nada más a menos que envíen ahora mismo a alguien a mi casa.

Franklin lo miraba por el espejo retrovisor.

—Han intentado llamar por teléfono, pero la línea comunica.

—Está descolgado —gritó John—. Mi hija pequeña lo hace. Por favor, envíen un coche patrulla.

—Cálmate, John —dijo Brocket—. Volvamos a tu historia.

—Me niego a decir nada más hasta que sepa que mi familia está a salvo de ese loco.

—Si está tan loco, John —preguntó el agente—, ¿qué es lo que viste en él?

—Llamó a mi puerta y me pidió que empujara su coche.

Brocket asintió con la cabeza.

—¿Y te fuiste de casa con él sin más? Debía de tener algo que tú querías. Es un tipo apuesto, ¿verdad?

John decidió no reaccionar a aquellas insinuaciones.

—El coche empezó entonces a ir cuesta abajo. La camisa se me quedó enganchada en la puerta. Tuve que correr y saltar... No, aguarde un minuto... —Eso no tenía sentido, pero por un instante no pudo recordar la secuencia precisa de los acontecimientos.

—Bueno, ¿qué cambia eso? —preguntó Brocket, que movía su fuerte y oscura mandíbula como si estuviera masticando algo—. Lo que importa es que un testigo te sitúa en la gasolinera aproximadamente a las nueve y veinticinco.

—Claro que sí —respondió John—. Richie se había quedado sin gasolina, de modo que me quedé con él por si necesitaba otro empujón, pero conseguí llegar a la gasolinera. Entonces iba a marcharme a casa andando, pero me hice daño en la pierna al saltar al interior del coche y él insistió en llevarme de vuelta.

—¿No pudiste dejarlo allí?

—Ya se lo he dicho, me dolía la pierna. Y ahora escuche, no voy a...

—De acuerdo —dijo Brocket—, ya lo has mencionado. Están enviando un coche.

—¿Y no podía habérmelo dicho antes? —preguntó John con enojo, aunque también se sintió aliviado—. ¿Por qué siguen tratándome como a un criminal después de todo lo que he tenido que pasar hoy? Yo no tengo nada contra la policía. Siempre he admirado el trabajo que hacen ustedes. Dios mío, me he pasado el día con este tipo y ni siquiera sabía, lo juro por Dios, que estaba cometiendo esos crímenes de los que habla. Lo que quiero decir es que yo sabía que atropelló al camionero, pero tenía cierta excusa para ello. Reconozco que cometí un error al apoyarle en eso al menos en parte, me refiero a que yo no tuve nada que ver con el atropello de ese hombre, quien por cierto estaba dispuesto a pegarme con una barra de hierro por algo que no hice, y...

—Cálmate, John —dijo Brocket—. Al final grabaremos tu declaración en vídeo para que no pueda haber ningún error, pero ahora mismo cíñete a relatar los hechos si puedes... —Se había sacado un bloc de color negro del bolsillo de la guerrera y realizaba rápidas anotaciones en él con un bolígrafo de botón.

—De acuerdo, pero ¿cómo podía yo saber lo que le estaba haciendo a esa chica en la gasolinera? Se metieron en la oficina. No los veía. No intenté observarlos. ¿Por qué iba a hacerlo? Más tarde él mencionó que hubo algún problema con su tarjeta de crédito. No lo sé. Yo no estaba cerca de la oficina. Me quedé fuera junto al coche.

—Entonces, ¿cuándo atacaste a la mujer de la empresa de taxis?

—¡Oh, no! —protestó John—. No la toqué en absoluto. Se negó a aceptarme como pasajero, probablemente porque no le gustó mi aspecto, y de ninguna manera quiso creerme cuando le dije que vivía en una parte de la ciudad respetable... Oh, sí, claro, yo no llevaba dinero encima. Ella quería el pago por adelantado.

—¿Y la acuchillaste en el transcurso de este altercado?

John trató de respirar pausadamente.

—No llevo ningún cuchillo. Ni siquiera le dije nada amenazador. Sólo me entristeció que no me creyera.

Brocket adoptó también una expresión triste.

—La cuestión es, John, que hay testigos oculares de lo que ocurrió, y la

descripción del culpable de los hechos que hizo el tipo de la gasolinera que después salió de la empresa de taxis encaja mucho con la tuya. Y ocurre más o menos lo mismo con los otros delitos. Debes tenerlo en cuenta si es que vas a ceñirte a esta misma historia sobre todo lo ocurrido durante todo el día.

—¡Esto es de locos! ¿Richie comete todos estos delitos y nadie lo ve? Busquen a Sharon, créame. Estaba en la granja. ¿Por qué no la ha encontrado nadie? Y al muchacho, Tim. Él puede...

Brocket lo interrumpió.

—Allí no había ninguna chica, John.

—¿La policía ha ido a la granja? ¿Han hablado con ellos?

—Hemos estado en contacto.

—Sharon estaba detrás del granero cuando Richie intentó prenderle fuego. Quizá se marchara cuesta arriba y se metiera en el bosque. ¿La están buscando al menos?

El agente se encogió de hombros.

—No lo sé, John, no estoy allí. Si existe de verdad, estoy seguro de que aparecerá cuando se entere de que te han detenido.

—¡Existe! —exclamó John—. Ella confirmará todo lo que he dicho. Era otra prisionera de Richie.

—Y también era tu prisionera, ¿no es eso lo que quieres decir? —Brocket alzó un dedo de la mano con la que sostenía el bolígrafo—. Porque si no lo era, entonces, ¿por qué no hiciste que la dejara marchar?

—Es complicado —contestó John—. Si no ha creído nada de lo que le he contado, lo más probable es que tampoco se crea esto. Parte del tiempo él iba armado y nosotros no. Al principio no lo tomamos en serio, o al menos yo no. Ahora me doy cuenta de que ella recelaba de él desde el principio. Salí en su defensa un par de veces, pero...

—Pero ¿qué? —preguntó Brocket, que lo interrumpió de nuevo—. ¿Os unisteis contra ella, tal vez?

—¿De modo que al menos cree que existe esa persona, no?

—Yo no he dicho eso —replicó Brocket con desdén—. Es una verdadera estupidez, John, andarse con juegos de palabras en un momento como éste.

—Pero ¿y el chico? ¿Tim? Seguro que la policía lo encontró. Estaba encerrado en el granero.

—Sí —Brocket suspiró—. Hablaron con Tim, en efecto. —Suspiró de nuevo, pero fue más por exasperación que por comprensión—. John, me gustaría entender por qué piensas que diría algo bueno sobre ti. Demuestra una falta de respeto por mi inteligencia. Por lo que dice ese chico, apareciste en la puerta armado con una escopeta. Primero intentaste que te dejara entrar con una historia falsa, y entonces, cuando él se negó, trataste de entrar por la fuerza y luego cortaste la línea telefónica

de fuera. Entonces tú y los demás miembros de tu banda irrumpisteis por la puerta trasera e intentasteis incendiar la casa. Lo retuvisteis prisionero, pero escapó y se refugió en el granero, que queríais quemar cuando apareció el agente de policía local.

John se preguntó cómo diablos podría llegar a explicar qué partes de aquel relato se correspondían con los hechos, y en qué grado. ¿Se hallaba en situación de reconocer algo en aquel momento? Era consciente de que no le habían obligado a decir nada en ausencia de un abogado, pero al principio él ni siquiera había querido considerar que la situación llegaría a escapársele tanto de las manos que fuera a necesitar un abogado. El hecho de tener uno implicaba que era necesario defender su posición. Llevaba todo el tiempo diciéndose que no había cometido ningún delito grave y que por lo tanto no tendría nada que temer de la policía en cuanto se conociera la verdad, pero al hablar entonces con aquel agente vio que había cometido ciertos actos que, por muy nobles que hubieran sido sus motivos, técnicamente suponían infracciones de la ley que podrían causarle problemas a menos que pudiera establecer una distinción clara entre ellos y las terribles acciones de Richie. Quizá sí que necesitaba un abogado.

Por primera vez desde que había entrado en el coche miró por la ventanilla. Seguían viajando por el campo, por la autopista.

—¿Cuánto tardaremos en llegar?

—No tienes ninguna prisa —contestó Brocket—. Yo que tú aprovecharía este tiempo para sacarme todo este asunto de mi conciencia, John.

—No hay nada en mi conciencia —replicó. Se puso más agresivo—. ¿No se le ocurre pensar que una persona respetable como yo no se convierte de repente en un asesino violento? ¿Acaso no tienen en cuenta los antecedentes?

Brocket sonrió, pero con frialdad.

—John, dejemos la teorización a los catedráticos de derecho penal. Ellos pueden permitírselo. Franklin y yo tenemos formación profesional. Mi último compañero detuvo a un hombre, muy bien vestido y de aspecto respetable, por exceso de velocidad; en lugar de entregarle su permiso de conducir y la matrícula, sacó una Magnum tres cincuenta y siete y disparó a Jim Conti en el corazón, dejando a una chica magnífica sin marido y a dos niños pequeños sin padre. El criminal cumplió no más de tres años de condena por ello.

—Es horrible —dijo John con toda sinceridad—. Yo nunca he criticado a la policía, se lo aseguro. Estoy agradecido por el trabajo que hacen. Lo que quería decir era que está perdiendo el tiempo conmigo cuando Richie sigue por ahí en alguna parte. Si contactan con mi empresa, Tesmir Realty, averiguarán quién soy. —Les dio la dirección y los dos números de teléfono—. Mis vecinos también pueden hablarles de mí. Mi esposa y yo somos muy activos en los asuntos de la comunidad. El tío de mi mujer, Philip Dixon, regentó con bastante éxito un negocio de baldosas en

Eddington hasta que se jubiló. Él puede responder por mí con toda certeza, así como el resto de mi familia política. La mayoría de ellos viven por aquí, o en el condado al menos. Yo no tengo familiares que vivan cerca. Mi padre falleció y mi madre volvió a casarse y se mudó al oeste.

—Todo el mundo tiene su historia, John —dijo Brocket—. Déjame que te pregunte por qué, en tu opinión, varios testigos oculares describirían a un hombre que tiene exactamente tu mismo aspecto como probable y principal perpetrador de los delitos que se han cometido.

—Eso me preocupa de verdad —respondió John. Se mordió el labio hasta que notó que estaba a punto de hacerse sangre—. Lo único que se me ocurre pensar es que Richie pasa muy desapercibido. Es flaco, de constitución ligera y lleva ropa anodina. Yo soy un poco más bajo que él, pero mucho más corpulento; más fácil de recordar, me imagino. Si usted nos ve juntos, supongo que me recordará más a mí porque soy más grande, sobre todo si se encuentra demasiado lejos como para distinguir muchas características individuales. ¡Pero la mujer de la empresa de taxis me vio! Hablé con ella, me tuvo justo delante.

Brocket se toqueteó el oído.

—Aún no puede hablar, por el corte en la garganta. Pero puede escribir en una libreta, y lo que escribe es que saltaste sobre ella por detrás. Estaba hablando por radio con un conductor: tú entraste, la rodeaste con el brazo desde atrás y le rajaste el cuello.

—¡Ahí lo tiene! Entonces no es un testigo ocular. Ella no vio a su atacante.

—Pero otra mujer dice que te vio salir de la oficina —dijo Brocket—. Ella se puso en contacto de forma voluntaria con la policía local cuando se enteró del ataque. Dice que vio salir de esa oficina a un hombre que se parecía a ti y que llevaba un cuchillo... o más bien lo vio cuando se lo guardaba.

—¡Esto es una locura! Yo no llevaba ningún cuchillo. No la toqué. Espere un momento. ¡Es posible que ese tipo ni siquiera fuera Richie! Richie llevaba una camiseta y unos vaqueros muy ceñidos. ¿Dónde hubiera podido llevar un cuchillo?

—No sé nada de Richie —repuso Brocket—. Pero en ambos ataques se utilizó una hoja muy fina, como una hoja de afeitar, o lo más probable, a juzgar por la profundidad de las heridas, uno de esos cuchillos polivalentes que puedes comprar en las ferreterías. Algo que cabría en un zapato o en el calcetín, y de hecho esta mujer dice que te inclinaste e hiciste algo con tu pierna...

—¡Yo me había hecho daño en la rodilla! —exclamó John—. Seguramente me la estaba tocando, mirándola, ya sabe. ¡Por Dios!

En aquel punto el coche se detuvo. Por la periferia de su visión John se había dado cuenta de que habían abandonado la autopista, pero se sobresaltó al llegar a un destino.

Brocket guardó lentamente el bloc y el bolígrafo y alargó la mano al asiento delantero para recuperar el sombrero de fieltro. Franklin salió del coche y abrió la puerta del lado de Brocket, y éste se apeó también. Entonces se inclinó y miró a John a los ojos.

—Dios mío —dijo lastimeramente—. ¿De verdad me llevan a la cárcel?

—John, John, John... —dijo el agente, y le tendió la mano para ayudarlo.

## II

La amenaza de Richie de hacer una visita a la casa de John, al igual que muchas de las otras cosas que le dijo, era más que nada una broma. John era de esa clase de tipos a los que resultaba divertido tomar el pelo, porque se lo tomaba todo muy en serio y por lo mucho que deseaba hacer lo correcto. Un hombre así era también muy vulnerable, de éstos de los que la gente mala suele abusar. Richie lo quiso proteger, y lo había vengado agrediendo a esa mujer de la empresa de taxis, y le había salvado la vida con el camionero. Estaba seguro de que al final John llegaría a entender esos incidentes, moralmente admirables, y le agradecería que poseyera un código que no se veía afectado por la censura de otros, para los cuales no tenía nada más que desprecio. No hacía amigos con facilidad, pero cuando los hacía nunca los abandonaba. John, equilibrado y decente como era, acabaría entendiéndolo algún día. Mientras tanto, probablemente fuera para bien dejar que pasara algún tiempo a solas y sufriera una cantidad limitada de privaciones, que estuviera solo en un mundo hostil y reconociera que no podía lidiar con él en ausencia de su amigo.

Por lo tanto, Richie condujo tan sólo un kilómetro y medio aproximadamente por la carretera en la que John había abandonado el coche, y al llegar a la zona de moteles y gasolineras, tomó el paso que cruzaba por debajo de la autopista hasta el siguiente cruce y allí intentó hacer un cambio de sentido a tal velocidad que destrozó el neumático delantero derecho cuando éste entró en contacto de forma contundente con el bordillo contrario. Se golpeó la cara contra el volante, pero lo que más le dolió fue la vergüenza por haber calculado tan mal el giro del coche de policía. Por suerte, no parecía haber nadie por allí que presenciara su accidente, porque no podría soportar quedar en evidencia y tendría que ocuparse de aquellos a cuyos ojos pudiera parecer poco competente, aun cuando pudiera reconocer que serían víctimas fortuitas, pero también lo eran las personas que fallecían por culpa de los huracanes o las epidemias.

Sencillamente abandonó el coche patrulla donde estaba y dejó allí la gorra de policía, así como, a regañadientes, la escopeta, que a duras penas podría ocultar en su cuerpo. En realidad, el treinta y ocho también parecía plantear un problema, pero al final sacó la gorra que llevaba doblada en el bolsillo derecho trasero de los vaqueros y, tras sustituirla por la pistola, apretada contra la nalga, volvió a meterla detrás de manera que la visera flexible cayera y ocultara la culata del arma. Eso bastaría hasta que pudiera mejorar sus condiciones personales en general, cosa que no podría retrasar mucho tiempo porque cuando empezó a caminar recordó una cosa en la que no había pensado durante horas: no había orinado en todo el día, y tampoco había comido nada desde los donuts.

Entre los moteles y gasolineras situadas a lo largo del camino cerca de las rampas



de la autopista había locales de comida rápida que ofrecían las hamburguesas, pizzas y el pollo frito de costumbre, pero Richie no estaba de humor para esa basura. Lo que de verdad le hubiese gustado era un pastel de carne, por ejemplo, o un guiso espeso de ternera, preferiblemente cocinado el día anterior, o sopa de verduras con bolas de masa de un amarillo dorado. La mujer de uno de sus hogares de acogida lo había alimentado bien. Por esa razón, aunque le robaba del monedero, nunca la golpeó ni la hirió con el cuchillo. Una crítica que haría de las condiciones actuales era que resultaba casi imposible encontrar comida comestible en un lugar público, y en una ocasión un compañero de celda le había contado que lo mismo ocurría en gran parte de Canadá y, holgaba decirlo, de México, pero cualquiera que fuera a este último lugar se merecía lo que le dieran. Richie no había salido nunca del noreste. En realidad, entre el centro de detención de menores, luego una condena en prisión que no tardaba en seguir a otra, y después la eternidad que había pasado en el psiquiátrico Barnes, no había estado en libertad el tiempo suficiente como para poder viajar muy lejos.

En cuanto a su bienestar físico, sin embargo, había tenido suerte: en prisión nunca había resultado herido en las peleas con armas caseras; no le habían dado cuando un policía le había disparado, a veces a quemarropa; y en una ocasión incluso llegaron a fallar al dispararle con cartuchos de doble cero desde una distancia de unos tres metros más o menos. Dios lo estaba protegiendo con algún propósito. Se lo creía a medias, lo cual significaba que además, y en la misma medida, no se lo creía. Se daba cuenta de que era inconsecuente en muchas cosas. A veces no se ofendía por lo que en otra ocasión lo hubiera sacado de sus casillas. No habría utilizado un cuchillo contra un hombre por encima de los hombros: no tenía ni idea de por qué, a menos que no fuera porque las voces masculinas eran más sonoras. Si le cortabas la garganta a una mujer, no tenías que escuchar gemidos ni chillidos. Había dejado a Sharon con vida durante tanto tiempo sólo por cortesía hacia John, aunque lo único que tenía en mente, siempre y cuando permaneciera callada, era sacarla del coche a patadas a la menor oportunidad. Pero, entonces, ¿por qué no lo había hecho durante el período en el que John se marchó solo? Porque sabía que volverían a encontrarse pronto y no quería ofenderlo. Su destino era ser hermanos. La intuición era la facultad que más influía en lo que Richie hacía, aunque a otros bien podía parecerles que actuaba siguiendo únicamente un impulso repentino. En realidad, era un hombre mucho más profundo. John era una de las raras personas que entendía eso, de ahí la dependencia que tenía de él.

Ahora que había perdido su medio de transporte inmediato, no tenía prisa por reunirse con él. Estaba hambriento y tenía que ir al baño. Sabía la dirección de John y podía dirigirse allí perfectamente, pero sólo después de aplacar ciertas necesidades humanas. Había tiempo de sobra para todo: todo estaba girando constantemente, de

modo que con paciencia podías volver a encontrártelo todo de nuevo. Esta verdad era el motivo de que nunca hubiera tenido preocupaciones ni arrepentimientos, y de que no pudieran quebrarle el espíritu, por mucho que lo hubieran intentado.

Entró en la recepción del primer motel que encontró y se registró para tener una habitación utilizando una tarjeta de crédito que le había quitado de la cartera al hombre al que aquella mañana le había robado el coche a punta de cuchillo. Como documentación presentó el permiso de conducir del mismo hombre, con una fotografía que se parecía muy poco a él, incluso después de que se hubiera alisado el pelo, pero el empleado del motel no estaba más dispuesto a ponerlo en duda de lo que lo había estado el policía aquel mismo día, quien de hecho ni siquiera miró la fotografía mientras copiaba laboriosamente el largo número allí grabado. Dondequiera que miraras había personas así de perezosas e inútiles.

—¿Podría decirme —preguntó Richie con su sonrisa entrañable— dónde podría tomar una comida de verdad por aquí? No me refiero a esta comida basura instantánea de aquí al lado, hamburguesa servida en el coche, patatas grasientas y todo eso, sino ternera asada, puré de patatas con salsa, pollo a la cazuela, ya sabe lo que quiero decir, espero. Fideos con mantequilla, alubias con tomate, macarrones con queso...

El empleado le devolvió la sonrisa. Era un hombre bajo, de ojos pequeños y cuyo cabello empezaba a ralear, aun cuando no era mayor que él.

—Tiene que ir a la ciudad, a Mahoney's. Es un bar restaurante que tiene el comedor fuera, en la parte de atrás. —Le dio las indicaciones.

Richie encontró su habitación después de recorrer gran parte del motel, en la zona más trasera que daba a una franja estrecha de aparcamiento de asfalto y, más allá, a la autopista, que seguramente rugiría durante toda la noche. El televisor no tenía mando a distancia y el ventilador del baño, que se ponía en marcha automáticamente con la luz del techo, traqueteaba de una forma que te ponía nervioso. Cobrar casi ochenta dólares por semejante alojamiento más impuestos era un delito, y estaba tan indignado que no vació la vejiga en el inodoro sino en la cama. Su idea era lavarse antes de irse a comer a la ciudad, pero era imposible quedarse en aquella habitación, y de todos modos no tenía ninguna maquinilla con la que ocuparse de la barba que notaba en las mejillas.

Salió fuera. Sólo había un coche aparcado a la vista. En aquel momento un hombre fornido vestido con traje oscuro lo estaba descargando. Sacó una bolsa de viaje del portaequipajes y la llevó hasta la puerta de la habitación situada a dos puertas de distancia de la de Richie. Acababa de meter la llave en la cerradura cuando el joven llegó junto a él.

—Disculpe —dijo mostrando su sonrisa—. Lamento mucho molestarle, pero mi teléfono no funciona. Me preguntaba si podía llamar por mí a recepción.

—Será un placer —dijo el hombre, que llevaba unas gafas con montura dorada que a Richie le parecieron elegantes—. Deje que entre. —Hizo girar la llave en la cerradura y empujó la puerta para abrirla. Había recogido la bolsa y cuando dio el primer paso para entrar en la habitación, Richie le golpeó en la coronilla con la culata del revólver. El cuerpo salió despedido hacia delante, se le doblaron las rodillas y cayó cuan largo era sobre la moqueta color beige, en paralelo con el mueble tocador-estante para el equipaje. Se oyó un débil gemido y el hombre se retorció un poco. Richie se arrodilló y, después de quitarle las gafas con cuidado, siguió golpeándole la cabeza hasta que quedó convertida en un desagradable revoltijo rojo y el cuerpo ya no se movió. No había tenido tiempo para atarlo y amordazarlo, de modo que no había alternativa.

Puso la bolsa encima de la cama y la abrió. Se llevó el neceser de piel al baño. Por lo visto, el ventilador del techo no funcionaba, lo cual era un alivio después del ruido que hacía el de su habitación, pero también otro ejemplo indignante de la mala calidad del motel. Si creían que iba a aceptarlo sin rechistar, no podían haber estado más equivocados.

Después de darse una ducha para quitarse la suciedad de todo el día, y la sangre con la que se había salpicado al matar de manera tan descuidada al tipo que yacía en el suelo debido a no haber aplicado su norma de no utilizar un cuchillo por encima del cuello de un hombre (nunca le caía ni una gota cuando usaba el cúter desde atrás), se afeitó con la maquinilla eléctrica, se peinó más o menos con el mismo estilo que la víctima y se puso un traje azul marino de raya diplomática, una camisa blanca y una corbata a rayas de la bolsa, todo lo cual, salvo la corbata, por supuesto, le venía muy holgado ya que era más delgado que el hombre al que pertenecía la ropa. La chaqueta era lo bastante grande como para ocultar la pistola que llevaba en la cintura, tal como comprobó en el espejo.

Cuando se puso las gafas de montura dorada, vio que su rostro se parecía ligeramente a la fotografía del permiso de conducir. Sin duda el parecido era mayor que el que tenía con el permiso anterior. Junto con la cartera, había cogido también un juego de las llaves del coche. Estaba a punto de marcharse cuando tuvo una idea. Dejó el cadáver en ropa interior, lo enrolló en una de las colchas y, después de mirar por la puerta y ver que no había nadie a la vista, metió el hombro por debajo y con un gran esfuerzo levantó su enorme peso. Llevó el cuerpo hasta la puerta de su habitación, que no estaba cerrada con llave. Una vez dentro tuvo la delicadeza de dejarlo caer en la cama en la que no había orinado. Se sacó de los bolsillos los frascos gemelos de loción para después del afeitado y colonia para hombres que había encontrado en el neceser y roció toda la habitación con su contenido, sobre todo dentro y alrededor de la cama que contenía el cuerpo. Había traído consigo las cerillas de la granja. Encendió unas cuantas e inició una serie de pequeños fuegos que

rápidamente se unieron para formar uno solo. Observó las llamas hasta que hubieron prendido bien, abandonó la habitación, tiró las botellas vacías en un cubo de basura con tapa oscilante que había en un soportal, donde también habían colocado una máquina de Coca-Cola, entró en el coche y condujo hasta la ciudad siguiendo las indicaciones del empleado del motel.

La zona de negocios ocupaba una manzana, y el bar restaurante se encontraba hacia la mitad de ella. Richie aparcó casi enfrente, junto al bordillo, pero cuando entró en el lugar vio que estaba lleno, cosa que sugería que la mayoría de los clientes vivían lo bastante cerca de allí como para ir andando. Le gustaba ese tipo de poblaciones. Al final de la calle había un monumento conmemorativo de la guerra en el centro de un pequeño parque situado en el interior de una curva, y la ferretería que había junto al bar tenía los escaparates como los de antaño, de los que tienen la base a la altura de la cintura y están enmarcados en madera muy pintada de color verde oscuro.

En el comedor principal del bar había una gramola en la que sonaba una música *country* cuya letra podía emocionarte de verdad si la escuchabas. Richie fue hasta el comedor de atrás, donde sólo había una mesa ocupada. Eligió un compartimento contra la pared de enfrente. Una chica gorda con un delantal relucientemente limpio acudió a tomarle nota. Tampoco había manchas en su piel. Eso era importante para Richie si iba a comer.

No había abierto el menú.

—Espero que tengáis chuletas de cerdo.

—Claro que sí —dijo la camarera gorda con una sonrisa afectada que a Richie no le importó demasiado porque la perspectiva de la comida eclipsaba todo lo demás.

—Espero que estén bien empanadas.

—¿Empanadas? Claro, creo que podemos empanarlas, seguro. Se lo diré al cocinero. ¿Y qué quiere para acompañarlas? Frijoles, patatas fritas caseras...

—¿Frijoles? —preguntó Richie con entusiasmo—. Ya lo creo que sí. Y puré de patatas con salsa. —De momento aquel lugar hacía honor a la recomendación del empleado del motel. Claro que no podía decir cómo sabría la comida, y si el empanado de la carne no ocultaría mucha grasa y cartílago. Rechazó la lechuga y tomate con Mil Islas y una taza de café de aperitivo y pidió a cambio un licor de moras que se bebió de un trago antes de que la camarera se alejara de la mesa. Le dijo que le trajera otro.

—Bueno —dijo ella con afectación al tiempo que recogía el vaso vacío—, éste no duró mucho.

A Richie le molestaban este tipo de comentarios por parte de la gente que le servía en restaurantes y bares, pues eran forzosamente insinceros, pero mantuvo el control reflexionando que en este caso no iban dirigidos a él en realidad, sino más

bien al vendedor o lo que fuera que aparentara ser con la ropa y las gafas prestadas. Éstas distorsionaban un poco su visión, y la tensión le hacía fruncir el ceño, pero probablemente ello le ayudara a hacer más creíble su nueva imagen.

Las chuletas de cerdo, cuando llegaron, estaban bien, con el empanado no demasiado pastoso, y no encontró ningún defecto en los frijoles ni en el puré de patatas, pero la camarera le había traído también un plato pequeño de crema de maíz como acompañamiento, y eso era algo que él detestaba. Si en aquel momento hubiera regresado y le hubiese preguntado si todo estaba bien, tal como hacían en algunos lugares la última vez que lo habían soltado de Barnes, era posible que le hubiera metido la cara en el plato y le hubiese retorcido el cuello si gritaba, pero resultó que no volvió hasta que él terminó de comerse todo lo demás, y entonces no mencionó el maíz intacto.

Había continuado bebiendo licor de mora durante toda la comida. Richie no se emborrachaba nunca. Si se movía, como antes cuando se bebió la botella de vodka, no notaba ningún efecto. Pero en una situación cómoda como aquella, cuando no tenía otro propósito más que el de alimentarse, el alcohol le provocaba una afabilidad natural. Si se establecía en una ciudad como aquella, comería allí todas las noches, y tendría un perro en casa al que llevarle las sobras de su comida. Un bonito animal, grande, simpático y dulce, un golden retriever o un setter, no uno de esos chuchos malos a los que había que pegarles un tiro si le clavaban los dientes a alguien y no lo soltaban. Richie no necesitaba un perro guardián o de ataque: él sabía protegerse solo.

La camarera volvió tras haberse llevado los platos sucios.

—¿Qué le apetece de postre?

—¿Usted tiene perro? —le preguntó Richie—. De mascota, ya sabe.

—Bueno, no, no tengo. Tuve un gato, pero eso fue cuando era peq...

—Me imagino que por aquí habrá gente con perros, ¿no? ¿Cree que alguien me vendería uno?

—Apuesto a que podemos encontrar a alguien —repuso la camarera inclinando levemente la cintura, que formó unos pliegues. Estaba claro que comía demasiado de lo que servía; no tenía disciplina—. Ha venido a la ciudad buscando un perro para comprarlo, ¿es eso?

—Sólo pasaba por aquí.

—Puedo preguntarle a Wally, si quiere. Es el jefe. Estará de vuelta dentro de poco.

—De acuerdo —dijo Richie—. ¿Tiene pudin de tapioca?

—¿Qué tal unas natillas o pudin de arroz?

Si las chuletas de cerdo empanadas y el licor de mora no lo hubieran calmado, se habría ofendido por aquella sugerencia estúpida de que los postres eran intercambiables.

—Olvídelo.

—¿Y café?

Pidió otro licor. Si tomaba cafeína ahora que ya pasaba de media tarde, estaría toda la noche sin poder dormir. La camarera de culo gordo sonrió cuando le trajo el vaso otra vez lleno. Esperaba que no se hubiera hecho una idea equivocada por la pregunta sobre el perro. Se bebió el licor de un solo trago y se secó los labios con la servilleta. Sacó la cartera y examinó su contenido. El permiso de conducir y las tarjetas de crédito iban a nombre de Randolph J. Pryor. El dinero en efectivo era más del que se esperaba: seiscientos dólares, casi todo en billetes de cien.

La camarera trajo la cuenta sin que él se lo pidiera. A Richie le gustó eso. Lo que no le hizo gracia fue su comentario: «Vuelva a vernos muy pronto». No miró, desde luego, pero esperaba que hubiera acompañado las palabras con un gesto de desprecio. Aprobaba la eficiencia, pero le repelían las confianzas por parte de los desconocidos. Muchos tenían la idea equivocada de que eso era cortesía. No lo era. Decidió pagar en efectivo, ya que disponía de dinero en cantidad, y dejó una propina del cincuenta por ciento, pues o la dejaba en exceso o bien no dejaba nada, ésa era su costumbre. Cuando dejaba demasiado, salía antes de que la recogieran, para no tener que soportar el agradecimiento de una gente tan inferior que recogía la basura en los platos sucios de los demás. Sin embargo, cuando no dejaba nada, siempre se quedaba y amilanaba al sirviente para que él o ella no creyera que había sido un descuido. Recibió algunas quejas; normalmente se daban cuenta de que iba en serio. Pero en algunas ocasiones, en la ciudad, por supuesto, había tenido que tomar represalias por la reacción negativa. La gente que actuaba como era debido no tenía nada que temer de él.

Antes de salir fue al servicio de caballeros y orinó otra vez. También era algo que solía hacer, pasarse todo el día sin orinar y luego hacerlo más de una vez en cuestión de una hora. Al salir del baño, uno que entraba chocó con él. El golpe fue tan violento que le sacó las gafas de la nariz. No obstante, fue Richie quien dijo «¡Vaya, lo siento!». Prefería asumir la responsabilidad que parecer una víctima de un hecho casual.

El otro, bastante borracho, aceptó la disculpa con un gruñido y entró tambaleándose en el servicio de caballeros. La gente que se permitía llegar a estar en esas condiciones era patética.

Al llegar a la calle decidió recorrer la manzana andando y mirar los comercios, todos los cuales estaban cerrados a esas horas en que el sol se ponía. Uno de ellos era una especie de tienda de productos textiles pasada de moda que servía a ambos sexos, ropa de dormir de mujer en un escaparate y camisas de trabajo azules y calcetines gordos en el otro. Más adelante había una fontanería, con una mesa en una habitación baja situada delante y luego una puerta abierta a través de la cual se veían estantes y cubos llenos de tuberías y accesorios. En la luna del escaparate había pintado un

número de urgencias. Richie había hecho un curso de fontanería cuando era adolescente en un centro de detención de menores y se suponía que al completarlo estaba calificado para empezar a trabajar como aprendiz, aunque entonces recordaba muy poco del oficio, salvo las armas toscas pero efectivas en las que podían transformarse las viejas tuberías de metal, que en la actualidad ya se habían reemplazado casi en su totalidad por las de plástico, que no servían para nada más que para conducir agua.

Al final de la manzana llegó a un parque de bomberos que tenía las puertas abiertas de par en par. Recordó haber oído, mientras se comía las chuletas de cerdo, un gemido o silbido que entonces supuso que habría sido una sirena. En una población como aquélla los bomberos serían todos voluntarios, cabezas de familia, hombres casados, padres, buena gente, nada que ver con la policía. Los polis eran la escoria de la Tierra. Se le revolvía el estómago cuando veía a uno incluso a distancia. Su problema venía en gran parte por la policía, y empezó cuando era muy joven. Un poli podía mirar a una multitud de mil personas y fijarse de inmediato en él. Si lo pensabas, ¿qué clase de persona se hacía policía? Alguien que quería negar algo a los demás. ¿Quién si no obtendría recompensa alguna haciendo este tipo de trabajo? Les pagaban muy poco, corrían toda clase de riesgos, estaban fuera a todas horas y casi nunca en casa con sus familias. Y casi toda la gente con la que se relacionaban eran otros policías, la misma clase de hombres moralmente inferiores que eran ellos, o delincuentes. Richie tenía una pobre opinión de los delincuentes, y había conocido a muchos. En una vida como la suya conocías a toda clase de gente, pero eso no significaba que tuviera que gustarte todo el mundo.

Regresó adonde tenía el coche aparcado, enfrente del bar restaurante, y un par de parroquianos salieron del interior y se pusieron a mirar el cielo distante.

—No veo nada —dijo uno de ellos, y se dio la vuelta y se dirigió a Richie—. Me llamó mi esposa y me dijo que en la salida once uno de los moteles está en llamas. ¿Usted sabe algo?

—No —respondió—. Acabo de comer aquí.

—Es cierto —terció el hombre de la cerveza, que la levantó en su dirección—. Le vi.

—Dice que está descontrolado —continuó explicando el primero, mirando detenidamente al cielo—. Lo oyó por la radio. Creo que se vería más humo si fuera tan grande como dicen. Pero usted lo podrá ver si va en esa dirección.

—No —replicó Richie—. Yo voy en esa otra —la señaló con el dedo.

—West Picket —dijo el hombre con suficiencia, moviendo la cabeza.

Estaba saliendo más gente por la puerta delantera. Richie se metió en el coche, condujo lentamente por la calle principal y luego se metió en un barrio residencial, donde aumentó un poco la velocidad para que no diera la impresión de estar

estudiando la zona para robar. El día se encontraba en ese estado de transición de la tarde a la noche. Había algunas ventanas iluminadas, otras no. Prudentemente, encendió los faros (después de haber encontrado el interruptor, que estaba situado en un lugar distinto en cada uno de los coches que había conducido; debería haber una ley al respecto). No quería que lo parara la policía por un asunto tan trivial. Era allí donde fallaban los delincuentes y el motivo por el que no podían ganar durante mucho tiempo: los detalles de poca importancia. En la ciudad se saltaban un torniquete del metro, los detenían por eso, y entonces descubrían que tenían una lista de órdenes de detención pendientes por delitos graves. O allí en el quinto pino, robarían una cerveza de una tienda o se saltarían el único semáforo de la ciudad y los pillaría la policía local, que encontraría un arma automática debajo del asiento y un kilo de droga en el maletero. A Richie lo habían declarado desequilibrado y le habían recetado litio, pero estaba claro que la gente que tenía verdaderos problemas estaba fuera y vagaban por todo el universo siendo increíblemente estúpidos y causando problemas a las buenas personas como John.

Ahora que la broma sobre ir a casa de John era un recuerdo lejano, Richie pensó seriamente en dirigirse allí. Había perdido el contacto con él mucho antes de ir al motel, había olvidado cuándo exactamente, pero recordaba no albergar ningún rencor. Y no le había preocupado perder el contacto con él del todo, porque sabía dónde vivía. Claro que no quería ir a su casa a la hora de cenar y molestar a su esposa, quien para empezar podría tener ciertos prejuicios sobre él, igual que los tenía esa putita pelirroja del coche: inmediatamente, sólo con verlo. Había cierta clase de mujeres que lo aborrecían nada más mirarlo. Otras, como la camarera gorda, podían ponerse cachondas sin tener que animarlas demasiado. Lo cual no era mejor, precisamente. Detestaba la inmoralidad. Esperaba que se le permitiera aclararle eso a la esposa de John cuando la conociera, porque de momento su marido parecía tener una idea equivocada sobre él. Richie estaba dispuesto a admitir que hasta cierto punto era culpa suya: probablemente le tomó demasiado el pelo, pero era divertido bromear a su costa. Siempre consigues que el otro reaccione, y eso era algo que a él le gustaba. Había mucha gente que andaba por ahí medio muerta. Para ellos la vida era un absoluto desperdicio. Si se les despertaba de su estupor, solían ser groseros. John, en cambio, representaba algo, tenía algo que defender, era un hombre de verdad.

De repente apareció en la calle una pelota roja dando botes seguida de un perro pequeño. Si hubiera estado conduciendo más rápido con toda seguridad habría matado al animal. Pero resultó que pisó el freno y evitó al perro, que siguió su camino despreocupado hacia el otro carril, donde agarró la pelota con los dientes.

Richie vio a una niña pequeña allí cerca en la acera. Le hizo señas para que se acercara a la ventanilla del acompañante.

—Deberías tener cuidado con los coches —le dijo—. Tu perro podría haberse



hecho daño y tú no querrías eso, ¿verdad?

De cerca, la cara de la niña resultaba un tanto borrosa al mirarla a través de las gafas prestadas.

—No —respondió ella—. Lo siento. —Tenía unas cuantas briznas de hierba seca enganchadas en su cabello oscuro. Probablemente fuera un poco marimacho y habría estado retozando por ahí con el perro.

—De todos modos ahora ya no deberías estar en la calle, se hace de noche —le dijo Richie—. Coge a tu perrito y enséñamelo. —La niña se inclinó para hacer lo que le dijo. El animal, una mezcla de caniche, seguía sujetando la pelota en la boca. Richie se deslizó por el asiento para poder alcanzar la ventana y acarició el morro oscuro del perro—. Buen chico —dijo, y se dirigió entonces a la niña—. Ahora llévatelo adentro.

—Lo haré. —La chica se dio media vuelta y se dirigió a una casa de aspecto magnífico con un porche de cuyo techo colgaba un columpio antiguo de unas cadenas. En una época más temprana del año, en pleno verano, era probable que la gente de la casa saliera a sentarse en el sofá-columpio por la noche, tal vez con unos vasos de limonada. Richie no tenía ninguna experiencia personal en aquel sentido, pero lo sabía muy bien por los anuncios de la televisión: unos abuelitos cariñosos acompañados por un crío pecoso como aquella niña y un perro. El mejor sistema imaginable. Se enojó al pensar en las muchas cosas que habían degenerado desde los viejos tiempos de la época dorada, y salió de aquel vecindario a bastante más velocidad de la que había empleado hasta entonces, porque ahora que había salvado la vida del perro, sabía que había adquirido inmunidad contra todos los problemas durante un tiempo. Así funcionaba. Pagabas tu parte o tenías que responder por ello. John estaría de acuerdo en eso.

Anochece rápidamente, e incluso con los faros encendidos veía demasiado poco en la oscuridad de la campiña, por lo que tendió a sumirse en un estado de desánimo. Si ya era malo ahora, imagina cómo sería en mitad del invierno, digamos una noche de finales de enero, cuando ya oscurece desde media tarde, el frío penetra en las entrañas, el aire frío duele desde la nariz a los pulmones, no hay nadie por las calles, todo el mundo está dentro de las casas cálidas e iluminadas de las que estás excluido, y tú estás solo, en un exilio permanente, desamparado; ellos, sin embargo, forman un círculo, protegidos por los seres queridos. ¿Acaso se le podía culpar por sentirse herido ante la flagrante injusticia que eso suponía?

Los efectos de la comida estaban disminuyendo y Richie empezó a tener pensamientos negativos. Mientras que los demás podían tomarle por un hombre de lo más resuelto, no siempre era tan seguro como aparentaba. Sabía que, fundamentalmente, siempre tenía razón, pero no evitaba volver a pensar en cuanto a los mejores medios para lograr los fines deseados. Con frecuencia era demasiado

blando; era consciente de ello. No debería haberse dejado convencer para no pegarle un tiro al policía frente al granero. No podía salir nada bueno de eso. En el futuro no tenía que permitir que John lo intimidara moralmente y le hiciera comprometer sus principios. Era imposible que un policía fuera otra cosa que un enemigo, y no podía tener ningún sentido no explotar sin piedad cualquier ventaja que tuviera sobre alguien que nunca desaprovecharía la oportunidad de jugarte una mala pasada cuando la suerte se invirtiera.

Mientras conducía de noche, por las carreteras oscuras como boca de lobo en las que la única luz era la de sus faros, Richie decidió que con el primer coche de policía que se encontrara a partir de entonces (cosa que probablemente no ocurriría hasta que llegara a la próxima ciudad, a menos que tuviera suerte), fingiría haberse perdido y pediría indicaciones, y cuando el policía empezara a hablar, le dispararía a bocajarro en la cara. Era esencial que el hombre viera lo que se le venía encima, aunque sólo fuera por una fracción de segundo. ¡*Blam!* En su último instante de vida sabe que lo han engañado, que ha hecho un pésimo trabajo, que ni siquiera pudo protegerse a sí mismo, que muere en desgracia y no con honor. Los hombres valientes deberían mearse en su tumba. No hace falta coraje para intimidar a la gente cuando llevas una pistola, una porra y esposas, y formas parte de un gran ejército nacional, pagado para interferir con cualquiera al que decidieras molestar. Para lo que hacía falta valentía era para llevar su estilo de vida: resistiendo solo contra todos los contendientes, sin ceder ni un centímetro..., salvo por amistad, claro está, y entonces estando dispuesto a llegar hasta donde hiciera falta.

Se alegró cuando por fin llegó a una calle interesante que albergaba más promesa de vida. Miró calle abajo y vio, a unos ochocientos metros de distancia, una zona de luz y movimiento. Condujo hasta allí y detuvo el coche en un aparcamiento de un centro comercial mediano con farmacia, licorería, supermercado, ropa femenina, y otras mercancías, a precios reducidos, todo abierto a esas horas, pero poco concurrido. Aunque en aquellos momentos no necesitaba dinero y tenía mejores cosas que hacer, se divirtió evaluando rápidamente algunas de aquellas tiendas en cuanto a su vulnerabilidad para el robo. En los supermercados, los altos cargos habían asignado cada vez más personal al mantenimiento de un servicio de vigilancia, bien directamente o mediante monitores de televisión, y algunos encargados de las licorerías guardaban pistolas bajo las cajas registradoras. Él no temía mantener un tiroteo cuerpo a cuerpo, pero odiaba la idea de que lo pillaran por sorpresa mientras se volvía hacia otro cliente. La tienda de pinturas podía ser un blanco más fácil, pero ¿quién podía saber lo bien que les había ido el día, cuánto había en la caja? La farmacia podría ofrecer mejores posibilidades. Seguro que había una mujer en la caja registradora. Normalmente, el dispensario de recetas estaba situado demasiado al fondo para que el farmacéutico, que de todos modos siempre estaba ocupado, pudiera

ver la entrada con claridad.

Richie estuvo mirando con atención por si veía algún coche patrulla, pues la policía siempre pasaba mucho tiempo en los centros comerciales, sobornados, naturalmente, pero antes de que pudiera divisar alguno vio una cabina de teléfono iluminada en una esquina, fuera del supermercado, y fue hacia allí y llamó a información (en esta ocasión lo llamó por otro nombre una voz femenina que de tan alegre resultaba irritante) para pedir el número de John Felton, dando la dirección que había guardado en su impecable memoria.

Utilizó la tarjeta de crédito telefónica de la cartera de Randolph J. Pryor. Al primer tono de llamada respondió una mujer con una voz totalmente diferente a la de la operadora. Era refinada aun cuando transmitía cierta preocupación.

—Espero no molestarla a la hora de comer —dijo—, pero tengo que tratar un asunto con John.

—Lo siento —respondió ella—, pero no sé dónde está. Lleva fuera todo el día. Estoy preocupada.

—¡No se preocupe! —dijo Richie—. Él está bien. Pasó el día conmigo. Acabo de comprarle una casa estupenda. Tiene la posibilidad de hacerse con una buena comisión.

—Dios mío. Al principio me enfurecí. Después, cuando habían pasado horas sin saber nada de él, me preocupé. Incluso iba a mirar las noticias por la televisión para ver si había ocurrido algún accidente, pero ¿sabe qué?, el televisor eligió ese preciso momento para dejar de funcionar... y las pilas de la radio pequeña están gastadas. —Soltó una risita—. Pero esto es magnífico.

Se había quejado demasiado: a Richie no le gustó eso. No obstante, se rió pomposamente.

—Bueno, señora, no corría ningún peligro estando conmigo. Soy un ejecutivo comercial. Me han trasladado aquí desde el sur.

—Vaya, eso es fenomenal. —Su excesiva emoción se debía sin duda al alivio que él pudo proporcionarle—. Estaba muy preocupada. Antes llamó un par de veces y no dijo más que disparates, lo cual no es propio de él, y al principio me enfurecí.

—Seguro que sólo estaba bromeando —comentó Richie—. Quería que fuera una sorpresa, y ahora lamento haberlo echado todo a perder. Sencillamente no lo he pensado. —Carraspeó para dar efecto—. Se trata de una venta bastante grande. John estaba muy emocionado.

—Debía de estarlo —repuso la mujer—. Normalmente no bromea mucho. Pero lleva un tiempo sin vender nada. Nos vendrá bien el dinero, la verdad.

—Hablando de dinero —empezó Richie—, es por eso por lo que he llamado. Esto..., señora Felton... ¿Es usted la señora Felton, no?

—Llámeme Joan, por favor.

—La cuestión es que imagino que John estaba tan emocionado que olvidó llevarse el cheque del depósito. Me di cuenta de ello después de marcharse. Me gustaría hacérselo llegar para que no hubiera posibilidad de que otra persona comprara la casa. Llamé a su despacho, pero ya han cerrado.

—¿Se encuentra cerca de aquí?

—Quizás a mitad de camino entre su casa y Hillsdale.

—De modo que John ha estado en Hillsdale —comentó Joan—. Es curioso, no sabía que Tesmir tuviera una lista de propiedades tan lejos... Si pudiera darme una dirección a la que John pudiera ir a recoger el cheque... Debería volver pronto a casa.

—Voy de camino a la ciudad.

—Bueno, pues ¿le importaría dejarlo aquí? Está de camino. Pero lamento muchísimo que tenga que molestarse.

—No es ningún problema —dijo Richie—. Se lo aseguro. —Fingió que necesitaba saber la dirección.

—Podría ser que John llegara a casa antes que usted. ¿Quién debo decir que...?

—Pryor —contestó Richie—. Randolph J. Pryor.

—Doble en el segundo semáforo de la calle Mayor. Esa es Bacon, y entonces...

Richie la interrumpió educadamente.

—Gracias, señora. Intentaré encontrarlo.

—Señor Pryor —dijo Joan—, si estuvo intentando llamar antes y comunicaba, fue porque mi hija de tres años descolgó el teléfono. A veces lo hace. Lo siento mucho.

—No tiene importancia —replicó Richie, y colgó antes de empezar a recelar demasiado de por qué ella no paraba de disculparse. A él le gustaba que las mujeres fueran modestas, pero no estaba del todo bien pedir perdón por daños que no se habían hecho, y él quería conservar la euforia provocada por la nueva idea, tan intensa que le hizo olvidar cuál había sido el plan anterior, que recordó vagamente cuando, de camino a la salida, pasó junto a un coche de policía aparcado cuyo conductor bebía de una taza y no pareció fijarse en él.

### III

La pesadilla, o al menos sus peores fases, había empezado a llegar a su fin, y con mucha más rapidez que con la que se había desarrollado. Primero tuvo lugar una disputa jurisdiccional entre las diversas fuerzas policiales, y aunque a John lo «ficharon» en la comisaría secundaria de la policía estatal, no tardaron en llevárselo, todavía esposado, a su propia población, de hecho una ciudad de tamaño medio, para la lectura del acta de acusación, y el placer que sintió al ir a casa, o a algún lugar más cercano a ella de lo que había estado en todo el día, una vez que empezó a reconocer los puntos de referencia por las ventanillas del coche, quedó empañado al instante por la humillación de regresar esposado. ¿Y si lo veía algún conocido? Él había mirado con desprecio a los delincuentes capturados que ocultaban sus rostros a las cámaras de televisión mientras los conducían a la cárcel, pero en aquel momento les agradeció el ejemplo.

—¿Puede esposarme por delante, por favor? —le pidió a Brocket—. ¿O a usted? Creo que tengo derecho a taparme la cara.

—Entiendo que esté avergonzado —dijo Brocket, que hizo caso omiso de su petición.

Pero de pronto las cosas empezaron a favorecer a John cuando llegaron al ayuntamiento, una de cuyas alas estaba ocupada por la jefatura de policía. Debajo del edificio había un aparcamiento para los vehículos oficiales. El agente Franklin, que seguía al volante, bajó por la rampa y se dirigió a una esquina del recinto subterráneo. No era necesario que John ocultara el rostro: sólo estaban presentes unos cuantos agentes locales.

En el ascensor, que recorría sólo un piso pero que era tan lento que en aquellas condiciones el viaje parecía eterno, uno de los polis locales murmuró algo al oído de Brocket.

—¿Sí? —preguntó éste con aparente incredulidad al tiempo que meneaba su gran cabeza, que volvió para mirar a Franklin con una ceja enarcada. Tenía a John agarrado por el codo derecho. Él seguía esposado con las manos a la espalda.

Nadie dijo ni una sola palabra más hasta que el grupo, que atrajo las miradas de unas cuantas personas que pasaban por el pasillo (ninguna de ellas periodista), entró en un gran despacho situado en un rincón y estuvo frente a un hombre de aspecto incongruentemente frágil vestido con un uniforme azul de botones dorados y una camisa blanca con el cuello demasiado grande.

—Hola, John —dijo, y le tendió la mano—. Soy el jefe de policía Marcovici. —Miró a Brocket con el ceño fruncido—. Quítele las esposas.

—Es nuestro prisionero, jefe.

El semblante de Marcovici se ensombreció aún más.

—¡Eso va a cambiar enseguida, agente! Para empezar, este hombre no debería haber sido detenido. Han respondido por él. Vino una mujer que también estaba prisionera. No solamente lo dejó limpio de toda posible sospecha, sino que además dice que es un héroe, por el amor de Dios. El fugitivo que buscamos ha sido identificado como Richard Harold Maranville. Acababan de soltarlo del psiquiátrico Barnes, esta misma mañana. Tardas un día entero en leer su historial.

Brocket meneaba su desmesurada cabeza.

—¿Y qué pasa con todos los supuestos testigos oculares?

—No sé cuánto tiempo lleva usted en las fuerzas de seguridad —dijo el jefe—, pero si es la mitad del que llevo yo, ya sabe lo cuestionables que son todos los testigos, y especialmente, diría yo, aquellos que afirman haberlo visto todo, sea lo que sea, aunque sólo se trate de una colisión.

Brocket se encogió de hombros y reconoció la verdad de aquel juicio. Le quitó las esposas a John.

—¿Qué se supone que teníamos que hacer? —le preguntó al jefe—. Nosotros recibimos la llamada.

Marcovici volvió a tenderle la mano a John, pero le habló a Brocket:

—Soy un buen amigo de su superintendente. Haremos esto de manera informal. Voy a decirle que usted y su compañero hicieron un buen trabajo.

—Se lo agradezco. Soy Brocket. Mi compañero se llama Franklin.

—Me deben una —comentó el jefe afablemente, y entonces se dirigió a John, estrechándole la mano que ya tenía un tanto entumecida—. Lamentamos mucho todo esto. La joven está al final del pasillo, y también trajeron al chico. Ahora ya se ha calmado y dice que usted es una buena persona. Dice que al principio lo malinterpretó. Las agradables señoras de su lugar de trabajo también dieron un informe sobre usted que debería hacerle sentir bien; lo tienen en gran estima. La señora Marcovici, mi esposa, conoce a Tess Masterson, de la asociación de mujeres empresarias. —Agarró a John por el hombro—. Todos estamos orgullosos de usted, John. Es uno de los nuestros. Y ahora, si no le importa, vaya al fondo del pasillo y dé a mis hombres toda la información que pueda sobre ese tal Maranville. —Retiró la mano—. Merece que se le reconozca mucho mérito por hacer lo que hizo con él. Tiene uno de los peores historiales que he visto en mi vida. Lleva entrando y saliendo de uno u otro establecimiento penitenciario desde que era adolescente. Últimamente ha estado aprovechándose de uno de esos fingidos tratos en Barnes por «comportamiento antisocial debido a un desorden de personalidad explosiva». Los tratan con medicación durante un tiempo y los dejan salir como si estuvieran curados. Ya ve lo que ocurre. Maranville está mucho peor que cuando entró. Ha asaltado a mucha gente en el pasado y ha cometido muchos robos, normalmente llevándose muy

poco dinero pero hiriendo a muchas personas, pero hasta hoy nunca había cometido un homicidio. Aunque no es que no lo hubiera intentado. Ha infligido cuchilladas muy graves a diversas víctimas, y en una ocasión golpeó a un hombre con un bate de béisbol de un modo tan salvaje que el pobre quedó mentalmente incapacitado. Es de la clase de tipos a los que habría que freír a tiros, pero no: volveremos a pasar por todo esto dentro de unos años cuando lo suelten una vez más.

—Disculpe, jefe —terció el agente Brocket—, vamos a necesitar algún documento por el traslado.

Marcovici no dijo nada, pero con un movimiento del dedo dirigió al agente a uno de los hombres uniformados que estaban allí esperando.

—Sin resentimientos. Es el trabajo —dijo Brocket al lado de John.

Este se sentía algo mareado. Asintió con la cabeza para responder al agente, a quien veía claramente en el sentido físico, pero que le resultaba borroso moralmente.

—Y ahora, si no le importa ir al fondo del pasillo con este agente —dijo Marcovici, señalando a otro hombre de uniforme—, podemos...

—¡Mi familia! —exclamó John—. Richie se dirigía a mi casa. ¿Han ido a ver cómo está mi familia?

—Deje que me informe de si hay novedades al respecto —dijo el jefe, que cogió el teléfono de su mesa y le dio a uno de los botones del panel.

—Iba conduciendo un coche patrulla de Smithtown —dijo John.

Marcovici hizo una mueca, agitó la mano y habló por teléfono. John ya había salido del todo de su estupor momentáneo y volvía a estar preocupado.

El jefe dijo rápidamente:

—¡De acuerdo, de acuerdo, en marcha! El hombre está preocupado y con razón. —Colgó el teléfono—. Por lo visto, llevan bastante rato intentando llamar por teléfono, pero la línea comunicaba y...

—¡Oh, por el amor de Dios! —gritó John—. ¿Es que no sirven para nada? ¿No envían un coche cuando hay un maníaco recorriendo las calles?

—Venga, tómeselo con calma, John —dijo Marcovici agitando un lápiz—. Deje que le tranquilice en una cosa. Encontraron el coche patrulla de Smithtown abandonado a una corta distancia de la autopista en la salida de Costerton. Eso está a casi cincuenta kilómetros de aquí, y no se ha informado del robo de ningún coche por esa zona. —El jefe sonrió—. En cualquier caso, a estas alturas es probable que uno de nuestros coches ya esté en su casa. Vive usted cerca del DeForest Park, según tengo entendido. Es una buena zona. A su familia no le va a pasar nada, se lo garantizo. ¿Cuántos hijos tiene?

—Dos —contestó John con impaciencia—. Mire, ¿no puedo ir primero allí a verles y volver luego?

—Tenemos que concretar todo esto, en serio —dijo el jefe Marcovici, que se

acercó a él y lo tomó del hombro, si bien con más suavidad de lo que lo había hecho Brocket—. Espero que no le importe, John. Sé que ha tenido un día muy malo, pero... —Con la mano libre señalaba a los agentes uniformados que quedaban.

Estos hombres rodearon a John como si fuera aún un prisionero y lo escoltaron inexorablemente por la puerta y a lo largo de un pasillo hasta llegar a una habitación llena de hombres en mangas de camisa, algunos de uniforme y otros no. En un rincón del fondo había un recinto dividido por un tabique y con una puerta de cristal esmerilado. Estaba cerrada y no tenía ningún letrero.

Uno de sus escoltas abrió la puerta y John vio a Sharon y a Tim por primera vez desde el episodio del granero. Ella lo pilló desprevenido con un grito de alegría y un abrazo que resultó bastante fuerte para una mujer de su tamaño.

Se separó de él, pero continuó sujetándolo con los brazos extendidos.

—¡Me alegro tanto de verte, John! ¡Por Dios, es estupendo! —Entonces volvió a abrazarlo.

Él perdió un poco el miedo que lo había obsesionado. Aquellos dos también eran su familia, y el afecto obviamente sincero de Sharon lo conmovió de verdad.

—Yo también me alegro de verte, Sharon. Me temía lo peor. —Sintió una repentina punzada de culpabilidad—. Lamento no haberlo podido hacer mejor.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó ella con fingida severidad—. ¿No te basta con habernos salvado la vida?

—No sé. —Meneó la cabeza con arrepentimiento—. Ojalá... —Siguió rozándola, pero tendió hacia Tim la mano derecha que tenía libre, y el chico se levantó de la silla y se la estrechó algo cohibido.

—¡Ahora todos estamos bien! —exclamó Sharon desahogándose repentinamente, y se echó a llorar. John volvió a estrecharla entre sus brazos y le dio un beso en la frente y en la mejilla justo antes de que las lágrimas rodaran por ella.

—Ojalá pudiera decir que fui tan valiente como cualquiera de vosotros dos —dijo John—. Cometí demasiados errores.

—Señor Felton —interrumpió una voz con impaciencia—. Soy el detective Lang. —Llevaba un bigote poblado y estaba sentado frente a una mesa situada en el centro de la habitación. Una placa dorada colgaba de una presilla del bolsillo superior de su cazadora de cheviot. Tenía un magnetófono cerca del antebrazo—. ¿Querría sentarse para que podamos tener toda la historia de lo ocurrido hoy? —Cuando John se acercó a la mesa, Lang se puso de pie y le estrechó la mano.

—Mire —dijo John—, puedo contárselo después. Primero quiero ver cómo están mi esposa y mis hijos. Llevan solos en casa todo el día y nadie se ha podido poner en contacto con ellos todavía. —No tenía intención de que la policía siguiera estorbándolo y empezó a caminar hacia la puerta.

Pero a sus espaldas, todavía de pie, Lang lo llamó:



—¡John, por favor! En cuanto nuestro coche llegue a su casa y compruebe que todo está bien, nos informarán. Por favor, tenemos que atrapar a este maleante y usted puede ser de mucha ayuda.

Aquello despertó la emoción adecuada, por supuesto. Ahora que Sharon lo elogiaba por su heroísmo inexistente, John creía más que nunca que había actuado con una ineptitud repugnante al tratar con Richie. Regresó a la mesa y se sentó en la silla que Sharon y Tim habían dejado vacía entre ellos. Ella se enjugaba los ojos con un pañuelo de papel.

John se volvió a mirar al chico.

—Supongo que ahora te das cuenta de que no era socio por voluntad propia de Richie. Pero fue una verdadera tontería por mi parte cortar la línea telefónica. No sé por qué lo hice. No estaba pensando, y fue una estupidez. Quiero que sepas que pagaré la reparación.

Tim lo consoló.

—En esos momentos tenías muchas cosas en la cabeza. Estabas sometido a mucha presión. Sharon me contó lo que habíais tenido que pasar durante todo el día.

John le preguntó a la chica:

—¿Estás bien? Una vez que salimos de la ciudad, ya no tuve ocasión de hablar contigo a solas. Durante un rato parecías estar un poco ajena a todo, pero luego volviste de golpe. —Tras haberlo dicho, se preguntó si debería haberlo hecho: Richie había afirmado que la joven tomaba drogas.

Resultó que Richie había estado en lo cierto, pero había errado en los motivos.

—Tengo un problema de salud para el cual tomo medicación. —Sonrió con alegría en la mirada, con los ojos embadurnados por el maquillaje que se había corrido—. No es una enfermedad mortal, pero es una pesadez, y empezó a darme la lata ahí arriba.

—Tú supiste desde el principio lo que él era —dijo John—. Eso es lo que me fastidia. Yo estaba en las nubes. De haberlo sabido, imagínate, quizá podría haber salvado a esa pobre chica de la gasolinera.

Sharon le agarró la mano que él tenía apoyada en la mesa.

—Y también puede ser que no, John. Tenía un cuchillo, ¿no es verdad?

Él meneó la cabeza gacha.

—Supongo que sí. Yo no lo vi. Pero no me amenazó en ningún momento, no me alzó la mano en todo el día. Ya lo viste. Se hizo esa idea de que era su amigo. Posiblemente hubiera podido hacer mucho más de lo que hice utilizando eso en su contra. ¡Pero no lo hice!

—John —intervino el detective Lang—. ¿Podemos seguir con esto de un modo más estructurado? Para empezar, cuénteme cómo conoció a ese tal Maranville y luego intente recordar todos los detalles que pueda sobre todo lo que sucedió después.

—Lang dirigió un gesto con la cabeza a Tim y luego a Sharon—. Y ustedes dos pueden intervenir cuando sea oportuno si recuerdan algo por su parte. Tengo ya sus declaraciones, pero podría ser que John mencionara algo que les refrescara la memoria, a cualquiera de los dos.

John volvió la mano para estrechar la de Sharon.

—¡Dios mío! ¿Cómo iba yo a saber que entraría en esa empresa de taxis y atacaría a esa mujer?

—¿Cómo ibas a saberlo? —preguntó ella—. Nadie te está culpando, John. ¡De modo que no sigas con eso! Piensa en lo que hiciste por Tim y por mí.

—John —terció Lang.

—Creo que os salvasteis vosotros solos —dijo John—, a pesar de mí. Eso es lo que pienso.

—John —insistió el detective, que movía los dedos sobre los botones del magnetófono—. Si es tan amable, por favor. —Empezó a hablar hacia el aparato y se identificó a sí mismo, y también a Sharon y a Tim—. Dígame, John, ¿cuándo se encontró por primera vez con Richard Harold Maranville el día de hoy? ¿Lo conocía con anterioridad?

John se movió en el asiento y soltó la mano de Sharon.

—¡Ya han tenido tiempo de sobra para llegar a mi casa e informar! ¿Por qué no me dicen nada?

Lang tocó un lado del aparato.

—Estoy seguro de que sabremos algo en cualquier momento. Le estamos dando prioridad. Quizás el agente sufrió algún retraso al dirigirse hacia allí. —Sostuvo la mirada de John con gesto inexpresivo, pero al cabo de un instante apagó el magnetófono y se puso de pie—. Deje que vaya a comprobarlo. Sé que está preocupado. —Cerró cuidadosamente la puerta de cristal al salir.

—Es lo mínimo que puede hacer —comentó Sharon con indignación—. Puedes demandarlos por falso arresto, ¿sabes?, y supongo que es muy consciente de ello.

—Fueron los agentes de la estatal los que me arrestaron —repuso John—. Imagino que no tuvieron alternativa. Por Dios, varias personas dijeron que fui yo quien cometió los crímenes. —Lamentó de inmediato haberlo dicho: probablemente Tim fuera uno de esos testigos. Se volvió a mirar al chico—. No lo digo por ti. Tú tenías un buen motivo.

Tim parecía estar aburrido, pero entonces mostró una sonrisa.

—La mayor tontería que hice fue no salir y coger la doce milímetros cuando la dejaste en el porche. Entonces podría haberle disparado a Richie cuando apareció.

—Y apuesto a que lo hubieras hecho. —John era sincero—. Al vivir en el campo probablemente sabes de armas. —Además de eso, el muchacho había demostrado ser resuelto.

—No hay mucho que saber de ellas —respondió Tim—. Simplemente apuntas a lo que quieres alcanzar y disparas. —Perdió su sonrisa y añadió con gravedad—: Bueno, sí que hay algo que aprender. Mi padre me enseñó lo que sé. Pero cuando se marchó, se llevó todas sus armas.

—Me estaba preguntando —sugirió John— que si me compraba una escopeta si tal vez tú podrías darme lecciones, ¿no? Estaría dispuesto a pagarte.

Tim se mostró entusiasmado.

—No tienes que pagarme. Podríamos practicar el tiro al plato si traes el lanzador y los platos de barro. La temporada de las aves no ha empezado todavía.

John recordó la edad del chico.

—Si a tu madre le parece bien.

—¿Sabes —dijo Sharon— que se negó a contarle nada a la policía a menos que le prometieran que no le dirían nada a su madre hasta que ella saliera de clase?

Tim se explicó:

—Estudia contabilidad en la escuela nocturna. Ya es bastante duro; es muy mayor para tener que volver a la escuela. Dejé una nota por si acaso no estoy de vuelta cuando ella regrese a casa.

—Eso sólo servirá para preocuparla más —lo reprendió Sharon—. ¿No te das cuenta?

John hizo el papel mediador del padre.

—Tal vez el chico regrese a tiempo. —Miró a Tim con una sonrisa—. Si no... — Pero en aquel momento regresó Lang.

El detective parecía estar sonriendo bajo su poblado bigote.

—John, le alegrará saber que en su casa todos están bien. El agente se acercó a la puerta y habló con su esposa. Ella y los niños están perfectamente.

John resopló y apretó la mano de Sharon.

—Además —añadió Lang, que recuperó su asiento enérgicamente—, quizá lo tranquilice saber que tenemos un coche camuflado en el vecindario hasta que detengamos a Maranville. No creemos que se dirija allí, pero en vista de lo que le dijo no vamos a correr ningún riesgo. Y bien, cuando terminemos aquí le llevaremos hasta su casa.

—De acuerdo —dijo John—. Acabemos con esto lo antes posible. Mi esposa ha estado sola todo el día. Ni siquiera he podido hablar con ella por teléfono desde hace horas.

—Le alegrará saber que hay alguien con ella en estos momentos —explicó Lang con suficiencia—. Alguien de su trabajo.

—Oh, estupendo. ¿Sabe quién es?

—El agente no me facilitó su nombre —respondió Lang al tiempo que manipulaba el aparato.

¿Podría ser Tess, o Miriam? Era todo un detalle por su parte. Hasta que no oyó al jefe Marcovici referirse a ellas como a esas «agradables señoras», John no había sido consciente de la supuesta buena opinión que tenían de él. Llevaba varios meses sin realizar ni una sola venta y Miriam, que era la que entregaba el dinero, no estaba muy deseosa de avanzarle más fondos últimamente. A ella le caía mejor que a Tess. Tess era la socia casada. Miriam se había divorciado hacía muchos años. En su opinión, poseía una personalidad más atractiva que la de Tess. Para John no representaba nada especial que sus superiores fueran del sexo femenino en lugar del masculino, a menos que fuera el hecho de que él prefería lo primero. Siempre se había llevado mejor con su madre que con su padre. Su padre había trabajado por un mísero salario casi durante treinta años en el departamento de nóminas de Industrias Bickford antes de morir repentinamente de un ataque al corazón. John nunca había llegado a satisfacerlo ni de lejos. No logró entrar en el equipo de fútbol de la universidad, no estudió derecho ni medicina, ni siquiera completó sus estudios.

Cuando salió de todo aquello que había consumido su día entero y puso en duda, de la forma más básica, qué era o qué no era él, John decidió tomar las riendas de su vida y examinar detenidamente las oportunidades que pudiera tener a su alcance. Aún era joven. No era imposible que volviera a la universidad y se sacara los créditos que fueran que lo separaban de la licenciatura. No debían ser demasiados; había dedicado tres años, más o menos. Probablemente tendría que hacerlo en horario nocturno, con lo cual le llevaría más tiempo que si pudiera dedicarse de lleno, pero ¿y qué? Mientras tanto quizás el mercado inmobiliario se recuperara. Podía vender casas si había compradores disponibles; lo había demostrado. Era especialmente bueno con las mujeres. Según su experiencia, las mujeres, al menos las casadas, todavía confiaban en los vendedores masculinos. Querían a alguien que demostrara una preocupación autoritaria por sus intereses, que hoy en día no se limitaban a la cocina, el cuarto de los niños y el lavadero. Podías y, de hecho, debías hablar con ellas sobre los asuntos de la electricidad, la calefacción y la fontanería. En cualquier caso, se sentían halagadas, aunque en realidad muchas de ellas poseían más conocimientos que sus maridos en estos campos (Joanie era mejor conductora que él, sabía más de automóviles), y en general era mucho menos probable que se mostraran competitivas en dichos temas con un agente varón, aun cuando, como ocurría en ocasiones, estuvieran mucho mejor versadas que él en las bombas de calor y en adecuar los circuitos a la reglamentación vigente.

Entonces le contó al detective Lang todos los detalles que pudo recordar de su día con y sin Richie. Irónicamente, se dio cuenta de que había actuado mejor estando en presencia de Richie que cuando se había marchado por su cuenta. El episodio de la granja, en el que había hecho un papel lamentable antes de que aparecieran Richie y Sharon, podría no haber tenido lugar si se hubiese quedado en el coche con ellos,

porque al dejarlos, al abandonar a Sharon, se había rendido a sentimientos de impaciencia egoísta. Sencillamente se había alejado de una situación de la que se había hartado. Eso había estado mal entonces y no mejoró visto en retrospectiva.

—Hice algunas estupideces debido al pánico —le dijo a Lang—. Creía que ese hombre iba a dispararme de verdad. Por eso le quité el arma.

—Se ha recuperado la escopeta —anunció Lang—. Maranville la dejó en el coche patrulla de Smithtown cuando lo abandonó.

—Pues fue un golpe de suerte —terció Tim con su voz entusiasta—. La culata estaba hecha por encargo. Tenía aspecto de valer una pasta.

—Ya lo creo —dijo el detective, que le guiñó un ojo al chico. Apagó el magnetófono—. Inglesa. El propietario la valoró en ocho de los grandes, aunque, entre usted y yo —entonces se estaba dirigiendo a John—, a veces la gente exagera para reclamar el seguro. ¿Ocho mil, nada menos?

—¡Hecha a mano! —exclamó Tim—. Pueden valer más que eso.

—No, a mí no; yo la conseguiría por menos —dijo Lang, y volvió a poner en marcha el aparato.

—Pues es un alivio —comentó John—. No tengo ocho mil dólares. No tengo ni ochocientos. —En otro momento se hubiera sentido avergonzado al confesar tal cosa ante un magnetófono, pero tenía la maravillosa y cálida sensación de que allí se encontraba entre amigos. Sus emociones se hallaban en un estado muy vulnerable, sin duda como consecuencia de su terrible experiencia con Richie, la cual parecía más espeluznante vista en retrospectiva que cuando estaba teniendo lugar. Además, sospechaba que todos los tópicos que tenían que ver con situaciones extremas son ciertos, y por lo tanto siguen siendo reveladores para los participantes.

—Tranquilo —dijo Lang—. Haverford no va a presentar cargos. Recuperará su escopeta.

—¿Se llama así? —preguntó John—. Ni siquiera lo sabía. Es probable que ni siquiera pudiera volver a encontrar su casa. —Miró al detective—. Es de locos. Nunca me había pasado nada parecido.

Lang volvió a apagar el magnetófono y dijo en tono comprensivo:

—John, ocurre lo mismo con mucha gente que conocemos en nuestro trabajo. Tenemos más ciudadanos responsables que tipos malos, ¿sabe? Y gracias a Dios, ¿eh? Usted lo hizo muy bien. Nadie espera que tenga experiencia en estas cosas. Porque ¿cómo podría tenerla a menos que fuera uno de esos villanos, verdad? —Y añadió, con evidente orgullo—: O un agente de la ley.

Sharon intervino:

—John nos sacó de más de una situación apurada. Ya se lo he contado, pero quiero dejarlo bien claro.

Él se apresuró a decir:

—Ya le hemos dado demasiada importancia a eso. Sólo espero que puedan atrapar a Richie pronto, antes de que haga más daño a otras personas.

—¡Me gustaría ver cómo lo matan! —gritó Sharon.

Lang torció el gesto.

—Puedo asegurarles que haremos todo lo posible para proteger sus derechos civiles, aun cuando las vidas de los agentes de policía corran peligro. Lo envolveremos en algodón y lo entregaremos para que puedan mandarlo de nuevo al psiquiátrico Barnes, para que vuelvan a tratarlo a expensas de los contribuyentes hasta que lo dejen salir otra vez.

Esta clase de escepticismo le resultó familiar por las series policíacas que había visto en la televisión, un escepticismo que en el pasado le había hartado. Tanto si era justificada como si no, la exasperación crónica era sencillamente aburrida, al menos en su existencia. Podría ser que ahora estuviera cambiando, pero no quiso insistir en el tema. Lo único que quería era irse a casa.

—En realidad, eso es todo lo que recuerdo —le dijo a Lang con un gesto de la cabeza dirigido al magnetófono—. Si se me ocurre algo más puedo llamarle, ¿no?

—Sólo un par de cosas más, si no le importa, John. —Lang procedió a preguntar lo que resultó ser toda una serie más de cuestiones, algunas de las cuales él creía haber respondido ya. Al final acabó hartándose y se levantó.

—Ya está. Me voy a casa.

—John, nos ha sido de mucha utilidad —dijo Lang—. Haré que un coche patrulla lo lleve a casa, y a usted también, Sharon. —Se puso de pie y miró al chico con una sonrisa—. Tim, Smithtown va a enviar a un agente a buscarte y tu madre vendrá con él.

—Sólo espero que no la hayan hecho salir de clase —repuso el chico con desaprobación.

Lang no respondió a eso. Le dijo a John:

—Hete aquí un muchacho que va a hacerlo todo bien en la vida, ¿no le parece?

John aún se sentía avergonzado con Tim.

—Quizá podríamos ir a la ciudad a ver un partido algún día —le dijo al chico—. O lo que sea que te guste hacer para divertirte. —Se sentía inepto. Él también había sido un muchacho, pero en aquel momento no logró recordar qué le había gustado a esa edad. Estaba cansado, y de eso había pasado mucho tiempo.

—Claro —contestó Tim, y entonces preguntó si tenía tiempo de echar un vistazo a la sala de comunicaciones antes de que llegara su madre.

—Adiós, Tim —le dijo Sharon alegremente cuando Lang se llevó al chico—. Mantente en contacto, ¿vale? —Se volvió hacia John—. No quiero causarte problemas en casa, de modo que no voy a decirte lo mismo. —No había tenido tiempo de retocarse el denso maquillaje, que entonces se veía muy deslucido, pero la

joven tenía unos ojos castaños muy bonitos.

—Te juzgué mal —admitió John—. Quiero que lo sepas.

Sharon mostró una breve expresión de disgusto.

—Sí —dijo—, acudí a ti después del accidente. Me dejé llevar por el pánico. No puedo ir a trabajar si no es en coche, ¿sabes?, y acababa de conseguir ese permiso de prácticas, que no es legal si no hay un conductor con licencia en el vehículo. Mi marido también se marchó, como el padre de Tim. No sé hacer nada más que servir cócteles, para lo cual no hace falta talento, al menos allí donde yo trabajo. Sólo piernas, y un culo que no quede demasiado mal en el diminuto conjunto que te dan como uniforme.

—¿Tienes hijos?

—No, y eso es bueno tal y como han ido las cosas hasta ahora.

De pronto John corrió el peligro de verse embargado por la emoción. Ya la quería como a una compañera leal en situaciones de peligro, tal como se dice que los policías quieren a sus compañeros, pero en aquel instante ese sentimiento se había convertido en pasión: la adoraba, y aún más si cabe por su aspecto, con su cabello rojo despeinado y la ropa tan conmovedoramente desastrada. Ahora que había recibido noticias tranquilizadoras sobre su esposa y su familia, con quienes estaba relacionado por obligación, tuvo el impulso de escaparse con Sharon. Parte de ello no era deseo, sino más bien una necesidad de compensar lo que, a pesar de sus aseveraciones en contra, él obstinadamente consideraba que eran sus fracasos como hombre.

—Me gustaría seguir en contacto —le dijo—. ¿Te importaría si paso un día por el bar...?

—Quédate en casa, John —repuso Sharon dándole unas palmaditas en el brazo con gesto maternal—. No hay nada mejor en el mundo. —Soltó un resoplido—. Soy una verdadera autoridad en la materia, porque yo nunca he tenido una casa... No te dije toda la verdad. Mi marido no se marchó. Está en la prisión federal. Intentó cruzar la frontera con una rueda de recambio llena de cocaína.

En su estado actual John no quedó tan impresionado por la información como sabía que Sharon se esperaba.

—Eso es un asunto privado tuyo —le dijo—. Eres una mujer maravillosa. No estaba insinuando nada ilícito. Sólo que de vez en cuando me gustaría saber cómo te va. —Era una mentira necesaria, porque lo cierto es que en aquel momento estaba profundamente enamorado de ella, de un modo que sospechaba que ella no encontraría de su agrado. Al igual que Richie, lo que ella aprobaba de él era el esposo, el padre, el cabeza de familia, el zángano, el que no corría riesgos porque no podía poner en peligro aquello y a aquellos de los que era responsable. ¡Qué armadura moral más conveniente lo envolvía!

Sharon sonrió lentamente.

—No, John. Es mejor que nos demos la mano y sigamos cada uno nuestro camino. Espero que ni siquiera nos encontremos en el juicio, porque tengo la esperanza de que esta vez la policía mate a ese cabrón.

John asintió con la cabeza, pero en aquel momento no quería pensar en el tema. Ellos dos habían sido compañeros. Seguro que eso significaba tanto para ella, si lo admitiera, como para él. Tim también formaba parte de ello. Podrían ir todos juntos a algún acontecimiento deportivo, como un equipo, lo cual neutralizaría todo indicio de incorrección.

En aquel instante regresó Lang, sin Tim.

—Muy bien, amigos. La gente del fiscal del distrito querrá hablar con los dos en cuanto atrapemos a Maranville, lo sé. Pero de momento vamos a llevarlos a ambos de vuelta a casa sanos y salvos.

—¿Ya ha llegado la madre de Tim? —preguntó John.

—Está de camino. Parecía una mujer muy agradable por teléfono. Hay buena gente por ahí. Mi esposa y yo hemos estado pensando en mudarnos cerca de allí. Aire fresco, y creo que los precios son mucho más bajos.

John se trasladó momentáneamente de vuelta a la normalidad profesional.

—Lo son, en efecto. El precio de las casas es por lo menos un quince o un veinte por ciento más bajo que aquí en la ciudad. Trabajo en una inmobiliaria.

Lang le sonrió desde su mayor estatura.

—Claro. ¿Cree que podría encontrarnos algo que pudiera permitirme con el sueldo de policía?

—Podría encontrarle algún agente inmobiliario en la zona de Smithtown. Todos pertenecemos a asociaciones.

—Aunque cualquier cosa por aquí sería incluso mejor —dijo Lang—. Si el precio está bien. Preferiría estar más cerca del trabajo si puede ser, y mi esposa enseña en la escuela primaria de Midvale Avenue.

—Me pondré a ello en cuanto regrese a la oficina —dijo John—. Nunca se sabe. De vez en cuando aparece una ganga. ¿Quizás algo por reformar?

—Considerando el coste —contestó Lang—, se agradecería. —Los condujo por un pasillo, bajaron por unas escaleras y luego cruzaron una puerta lateral hasta un coche de policía blanco y verde que esperaba junto al bordillo.

Sharon era la que tenía que recorrer una distancia más corta, de modo que John subió primero. Antes de cerrar la puerta, el detective Lang se asomó al interior.

—John, no se preocupe por Maranville. Mantendremos ese coche en el vecindario, no justo enfrente de su casa, porque podría verlo y largarse, pero estará cerca.

Por primera vez John pensó en la posibilidad de que la misma amenaza pudiera



aplicarse a Sharon y le preguntó:

—¿No quieres protección tú también? ¿Crees que sabe dónde vives?

—No. —Se despidió de Lang con la mano, y cuando éste se hubo marchado, le susurró al oído—: Tengo una pistola en casa. ¡Rezo para que aparezca por allí!

El agente uniformado que iba al volante se volvió a mirarlos y les habló a través de la barrera de malla de acero entre los asientos delanteros y traseros que distinguía aquel coche de los de la policía estatal. Se presentó como el guardia Cardone.

—Lamento lo de la separación. —Dio unos golpecitos a la barrera—. Ahora mismo es la única unidad disponible. Ya hemos tenido un montón de delitos, y la noche acaba de empezar.

Fue el hecho de que pronunciara la palabra, y no la oscuridad por la que caminaron desde el ayuntamiento iluminado al coche iluminado, lo que hizo que John fuera tardíamente consciente de que había anochecido.

—¿Qué hora es, agente?

—Las ocho y veinte. —El coche se alejó del bordillo.

John repitió la hora, incrédulo.

—¡Dios mío! ¡Quién lo hubiera dicho! —Y luego le preguntó a Sharon—: ¿Recuperaste tu coche?

—La policía lo retiene como prueba —contestó—. Pero dijeron que se encargarían de llevarme al trabajo mañana.

—¿Vas a volver a trabajar enseguida?

Las farolas que pasaban iluminaban su rostro de forma intermitente.

—Claro. Apuesto a que tú también lo harás. Necesito el dinero. ¿Tú no?

—Yo no cobro un sueldo fijo —explicó John—. Me pagan comisiones por las ventas. Últimamente ha sido tan difícil que estoy pensando en buscar otro trabajo más. Supongo que en una coctelería no quieren camareros, ¿verdad? —No lo preguntaba en serio, pero ella se lo tomó así.

—No en ese cuchitril. Quizás en algún buen bar de un hotel. No querrás rebajarte, John.

—Creo que tienes mucha sabiduría innata —le dijo él. Lo estaba diciendo muy en serio y le preocupaba que pudiera parecer condescendiente, de modo que añadió—: Lo que quiero decir es que creo que sabes mucho sobre cosas básicas. Ojalá yo fuera como tú en eso.

—Por ese motivo he tenido tanto éxito en la vida hasta ahora —replicó Sharon—. Por eso, cuando se trata de hombres, no solamente elijo a un perdedor, sino a toda una serie de ellos. —Se lo quedó mirando—. Yo no tengo nada que puedas envidiarme, John. Créeme. —Lo que vio por encima del hombro de él desvió su atención—. Ya hemos llegado —le dijo a Cardone—. Es allí mismo, junto a la toma para incendios. —Volvió a dirigirse a John con suavidad—. Siento mucho no tenerlo.

—Lo besó rápidamente en la mejilla, abrió la puerta y bajó del coche.

Mientras la observaba por la ventanilla trasera cuando el coche patrulla se alejó, John reconoció la zona: allí estaba la tienda de donuts y, al otro lado de la calle, la empresa de taxis sobre cuya puerta de cristal se extendía la cinta amarilla que la policía colocaba en el escenario de un crimen, y en aquel momento Cardone cruzaba la intersección en la que Sharon había golpeado de refilón el coche de Richie, o, mejor dicho, el coche que él había robado. Se preguntó si la policía sabía algo sobre esa parte del día de Richie: ¿el propietario de aquel vehículo habría sido asesinado también? Seguramente fue el permiso de conducir de esa persona el que Richie le había mostrado al agente. En cualquier caso, Sharon acababa de salir de casa cuando ocurrió el accidente, o bien acababa de llegar. Debía de vivir en un apartamento situado encima de alguno de los negocios del barrio. Entonces el coche tomó una curva y ella desapareció, por lo que John no supo dónde vivía.

Imaginó que podría encontrársela por casualidad si pasaba por allí en coche de forma persistente durante las próximas semanas, pero ¿por qué iba a hacer eso? Era un hombre casado y padre. Tenía todo lo que podía desear, y no había duda de que Sharon tenía razón en cuanto a sí misma. No obstante, se sintió como si tuviera el corazón destrozado.

—Esta parte de la ciudad está muy bien —comentó alegremente el agente Cardone, como si intuyera necesaria la distracción—. Usted debe de vivir cerca de DeForest. —Estaban subiendo por la ladera por la que John había bajado por la mañana en su viaje descabellado con Richie—. Imagino que es un buen sitio para los niños. ¿Es padre de familia?

—Es un lugar estupendo. La escuela primaria está a tan sólo unas manzanas de distancia. Pero los míos aún son demasiado pequeños.

—Yo tengo dos niñas y un chico —le contó Cardone—. La mayor se graduará en el instituto la próxima primavera. Quiere entrar en las Fuerzas Aéreas. ¿Qué le parece?

—Es allí —dijo John—. La casa blanca de la derecha.

La farola más próxima se hallaba justo al borde de la propiedad de John. Iluminaba el jardín delantero hasta los enebros que flanqueaban la gran ventana de múltiples cristales de la fachada, la cual se hallaba iluminada en aquellos momentos, pero, como siempre después de anochecer, Joanie había cerrado las persianas venecianas para que nadie pudiera observar desde el exterior sin que ellos se dieran cuenta. Era una práctica única en aquella manzana: podías ver perfectamente la planta baja de casi todas las casas de la calle. La primera vez que lo hizo, John se había preocupado por si los vecinos podían ofenderse ante la implicación obvia. Lo que la gente pensara de él y de los suyos siempre le había supuesto un motivo de preocupación, pero después del día que acababa de tener ya no le importaban tanto

las apariencias, pues lo cierto era que hasta no hacía mucho había llevado esposas por ser sospechoso de asesinato. Ni siquiera en aquel momento podía estar seguro de haber evitado de manera permanente toda responsabilidad legal. Debía llamar al único abogado que conocía, Carl Kilmartin, que llevaba los asuntos inmobiliarios para la agencia, y que les había hecho de procurador cuando compró la casa con Joanie. Quizá Carl podría recomendarle a un colega versado en derecho penal, y que además tuviera experiencia en derecho civil, pues era posible que debiera responder a las demandas que pudiera interponerle la mujer enferma en cuya vivienda habían irrumpido Richie y él; el terrateniente Haverford, quien quizá, tras consultarlo con su propio abogado, no cumpliera con su pronta promesa de no interponer ninguna demanda una vez que hubiera recuperado la escopeta; y por último Tim, cuya madre, que necesitaba dinero, podría ser menos tolerante que su hijo si un pleito, incluso en forma de amenaza, prometía ser una posible fuente de ingresos.

John se encontraba en una situación muy incierta, aun cuando había salido de aquella terrible experiencia físicamente ileso —por lo visto el daño en la rodilla había sido en gran parte mental—, y tenía el respeto de Sharon y de la policía de su ciudad. Su reputación no había quedado dañada. Tal vez hubiera mejorado, aunque eso aún estaba por ver. Probablemente fuera mejor que las autoridades, por lo que él sabía, no hubieran comunicado su nombre a los medios de comunicación. Así tendría tiempo para prepararse, y preparar a Joanie y a los niños, para la atención pública que inevitablemente recibirían en días venideros.

De repente se le ocurrió pensar que la historia de su día bien podría tener valor económico. ¿Resultaría sórdido aprovecharse del sufrimiento de los demás? Pero ¿acaso no merecía una compensación por su esfuerzo? Era una cuestión que tenía que discutir con Joanie, a quien no tardaría en ver por primera vez desde la mañana, tras una eternidad moral y emocional. Prácticamente era como si volviera a casa de la guerra.

—Bueno, tómeselo con calma —le dijo el agente Cardone cuando John se apeó del vehículo en la acera de delante de su casa.

Tal como Lang le había advertido, no vio ningún coche cercano que pudiera ser una unidad de vigilancia de incógnito de la policía, a menos que pudiera serlo el sedán gris plateado que había en su propia entrada. ¿De quién podía ser ese coche? Lang le había dicho que había «alguien de su trabajo» con Joanie, pero quizá fuera más bien una amiga suya. Tenía varias, dos de ellas antiguas compañeras de escuela que vivían en la zona. Y la esposa del primo de Joan en realidad era más que un familiar. Cualquiera de ellas podría ser la dueña de aquel coche, que parecía nuevo. John esperó que no se tratara de Renee Wilcox, quien estaba muy claro que siempre había tenido muy mal concepto de él. Renee había pasado por dos divorcios antes de cumplir los veinticinco, y su tercer matrimonio parecía estar yéndose a pique al cabo

de pocos días del intercambio de los votos, pero aparentemente persistía, aunque fuera en forma de enemistad mutua. En ningún caso podría considerársela una influencia positiva. Pero John nunca dijo una palabra en contra de ella. Joan se hubiese sentido herida.

Estando allí delante de la puerta de su casa se sintió casi tan vulnerable como cuando lo había arrestado la policía estatal. No llevaba llave y por lo tanto tendría que llamar al timbre. Debía de tener un aspecto horrible. Era algo más que una mera cuestión de ropa. De haber ido vestido de aquel modo para pasar un día haciendo tareas en casa, tal como había planeado, hubiera pertenecido a otra categoría de aspecto completamente distinta. En su mundo normal era respetable llevar las manchas de las honestas funciones del hogar: la papilla del bebé, el esmalte de látex semibrillante, el aceite para maquinaria. Temía especialmente que fuera Renee quien le abriera la puerta, pues podría ofrecerse voluntaria para hacerlo si Joan estaba ocupada con los niños. Le tenía antipatía a esa mujer, pero, si pudiera reconocer la verdad ante sí mismo, la encontraba físicamente deseable, una atracción que tal vez ella podía detectar y explotar a la vez que obviamente empeoraba la opinión que tenía de él.

John se preparó para hacer frente al regocijo despreciativo de aquella mujer. Pero no fue Renee quien abrió la puerta. Fue Richie, con una sonrisa afectuosa. Era él, sin duda alguna, aunque iba vestido con traje y corbata y llevaba gafas.

—Nos estábamos preguntando cuánto tardarías en aparecer —dijo Richie, que hizo pasar a John—. ¿Has tenido algún inconveniente?

John se dirigió al salón a toda prisa. Joan, inclinada hacia delante en su asiento del sofá, estaba sirviendo café de la cafetera de plata (el más valioso de sus regalos de boda, obsequio del tío Phil, naturalmente) en una de las tazas de porcelana fina, reliquia de la familia, con las que había contribuido la madre de John. La bandeja de plata bruñida que iba con el servicio contenía un azucarero y una jarrita para la leche también de plata. Todas las piezas relucían, aunque John sabía a ciencia cierta que todo había estado cubierto con una especie de capa de deslustre desde tiempos inmemoriales, allí en el estante del armario. Pero una transformación aún más extraordinaria había tenido lugar en la propia Joan. Llevaba el cabello reluciente recogido con el estilo elegante que normalmente utilizaba sólo para ciertas fiestas y celebraciones: la víspera de Año Nuevo, por ejemplo, una ocasión en la que iban a la casa que Renee, de soltera Wilcox, estuviera ocupando con el marido que fuera. Y el vestido color burdeos también era especial, así como las joyas de buen gusto: pendientes pequeños de perlas, el broche de oro de su madre. Llevaba sus mejores zapatos; quizá sólo fuera la segunda vez que se los ponía.

John creía no haberse recuperado todavía, pero en realidad alguna especie de mecanismo interior debió de haberlo dominado porque, aunque quiso hacer la

pregunta a gritos, oyó que le salía en voz baja:

—¿Dónde están los niños?

—Bueno, gracias por saludarme —repuso Joan en tono de reproche y enarcando sus cejas oscuras. Pero entonces sonrió ampliamente—. ¿Esto es lo que te hace la prosperidad? —Dejó la cafetera—. Los niños están en la cama, que es donde deben estar a estas horas. —Se levantó y extendió los brazos—. Ven aquí. —Miró más allá de él con una sonrisa y añadió—: Estoy segura de que al señor Pryor no le importará.

Aún en estado de choque, John fue hacia ella y se dejó abrazar y besar.

—Felicidades, chiqui —dijo Joan cuando se separó de él, utilizando el viejo mote con el que se llamaban el uno al otro desde hacía unos cuantos años, después de ver una película de época de la década de 1930 con una heroína que vestía de lacio satén, y un héroe con sombrero flexible de ala ancha que fumaba un cigarrillo tras otro.

—¿Los niños están bien?

Joan frunció el ceño.

—¡Sí! ¡Están en la cama! ¿Por qué lo preguntas todo el rato?

—Tuve que ayudar a arroparlos —terció Richie por detrás de John, que dio media vuelta rápidamente. Aquel loco sonreía con afectación—. Te envidio, John. Uno de cada, y los dos son un tesoro.

—En vista de la gran noticia, estoy descongelando el filete que estábamos reservando. Confío en que aún sea comestible. —Aparte de todo lo demás, Joan llevaba una buena cantidad de maquillaje en los ojos—. Convencí al señor Pryor para que se quedara a cenar. Está solo en la ciudad.

—Bueno, Joan —dijo Richie—, voy a tener que marcharme si no dejas de ser tan formal conmigo. Somos amigos, ¿no es cierto? Los amigos me llaman Randy.

John a duras penas pudo mover sus labios paralizados para preguntar:

—¿Qué buena noticia?

—¡Pues la de la venta, por supuesto! —Joanie mostraba una vivacidad completamente falsa por el bien de su invitado. Todo era artificial, desde la forma de su boca hasta la inclinación de la parte superior de su cuerpo. Dirigió una sonrisa de satisfacción a Richie—. A John le cuesta un poco. —Había un atisbo de enojo en la mirada que volvió de nuevo a su esposo—. Estoy segura de que a Randy le apetecerá una copa. De eso te encargas tú.

—Cualquier cosa estará bien —dijo Richie.

«Venta» era una palabra absolutamente sin sentido en aquel contexto. Richie se había convertido en Randy Pryor y ahora era íntimo de Joan. Llevaba traje, corbata azul y unas gafas de montura metálica. No había señales de ninguna arma. Por lo visto no había hecho daño a nadie, ni a Joan ni a los niños.

—Pareces aturdido por tu éxito —comentó su mujer con su nuevo estilo dicharachero—. Vamos, ponte en marcha, ¿quieres? Las cosas irán más deprisa en

cuanto se haya descongelado la carne. Randy me ha dicho que se descongelará más rápido si la pongo debajo del grifo. Creo que queda un poco de vino tinto, ¿no?

John se acercó al armario de debajo de la ventana que daba al jardín lateral. Sacó la jarra de tres litros que estaba llena en una cuarta parte aproximadamente. El líquido se agitó en su mano temblorosa. Cuando levantó la mirada, Joanie ya no estaba.

Richie sonrió al ver el vino. Aún tenía que dirigirle a John una mirada de complicidad.

—Eso estará fenomenal —comentó entonces.

Joan regresó de inmediato. Llevaba dos copas de vino en la mano.

Richie preguntó solícitamente:

—¿No tomas una copa con nosotros?

—Si bebo ahora, me marearé y no podré cocinar el filete. No aguanto mucho. Ya me tomaré un vaso con la cena.

—Estás muy delgada —dijo Richie—. Por eso te afecta. Hace falta ser más robusto para aguantar el alcohol.

—Mejor no mencionar a nadie —comentó Joan, quien dirigió una mirada pícaro hacia John y la apartó, tras lo cual se echó a reír tontamente.

—Oh, vamos —dijo Richie con jovialidad—, el bueno de John no tiene mucho exceso de peso, ¿verdad, colega? Imagino que estás más o menos bien para tu constitución.

John dejó la jarra en la mesa de centro y aceptó las copas que le daba su esposa. Llenó una y se la ofreció a Richie sin levantar la mirada.

—Muy bien —terció Joan—. Os dejaré con vuestros negocios. Calculo que la comida estará en la mesa en quince o veinte minutos; espero que eso os dé tiempo suficiente. Si no, tendréis que esperaros a después. Ya es bastante tarde. —John encontraba insoportable aquel persistente tono cantarín de su voz.

No dijo nada hasta que oyó el ruido de los cacharros en la cocina. Entonces preguntó con voz apagada:

—¿Qué venta?

Richie se había sentado en un sillón mullido. Estaba hundido en él, con las piernas separadas y extendidas, los zapatos apoyados en el borde de los tacones. Eran de cuero negro, tan nuevos que los márgenes de las suelas todavía tenían un color marrón claro.

—Voy a comprar una de tus casas. No me importa cuál. La que valga más dinero y cueste más de vender, tal vez. Lo que sea que te haga feliz, John.

—¿Vas a instalarte en esta ciudad?

—¿Por qué no? —repuso Richie con una amplia sonrisa.

—Vas a ir a la cárcel. —John hablaba con claridad, pero a un volumen lo bastante bajo como para que no se le oyera desde la cocina. Había decidido que Joanie no

debía saber la verdad sobre Richie hasta que se hubieran encargado de él de una vez por todas, y por supuesto no podían molestar a los niños bajo ningún concepto.

La jovialidad de Richie no se vio visiblemente afectada. Siguió sonriendo.

—No, John. Eso no va a pasar.

—Hoy mataste por lo menos a una persona y heriste a varias más —dijo John, y añadió, quizá ingenuamente—: ¿Cómo pudiste hacerlo?

Richie alzó las manos en un gesto que probablemente fuera una especie de encogimiento de hombros. Sus movimientos corporales habían cambiado al vestir el traje y sus expresiones faciales se habían visto alteradas por las gafas.

—Les has hecho caso a los polis.

—Hiciste todas esas cosas. ¿Por qué iban a mentir?

Richie le dirigió una mirada larga y compasiva.

—¿Que por qué iban a mentir? ¿Lo dices en serio?

—Te acababan de soltar del psiquiátrico Barnes.

Richie se tomó el vino de un solo sorbo.

—Me dieron un certificado de buena salud y salí por la puerta grande. —Se fue pasando la copa vacía de una mano a otra—. No me pasa nada, John. No me preguntes a mí y no preguntes a la policía, por el amor de Dios. Pregunta a los médicos. Si después de todas las pruebas que me han hecho y la terapia a la que me han sometido no lo saben, ¿quién iba a saberlo? ¿Tú, con todos mis respetos?

John volvió a llenarle la copa a Richie, pero no fue la ejecución automática de sus deberes como anfitrión ni mucho menos. Había retomado su anterior juego para ganar tiempo, aunque la última vez que lo había intentado en la granja no le había salido demasiado bien que digamos. No veía que Richie llevara armas, pero al menos en ese sentido había aprendido la lección: ese hombre siempre iba armado con algo, mientras que él nunca en la vida había llevado encima un arma de ningún tipo, salvo durante el breve período en que tomó prestada la escopeta de Haverford, a quien se la había arrebatado sólo para protegerse.

Volvió a dejar la jarra de vino sobre la mesa.

—No estoy diciendo que te crea en ningún caso.

Richie chasqueó los labios ruidosamente tras dar un sorbo a la segunda copa.

—Es muy valiente por tu parte admitirlo —señaló—. Por eso me tienes tan cautivado: eres un hombre. Tú no llevas pistola ni porra y no vistes de uniforme porque en cierto modo dudas de ti mismo.

—Mira —dijo John—, estoy dispuesto a tener en cuenta que has tenido problemas, una infancia desgraciada o lo que sea, pero...

—¡Vamos, John! —exclamó Richie alegremente—. No quiero tu compasión. —Bebió un poco más de vino y adoptó una expresión socarrona. Con las gafas y esa ropa podía haber pasado por alguien que trabajara en una mesa de una gran oficina

llena de gente con los mismos valores.

—Sí, tienes razón —reconoció John—. Era falso. No te compadezco en absoluto. No me importan los problemas que hayas tenido. No son por culpa mía.

Richie se rió.

—¡Bien por ti! Yo no he tenido problemas. Ciertas personas han afirmado haberlos tenido conmigo.

—Escucha —dijo John—. Quiero que pienses en esto. —Seguía estando de pie junto a la mesa de café—. Voy a llamar a la policía. Tienen un coche aquí por el barrio. Pueden llegar de inmediato. Parece que desde que llegaste a mi casa te has comportado como un ser humano civilizado. —Tomó aire—. ¿Por qué no seguir así? Lo que has hecho no puede deshacerse, pero al menos no lo empeores. Me imagino que lo único que harán será llevarte de vuelta a Barnes.

Richie había empezado a menear la cabeza.

—No, no puedo considerar nada parecido.

—¿Y qué vas a hacer? Voy a llamar a la policía.

—Ya se me ocurrirá algo —respondió Richie con despreocupación.

Llegó Joan.

—Discúlpanos un minuto, Randy, por favor. Ha surgido algo en la cocina. Si puedes prescindir de él.

Una vez en la cocina, Joan dijo:

—No quiero cocer demasiado este filete. De haber sabido cuándo volverías a casa, hubiera encendido el carbón fuera y tú hubieras podido continuar a partir de ahí. Pero ahora ya es demasiado tarde. —Hizo un gesto con la cabeza hacia los fogones—. No he parado ni un momento desde que Randy llamó. Incluso me las apañé para limpiar el juego de café y bañar a los niños, por no hablar de mí misma. Aun así...

—Joan —interrumpió John, en voz baja pero con tono apremiante—. Quiero que llames...

—Encárgate tú —dijo ella con una sonrisa burlona—. Así puedo echarte la culpa si se echa a perder el filete. Puedes asumir tú la responsabilidad. Eres tú el que ha ganado todo ese dinero. A propósito, ¿a cuánto ascenderá la comisión? ¿Y de qué casa se trata? —Acto seguido alzó las manos y gimió—: ¡Tengo que ocuparme del filete!

—Joan —le dijo John, que intentó agarrarla por el antebrazo, pero ella se dirigió a toda velocidad al fregadero para coger la carne chorreante del colador en el que se estaba descongelando.

—¿Estará bien? Sería un crimen cocinarlo demasiado. —Volvió a dejar el filete donde estaba y se secó las manos con un trapo de cocina—. ¿Dónde está tu delantal de las barbacoas? ¡No quiero echar a perder este vestido, por Dios!

John encontró su delantal en un cajón y lo desplegó para que Joan se lo pusiera.



Se lo había regalado ella y era una prenda a rayas estilo carnicero, no una de esas guasonas que se ven a veces. Le iba bien de largo, puesto que él sólo le sacaba unos dos centímetros de estatura. Melanie también era más alta de lo habitual en las niñas de su edad. Todavía era pronto para decir lo mismo del pequeño Phil. John tenía que protegerlos. No podía arriesgarse a que hubiera un tiroteo en su casa. Richie no iba a rendirse a la policía sin más.

—Está bien —dijo entonces Joan—. Me encargaré yo. Sólo necesitaba tu apoyo moral. Será mejor que regreses con tu invitado y lo tengas contento hasta que extienda el cheque, ¿eh? —Se acercó a John y lo besó—. Lo hiciste muy bien, pez gordo —dijo imitando a algún actor de una película del Oeste. Joan tenía talento como imitadora y lo había divertido de ese modo durante años. No había nada que ganar y sí mucho que perder si seguía intentando contarle lo de Richie.

—Casi se ha terminado el vino —le dijo en cambio—. Iré corriendo a Sherwood y traeré un par de botellas.

Joan lo apartó de sí olisqueando.

—¡Te vendría bien una ducha, chiqui! Y un afeitado y una camisa y unos pantalones limpios. Mientras tanto, llamaré a Sherwood y diré que nos lo traigan. ¿Un buen Borgoña, te parece? ¿Qué más? ¿Whisky? —Al tiempo que hacía estas preguntas lo iba empujando hacia la puerta—. Dejaré aparcado el filete e iré a hacerle compañía a Randy. Vendría muy bien que te dieras prisa.

John regresó al salón. Richie no estaba allí: ¡había ido a por los niños! Pero cuando ya corría hacia el cuarto de los niños, aquel desequilibrado salió del baño de invitados situado al inicio del pasillo, y estuvieron a punto de chocar. John se sorprendió disculpándose absurdamente.

De vuelta al salón le preguntó:

—¿Qué es toda esta historia de «Randy Pryor» que le has contado a mi esposa?

—Es un nombre que utilizo a veces, un nombre profesional, como una sociedad anónima, ya sabes. Lo único que le he dicho a Joanie es que tú y yo estamos haciendo negocios, lo cual es muy cierto.

—No la llames Joanie nunca más —dijo John.

—Tú mandas, chiqui.

John se mordió el labio. Se sentó en el sofá exactamente en el mismo sitio en el que había encontrado a Joan al llegar a casa. Ella se había olvidado de llevarse la cafetera y las tazas. Nunca la había visto tan excitada. Era cierto que, de haber estado esperando una comisión, sería la primera en mucho tiempo, pero quizás ella había olvidado lo que él le debía a Tesmir, una cantidad que habría que descontar del total. Era una trampa cruel.

John se puso de pie.

—Sal de aquí.

—¿Cómo dices? —Richie volvía a estar en el sillón, con las piernas separadas y extendidas.

—No puedes quedarte —dijo John—. Te buscan por una larga serie de delitos terribles. No voy a servirte la cena en mi casa.

Richie le dedicó su expresión más encantadora, o la que él probablemente pensaba que lo era, con la ceja izquierda ligeramente elevada sobre un ojo brillante.

—No fuiste tú quien me invitó. Dime, ¿no es cierto?

—No obstante, puedo echarte.

Richie hizo una reverencia, por así decirlo, mientras permanecía sentado. Entonces preguntó con mucha ironía:

—¿Por qué no consultas el asunto con la señora Felton?

—¿Crees que querría que estuvieras aquí si supiera lo que hiciste?

Richie tenía las manos extendidas.

—Bueno, John, pues contémosle todo lo que crees que sabes sobre mí.

Estaba poniéndolo en evidencia. ¿De qué podía servir que de repente se lo contaran a Joanie? Inevitablemente, su terror estorbaría cualquier cosa que John pudiera intentar contra Richie. Y en cuanto le hubieran destrozado la ilusión, así como una relación educada o incluso amigable, y Richie quedara desenmascarado, ¿no correrían ella y los niños un peligro aún mayor?

John tomó asiento otra vez.

—¿Te interesa hacer un trato?

—Así pues, ¿vas a venderme una casa?

—Hablo en serio. Lo que digo es algo así: te comes la cena y luego te marchas. Durante ese tiempo no voy a mover un dedo contra ti, y no voy a dar parte a la policía. Cenas y luego te marchas tranquilamente.

—Eso está muy bien.

—¿Aceptas?

Richie frunció el ceño con expresión pensativa.

—No sé por qué tendría que oponerme. No recibo muchas ofertas, ¿sabes? Hay mucha gente que está básicamente en mi contra. Sin razón. Echan un vistazo y odian lo que ven. Cuesta lidiar con ese tipo de prejuicios.

Tener que escuchar eso ya era demasiado. John dijo:

—Dentro de poco traerán más licor.

Richie alzó la copa con los dos centímetros o poco más de líquido rojo que había estado reservando desde que se había vaciado la jarra.

—Espero que no lo hayas pedido para mí. No soy bebedor.

—Esta tarde te bebiste una botella de vodka como si fuera agua.

Richie pareció sorprendido.

—Si tú lo dices.

—¿Es que no te acuerdas?

—Si me acordara de todo lo que bebo, no podría utilizar la cabeza para nada más. John sospechaba que podría haber encontrado algo.

—¿Recuerdas algo de lo que hiciste hoy?

—Lamento decepcionarte —respondió Richie, y devolvió la copa a la mesa de café—, pero en mi vida no hay mucho que valga la pena recordar de un día para otro. Te quedarías dormido si tuvieras que escucharlo.

Joan entró al salón. Sonrió a Richie.

—John tiene que ir a lavarse un momento. ¡No sabía que vender inmuebles fuera un trabajo en el que tuvieras que acabar tan desastrado!

—No tardaré ni un minuto —le dijo John a Richie de manera significativa, y se dirigió rápidamente al cuarto de baño, donde se quitó la camisa, se echó agua en las axilas y se puso desodorante. Se pasó la máquina de afeitar por la barbilla y los carrillos a toda prisa. Fue al dormitorio y cogió una camisa limpia. Con los faldones metidos en los viejos pantalones de trabajo el conjunto era incongruente y podría molestar a Joan. Por lo tanto, tuvo que tomarse aún más tiempo para ponerse otros pantalones y cambiar las viejas zapatillas deportivas por unos zapatos de cuero decentes.

Se le ocurrió que, a pesar del apremio, al menos debería echar un vistazo a los niños, a los que sobre todas las cosas quería proteger, pero justo al llegar al antiguo dormitorio de invitados que ellos llamaban el cuarto de los niños, oyó el timbre de la puerta.

Fue corriendo a la entrada, pero Richie ya había abierto y estaba aceptando la bolsa de botellas tintineantes de manos de un joven bajo que John vio con decepción que no era Wally, el hijo mayor de la familia propietaria de la licorería, sino que era nuevo.

—¿Wally está enfermo?

El repartidor entregó a John un albarán con el importe.

—Está de vacaciones. —El chico se frotó la nariz prominente con el dorso de la mano y miró más allá de los dos hombres hacia Joan, a quien saludó con la cabeza.

John vio una oportunidad de hacerle llegar una nota a la policía (en la que podía explicar la situación y descartar un asalto de un equipo de los SWAT) y dijo:

—Voy a buscar un bolígrafo para firmártela. —Lo único que le preocupaba era que el nuevo repartidor no supiera que, aunque la ley prohibía vender las bebidas alcohólicas a cuenta, Sherwood lo hacía habitualmente para la gente que conocían, aunque, como era el caso de John, no fueran clientes frecuentes.

Pero fue Richie quien frustró sus planes. Le pasó la bolsa a John con cierta brusquedad y sacó un puñado de billetes sueltos del bolsillo del pantalón.

—Déjeme ver la cuenta otra vez —dijo el repartidor, y se la arrebató bruscamente

a John.

—Aquí hay de sobra —replicó Richie, que le dio la vuelta y literalmente lo empujó por la puerta—. Quédate con el cambio.

—¡Eh! —exclamó el joven. Pareció una exclamación de alegre sorpresa, no una queja.

John dejó la bolsa de papel en la mesa de café. Joan lo miró con mala cara.

—No deberías dejar que pagara Randy. Es nuestro invitado.

—No aceptaré un no por respuesta —anunció Richie al tiempo que se frotaba las manos como si se las estuviera calentando—. No esperabais tenerme a cenar. Lo que es justo es justo.

Joan continuó con su protesta educada, cosa que deprimió a John. Sacó la bebida haciendo ruido para no tener que escuchar. De la bolsa salieron una botella de litro del *bourbon* más caro, una botella de vino tinto con nombre francés y una de vino blanco de Italia. No había mirado la cuenta, pero debían de haber sido por lo menos cincuenta dólares, mucho más de lo que hubiera estado dispuesto a pagar, aunque se hubiera realizado la venta imaginaria, teniendo en cuenta sus deudas.

—Entonces me voy —dijo Joan, y se levantó de un salto.

—Escucha —repuso Richie señalándola con un dedo que agitaba con fingido gesto admonitorio—. ¡Ahora no quiero que te tomes demasiadas molestias! Lo importante es la amistad, no la comida. —Agarró el *bourbon*, arrancó el material que sellaba el tapón con la uña del pulgar y se sirvió un vaso.

A juzgar por el sonido de su voz, Joanie se encontraba ya a mitad de camino de la cocina cuando les gritó:

—¿Necesitáis hielo?

—¡No, gracias! —John no se molestó en preguntar a su invitado.

—¿Joanie no tendrá una hermana por casualidad? —preguntó Richie con jovialidad, sentado de nuevo en el sillón, mientras se recostaba en él. Bebió un poco de whisky—. John, quiero darte las gracias por haberme acogido de esta manera. No hay mucha gente que lo hubiera hecho.

—Yo no te acogí —replicó John—. Tienes que marcharte de aquí, ¿lo entiendes?

Richie asintió con la cabeza y se sirvió más whisky.

—Estamos de acuerdo, y...

—No, no lo estamos. No somos amigos y no lo hemos sido nunca. Sólo te aguanto porque estoy preocupado por mi esposa y mis hijos. —Se dio cuenta de inmediato de que no debería haber dicho semejante estupidez.

Pero Richie preguntó, como con falsedad:

—¿Tienen algún problema? Deberías tratar de compartir tus preocupaciones. Para eso están los amigos.

John hizo un esfuerzo tremendo para soportarlo.

—Háblame de ti. ¿Por qué crees que siempre te metes en líos?

—Mi filosofía es que, si piensas que tengo algún problema, el peso de la prueba recae en ti, no en mí. Pero, bueno, hay quien no puede aceptarlo. —Richie enarcó sus cejas pálidas por encima de la montura de las gafas—. No tienen a nadie más que a sí mismos a quien culpar cuando las cosas les van en contra.

—Yo te he visto en acción, ¿recuerdas? —John no había vuelto a sentarse—. Deberías darte cuenta de que van a pasar cosas malas mientras estés fuera en el mundo. Estás mejor en el hospital. No perteneces al exterior. No puedes controlarte.

—Vamos, John. No puede ser que te creas eso. Si no, ¿por qué iba a estar de invitado en tu casa en este mismo instante? Si soy tan horrible, ¿cómo es que Joan insistió en que sostuviera al bebé? ¿Cómo es que tu hija pequeña se subió a mi regazo y me abrazó y quiso que fuera yo quien la metiera en la cama? Por Dios todopoderoso, John, nunca vi un perro que no viniera directo hacia mí y me pusiera el hocico en la mano. En Barnes tenían algunos pacientes que no hablaban ni una sola palabra con nadie excepto conmigo, tipos que se pasaban el día mirando a la pared y que mojaban los pantalones porque preferían quedarse sentados donde estaban antes que dejar su sitio. ¡Ellos hacen lo que yo digo! Si les digo que vayan al baño, lo hacen.

—¿Se te permite rondar por allí?

—Ya no te atan a la pared para azotarte —contestó Richie riendo—. Aunque he visto a algunos a quienes puede que les viniera bien. En Barnes tienen a varias mujeres que son realmente desagradables, con la boca más sucia que una cloaca. No puedo soportar a una zorra mal hablada.

—¿Es eso lo que ocurrió esta mañana con la empleada de la gasolinera? ¿Te soltó alguna palabrota? —John quería saber, aunque cuando al mismo tiempo le resultaba increíble que estuviera interrogando educadamente a un asesino que, tal como había señalado el propio criminal, era un invitado. No podía soportar pensar en Richie arrullando a los niños, porque si lo hacía podría ser que odiara a Joanie, lo cual no estaría bien, porque ¿cómo podía ella reconocer a simple vista a Richie por lo que era? A John le había parecido inofensivo cuando llevaba la camiseta y la gorra. Vestido con traje, corbata y gafas no solamente parecía respetable, sino que además era la encarnación de todo lo que parecía razonable.

Sonó el teléfono. A Joanie no le gustaba la idea de tener un teléfono en el salón, pero cedió porque él insistía en que si quería realizar ciertas ventas tenía que estar siempre a no más de dos timbrazos de un aparato. Por extraño que pueda parecer a los que carezcan de experiencia comercial, había personas a las que las cosas más insignificantes disuadían de actuar de cierto modo, sobre todo cuando el gasto previsto era de seis cifras.

El teléfono estaba colocado de manera que no estorbara detrás de la lámpara

grande de cerámica de la mesa que había a un extremo del sofá, donde en realidad al menos resultó conveniente para las largas conversaciones que Joanie mantenía con parientes y amigos, pero también para John, quien a menudo, si se trataba de un asunto de trabajo, le pedía al cliente que esperara hasta que llegaba a la pequeña oficina casera que había montado en un rincón del dormitorio, de nuevo ante las quejas de Joanie.

Tal vez debería haber agradecido una llamada en aquel momento, pero la temía.

—¿John? Hola. Soy Lang. El detective, ¿recuerda? ¿Cómo le va?

—Claro.

—Sólo quería ponerme en contacto con usted. Nuestros muchachos informan de que todo está tranquilo por el vecindario. En mi opinión, Maranville está muy lejos de aquí. Tomando distancia, como decimos nosotros. Puede que esté loco, pero por regla general estas personas saben cómo evitar a la policía. No siempre van adonde tú te esperas cuando huyen. Pueden llegar a ser muy astutos. Pero no durará. No tardará en hacer algo estúpido y lo pillaremos. Así pues...

—Gracias —dijo John. Sabía que probablemente debía decir algo que pudiera darle una pista a Lang, pero tenía la mente demasiado cansada para inventarse algo, y lo último que quería era propiciar un asalto de la policía a su casa.

—Asegure bien la casa, cierre las ventanas y las puertas con llave si no lo están ya. Hará que se sienta más seguro. Pero no vamos a olvidarnos de usted. El jefe quiere que sepa que considera esto como un asunto personal.

—Cómo no. —John dejó el teléfono detrás de la lámpara. No había mirado a Richie durante su conversación con Lang, pero tenía la sensación de que él no había mostrado mucho interés, de que podría haber dicho cualquier cosa sin ponerse en peligro. No obstante, explicó—: Negocios.

Richie asintió con la cabeza y bebió de su vaso.

—Que no han ido muy bien últimamente.

—¿Te lo ha dicho mi mujer? —John estaba furioso.

—Me lo dijiste *tú*, esta tarde —contestó Richie. Su expresión era benigna—. Lo que Joanie me contó es lo estupendo que eres.

John se lo quedó mirando.

—Todos te tenemos en mucha estima, hombre. Tienes un montón de apoyo. Eres un ganador.

—Vete al infierno.

Richie se sintió herido.

—¿A qué viene eso?

—No te olvides de que tenemos un trato. Cenas y luego te vas.

John tenía una gran necesidad de ir a ver a los niños, a los que no había visto desde por la mañana. Aquello suponía una preocupación para él más que para ellos.

Ellos estaban durmiendo y, si lo conseguía, seguirían sin enterarse hasta que fueran adultos, en tanto que a él le vendría muy bien exponerse a su inocencia.

Pero en aquel momento llegó Joan.

—Muy bien, caballeros: la cena está servida. —Intercambió una expresión radiante con Richie y los condujo al comedor, donde la mesa estaba puesta con la mejor porcelana de los Felton, los platos con ribete dorado, y el mantel y las servilletas reservadas para los invitados.

—Mientras os tomáis la sopa, yo haré el filete, si me perdonáis. —Joan dirigió el comentario al invitado—. Es la única forma que tengo de asegurarme de que no se hace demasiado.

Richie permanecía a cierta distancia, inseguro.

—Por favor. —Joan le indicó una silla.

—¡Justo en medio! —exclamó Richie, que extendió una mano hacia cada extremo de la mesa—. Me estás mimando demasiado.

—Espera a probar la comida. Podría ser que cambiaras de parecer. Siéntate y empieza, por favor.

—¡Vamos, no te preocupes por mí!

John se sintió como si fuera él el intruso. Como tal, tomó asiento mientras el invitado seguía de pie. La sopa humeaba en el cuenco frente a él. Se veía a las claras que era la de pollo con fideos enlatada, la favorita de Melanie, a quien le había enseñado a sorber ruidosamente las hebras de pasta al tiempo que bizqueaba. Esto no se había ganado el aplauso de su madre.

Joan apareció en la puerta de la cocina.

—El vino, John, el vino.

De modo que tuvo que levantarse, ir a por las botellas al salón y buscar el sacacorchos entre el revoltijo que llenaba el cajón del aparador. Cuando terminó de abrir la botella de vino tinto, Joanie ya había regresado con un cuenco lleno de ensalada.

—Vamos a empezar con el blanco —le dijo en tono de reproche.

—Es culpa mía —terció Richie, y se encogió ligeramente de hombros con gesto contrito—. Antes estaba bebiendo tinto. No sé nada de vinos.

John los miró desoladamente a ambos, las estrellas de aquella grotesca escena, abrió el vino blanco con sumisión y le sirvió una copa a Richie. Joan se fue a la cocina. Richie empezó a tomar la sopa con una elegante cuchara.

John no había comido nada desde los cereales del desayuno, pero en aquel momento era indudable que no tenía apetito. Con el traje y la corbata, y especialmente con las gafas, Richie tenía un aspecto muy refinado, y sus rasgos podrían incluso calificarse de patricios, en la medida en que John comprendía el término que parecía aplicarse principalmente a la nariz, alargada pero estrecha y sin

poros, y ojos más bien pequeños. ¿Adonde había ido para afeitarse y adquirir la ropa? ¿Y el automóvil aparcado fuera?

—Estoy seguro de que el coche es robado —dijo John moderando la voz para que ésta no traspasara la puerta de la cocina, donde, de todas formas, Joanie estaba haciendo bastante estrépito—. ¿Se lo robaste a alguien, le quitaste el coche y el dinero y te compraste la ropa, tal vez? ¿O también la robaste? Pero lo de las gafas no lo entiendo.

—Me gusta la sensación de llevarlas puestas. —Richie llevó una mano a cada patilla y las meneó—. Pero ojalá pudiera ver mejor con ellas. No me resultó fácil conducir con ellas puestas.

—¿No son de tu graduación? —John se dijo que nadie robaba las gafas de otra persona. En esta situación no tenía ganas de hacer de camarero, su acostumbrado papel conyugal cuando su esposa cocinaba, pero alguien tenía que hacerlo y no soportaría que Richie se ofreciera voluntario.

Pero cuando se puso de pie con el cuenco en la mano, Richie alargó la suya y dijo:

—Si no vas a comerte eso... —John dejó que lo intercambiara por el cuenco vacío. ¿Por qué no?

Joanie entró con una fuente cubierta con una servilleta y un platillo estrecho que contenía una barra de mantequilla dura y nueva en vez de la rutinaria tarrina de margarina fácil de untar. No sabía que hubiera mantequilla en casa; debía de estar congelada.

Richie la reprendió afectuosamente:

—¿Panecillos calientes? No tendrías que haberlo hecho, Joanie.

Ella dejó la fuente y paseó la mirada de John al cuenco vacío que tenía frente a él.

—Tienes hambre, ¿eh? Pero no puedes repetir. Tienes que dejar sitio para lo que viene luego.

Le estaba hablando como si fuera uno de los niños. Al mismo tiempo, John se conmovió al darse cuenta de que, por muy válido que pudiera ser el otro motivo de Joan para no servirse sopa, el hecho era que los dos platos habrían terminado con la última lata. Lo cual significaba que su invitado homicida se la había tomado entera.

Richie mordisqueó un panecillo con delicadeza hasta que Joan regresó a la cocina, en cuyo punto devoró el resto de un bocado y cogió otro. En tanto que atacaba la mantequilla, que de tan dura que estaba todavía tendía a fragmentarse contra la hoja roma, dijo:

—Estoy muerto de hambre. ¡Menudo día he tenido!

—Ya lo sé. Yo estaba contigo —comentó John en voz baja, aunque tenía la impresión de que de haber gritado Joanie no lo hubiese oído—. Sharon, Tim y yo se lo hemos contado todo a la policía.



Richie se sirvió más vino blanco.

—Es la mejor comida que he probado en mucho tiempo. En Barnes te alimentan como a un perro. —Engulló el resto de la sopa y se zampó un tercer panecillo. Soltó un gruñido de placer al tiempo que cogía un cuarto—. Si me quedara aquí mucho tiempo, acabaría pesando lo mismo que tú, John.

—Pero no te quedarás aquí después de cenar —dijo éste.

—¡Casi me olvido de traerlos! —Era Joanie, que traía los cuchillos para la carne con el mango de madera—. Puede que tengas que afilarlos, John. Están bastante romos.

—Joanie —dijo Richie—, no puedo mantener las manos alejadas de estos panecillos.

Ella pareció genuinamente complacida, pero en realidad a Joan no le gustaba cocinar, y por norma general le molestaba cualquier atención especial prestada a una comida que hubiera hecho ella, con la idea de que de ese modo se la estaba identificando como a una ama de casa y nada más.

Por lo tanto, fue una especie de protesta cuando John dijo:

—Tuvimos los niños antes de que Joan pudiera seguir estudiando para sacarse el máster. Pero quiere volver a estudiar en cuanto el bebé sea un poco mayor.

Ella no hizo ningún comentario.

—¿Te importaría traer las verduras, John? Ahora tengo que concentrarme en el filete.

Encontró el cuenco lleno de guisantes y zanahorias en la encimera, al lado del microondas cuyo timbre sonó al acercarse. Abrió la puerta y sacó los buñuelos de patata calientes. Pero Joanie, regresando a la cocina, le impidió que los sacara en el recipiente de plástico. Ya tenía un plato preparado.

—¿Has afilado los cuchillos de la carne?

—¿En qué momento? —le preguntó John con brusquedad—. Lo mencionaste y luego dijiste que viniera a por las verduras.

—¿Va todo bien? —Joanie lo miró con atención.

Su respuesta fue directa:

—¡Pues claro que sí!

—Es que parece que deberías estar de mejor humor.

—Estoy de buen humor —dijo él—. Lo que pasa es que he tenido un día muy largo.

—Has tenido una especie de día de locos, si quieres que te lo diga. —Lo dijo con evidente afecto, con una mano en la parte baja de la espalda de John—. Te marchas sin despedirte y luego todas esas llamadas disparatadas... ¿De qué iba todo aquello? La última ni siquiera la entendí. Supongo que bromeabas, ¿eh?

—Siento haber intentado hacer el payaso —repuso John—. Me doy cuenta de que

no tengo mucho talento en ese sentido.

Ella lo empujó hacia la puerta.

—Llévate esto antes de que se enfríe, ¿quieres, por favor?

En el comedor, Richie preguntó:

—Así pues, no eres el jefe en la familia.

John cogió uno de los cuchillos de la carne y probó el filo con la yema del pulgar: era consciente de que era una tontería hacerlo así, y de vez en cuando se cortaba, pero continuaba haciéndolo.

Richie se dio cuenta de lo que hacía.

—Esta es la única manera de probarlo. —Apretó su cuchillo contra el mantel y le hizo un corte largo.

Al cabo de un instante John cayó en la cuenta de que Richie había utilizado el dorso de la hoja y que no había dañado la tela. Pero mientras observaba lo que el otro hacía, él se había cortado el pulgar sin darse cuenta y estaba sangrando. Richie, que seguía sonriendo por su truco, tal como se podía esperar, aún no había visto la herida. John se dio media vuelta rápidamente y volvió a la cocina, donde Joanie estaba metiendo el filete dentro de la cazuela cubierta de papel de aluminio, en la parrilla de la parte inferior del horno.

—Me he cortado —le dijo en tono autocompasivo dirigiéndose a su espalda inclinada—. Los cuchillos están muy afilados.

—Hay tiritas en el cajón. Te daré una.

John no necesitaba de sus atenciones. Sabía exactamente dónde guardaban la caja (tenían varias, todas a mano en varios lugares de la casa, por si Melanie se hacía alguna herida leve en sus contratiempos diarios), y cogió una de las tiritas más finas de la selección que se le ofrecía. Mientras tanto, la profusión de sangre del corte del pulgar era, como siempre, notable. Vio que había dejado un rastro de manchas en el suelo. Después de limpiarse la herida con una toallita de papel húmeda, se agachó y limpió las baldosas de vinilo.

Cuando regresó al comedor, la botella de vino blanco estaba vacía y sólo quedaba un buñuelo de patata en la fuente. Sin embargo, los guisantes y las zanahorias parecían estar intactos.

Richie puso ambas manos planas sobre la mesa y tamborileó con ellas un momento.

—Puede que no me corresponda preguntar esto, John, pero ¿por qué sigues trabajando como agente inmobiliario? No has ganado mucho dinero con ello. Además, hoy en día es un trabajo principalmente de mujeres, ¿no es verdad?

Ejercer al máximo su autocontrol fue el único modo por el que John logró no estallar al oír la pregunta, que ya le habían formulado antes, aunque quizá no con tanta candidez, algunos de sus parientes políticos y, por supuesto, su propio padre

poco antes de morir.

Richie siguió hablando:

—Es que podrían irte mucho mejor las cosas.

John no pudo evitar responder:

—¿Delinquiendo? ¿Matando gente, hiriendo a otras personas? ¿Robando sus propiedades?

—Pues resulta que podrías hacer mucho bien en el mundo, y además sacarte un dinero con eso. Eres un sanador nato, John. Has hecho más por mí en un par de horas que todos los matasanos en años.

John no podría haberse explicado por qué dio una respuesta sincera.

—Mi padre quería que fuera médico. Él nunca tuvo la menor idea de cuáles eran mis aptitudes, si es que las tenía. Sólo quería que fuera médico porque eso impresiona y además es lucrativo. No quería que fuera como él, que trabajó en la misma oficina de la misma empresa toda la vida. Pues bien, esto último era muy fácil de llevar. Pero para ser médico tienes que empezar con los estudios premédicos: ni siquiera conseguí aprobar el primer curso de química.

Richie frunció el ceño.

—Estoy hablando de tus aptitudes innatas, no de las mentiras que te enseñan en la facultad de Medicina. Perderías el tiempo haciendo cursos.

El comentario sirvió para recordarle a John, una vez más, que seguramente era una pérdida de tiempo hablar con sinceridad de cualquier cosa con un loco. En aquellos momentos percibió el olor de la carne en la parrilla. Era nauseabundo.

Richie continuó hablando, inclinado sobre su plato vacío.

—Tú brindas la verdad.

—Entonces, ¿por qué no me haces caso? —dijo John con renuencia—. Entrégate.

Richie parecía estar considerándolo. Sin embargo, al cabo de un momento repuso:

—Una cosa sí es cierta: es una pérdida de tiempo para todas las partes interesadas que yo esté en Barnes.

—Pero cuando estás allí la gente no sufre ningún daño.

Las comisuras de los labios finos de Richie se elevaron, pero John no podría haber dicho si era una muestra de buen humor o no.

—Yo no lo diría así.

—¿Por el amor de Dios! ¿Mataste a alguien allí dentro?

—Tuve un problema en una ocasión —contestó Richie mirando fijamente a John—. Fue en defensa propia.

—¿Y aun así te soltaron?

Richie alzó las manos.

—La idea fue de ellos, no mía. Yo tengo muy mala opinión de ellos, si quieres que te diga.

—¿De los médicos?

—Si lo piensas —dijo Richie—, todos somos humanos. ¿Dónde aprenden algunos a creerse mejores que los demás?

—Claro —contestó John.

Joanie llegó con el filete que en otro momento hubiera sido la idea que John tenía de una comida espectacular (provenía del suministrador privado del tío Phil, que ofrecía una carne de ternera muy exquisita y muy cara), pero que entonces veía como desagradablemente grande y grueso, y rezumando un fluido rosado. Estaba en una bandeja que Joan sostenía apartada del cuerpo porque se había despojado del delantal.

—¡Caramba! —exclamó Richie cuando ella depositó el plato sobre un salvamanteles de plata situado entre él y John.

Este no se sintió con fuerzas suficientes para ir a buscar el cuchillo de trinchar adecuado. Antes de que Joan pudiera objetar alguna cosa, cortó un pedazo de carne con el cuchillo de mesa (el cual, si bien había estado lo bastante afilado como para cortarle la piel del pulgar, no lo estaba lo suficiente para este otro trabajo) y se lo puso en el plato a Richie.

Joan trajo los candelabros del aparador, encontró las cerillas en un cajón y encendió las dos velas, que estaban sin usar. De haber estado cenando solos, hubiera apagado el aplique del techo, una modesta araña de cuatro brazos, pero por suerte no lo hizo. Entonces tomó asiento en el otro extremo de la mesa, frente a John. Richie estaba a la izquierda de John y a la derecha de Joan.

John se preguntó qué diría su mujer cuando viera que sólo quedaba un buñuelo de patata, o que el plato de Richie estaba tan limpio como cuando lo habían puesto en la mesa, y su copa vacía. Pero si se percató de alguna de estas cosas, no lo mencionó. Cogió la botella y se puso un poco de vino tinto.

Richie había esperado educadamente hasta aquel momento. Entonces empezó a cortar su carne en cuadrados pequeños.

Joan alzó su copa.

—Muy bien —dijo—. Un brindis por la venta. Quiero oírlo todo al respecto.

John levantó su copa y bebió aire.

—¿Cuánto te corto? —preguntó entonces, con el cuchillo de mesa y el tenedor suspendidos sobre la carne.

Joanie se encogió de hombros.

—Cuando supe de ti, se había hecho muy tarde, y piqué algo cuando comieron los niños. Y luego toda esta emoción... —Juntó el índice y el pulgar como en un pellizco y le dijo—: Ponme un trozo muy, muy fino.

Mientras tanto, Richie estaba masticando cada uno de los pequeños trozos de carne por separado, haciendo de ello un acontecimiento rápido y enfático.

Joan pasó la mirada del uno al otro con una gran sonrisa. La línea de visión que

John tenía hasta ella, a menos que se inclinara hacia la izquierda, era estrecha, entre las dos velas. Le tocaba a él inventarse la historia.

—Es la casa de Murchison.

—Ni siquiera creo que supiera nada de esa casa —comentó ella—. ¿Lleva mucho tiempo en venta?

El cuchillo no se había afilado en absoluto. Resultaba imposible cortar una rodaja razonablemente fina, de modo que dejó de intentarlo. Se dio cuenta de que en realidad Joanie no quería filete.

—Mucho, mucho tiempo. Tess y Miriam ya la habían dejado por imposible.

Joan esperó oír más, pero como ninguno añadió nada, se dirigió a Richie con una sonrisa:

—Estoy segura de que tienes planes.

John comentó con malicia:

—Imagino que te contó todos sus planes mientras tomabais café.

Joan miró a Richie con cariño.

—Lo cierto es que creo que fui yo la que habló prácticamente todo el tiempo. Al final no llegamos a hablar de él. Es uno de esos hombres poco comunes que está interesado en lo que dice otra persona, nada menos que una mujer.

De modo que era eso: Richie feminista.

—Trabaja con productos farmacéuticos —le explicó John.

—Estoy impresionada —repuso Joan—. La palabra justa, para empezar.

Richie pareció rumiarlo un momento, pero se echó a reír alegremente.

—No has mencionado a tu familia —dijo Joan—. ¡Sabes cómo tratar a los niños!

Richie tardó un poco en contestar.

—Estuve casado. Pero ella no quería tener hijos.

—Algunas personas son así. Están en su derecho. En nuestro caso, fue una decisión calculada ir a por la familia y posponer el resto. —Joan se encogió de hombros—. No es que a veces no lo lamente, pero...

—Lo que me sorprende es que John no se dedique a un campo en el que los ingresos sean más seguros.

El comentario cogió a John totalmente desprevenido, pero si Joanie se sintió avergonzada por su impertinencia, no dio muestras de ello.

—Las cosas van un poco mal últimamente, con la recesión. Pero John se ganaba bien la vida y volverá a hacerlo. Es un vendedor fabuloso.

John se conmovió. No recordaba haberla oído nunca defenderlo en público. Cuando los miembros de su familia se mostraban sarcásticos, ella evitaba el tema y se iba al baño o lo que fuera.

—Posee un tremendo potencial que todavía no ha utilizado —dijo Richie. Pinchó un trozo de filete y lo masticó con rapidez al tiempo que agitaba el tenedor—. Estoy

intentando conseguir que escuche unas propuestas que tengo.

—¿En serio? —Joan sonrió a su marido.

—Los riesgos serían todos míos, te lo aseguro —continuó diciendo Richie—. Pero resulta que veo grandes posibilidades.

—¿Quieres hablarme de ello? —preguntó Joan a su marido.

Él desvió la mirada.

—Puedo introducirlo en algo grande, Joanie —dijo Richie. Dejó el tenedor y fue girando la cabeza para examinar la habitación—. ¿Queréis vivir aquí siempre?

Una vez más, Joan no dio muestras de haberse ofendido.

—Últimamente he ido detrás de John para que buscara algo un poco más lejos, con más terreno entre nosotros y los vecinos, con un aire más limpio. —Miró a John—. ¿Hoy no estuviste en algún lugar en el campo?

Sonaba el teléfono. John entró en la cocina y allí respondió al aparato que colgaba de la pared.

—John. Soy Lang otra vez. Hay motivos para pensar que esta tarde Maranville se registró en un motel Red Wing, frente a la autopista por la salida once, utilizando un permiso de conducir y una tarjeta de crédito a nombre de Charles F. Brookhiser. Anteriormente, aquí, en la ciudad, Brookhiser informó de que le había robado un delincuente que responde a la descripción de Maranville. Se llevó su coche y la cartera con todo dentro. Es el motel más próximo al lugar en el que dejó abandonado el coche patrulla de Smithtown.

—Gracias —dijo John cuando Lang hizo una pausa para tomar aliento.

—Hay más. Poco después estalló un gran incendio en el Red Wing. Tardaron horas en extinguirlo y el motel quedó prácticamente destrozado. La dirección y el departamento de bomberos voluntarios sospechan que fue provocado. Se encontró un cadáver calcinado en la habitación en la que se registró Maranville. El empleado de recepción fue la última persona que informó de que lo había visto. Han ido a por las fichas dentales del psiquiátrico de Barnes.

—Es él, ciertamente —dijo John—. Eso es exactamente lo que haría.

—De todos modos, será mejor que retrasemos las celebraciones. Que nos curemos en salud.

—Sé que es él. ¿Alguien más resultó herido?

—Era temprano y por suerte el motel no estaba lleno. Esa parte de las instalaciones estaba vacía, salvo por un hombre que se alojaba en la habitación de al lado, pero que estaba ausente cuando ocurrió. Y que no ha regresado todavía. Hablarán con él cuando vuelva. Pero parece que las cosas pintan bien para nosotros.

—Usted dijo que sencillamente lo habrían enviado de vuelta a Barnes.

—Lo entendió perfectamente —repuso Lang.

—Sin embargo, ahora está muerto —dijo John—. Sé que fue él quien se quemó.

Puede retirar la vigilancia de mi casa.

—Esperaremos a tener la confirmación, pero mientras tanto la noche está siendo mala para las fuerzas del orden: hay delitos por todas partes, todos a la vez. Si recibimos una llamada, algo que sea de rutina, alteración del orden público o algo así, podría ser que se lo asignaran a ese coche, pero no lo sacarían del vecindario.

—Claro —dijo John. La situación no cambiaría. De haber informado a Lang, sólo hubiera conseguido que se iniciara un plan para un secuestro con rehenes, cosa que no existía en aquel momento, y tarde o temprano llegaría una unidad de asalto. Se podía imaginar lo que eso supondría en cuanto a daño psíquico (por no mencionar la posibilidad de daño físico) para sus hijos y su esposa. Seguía respetando a la policía, incluso después de que los agentes de la estatal lo hubieran maltratado, pero se había convencido a sí mismo de que no debía buscar su ayuda en aquella situación extrema. En este momento prefería hacer las cosas a su manera.

Cuando volvió al comedor, Joan se disculpó y dejó la habitación, era de suponer que para dirigirse al baño. Parecía caminar con paso seguro. No había bebido mucho vino.

En cuanto ella se marchó, John miró a Richie y le preguntó:

—Esta tarde después de que yo abandonara el coche, ¿te registraste en un motel?

Richie se quitó las gafas y se frotó los párpados cerrados.

—No sé cómo la gente puede llevar estas cosas todo el día, de verdad, aunque tal vez es distinto si están bien graduadas. ¿Alguna vez llevas gafas, John?

—Se las quitaste al hombre al que mataste en el motel, ¿no es cierto? Le quitaste la ropa, el coche y las gafas.

Richie abrió los ojos, que habían adquirido un tono levemente rosáceo al frotarlos.

—¿Tienes alguna queja de lo que he estado haciendo desde que llegué a tu casa? Me he estado esforzando mucho para hacer lo adecuado, pero no me reconoces ningún mérito. —Meneó la cabeza y cambió el tono de voz, que dejó de ser meramente lastimero—. Tú recuérdalo si... Date cuenta de que nadie podría haberse esforzado más por intentarlo.

—¿Acaso se trata de algún tipo de amenaza, sucio cabrón?

—Deberías conocerme mejor —respondió Richie con altanería—. A mí sólo me preocupáis tú y los tuyos si la policía empieza a derrochar plomo. No quiero que me culpes a mí, porque, francamente, creo que tienes tendencia a hacerlo. Me caes bien y te admiro mucho, ¿entiendes?, pero no puedo pasar por alto tu propensión a evadir tu responsabilidad en tus problemas. No utilizas todo tu potencial. ¡Que vendas poco es culpa de la economía! Es culpa de Joanie, de que te casaras tan joven y tuvieras hijos que mantener, de modo que no puedes permitirte mejorar tu estilo de vida. —Richie mostró su gesto irónico—. Lo siento, John, pero al final tenía que darte una dosis de

tu propia medicina, demostrarte lo que se siente al ser criticado por tu mejor amigo.

—Cosa que yo no soy —replicó John—. Tú eres mi peor enemigo. Me gustaría que me dijeran que te han eliminado de la faz de la Tierra. —Al decir esto se dio cuenta de que había perdido el control, pero experimentó satisfacción al hacerlo. Era un novato de la emoción homicida. Sólo el hecho de expresarla parecía colocarlo en una posición de ventaja, aun cuando era racionalmente consciente de que con toda probabilidad eso sería considerado una flaqueza por los profesionales en el campo, entre los cuales Richie era sin duda una figura importante.

Richie no se ofendió.

—Eso no es más que una idea que tú tienes, John. Puede que ahora suene bien, pero en realidad no significa nada, porque es obvio que no puedes apretar un botón y hacerme desaparecer, y lo que sin duda no tienes intención de hacer es asesinarme a sangre fría, aunque tuvieras un motivo. Y, además, ¿cómo ibas a tenerlo? Siempre me he portado bien contigo y con los tuyos, y eso es lo único que te importa en el mundo.

¿Podría ser que tuviera razón? Pero Joan había vuelto.

—¿Cómo están los niños? —preguntó Richie.

—Fuera de combate.

A John no se le había ocurrido que era eso lo que Joan había estado haciendo durante su ausencia. Su elección de palabras le pareció entonces inquietante.

—¿Están bien?

Ella suspiró.

—¿Por qué no iban a estarlo? Me han vuelto loca todo el día. Pero ellos se lo pasaron genial, por supuesto. Luego vino Randy y los consintió más aún. ¿Te he dicho que quería darle un billete de cien dólares a Melanie? —comentó Joan reprendiendo a Richie.

—Son unos niños estupendos —dijo éste sonriendo a Joan con afectación.

—Oye —propuso Joan en broma—, ¿no estarías interesado en incluirlos en el trato de la casa? ¡Llévatelos gratis! Tendrás la casa llena al instante. —Hizo un mohín—. Así es como me siento después de un día como éste.

John dijo en tono preocupado:

—Es lo mismo todos los días. Te lo merecías. Te lo compensaré. Mañana me quedaré en casa.

—Eso me recuerda —dijo Joan— que hace un par de horas llamó Tess y dijo algo sobre responder de ti... ¿ante la policía? ¿De qué iba todo eso?

—No lo sé. Una multa de aparcamiento, tal vez.

Ella sonrió a Richie.

—Disculpa los asuntos personales. ¿Sueles tomar café?

John agarró el cuenco de la ensalada y se lo llevó a la cocina, donde la preocupación hizo que siguiera moviéndose por allí sin ningún propósito hasta que



apareció Joan con más platos, cuidadosamente apilados encima de la fuente del filete.

—Sacaré el postre —anunció Joan.

—¿Postre?

—Por supuesto. ¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan nervioso? Ni siquiera comiste mucho.

—No comí nada.

—¿No te encuentras bien? —Pero Joan ya se había vuelto hacia la nevera antes de darle oportunidad para responder.

Él bajó la voz y le habló por detrás, junto a su cabeza.

—Se trata de él. Está...

Joan se dio media vuelta y dijo, con indulgencia:

—Un poco borracho, ya lo sé. Supongo que es lícito, entre amigos.

Estaba a punto de volverse de nuevo, pero John la detuvo cogiéndola de la muñeca.

—No es lo que parece.

—¿Ése es el título de una canción?

—Hablo en serio, Joan. Me gustaría que no lo animaras a quedarse. Te lo explicaré después.

Esta petición la irritó.

—Mira, soy yo la que ha estado metida en casa todo el día. ¡Me viene bien tener compañía, créeme!

—No está borracho —dijo John—. Está loco.

—Llevo horas hablando con ese hombre —replicó Joan—. No tiene nada de malo. Quiere ayudarnos. ¿Eso es estar loco? ¿Acaso eres tú el que está borracho? —Lo miró detenidamente un instante—. No me digas que estás celoso. ¿Es eso? ¿Crees que estuvo pasando algo mientras estuvimos aquí solos? —Joan estaba disfrutando con todo aquello.

—No —contestó John sin encontrarle la gracia—. Por supuesto que no. Por favor, Joanie, no estoy de broma. Es un tipo peligroso. —No había querido llegar tan lejos, pero ella se estaba riendo de él.

—Es otra de esas bromas que has empezado a gastar hoy, ¿verdad? ¿Eso es lo que hace una venta? —Se dio la vuelta con regocijo y abrió el compartimento del congelador—. Queda bastante helado. Aunque lo que se me olvidó fue sacarlo antes para que se ablandara un poco. ¿Quieres alcanzarme esos platos de cristal? —Actuaba como si John no hubiera dicho ni una sola palabra.

Incrédulo, preguntó:

—¿Crees que diría algo así y lo dejaría estar?

Joan hizo un gesto con el recipiente de cuatro litros de helado de fresa, un sabor que no les gustaba demasiado a ninguno de los dos, pero Melanie no quería probar

ningún otro.

—No me pidas que explique tu comportamiento de hoy. Es nuevo para mí. Pero si con él consigues seguir vendiendo casas, no lo criticaré.

John estaba a punto de hablar cuando Richie apareció con el resto de los platos de la cena, incluyendo el que contenía los guisantes y las zanahorias intactos. Los depositó en la parte despejada de la encimera que tenía más cerca.

—¿Puedo llevarme algo?

—Vamos, Randy —le reprochó Joan afablemente—. Tú ve a sentarte y deja que te sirvamos.

Richie miró a su alrededor con expresión radiante.

—Me encantan las cocinas. Son el corazón de una casa.

John encontró los platos de cristal en una parte de los armarios que rara vez se abría y se los entregó a Joan. Entonces, valiéndose de su cuerpo más ancho, prácticamente obligó a Richie a salir de la cocina sin tocarlo ni hablar con él. De vuelta en el comedor, le dijo en voz baja:

—Quiero que te vayas después del postre.

El rápido y sumiso asentimiento de Richie le sorprendió.

—De acuerdo.

John decidió no forzar las cosas preguntando si lo decía en serio o no. Eso sería un síntoma de debilidad, y de repente él se sentía fuerte. Había defendido su hogar empleando tan sólo armas morales. Había tenido que aguantar muchísimo todo el día, pero había hecho frente a la prueba. Tomó asiento y cerró brevemente los ojos.

Richie dijo:

—Ni siquiera has visto a los niños desde que llegaste a casa. No dejas de preguntar por ellos, pero no has entrado a echarles un vistazo.

El triunfo fue efímero. Era absurdo que un hombre como aquél pudiera poner a John a la defensiva.

—Maldito seas —le dijo—. Primero tengo que librarme de ti, ¿no?

Richie bajó la mirada.

—¿Me odias más de lo que los quieres a ellos? Eso no es propio de ti, John. De verdad que no. —Sin embargo, al momento siguiente volvió a mostrarse radiante, pues Joan había traído tres cuencos pequeños de cristal con helado y un plato con las galletas de avena y las pasas favoritas de Melanie.

—El café estará listo en un par de minutos —dijo ella, y después de servir a los hombres, se sentó en su extremo de la mesa.

Richie no había dejado de emitir murmullos de placer desde que había visto el helado, y cuando se dio cuenta de que era de fresa, exclamó:

—¡Mi favorito! ¿Cómo lo sabías?

—Ya te lo dije, es la comida que había disponible —sonrió—. Pero el hecho de

que lo hubiera sabido de antemano no hubiese cambiado mucho las cosas. John puede decirte que no soy muy buena cocinera. ¡Él es mejor que yo! Cocina tres o cuatro veces a la semana.

Richie adoptó una expresión ceñuda que se desvaneció al instante.

—Haces bien. Quizá deberías ser tú la que vendiera los inmuebles.

—Y dejar que John se quedara en casa con los pequeños demonios. ¡Ya me gustaría! —incluyó a John en su risa gutural.

—Cuéntale a Richie de quién es la idea de que te quedes en casa —terció John, nuevamente a la defensiva y despreciándose por ello.

—Más bien tuya, ¿no es cierto? —Joan volvió a reírse.

—El motivo principal por el que vendo inmuebles es porque puedo estar cerca de casa —explicó John—. Viviendo aquí, la alternativa sería desplazarme diariamente a la ciudad, lo que supondría una jornada de diez horas.

—Si te ganas bien la vida, puedes permitirte un buen servicio de guardería —afirmó Richie en tono solemne al tiempo que grababa dibujos con el borde de la cuchara en la superficie lisa del helado todavía intacto. Hizo que su voz sonara marcadamente compasiva al dirigirse a Joan—. Digo buen servicio porque hoy en día hay muchos lugares de los que no puedes fiarte.

Joan coincidió moviendo la barbilla enérgicamente.

—¡Pero no es tan sólo una cuestión de dinero! Aquí en la ciudad hubo una guardería en la que los niños sufrieron una intoxicación alimentaria por la leche agria que utilizaban para el cacao, y ese lugar era el más caro de esta parte del estado.

—Hay muchas guarderías que están dirigidas por perversos —afirmó Richie, haciendo gestos con su cubierto—. Pero claro, ¿dónde no hay perversos hoy en día? No hay duda de que en la ciudad eso es así. Esperaba que tal vez fuera distinto por aquí.

—¡Ni mucho menos! —exclamó Joan con escepticismo. Pero se refrenó y entonces le preguntó a John en tono de guasa—. ¡Oye! ¿Tienes ya el cheque de Randy? Podría ser que quisiera cambiar de opinión.

—Él y yo hemos cerrado nuestro trato —declaró John sin alterarse—. Ahora ya es demasiado tarde para cambiarlo.

Richie se rió de él, pero habló con Joan:

—Es todo un negociador. Puede convencer a los pájaros para que abandonen los árboles.

—Ya te dije que era un buen vendedor.

Ambos miraban sonrientes a John, otra vez asociados para hablar de él. John echaba muchísimo de menos a Sharon. Había sido enemiga de Richie desde el principio. Él necesitaba una compañera con esa clase de valía. Sencillamente no podía hacer lo que se tenía que hacer sin ayuda.

Oyó un llanto distante. Reaccionó más rápido que Joan, a quien oyó decir mientras él salía corriendo de la habitación:

—Melanie sigue siendo la más ruidosa por las noches. ¡No el bebé!

Era cierto. Melanie tenía frecuentes sobresaltos por la noche, en tanto que, para ser tan sólo un bebé, el pequeño Phil era desacostumbradamente plácido en cuanto se apagaban las luces. A Melanie le daba miedo la oscuridad, pero no podía conciliar el sueño si había aunque fuera la más leve luz de una lamparilla. Su padre, que también había tenido el sueño inestable toda su vida, era quien se mostraba más comprensivo de los dos: en una ocasión, Joanie había seguido durmiendo durante un temblor sísmico que tuvo lugar a primera hora de la mañana y que hizo que un vaso del baño se cayera y se rompiera.

Fuera cual fuera la posición de la puerta del cuarto de los niños, tanto si estaba abierta de par en par, cerrada o sólo entornada, Melanie no tardaba en exigir un cambio. En aquel momento le faltaban unos cinco centímetros para estar cerrada del todo. John tuvo que abrirla de modo que entrara luz suficiente del aplique del pasillo para poder ver. Su hija estaba incorporada en la cama. Él abrazó su cuerpecito, con los delicados surcos de su espina dorsal, notando su cabello en el cuello. Era el momento más íntimo que había tenido con nadie en todo el día, salvo por el repugnante partido de lucha libre con Richie.

Al cabo de un momento se dio cuenta de que, aunque tenía los ojos completamente abiertos, lo más probable era que la niña hubiera estado dormida desde el principio y no fuera consciente de quién era él. John le bajó la cabeza hasta la almohada y la tapó con la manta.

La cuna de Phil estaba en el rincón más oscuro, donde la puerta en ángulo cortaba el paso a gran parte de la luz reflejada del pasillo. John apenas podía verlo, de modo que lo palpó con mucho cuidado. Allí había un bebé, en efecto: encontró una mano diminuta y oyó un débil suspiro. Si encendía la luz, alguno de los dos podría despertarse. Además, Joanie acababa de regresar de comprobar que los dos pequeños estaban bien. Lo único que tenía que hacer era librarse de Richie, y en su mundo todo volvería a la normalidad. En cuanto Melanie hubiera crecido sin ningún percance, podría bromear con ella sobre haber subido de forma voluntaria al regazo de un asesino cuando tenía tres años.

Pero de pronto se sintió superfluo junto a las camas de sus propios hijos. Sintió el impulso de huir de ellos, de Joanie, de todas las responsabilidades. Cuando entró en el salón, aquella idea retorcida lo obsesionaba tanto que, para demostrar que era inmune a ella, abrió la puerta sin hacer ruido y se escabulló fuera. La carrocería plateada del coche era muy visible bajo la luz de la farola. John no vio nada más.

El coche estaba abierto, por supuesto. A Richie no le hacía falta tomar medidas de seguridad: si alguien se llevaba el vehículo, él sólo perdería algo que nunca le había

pertenecido y simplemente podía robar otro. Si alguien lo ofendía, mataba al ofensor. Su libertad de acción no estaba sujeta a condiciones.

John subió al asiento del conductor, pero no cerró la puerta. Se quedó allí sentado, mirando el edificio que en aquellos momentos su esposa e hijos compartían con un maníaco homicida, cosa que en realidad habían estado haciendo con impunidad durante al menos una hora antes de que el cabeza de familia llegara a casa. Richie era inofensivo cuando estaba en aquel lugar. Mantenerlo allí era proteger al resto del mundo.

Richie había dejado la llave en el contacto. John la hizo girar lo suficiente para conectar el sistema eléctrico —se hicieron visibles unos números en un reloj digital del salpicadero—, pero no tanto como para poner el motor en marcha. Tocó el pomo del cambio de marchas. Desgraciadamente, era un sistema manual de cinco velocidades. Él sólo tenía permiso para conducir vehículos con cambio automático. No sabía cómo manejar un verdadero cambio de marchas como era debido; desde luego no recordaba las lecciones de su padre cuando tenía catorce años: se suponía que tenías que hacer algo con el pie izquierdo y el embrague. Lo más probable es que no hubiera podido marcharse en aquel coche, aunque hubiera querido. Pero su única obligación era cuidar de su familia, y ellos no tenían ningún problema. Mediante un arrebato de orgullo simulado rechazó toda sensación de alivio por no ser propia de él. El hecho de no ser un héroe no era vergonzoso, pero obtener satisfacción tal y como estaban las cosas sí lo sería.

Por si cambiaba de opinión posteriormente, se metió la llave en el bolsillo antes de salir del coche y cerrar la puerta presionándola sin hacer ruido.

Cuando llegó al comedor, Joanie dijo:

—¿Va todo bien? Creíamos que te habías ido de la ciudad. —Era un comentario jocoso.

Pero Richie preguntó, como si hablara en serio:

—¿Qué tal tiempo hace ahí fuera?

De modo que, a pesar de todo el cuidado que había tenido con las puertas, tanto al ir como al venir, él se había dado cuenta.

—Sólo tomé un poco de aire fresco. Hace una noche magnífica. ¿Vas a volver a la ciudad en coche?

—¡Oh! —exclamó Joan con consternación—. Si tuviéramos un cuarto de invitados... Esta casa es pequeña.

John se lo tomó como un ataque personal.

—¿Acaso no fuiste tú la que quiso venir a este lugar en un principio?

—¡Y también soy la que hace al menos un año que quiere mudarse!

Richie se estaba inquietando cada vez más.

—Por favor —intervino, alzando las manos—. No hay nada malo en esa

diferencia de opiniones.

—Bueno, tal vez hay algo —dijo Joan—. La idea, en la que yo creía que estábamos de acuerdo, era que se suponía que no nos quedaríamos aquí el resto de nuestras vidas.

—Por Dios —repuso John—, sólo hace tres años más o menos que vivimos aquí. Estabas embarazada de Melanie. —Sin pensarlo miró a Richie como si esperara confirmación, tal como uno hace cuando discute en presencia de una tercera persona, pero entonces se acordó de quién era ese hombre y reprimió lo que iba a decir. Richie estaba mirando con el ceño fruncido el cuenco de helado derretido que tenía frente a él.

—La idea era —continuó diciendo Joan— que no podíamos perder comprando esta casa. Los precios no dejaban de subir. Tú eras la autoridad en propiedad inmobiliaria. —Entonces fue ella la que buscó el apoyo moral de Richie, dirigiéndole una sonrisa de satisfacción—. Él solo terminó convenciéndose.

—La crisis no durará —explicó John—. Sólo es temporal. Todo el mundo lo sabe. El precio de las casas sólo puede subir: es algo que siempre acaba ocurriendo.

Richie movió violentamente la cabeza en señal de negación.

—¡Eso no es así!

—¡Desde luego que no! —dijo Joan. ¿Se había emborrachado con tan poco vino? John se dio cuenta de que la copa de ella estaba ahora vacía.

—En cualquier caso —argumentó John—, ¿sería éste un buen momento para mudarse? ¿Con un bebé?

—De todas formas, eso es una excusa —afirmó Joan.

En ese momento John se percató de que Richie estaba temblando, pero parecía más importante aplicarse a sus propias necesidades. Nada podía ser más injusto que la implicación general de Joanie, quien anteriormente nunca había sido tan osada como para expresarla, ni siquiera delante de Renee, aunque tal vez sí lo hiciera en privado con esa zorra malvada que siempre lo había despreciado. Pero aquello era mucho peor, aunque ella no tuviera forma de saber lo que era Richie.

—Te equivocas —dijo, y entonces cayó en el patetismo—. Lo he hecho lo mejor que he podido.

Richie golpeó la mesa con el puño, que por muy poco no alcanzó el cuenco de cristal que tenía frente a él, pero que sí lo hizo saltar, además de hacer que todos los cubiertos traquetearan.

—¿Cómo hemos llegado a esto? —Evitó mirarlos a los dos.

—Buena pregunta —dijo Joan con ironía.

Entonces John se dio cuenta con retraso de que ella había estado bromeando en gran medida, expresando su punto de vista, pero sin estar enojada, cosa que en realidad era el estilo que con frecuencia tenía con él. De haber sido un día distinto, él

no hubiese estado tan susceptible.

—De acuerdo —dijo—, pues me esforzaré más.

Ella se levantó de la silla, se alisó el vestido a la altura de las caderas y dijo con ironía vivaz:

—¡Me alegro de que lo hayamos solucionado! Iré a por el café. —Y se fue a la cocina.

Richie tenía los dientes apretados.

—Esto no va a funcionar, John. Sólo me estoy conteniendo por mi amistad contigo, pero ella no te está haciendo ningún bien. Es tu enemigo.

Por un instante, ensimismado, John no entendió qué quería decir.

Richie se lo aclaró:

—Esta esposa tuya.

John se levantó de un salto y le lanzó un puñetazo en la cara. En el último momento, con sus reflejos de animal, Richie esquivó el golpe. John había arremetido con tanta fuerza que, al no darle a su objetivo, perdió el equilibrio y se hubiera caído... de no ser porque el otro lo estabilizó con mano rápida.

—No es más que la verdad —dijo con calma—. Un tipo como tú podría ir a cualquier parte y hacer cualquier cosa. Te conozco más de lo que te conoces a ti mismo. Puedes pensar que quieres estar limitado, pero en el fondo de todo no puedes aceptarlo.

John se quedó allí tratando de recuperar el aliento. De vez en cuando se había dicho lo mismo, pero lo consideraba un ejercicio de la imaginación y por lo tanto permisible, al igual que sus modestas fantasías sexuales, como pensar en Renee cuando hacía el amor con Joanie. La atracción que sentía por Sharon era más bien una idea moral que un impulso sexual y tenía que ver con que la joven hubiera hecho frente a Richie y, en un sentido personal, lo hubiera derrotado, puesto que había escapado a su control... Pero, claro, ella sólo tenía que salvarse a sí misma.

—¿Quieres la pistola? —preguntó Richie—. La verdad es que deberías hacerlo tú mismo. Te diré por qué: me echarías a mí la culpa la primera vez que algo saliera mal.

—¿Y entonces qué? —preguntó John. El escalofrío que le produjo aquello le había congelado las emociones, y fue capaz de seguir como si estuviera sereno.

Richie sonrió.

—Yo sé cosas sobre la libertad. No han dejado de encerrarme durante toda mi vida.

—¿Tú y yo nos marcharíamos para siempre?

—No soy marica, John. Puedes tener todas las chicas que quieras. Yo mismo he practicado toda clase de sexo, y no me importa mucho nada de todo eso. No me gusta que nadie, sea hombre o mujer, tenga ese tipo de influencia sobre mí. —Habló aún

con más rapidez, como si estuviera excitado, aunque seguía haciéndolo en voz baja.

Pero Joanie regresaría en cualquier momento. John tenía que llegar a alguna resolución: al final se había agotado el tiempo.

—¿Y los niños?

—Las casas de acogida es otra de las cosas en las que soy una autoridad —repuso Richie—. No se las deseo a ningún niño. Algo que nadie debería ser en este mundo es ser pequeño e indefenso.

—Me estás diciendo que...

Richie lo interrumpió:

—¡No digas eso, John! Yo no te estoy diciendo nada. Sólo conseguiría que te enojaras conmigo. Saltas con todo lo que digo. He aprendido la lección. —Sonrió afectuosamente—. Y sin embargo aquí estamos, seguimos siendo un equipo. Debemos de tener alguna conexión.

John ya estaba más allá de la ira, que le había fallado durante todo el día.

—Tienes razón. Estoy pensando. —Pero si sus pensamientos eran útiles o no, eso era otro asunto. Sharon dijo que tenía una pistola y que «rezaba» para que Richie apareciera por su casa. Tras haberla visto en acción, John sabía que dicho sentimiento no era bravuconería. Pero ¿cómo demonios podría justificar el hecho de atormentarla otra vez con Richie?

Luego estaba la policía, a quien por supuesto no podía traer a la casa sin molestar a Joan y a los niños: eso siempre había estado descartado. Pero ¿y si se marchaba con Richie en el coche, insistía en conducir y se dirigía al cuartel de la policía? ¿Richie se quedaría allí sentado pasivamente mientras él corría adentro para ir a buscar a Lang? Tendría que ser Lang, porque explicarle la situación a un agente nuevo no resultaría sencillo: ahora ya había tenido experiencia con los policías, que eran mucho más complejos de lo que había supuesto, sin duda necesariamente, puesto que el mundo de ellos era un mundo de Richies y maridos camellos de Sharon, homicidas y locos, mutiladores y maníacos sexuales.

El café estaba tardando demasiado. De pronto John se preocupó por el bienestar de Joanie en aquel momento y, a pesar de Richie, dejó la habitación. Debía de tratarse de falsa culpabilidad, puesto que supuestamente, y en beneficio de Richie, estaba pensando en matarla. Si eso era falso, entonces la culpabilidad tenía que serlo también. No obstante, se sentía horrible, y cuando llegó a la cocina y la vio allí, de pie junto a la encimera, lidiando con la máquina de café, fue como si hubieran retirado una gran amenaza..., lo cual era una sensación irracional, dado que Richie seguía estando vivo.

—¿La cafetera está fallando otra vez?

Ella sacudió la cabeza.

—¿Hay algo que funcione aquí?



—Tú.

Se volvió y repuso con ternura:

—Tú también. No lo decía en serio.

John quiso abrazarla, pero no podía permitirse hacerlo en ese punto: podría ser que no encontrara fuerzas para soltarla.

—Probablemente falle algún contacto. Ya le echaré un vistazo más tarde. De todos modos, no puede quedarse a tomar café.

—¿Randy? ¿En serio? Vaya, qué lástima.

Pero su decepción parecía poco entusiasta. ¿Es que ya no estaba cautivada por aquel hombre? Quizás empezaba a tener sus dudas finalmente.

Pero al seguir hablando demostró lo contrario:

—De todas formas lo veremos mucho más a menudo si se muda aquí. Supongo que no queremos agotarlo la primera vez. —Antes de que John pudiera contenerla, salió como si nada al comedor, donde, cuando él los alcanzó, estaba instando a Richie a que la llamara para cualquier ayuda que pudiera necesitar con su próxima mudanza.

Él, mientras tanto, miraba a John con una expresión ceñuda que resultaba inquietante.

John se apresuró a decir:

—Le he dicho que ahora tenías que marcharte. —Se volvió a mirar a Joan—. Pero lo que no dije es que yo también tengo que irme. Metí la pata en el contrato de compra y aquí en casa no tengo ningún otro formulario. Vamos a pasar un momento por la oficina. —Para lo cual tenía una llave que guardaba para ocasiones como aquella en las que se veía obligado a utilizarla fuera de horas, cosa que era muy frecuente. La historia era plausible.

Pero Joanie aún no había terminado con su invitado.

—¡No es que vaya a hacer de casamentera! Pero si te apeteciera conocer a alguien...

John también fue tenaz.

—Déjalo todo hasta que vuelva. Ya limpiaré yo.

Por primera vez en todo el día era Richie, y no él, quien estaba confuso, y preguntó:

—¿Adónde vamos?

—Ya te lo dije —contestó John—. A las oficinas de Tesmir Realty. Seguramente las jefas ya se habrán ido a estas horas, pero, si no, deberías conocerlas. Son dos mujeres, dos mujeres muy agradables.

Condujo a Richie hacia la puerta y Joan fue tras ellos. Antes de salir, John sólo dijo:

—Hasta luego. —No podía perder ni un momento y no había nada más que decir que no supusiera una distracción.

Joan insistió:

—Si vais a ir en el coche de Randy, luego a la vuelta él podría pasar a tomar algo antes de irse a dormir.

Se estaba empeñando hasta el final en ser la compañera perfecta. Si Richie hubiera sido un comprador legítimo, la actuación de Joan habría sido impecable. La pena era que John nunca había tenido un cliente tan deseable como parecía que lo era Richie. Nunca había traído a ningún cliente a su casa. En su profesión había una falta de equilibrio moral. Podía ser que los clientes vivieran toda la vida en una casa que él les había vendido, y que los sucedieran futuras generaciones de su propia sangre, pero que nunca vieran, ni conocieran siquiera, el lugar en el que vivía el agente. Ni que les importara. ¿Por qué debería importarles? No eran Richies.

Richie continuó mostrándose pasivo cuando llegaron al coche y John le devolvió la llave del contacto. Pero una vez al volante, preguntó:

—¿Te importaría explicarme de qué va todo esto?

El interior del vehículo recibía la tenue iluminación del pequeño farol de la puerta principal de la casa (que Joanie había encendido amablemente) y también de la farola de la acera a través de la ventanilla trasera, pero hasta que los ojos de John no se habituaron, Richie siguió siendo una silueta.

—Tuve que buscar una excusa para salir de ahí.

Richie estaba meneando la cabeza.

—Lamento tener que decir esto, John, pero no pareces tener nada que te funcione.

—Así es.

—¿Y te jactas de ello?

—Lo admito, que es distinto.

—¿Dónde está tu orgullo, hombre?

—Arranca el coche —dijo John—. Vámonos.

Richie obedeció a regañadientes. Mientras daba marcha atrás para salir a la calle, comentó:

—Estás dejando cabos sueltos.

—¿Quieres decir que debería matarlos a todos? —John se maravilló al oír la facilidad con la que había formulado la pregunta.

—No soy yo quien tiene que decirlo, ¿no?

—¿Por qué eres tan evasivo? Si eres capaz de hacer algo así, que lo eres, ¿por qué no puedes hablar de ello?

—Vamos, John —se quejó Richie—. No hay ninguna relación. —Cuando alcanzó la calle, hizo girar el coche sin esfuerzo, utilizando sólo una muñeca, y se situó en dirección opuesta a la que había tomado por la mañana—. Hay cosas que haces y cosas que dices, y no son lo mismo; todo el mundo lo sabe. Me sorprendes. Creía que eras tú el que siempre hablaba con sentido común.

—Pues no soy yo —repuso John, y no estaba siendo falso—. Hoy lo he demostrado. Me pillaste por sorpresa. En ningún momento sabía lo que estaba haciendo, y eso es una pesadilla para alguien como yo. Preferiría morir antes que volver a pasar por eso. Llegué a perder absolutamente la confianza en mí mismo.

—¿Y me culpas a mí?

La pregunta de Richie tenía poco peso moral, pero John respondió como si lo tuviera:

—Puede que culpar no sea la palabra adecuada. Podríamos decir que me diste una oportunidad. Lo que hice con ella dependía de mí, en cuyo caso no mereces ni el mérito ni la culpa.

—No entiendo nada —dijo Richie—. Parece que te estás preocupando por cosas que no importan. Creía que tu familia y tu hogar te preocupaban de verdad, pero supongo que no es así. Tú te preocupas por ti mismo, por cómo te sientes en todo momento, por si vives de acuerdo con cierta idea de ti mismo, por si estás recorriendo tu propio camino. Si ésa es la clase de hombre que eres en realidad, entonces puede que no seas mejor que yo, y yo no soy nada.

Antes John se hubiera quedado desolado al oír aquello, pero entonces no se sintió en absoluto desconcertado.

—Tienes razón, y al mismo tiempo te equivocas. Tienes razón sobre mí. Pero tal vez aún pueda sacar algo en claro de mí. Te equivocas sobre ti mismo: no es cierto que no seas nada. ¡Has causado mucho daño! No eres una nulidad. Has demostrado que existes.

Richie soltó un silbido.

—¿Para esto me has traído aquí, John? Eso podría habértelo dicho yo. No es necesario meter a Dios en ello.

—¿Dios? ¿Quién ha mencionado a Dios?

—Ya sabes a qué me refiero. Cuando hablas de ese modo, adonde intentas llegar en realidad es a la religión, ¿no es verdad?

—¿Tú crees en Dios?

Richie resopló.

—Lo que es seguro es que yo no me hice a mí mismo. Eso es fundamental. Puedes deducirlo a partir de ahí.

—Quieres decir que no se te puede hacer responsable de lo que hagas. —No era una pregunta. Tampoco era un motivo de preocupación.

Se estaban acercando a las calles de la zona de DeForest Park, donde vivían los ricos. Era probable que al policía del coche camuflado lo hubieran retirado de la vigilancia: no había ni rastro de él. Mejor así. Hubiera tardado demasiado tiempo en dar una explicación. No disponía de más tiempo.

Richie iba asintiendo con la cabeza a lo que veía por el parabrisas.

—Bonito vecindario. ¿Me traes aquí para venderme una de estas casas?

—Sí —respondió John, aliviado por un momento de ironía—. ¿Qué tal esa de ahí? —Señaló una imponente mansión blanca a la que el término «colonial», del que habían abusado mucho los agentes inmobiliarios (quienes lo utilizaban para casi todo lo que no podía llamarse «contemporáneo»), podía aplicarse legítimamente. Como profesional, sabía quiénes eran los propietarios de cada una de aquellas casas, aunque cuando Tesmir vendía una propiedad allí arriba, era una de las socias la que se encargaba de la operación y de la comisión de seis cifras. John no había tardado mucho en comprender que para llegar a tener éxito debía ser dueño de su propia agencia. Pero a medida que fueron transcurriendo los meses, y después los años, cada vez parecía menos probable que eso ocurriera. No obstante, tampoco estuvo dispuesto a aceptar un trabajo con una rutina habitual y un salario fijo. El hecho de decirse que tal vez fuera un caso perdido se había convertido en algo casi agradable, como quien confesara estar demasiado gordo mientras acariciaba su enorme barriga con suficiencia. Eso tenía que cambiar.

Richie acercó el coche al bordillo y se detuvo.

—¿Por cuánto sale algo como esto?

—Posiblemente intentarían sacar un millón cuatrocientos, o tal vez un millón quinientos. Son veinte mil metros cuadrados, y hay una casita de invitados con tres dormitorios en la parte de atrás, y por supuesto una piscina grande, y jardines. Aquí no es un precio exorbitante, pero en el mercado actual quizá podría salir por un millón doscientos o incluso menos. Pero eso es una hipótesis, claro. No está en venta. Es la casa de J. William Osgood. Es director general de...

—¿Crees que estará en casa? —Richie aceleró el motor y, antes de que John pudiera responder, añadió—: ¿Ves? Ésa es la clase de casa que deberías tener, John.

—Me conformaría con la comisión de su venta.

—¿Por qué tiene que tenerla él y tú no? —preguntó Richie—. Lo único que necesitas es un respiro, y así recuperarías la confianza en ti mismo. Me doy cuenta. Estás preparado, sólo esperas la oportunidad para demostrar lo que vales.

—Claro —dijo John—. Ahí tienes razón. Puede que hasta gane la lotería.

Richie respondió en tono grave:

—No esperes que eso ocurra porque no ocurrirá. Es demasiado impersonal; no es tu estilo.

De pronto John se puso nervioso por estar allí parados junto al bordillo. No solamente la policía municipal proporcionaba protección adicional a la zona, sino que además la Asociación de DeForest Park empleaba su propio servicio de seguridad. Cualquiera que fuera a pie por la calle después de anochecer o un automóvil aparcado sin identificar a cualquier hora del día no tardarían en encontrarse con una u otra patrulla. Cabía esperar que Richie disparara sin previo aviso.

—Vámonos.

Richie se rió.

—Entremos ahí y pillémoslo.

A John ya no le quedaban emociones para esas cosas, por horripilantes que le hubieran parecido anteriormente.

—¿Acaso crees que puedes entrar en casa de alguien así sin más? Hay cámaras de vigilancia, alarmas, tal vez un perro grande, y hasta es posible que el vecindario cuente con su propia policía privada.

—Pero podemos intentarlo, caray —replicó Richie—. Lo único que hace falta es una idea. Mira, puedo hacerme un corte en el brazo, mancharme la camisa de sangre, llamar al timbre y pedirles que avisen a una ambulancia, hablando por el interfono, sin intentar entrar siquiera. Luego sentarme en las escaleras, sangrando. Tumbarse ya sería demasiado. Tienes que contenerte un poco para que te crean. Incluso si te piden que entres, la primera vez debes declinar.

—No tendrías tiempo —señaló John—. Aquí las ambulancias acuden de inmediato. No es como en la ciudad.

Esta información amargó aún más a Richie.

—Tiene el mundo entero allí donde lo quiere. Pero no me impresiona.

—¿A caso conoces a Osgood?

—No —contestó Richie—. Pero me gustaría verle. Sólo una vez.

—¿Por qué?

—Lo detesto. Detesto su nombre. Detesto su casa. Detesto esta calle. Salgamos de aquí. —Pisó el acelerador y se pusieron en marcha con una sacudida—. ¿Adónde vamos ahora?

Buena pregunta. A algún lugar donde no hubiera inocentes que pudieran resultar dañados, pero eso supondría irse a otro planeta.

—Tuerce a la izquierda allí.

Al cabo de un rato Richie comentó:

—Dejamos atrás las zonas buenas.

—Ahora ya puedes tranquilizarte.

Richie rompió a reír.

—No estoy nervioso, John. Deberías verme cuando estoy alterado.

—¿Como esta tarde?

—¿Cuándo?

—Ya lo has olvidado, ¿verdad? ¿Recuerdas a mi familia?

—¿Bromeas? Acabamos de dejarlos. —Richie carraspeó—. Créeme, no quiero herir tus sentimientos, pero en ese aspecto también podrías mejorar.

—No digas nada más sobre ellos.

—Tienes razón —dijo Richie—. Te pido disculpas. Fue un fallo mío.

Se aproximaban a una calle principal.

—Gira ahí a la derecha —dijo John, indicando una calle secundaria que venía antes—. ¿Y qué me dices de los médicos de Barnes? No puedo creer que sean unos incompetentes.

—John, debes entender qué clase de persona se hace médico. Es alguien que lo hace sólo por una razón: para tener poder sobre la gente que ellos dicen que está enferma. —Movi6 la cabeza para asentir con solemnidad—. Y tienen el derecho de llamar enfermo a quien ellos quieren, igual que la policia puede arrestar a quien le dé la gana. Piénsalo. Lo que dicen que quieren hacer es ayudarte. Pero ¿quién se lo ha pedido? Nos fuerzan a estar allí.

En aquellos momentos iban por la carretera secundaria, que transcurría más o menos paralela a la principal, pero a una altura ligeramente más baja. Era un lugar de garajes y almacenes comerciales, casi todos a oscuras entonces. Se distinguía alguna luz de seguridad aquí y allá, pero las farolas eran poco frecuentes. A John ya se le había acostumbrado la vista a la oscuridad, y con la iluminación del salpicadero Richie parecía tan visible como si fuera de día.

—¿No sirve de nada la medicación?

—¡Ja! —exclamó Richie—. Te deja impotente. Eso es todo lo que se supone que tiene que hacer. —Miró de soslayo por la ventanilla—. ¿Por qué vamos por aquí? Es deprimente.

—Te están buscando. Podría ser que te reconocieran si vamos por la carretera principal.

Richie habló con ternura:

—Tú siempre cuidando de mí. Eres la única persona que conozco que no intenta echarle el anzuelo a alguien. Somos amigos para toda la vida. Quiero que lo sepas.

—Sí. Lo sé.

—Algunas veces discutimos, pero así son los hermanos.

—Es verdad —dijo John—. En realidad, es más bien eso lo que somos, más que sólo amigos: hermanos. —No estaba siendo del todo hipócrita. Para entonces Richie y él tenían una verdadera conexión. No podía negarse que habían intimado, como un carcelero y su prisionero, aunque en este caso resultaba difícil decir quién era quién, quién era el mayor delincuente para el otro. Quizás ambos jugaran los dos papeles simultáneamente, lo cual sería fraternal, en efecto. John era consciente de que nunca podría ajustar cuentas con ese hombre sin cometer un fratricidio.

—No me hubiera vuelto así de haber tenido un hermano como tú años atrás —comentó Richie—. Tú hubieras cuidado de mí.

—Yo te hubiera pateado el culo —replicó John, sin asomo de crueldad.

Richie se rió alegremente.

—¡Ya lo creo que sí!

—Yo soy hijo único —le explicó John—. Por eso quise tener otro hijo justo después del primero. —Acababa de recordarlo—. Joan tenía razón al decir que todo lo que hemos hecho ha sido idea mía, y que ella siempre ha estado de acuerdo, aplazando su propia carrera. Ella viene de una familia bastante numerosa. Yo no tengo a nadie. Mi padre murió hace cuatro años, y mi madre volvió a casarse y se mudó al Oeste. Fue un golpe duro para mí. Estaba más unido a ella que a mi padre. Ni siquiera ha visto aún a ninguno de mis hijos. —John estaba diciendo todas esas cosas por él mismo, para intentar sentirse humano por un momento.

—Ahora ya no tienes de qué preocuparte, hermano —dijo Richie—. Tus problemas son míos. Ya ninguno de los dos está solo contra el mundo.

—Eso es estupendo —repuso John—. Pero yo soy el hermano mayor, y yo decidiré cuándo quiero que me ayudes. Te metes en demasiados líos tú solo. —Extendió la mano—. Quiero tu pistola. Te la devolveré cuando haya un buen motivo.

Seguían circulando por la carretera de los almacenes y de pronto el asfalto se llenó de baches, el primero de los cuales hizo dar tal sacudida al coche que Richie redujo la velocidad.

—¿Puedes darme tu palabra? —le preguntó a John.

—¿Sobre qué?

—De que no lo lamentaré.

John resopló.

—Te gusta hacer daño. Podría ser que vieras a alguien a quien quisieras matar y lamentaras no tener el arma. ¿Es eso?

—Vamos, ya sabes a qué me refiero.

—Estoy dispuesto a prometer que no te entregaré a la policía. No veo qué sentido podría tener que volvieras a Barnes, o a cualquier otra prisión, por supuesto.

Richie se rió.

—¡Amén, hermano! He terminado con todo eso. Pero ése es exactamente el motivo por el que tengo que conservar la pistola. Puedes entenderlo.

—¿No te dije que te la devolvería cuando de verdad necesitaras defenderte?

Richie miró por la ventanilla.

—¡Dios mío, qué sed que tengo! Acerquémonos hasta allí a comprar un envase de seis cervezas.

Se refería a un colmado que se veía al mirar entre un oscurecido edificio comercial y un aparcamiento lleno de autobuses escolares, a cierta distancia del otro lado de la carretera. Parecía brillar más aún al ser la única fuente de iluminación del lugar, salvo por una gasolinera de autoservicio, en aquel momento vacía de vehículos, situada a unos doscientos metros al oeste.

—De acuerdo —accedió John—. Pero seré yo quien entre a por la cerveza.

—Pero puede que vea alguna otra cosa que quiera —gimoteó Richie—. Me gusta

echar un vistazo en estos sitios. No sabes lo que es estar encerrado durante un par de años sin poder comprar aperitivos salvo los de una máquina, y no siempre podías salir de la zona de la sala de estar. Podía ser que tuvieras restricciones. ¡Ten un poco de compasión, hermano!

Torció en el siguiente cruce, condujo en dirección a la carretera y aguardó sumisamente en el semáforo que había allí, aun cuando estuvo en rojo una eternidad y aun cuando durante ese tiempo sólo vieron un vehículo, una camioneta abollada que pasó por la calle principal. El propio John hubiera estado tentado, tras haber determinado que el lugar estuviera despejado de policía, de acabar saltándose el semáforo, o de girar a la derecha en rojo, lo cual no estaba permitido dentro de los límites de la ciudad, para luego efectuar un cambio de sentido rápido, furtivo e igualmente ilegal, pero sufría una inquietud en la cual todo se arrastraba a cámara lenta. En cambio, Richie parecía tener todo el tiempo del mundo.

El semáforo cambió por fin y condujo hacia el aparcamiento adyacente al colmado. Sólo había otros dos coches allí. Al menos uno de ellos debía de pertenecer a la persona que estuviera trabajando en el local a esas horas. Los negocios como aquél tenían fama de ser atractivos para los delincuentes, estando abiertos como estaban a todas horas, y con frecuencia, como era el caso de aquél, en una zona que por la noche quedaba alejada de todo ser humano, menos de las personas que podían detenerse para comprar el desayuno del día siguiente o un tentempié nocturno. Los empleados debían de preocuparse con cada nuevo recién llegado. ¡Menudo trabajo! De manera instintiva, John consideraba este tipo de cuestiones desde la perspectiva de un empleado y no de la de quienquiera que sacaba beneficios de la franquicia, menos aún de la empresa absentista propietaria de la licencia. Le resultaba muy fácil verse a sí mismo detrás del mostrador cuando entrara algún que otro Richie. El joven delincuente era incapaz de esa clase de ejercicio de imaginación. Él respondía sólo a sus propios impulsos. La iniciativa siempre era suya. El resto del mundo debía esperar para lo que él decidiera hacer y, por lo tanto, siempre y cuando viviera, nadie podría estar protegido de él.

Richie aparcó el coche a una distancia considerable de los otros dos vehículos y abrió la puerta sin apagar el motor.

John alargó la mano e hizo girar la llave en el contacto. El motor no hacía un ruido muy fuerte, pero el silencio absoluto resultó sorprendente.

Richie se quedó en el asiento.

—¿Por qué has hecho eso?

—No vas a escaparte corriendo, si es eso lo que tenías en mente.

—No estaba pensando en eso —replicó—. Ni siquiera estaba pensando.

—Es lo que hace la gente cuando salen de un coche: apagan el motor. —John le tendió la mano—. Dame la pistola.



—No puedo hacerlo, hermano. Sencillamente no puedo. No me pidas eso.

—Entonces quédate aquí sentado sin moverte. Yo iré a por la cerveza. —John había formulado un nuevo plan porque el anterior (quitarle la pistola a Richie y matarlo con ella) se había revelado lastimosamente impracticable para un agente inmobiliario, padre de dos hijos pequeños, y esposo de una mujer que era superior a él en cuanto a fortaleza moral. Estando Richie solo en el coche, a esa hora en un aparcamiento casi desierto, no podía haber objeciones a un ataque total por parte de la policía. Le pediría al empleado de la tienda que los llamara y, junto con él y cualesquiera otros clientes que hubiese por allí, se refugiaría en una oficina o almacén cerrados con llave hasta que llegaran. Seguro que habría un tiroteo, durante el cual bien podría ser que mataran a Richie. Claro que, si no resultaba muerto en el acto, lo curarían y acabarían enviándolo de vuelta al psiquiátrico Barnes. Pero era el mejor plan que John pudo idear. No era un profesional en ese tipo de cosas, y estaba solo con el problema.

—No puedo quedarme aquí fuera —dijo Richie—. Me volveré loco. Vamos los dos, John. Deberíamos hacer las cosas juntos, así podemos defendernos el uno al otro si alguien intenta jodernos. —Salió del coche.

John no tuvo más alternativa que acompañarlo al interior del establecimiento. Junto a la caja registradora había un hombre negro, fornido y de unos cuarenta años, que sumaba la cuenta de varios artículos reunidos por un hombre blanco corpulento de cerca de treinta años: donuts empaquetados y un cartón de leche entre ellos. El empleado miró a los recién llegados y John lo saludó con la cabeza de manera ritualista y apartó rápidamente la mirada, no fuera que su miedo resultara evidente.

Richie se dirigió dando grandes zancadas al fondo de la tienda, donde a través de las puertas de cristal de la vitrina refrigerada podían verse montones de paquetes de seis cervezas e hileras de botellas de plástico rígido. John se detuvo a mitad del pasillo. Lo único que podía esperar era que salieran de allí sin ningún percance. Estaba claro que no disponía de tiempo para poner al corriente al empleado.

Richie regresó con dos paquetes de cerveza, uno debajo de cada brazo, de modo que le quedaban las dos manos libres.

—Coge lo que necesitamos, John. Frutos secos, nachos o lo que sea.

Echó un vistazo a su alrededor, como si considerara seriamente la petición.

El cliente gordo salió por la puerta. El empleado, con voz fuerte para que lo oyeran, les preguntó:

—¿Están buscando algo, caballeros?

—Nachos —respondió John enseguida.

—En el pasillo de al lado, a mano derecha.

—¿Nos hacen falta de verdad? —preguntó John a Richie—. Yo no tengo hambre. Pongámonos en marcha.

—Tú mandas —repuso el otro con brío, y pasó junto al empleado en dirección a la puerta.

John se detuvo frente al mostrador como si fuera a pagar la cuenta, aunque por supuesto no podría haberlo hecho, puesto que no llevaba dinero encima. El empleado vestía una camisa azul de manga corta con un pulcro corbatín. Con su cabello intensamente entrecano y su expresión serena, daba la impresión de que pudiera ser uno de los policías retirados que en ocasiones aceptaban empleos como aquél.

John dejó clara la situación llamando a Richie:

—Tú llevas el dinero.

—Vámonos —dijo Richie.

—No —replicó John—. Tenemos que pagar.

El otro apoyó la espalda contra la puerta y la empujó con la rabadilla para abrirla.

—A la mierda. ¿Has visto los precios que piden estos ladrones? Esto es un atraco.

—Tú, trae las cosas aquí, vamos —dijo el empleado con un calmado tono autoritario. John no lo había estado mirando a él, cosa que hizo entonces. El hombre sacó una pistola grande de detrás del mostrador.

Richie se detuvo donde estaba y sonrió de forma exagerada.

—Bueno, si vas a ponerte desagradable.

—Así es —repuso el empleado—. Voy a ponerme desagradable. Ya ha ocurrido demasiadas veces por aquí. —Incluyó a John en los gestos que hizo con el cañón del arma.

Richie volvió a acercarse al mostrador y depositó los paquetes de cervezas frente al empleado con cuidado, primero las de un lado y luego las del otro. En tanto que el segundo paquete, el que había llevado bajo el codo izquierdo, descendía hacia el mostrador, se echó la chaqueta hacia atrás y del lado derecho de la cintura del pantalón extrajo el revólver que le había quitado al agente Swanson. Disparó dos veces.

El cuerpo del empleado fornido dio una sacudida con cada bala que lo alcanzó, como si hubiera recibido un puñetazo. Las rodillas dejaron de sostenerlo y cayó al suelo.

—Ahí lo tienes, John —dijo Richie—. Ya viste lo que pasó. No fui yo quien desenfundó primero.

John notó que temblaba con tanta violencia que a duras penas podía mantener el equilibrio, aunque tal vez sólo fuera una ilusión creada por el terror, porque se fue detrás del mostrador de manera muy competente y se agachó para atender a la víctima.

El hombre estaba vivo. Permanecía allí quieto mientras la pechera de la camisa se le volvía roja. Aunque respiraba con dificultad, logró alzar los ojos inyectados en sangre y levantó el arma para apuntar a John. Pero resultó estar demasiado débil para

dispararla. John tuvo que ejercer muy poca fuerza para quitarle la pistola. Era una automática; lista para disparar, o al menos eso esperaba, porque nunca había blandido ninguna, salvo en forma de juguete de plástico en su niñez, y no hubiera sabido qué hacer aparte de apretar el gatillo.

Se levantó por detrás del mostrador. Fue consciente de la tirita que llevaba en el pulgar y de la herida de debajo, la cual le escocía y probablemente hubiera empezado a sangrar de nuevo.

Richie sonrió de un modo encantador, con el arma al costado, la boca apuntando al suelo.

—Ahora ya tienes una pistola, John. ¿Qué diablos vas a hacer con ella?

John nunca volvió a mirar el rostro de Richie. Continuó apretando el gatillo después de que la pistola se hubiera vaciado; los disparos aún resonaban por los pasillos de comida colocada en estantes. Cuando terminó, intentó devolverle el arma al empleado caído, pues era de su propiedad, pero el hombre estaba inconsciente, aunque aún vivía. John supo que Richie estaba muerto sin mirarlo: habían tenido una conexión.

Encontró el teléfono y llamó al 911 para pedir una ambulancia. Luego se obligó a regresar y se quedó junto al empleado herido. El hecho de matar a Richie con verdadera sangre fría todavía no lo había horrorizado ni asqueado, pero supuso que ambas reacciones, y otras peores, podrían sobrevenirle cuando recuperara la conciencia de sí mismo. Tal vez no sobreviviera.

Pero cuando oyó la sirena de la ambulancia que se acercaba, se sintió lo bastante fuerte como para levantarse y esperar de pie.



THOMAS BERGER. Nacido en 1924 en Cincinnati, Ohio. Sirvió en el Ejército de su país a los 21 años, y su experiencia en Berlín junto a las fuerzas aliadas le proporcionó el contexto de su primera novela, *Crazy in Berlin*, publicada en 1958. Bibliotecario, corrector de estilo, crítico de cine y periodista, Berger pudo dedicar todo su tiempo a escribir gracias a *Pequeño gran hombre*, que fue llevada al cine con Dustin Hoffman en el papel protagónico. Entre sus más de veinte títulos, también destacan *The Feud* (finalista del premio Pulitzer en 1984, «un clásico olvidado» según *The Guardian*) y *Neighbors* (cuya versión en la pantalla grande fue protagonizada por John Belushi). *El rostro del mal*, hasta ahora inédita en castellano, también ha sido objeto de una película protagonizada por Samuel Jackson y Luke Wilson.